LA CHICA QUE NO QUERÍA IR A BALI

y llegó mucho más lejos



GEMA SAMARO

LA CHICA QUE NO QUERÍA IR A BALI
Y LLEGÓ MUCHO MÁS LEJOS

GEMA SAMARO

© Gema Samaro, agosto de 2026
Todos los derechos reservados.
Diseño y composición de portada: AIRG
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación o cualquier otro sistema, sin el permiso previo y por escrito de la autora.
Los personajes y las situaciones descritos en esta obra son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es mera coincidencia.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
MÁS HISTORIAS PARA TI

Capítulo 1

A las dos y media de la tarde del último día antes de mis vacaciones, lo único que me separaba de cuatro semanas sin hospitales era una radiografía de tobillo.

Bueno, una radiografía de tobillo y Fer.

Lo vi aparecer por la puerta cuando estaba terminando de colocar al paciente y pensé que había cosas que deberían estar prohibidas durante la última media hora de una jornada laboral. Las urgencias justo antes de salir, por ejemplo. Los familiares que preguntaban cuánto iba a tardar el informe antes incluso de haber hecho la prueba. Y los exnovios traumatólogos.

—Cuando termines, ¿puedes hacerme otra proyección? —me preguntó.

—Puedo. Otra cosa es que quiera.

Fer sonrió.

Hubo un tiempo en que me parecía un chico mono que tenía una sonrisa preciosa y una mirada encantadora. Ahora me parecía que era idéntico a Pepito Grillo.

—Son las dos y media, Vera.

—Por eso. Me queda media hora para convertirme en una mujer libre.

—¿Te vas hoy?

—Mañana.

—Ah.

No le pregunté si recordaba que empezaban mis vacaciones. Seguramente no. Y tampoco me importaba.

Terminé de colocar al paciente, hice la primera radiografía y me acerqué al ordenador para comprobar la imagen mientras él se situaba a mi lado.

Después de lo que pasó y trabajando en el mismo hospital, habíamos aprendido a convivir con una normalidad que al principio me pareció imposible.

Fer podía entrar en Radiología, consultarme una prueba, hablarme de un paciente y marcharse sin que yo sintiera deseos de conseguir que la siguiente radiografía que pidiera fuera la suya.

—Mira —le indiqué en la pantalla—. ¿Quieres otra igualmente?

Se inclinó.

—Sí. Mejor.

—Pues venga.

—Gracias.

—No me las des todavía.

Justo entonces Natalia apareció en la puerta.

—Fer, nos esperan arriba.

Levanté la cabeza.

Ella también llevaba la bata abierta sobre el pijama del hospital y una carpeta entre las manos. Natalia era traumatóloga, como Fer. Seguía teniendo el pelo por los hombros y aquella manera de hablar bajito que durante mucho tiempo me había parecido muy dulce.

Hasta que dejó de parecérmelo. Me estomagaba.

—Cinco minutos —dijo Fer—. Estoy esperando una placa.

Natalia me miró.

—Hola, Vera.

—Hola.

Y eso fue todo.

Ni música dramática, ni miradas asesinas, ni una sola llamada a Seguridad. Todo muy adulto y decepcionantemente civilizado.

Hice la radiografía que faltaba, Fer comprobó la imagen y se marchó con Natalia mientras discutían sobre un paciente. Los vi desaparecer por el pasillo y no sentí absolutamente nada por él.

Por Fer.

Ni por ella tampoco.

Ya no. Hubo un tiempo en que los odié por tener la capacidad de recordarme una versión de mí misma que prefería olvidar.

Me recordaban a la Vera de la víspera de aquel viaje, con la maleta abierta encima de la cama después de meses ahorrando para ir a Bali. Incluso me había comprado un bikini tanga rosa chicle porque Fer había dicho que le pirraba. Menos de veinticuatro horas antes de coger el avión descubrí que el hombre con el que llevaba cuatro años compartiendo mi vida se acostaba con una mujer a la que yo saludaba prácticamente todos los días.

Nunca llegué a Bali.

Tampoco volví a ponerme el bikini.

Y Fer y Natalia continuaron trabajando en el mismo hospital que yo.

Al principio pensé que acabaría marchándome. Después me cabreé conmigo misma por haberlo pensado.

El trabajo me gustaba.

Mis amigas estaban allí. Marta, Sonia y Silvia. Las tres trabajaban conmigo en Radiología. Nos habíamos conocido hacía seis años en aquel hospital privado y con el tiempo habíamos acabado siendo mucho más que compañeras.

Mi vida estaba allí.

¿Por qué tenía que irme yo?

Así que me quedé.

Y aprendí que una podía hacerle una radiografía al paciente de su exnovio, cruzarse con la mujer con la que la había engañado y estar decidiendo después si pedía ensalada o croquetas.

—Mira.

Silvia me plantó el móvil delante de la cara antes de que pudiera probar la ensalada.

—No.

—Pero si no has mirado.

—No necesito mirar.

—¡Mira, no seas rancia!

Marta y Sonia se echaron a reír.

Habíamos conseguido una mesa en el bar de siempre, uno cercano al hospital, y ellas llevaban desde que nos sentamos hablando de Bali. Del vuelo. Del hotel. De un templo que Sonia era incapaz de pronunciar. De una playa que, según Marta, era imprescindible visitar al atardecer.

Yo me había dedicado a beber agua y a arrepentirme de no haber inventado una cita con el dentista.

Miré finalmente la pantalla de Silvia, que era la mujer más práctica del planeta. Si había un problema, ella siempre encontraba la solución.

—¿Y?

—Una plaza libre.

—Enhorabuena —murmuré con desgana.

—¡Es para ti, idiota! —gritó Sonia.

—Ni de coña.

—Escúchame. Es una cancelación y el vuelo sale bastante más barato que cuando lo compramos nosotras. ¡Estás de suerte! ¡Compra el billete!

—El año que viene.

Silvia dejó caer el móvil sobre la mesa.

—No lo comprendo.

—No hace falta.

—Han pasado dos años —me recordó Sonia.

—Ya lo sé —dije, sin parar de comer.

—Y Fer...

—Fer me importa una mierda.

Las tres se quedaron calladas. Y la que habló por fin fue Marta. Era la observadora, la empática y la que sabía cuándo parar.

—Vale. Fer ya no te importa —afirmó Marta.

—¡Y una polla! —saltó Sonia—. Si le importara una mierda vendría a Bali.

—No voy a Bali porque no tengo ganas. Y lo de Fer lo tengo más que superado. Hoy mismo he estado con él.

Silvia por poco no se atragantó con la cerveza y farfulló:

—¿Cómo que has estado con él?

—¡Follándoselo, no! ¡Animal! —exclamó Sonia.

Era la más bruta de todas. Directa, sin filtro y muchas veces diciendo lo que las demás no nos atrevíamos.

—Trabajando. Ha venido a pedir una placa.

—Ah —masculló Silvia.

—Y luego ha aparecido Natalia y se han ido juntos.

Hubo otro silencio.

Esta vez más corto.

—¿Y estás bien? —preguntó Marta.

—Perfectamente.

Y era verdad.

—Entonces —Silvia recuperó el móvil— no veo el problema.

—El problema es que no quiero ir a Bali.

—Bali no te hizo nada —dijo Sonia.

—Bali también me importa una mierda.

Era mentira.

Bali me había importado muchísimo.

Me moría por conocerlo. Ver los arrozales, bañarme en aquellas playas, entrar en los templos que Sonia no sabía pronunciar y comprobar si el agua era realmente del color que aparecía en las fotografías.

Pero no quería hacerlo en ese momento.

No quería aterrizar allí y preguntarme qué habría hecho con Fer en aquel hotel, recordar la maleta sobre la cama o aquella llamada para cancelar el viaje mientras todavía intentaba averiguar desde cuándo me estaban mintiendo.

No quería regalarle ocho días de mis vacaciones a un recuerdo que ya me había quitado bastante.

—Pues yo tengo un plan mejor —anuncié.

—Esto promete —canturreó Sonia.

—Me voy a Villamayor.

Silvia parpadeó.

—¿Al pueblo?

—Sí.

Sonia dejó el tenedor.

—Nosotras nos vamos a Bali y tú te vas a Cuenca.

—Exactamente.

—Necesitas ayuda profesional —zanjó Sonia.

—Perdona. Mi pueblo es lo mejor. Y ahora tenemos el festival de cortometrajes. Luego las fiestas de la Virgen de la Asunción, las de San Bartolomé… Hay conciertos en el molino, tengo la piscina y voy a tener tiempo para descansar de verdad.

Y eso sí era absolutamente cierto. Para mí no había nada como mi pueblo y además llevaba meses esperando aquellas vacaciones. Había conseguido que mi jefa me dejara juntar los días y cogerme cuatro semanas seguidas. Un mes entero sin madrugones, sin turnos, sin batas, sin pacientes y, si tenía suerte, sin ver la cara de Fer.

Mis amigas solo habían conseguido cuadrar ocho días juntas.

Yo tenía treinta.

Y pensaba disfrutarlos.

—¿Qué vas a hacer un mes en Villamayor? —preguntó Marta.

—¡Ya te lo he dicho! Y además… Tengo previsto ordenar la casa. Hay un montón de cosas de mis abuelos que llevan años sin tocarse. Quiero limpiar, arreglar un poco aquello, leer, dormir, salir a tomar algo, subirme a la morera…

—¡Lo del árbol sí que suena bien! ¿Qué tienes pensado, guarrilla? ¿Colgarte de alguna rama mientras te come el chirri el mozo más bestia del equipo que mandaron al Gran Prix?

—¿Qué dices? —la frené—. Me apetece subirme a la morera a ver el cielo a través de las hojas, estar ahí sin hacer nada, dejando la mente en blanco, escuchando música, leyendo una novela hasta que caiga la noche o viendo las estrellas.

—Al tercer día estás hablando con las paredes —aseguró Silvia.

—Al quinto cazando moscas o muerta por sobredosis de queso manchego —añadió Sonia.

—No dura ni cinco —sentenció Silvia.

—Os mandaré una foto el sexto.

—Desde Madrid —replicó Silvia.

Quizá tenían razón.

Hacía mucho que no pasaba más de unos días seguidos en Villamayor de Santiago. Desde que murieron mis abuelos, la casa se utilizaba cada vez menos. Mi madre iba de vez en cuando, yo había pasado allí algún fin de semana, pero nunca encontrábamos tiempo para ordenar todo lo que seguía acumulándose en armarios y habitaciones.

Y ahora tenía un mes.

Un mes y ninguna prisa.

Sonaba bastante mejor que Bali.

O eso llevaba varios días repitiéndome.

Llamé a mi madre aquella tarde mientras preparaba la maleta.

—¿Al final te vas mañana? —preguntó.

—Sí.

—Sigo sin entender por qué no te vienes a Oropesa del Mar con nosotros.

—Ya iré después. Los fines de semana. En septiembre.

—Falta mucho.

—Te vi el domingo.

—Hoy es viernes.

Sonreí mientras doblaba una camiseta.

—Sobrevivirás.

—¿Y tú vas a sobrevivir un mes sola en el pueblo?

—Qué poca fe tenéis todos en mí.

—Es que no entiendo nada. En fin. Las llaves están donde siempre. Abrí la casa hace unas semanas, pero ventila bien cuando llegues.

—Lo haré.

—Y no te pongas a mover muebles tú sola.

—Vale. Llamaré a algún vecino de buen ver.

—Es lo que deberías hacer —replicó mi madre.

—No. Porque paso de tíos.

—Aparte de que el vecino más joven que tenemos debe tener noventa y ocho años. Pero en Oropesa…

—No voy a ir a Oropesa ni voy a morir sepultada por la alacena de dos cuerpos.

Abrí otro cajón, seguí guardando ropa y entonces me acordé de algo:

—¿La parcela está muy mal?

Mi madre tardó un instante en contestar.

—¿Qué parcela?

—La de al lado.

—Ah. La de Aurora.

Nunca decía *tu tía Aurora*.

Siempre Aurora.

Como si el parentesco se hubiera perdido en algún momento entre España y Australia.

—Esa.

—Estará como siempre. Hace tiempo que no entro.

—¿Y la morera?

—¿Qué pasa con la morera?

—Que si sigue allí.

—¿Dónde quieres que haya ido?

—Yo qué sé. Podía haberse secado.

—No se ha secado de repente.

No pude evitar sonreír.

Hacía años que no pensaba en aquel árbol y, sin embargo, en cuanto decidí pasar las vacaciones en Villamayor, fue una de las primeras cosas que me vinieron a la cabeza.

La morera enorme al fondo de la parcela. Aquel árbol que de niña me había parecido tan alto que estaba convencida de que sus ramas llegaban al cielo.

La caseta de aperos.

La alberca vieja.

La parra.

Los restos del huerto de mi abuelo.

—Pues quiero verla. ¿Se puede pasar?

—Claro. Sigue sin valla. Pero vamos… Ni que esa morera fuera la octava maravilla. La ves, si te hace ilusión, y te vienes a Oropesa a ver el Magic World, que eso sí que es digno de ver.

—Adoro Oropesa, pero ahora no me apetece playa. Me apetece pueblo. Me da mucha paz.

Mi madre guardó silencio unos segundos.

—Vera.

—¿Qué?

—No sé qué paz vas a encontrar en esa casa con tanto trasto viejo.

—Quiero dejar la casa en condiciones. Es una pena que la tengamos así. ¡Está casi igual que cuando vivían los abuelos!

—Entro y me pongo a llorar. No supero abrir la puerta y que no estén. Se me quitan las ganas de todo. Pero si tú puedes hacerlo, tira lo que no sirva.

—Es lo que me gustaría hacer.

—Y descansa también. Y come… Te voy a hacer un pedido, porque si no…

—Voy a Cuenca, mamá, no a una estación científica en la Antártida.

—Así me quedo tranquila.

Eso sonó diferente.

Algo en su tono de voz me hizo dejar de doblar la ropa.

—Estoy bien, mamá.

—No he dicho que no lo estés.

No mencionamos a Fer.

Tampoco a Bali.

Y mucho menos a Aurora.

De mi tía sabía pocas cosas. Que era la hermana mayor de mi madre. Que tenía una pierna mal desde niña. Que se había marchado de España siendo joven, había terminado viviendo en Australia y no había tenido demasiado interés en conservar la relación con su familia.

Nunca me había preocupado mucho.

Todos teníamos algún pariente del que apenas sabíamos nada.

Aurora era el nuestro.

Colgué y seguí con mis cosas…

A la mañana siguiente, el grupo de WhatsApp, *Las chicas X*, empezó a sonar antes de que yo hubiera terminado el café.

El grupo se llamaba así porque trabajábamos en Radiología y, según Sonia, *Las cuatro gilipollas* era menos profesional.

Marta había enviado una fotografía de las tres en el aeropuerto.

Ella sonreía con cara de sueño. Silvia llevaba un sombrero ridículo con ala, cordón y una tela que le caía por la nuca. Según ella, muy práctico porque le proporcionaba protección solar total.

Según Sonia, también era anticonceptivo total.

Y en la foto, Sonia enseñaba los pasaportes, bizca y con la lengua fuera.

MARTA: Todavía estás a tiempo.

SILVIA: ¡Corre!

SONIA: Te guardamos sitio, ¡deja de hacer el capullo! ¡Fóllate a cuatro y te quitas para siempre el trauma de Bali! Dejará de ser el sitio donde tenías que haber ido con Fer y pasará a ser el sitio donde…

SILVIA: Se pilló una gonorrea.

MARTA: Anda que… ¿Y así pensáis que la vais a convencer?

Contesté con una fotografía de mi maleta junto a la puerta.

VERA: Yo también tengo destino. ¡Mi pueblo!
SILVIA: Me meo.
MARTA: No es comparable.
VERA: El vuestro tiene monos. El mío tiene ovejas. Y tenemos un queso que ya lo quisierais catar allí.
SONIA: Te damos cinco días. ¡Petarda!
VERA: ¡Pesadas! ¡Las que vais acabar hartas de mosquitos y de humedad sois vosotras!
SILVIA: Nosotras volvemos con un Instagram con fotacos de impresión. Y tú con dos quesos manchegos y una señora que te ha buscado novio.
VERA: Vosotras reíos. A ver si vais a volver con tres ligues que en Bali parecían exóticos y en Barajas resultan adefesios. Y yo con mi otro queso manchego, el morenazo de metro noventa, que me ha buscado la señora… partiéndome la caja. ¡Y sin doce horas de avión!

Metí el móvil en el bolso, cargué la maleta y cerré la puerta.

Tenía por delante cuatro semanas sin hospital, sin horarios, sin Fer y sin Natalia. Cuatro semanas en Villamayor para ordenar la casa de mis abuelos, descansar y volver a subirme a aquella morera que, según mi madre, seguía exactamente donde la había dejado.

Después de los últimos meses, unas vacaciones en las que no ocurriera absolutamente nada me parecían el mejor plan del mundo.

Capítulo 2

Villamayor estaba exactamente donde lo había dejado.

Era una estupidez, porque los pueblos no solían aprovechar tu ausencia para cambiar de sitio, pero fue lo primero que pensé cuando empecé a reconocer las calles.

Había hecho calor durante todo el camino y allí parecía hacer todavía más. Aparqué delante de la casa, apagué el motor y durante unos segundos me quedé dentro, con el aire acondicionado puesto hasta que dejó de salir frío.

El móvil vibró.

Una foto de Sonia.

Las tres estaban en la zona de embarque y Silvia dormía con la boca abierta y su sombrero anticonceptivo encajado hasta las cejas.

VERA: Yo aquí a punto de comprarme un queso de La Huz. ¡Tan feliz!

SONIA: Métetelo por el culo.

VERA: A la que le falta sexo es a ti. Te noto un poco tensa.

Guardé el teléfono.

Las iba a echar de menos.

Saqué la maleta, abrí la puerta de la casa y me recibió una bocanada de aire caliente y cerrado.

—Joder.

Mi madre había dicho que había ventilado unas semanas antes. Debía de considerar que abrir una ventana durante diez minutos en julio era suficiente para renovar el aire hasta Navidad.

Dejé la maleta en el recibidor y vi un botijo en una esquina y una damajuana en la otra.

Estaba en casa.

Pasé y fui abriendo ventanas y levantando persianas.

Con cada una que subía entraba un poco más de luz y la casa recuperaba el aspecto que recordaba.

Allí seguían los techos altos, el reloj del salón, parado desde no sabía cuándo, la mesa camilla, el brasero de picón, la máquina de

coser Singer junto a la ventana, los platos de cerámica colgados de las paredes, los tapetes de ganchillo, un abanico y el cuadro de Nuestra Señora de Magaceda.

Sobre el aparador, el molinillo de café, el almirez de latón y dos fotografías enmarcadas en plata: una de mis padres el día de su boda y otra mía, con tres años, sentada entre mis abuelos y enseñando todos los dientes que me cabían en la boca.

En la vitrina seguían las copas buenas, que eran tan buenas que jamás habíamos bebido en ellas.

Pasé un dedo por el aparador y por poco no se me hunde en todo ese polvo.

—Muy bien, Vera. Planazo.

Cuatro semanas limpiando y ordenando aquello iban a ser apasionantes. Bali estaba sobrevalorado.

Subí la maleta al dormitorio en el que había dormido desde niña y abrí también la ventana. La colcha era distinta, pero el armario seguía siendo el mismo y en una esquina todavía estaba la vieja silla de enea, con el asiento un poco hundido, donde mi abuela dejaba la ropa que se quitaba por la noche.

Me sorprendió que algo tan pequeño consiguiera hacerme un nudo en la garganta.

Entendí a mi madre.

Había casas que, cuando faltaban las personas que las habían llenado, parecían conservarlas de alguna manera. No hacía falta ser especialmente sentimental para esperar durante un segundo escuchar la voz de mi abuela desde la cocina gritando que se enfría la comida o a mi abuelo protestando porque alguien había dejado la puerta del patio abierta.

Me obligué a moverme.

Ya tendría tiempo de ponerme melancólica cuando llevara una semana allí y mis amigas estuvieran bañándose en una playa paradisíaca.

Ahora quería ver la morera.

La parcela estaba al lado de la casa, tal y como había dicho mi madre, sin ninguna valla que separara realmente una propiedad de

la otra.

Mi madre no había exagerado al decir que hacía tiempo que no entraba.

Las hierbas me llegaban en algunos puntos casi hasta las rodillas. La caseta de aperos seguía en pie, aunque la puerta de madera se había vencido hacia un lado. La alberca estaba seca y llena de hojas, y de lo que había sido el huerto de mi abuelo apenas quedaba nada.

La parra, en cambio, parecía haberse negado a aceptar que la familia ya no pasaba allí ni cinco fines de semana al año.

Y al fondo estaba la morera.

—Hola.

Lo dije en voz alta y enseguida miré alrededor por si alguien me había oído saludando a un árbol.

Mis amigas quizá no iban tan desencaminadas con lo de que acabaría hablando con las paredes.

Me acerqué.

Era enorme.

O a mí me lo parecía.

El tronco se había ensanchado y algunas ramas estaban más bajas de lo que recordaba, pero seguía siendo aquel árbol en el que había pasado horas de pequeña. Levanté la cabeza y miré el cielo entre las hojas.

Entonces me acordé de ella.

No sé por qué.

Quizá porque aquel era el primer recuerdo que tenía de la morera.

Yo debía de tener cuatro años.

Durante mucho tiempo había pensado que era uno de esos recuerdos que uno fabrica después de escuchar una historia demasiadas veces, pero nadie me había contado nunca aquel.

Mi abuelo acababa de morir.

Eso sí lo sabía.

Recordaba la casa llena de gente y a mi madre llorando. Había mujeres que me besaban, hombres que me revolvían el pelo, conversaciones que se interrumpían cuando yo aparecía. También recordaba que me cansé de estar dentro y salí a la parcela.

Quería subir al árbol.

No llegaba.

Lo intenté varias veces, apoyando el pie donde creía que debía hacerlo, pero la primera rama buena quedaba demasiado alta.

—Por ahí no.

Me volví y vi que había una mujer detrás de mí.

No recordaba su cara.

Por más que lo intentara, era incapaz de ponerle unos ojos o una boca. En mi cabeza solo quedaban fragmentos: una falda clara, una mano, el sonido seco de un bastón al tocar el suelo.

Y su olor.

Olía a flores.

A violetas, quizá.

—Quiero subir.

—Ya lo veo —replicó, amable.

—No puedo.

La mujer se acercó despacio y su bastón volvió a golpear la tierra. Aún recuerdo el sonido. Tac. Me impresionó.

Había algo poderoso en aquel golpe seco contra el suelo, como si la tierra tuviera que enterarse de que ella estaba allí.

Recuerdo que pensé que, cuando fuera mayor, yo también tendría un bastón.

—Pon el pie aquí —dijo, señalando un saliente del tronco.

—No llego.

—Sí llegas.

—Mi madre dice que no suba.

—Entonces será mejor que no le digamos nada.

Eso era lo que recordaba. O lo que creía recordar.

Esa mujer me hizo sentir bien. Me acuerdo que apoyó una mano en mi espalda y con la otra me ayudó a colocar el pie en el lugar donde me había dicho y desde allí pude alcanzar la rama.

—Ahora la otra pierna.

—Me voy a caer —farfullé.

—No te vas a caer. Agárrate bien.

Había algo en su voz que hacía imposible no creerla. A los cuatro años no sabía qué era la autoridad, pero aquella mujer la tenía. Si decía que no iba a caerme, no iba a caerme.

Subí el otro pie. Me agarré a otra rama. Y después a otra.

Cuando miré hacia abajo, ella seguía allí, apoyada en su bastón.

—¿Ves?

Yo debía de sentirme en la cima del Everest.

—¡Estoy arriba!

—Ahora no te emociones y a ver si vas a acabar en el suelo.

Veintiséis años después y todavía podía escuchar aquella frase.

El caso fue que acabé subida a la morera con la espalda pegada al tronco.

Toda una proeza.

Y nunca supe a quién se lo debí.

Durante años supuse que sería una antigua vecina de mi abuela o alguna pariente lejana que había ido al entierro. En un pueblo, cuando moría alguien, aparecían personas que los niños no habían visto en su vida y que, misteriosamente, sabían quién eras tú.

Y rememorando aquel día, agarré a una de las ramas bajas.

—A ver si todavía me acuerdo de cómo era —mascullé.

Me costó bastante más de lo que estaba dispuesta a reconocer, pero conseguí subir.

No demasiado.

Lo justo para sentarme en una rama gruesa, apoyar la espalda contra el tronco y sacar el móvil.

Me hice una foto.

VERA: Día 1. Los sueños se hacen realidad.

Sonia contestó casi inmediatamente.

SONIA: ¿Estás subida al puto árbol?

VERA: Siiiiiiiiiiiií.

MARTA: ¡Qué bonita tu morera! ¡Se te ve feliz!

SILVIA: Como te caigas no pienso volver de Bali.

SONIA: Exacto. Como buenas amigas de mierda que somos. ¡Ahí que te vas a quedar con la crisma partida!

MARTA: Espero que desconectes, amiga.

SONIA: Lo dudo porque tiene pinta de que un pajarraco está a punto de cagarle en la cabeza.

Guardé el móvil y me quedé allí un rato.

Se estaba bien. Corría un vientecito manchego algo calentorro pero muy agradable.

Y desde luego que iba a aguantar el mes, aunque solo fuera para joderlas.

Media hora después, me bajé del árbol, saqué el bikini y me fui a la piscina del pueblo.

No podía más con el calor.

Me bañé y me compré un bocadillo de queso gigante que me supo a gloria.

Y después un Pirulo. El grande.

Me volví a mi sombra debajo de un chopo, me senté en la toalla y les escribí tras enviarles una foto chupando el helado.

VERA: Mi nueva definición de felicidad.

SONIA: Para lo que has quedado. Nosotras ya en la puerta de embarque. Y deseando que lo próximo que nos metamos en la boca tenga una vena bien gorda.

MARTA: Eso lo desearás tú.

SONIA: Se me había olvidado que a Marta le gustan los de polla fina.

SILVIA: ¿Queréis dejar de hacer el idiota y poneros en la cola?

SONIA: De colas estamos hablando…

Les deseé buen viaje, me zampé mi helado y me quedé dormida escuchando el sonido de las chicharras, la radio del bar y las voces de los niños reverberando en el agua.

Una hora después, me desperté con el cuello dolorido y una mosca zumbándome en la oreja.

La aparté de un manotazo, me metí en la piscina porque me sudaban hasta las pestañas y nadé un rato, esquivando niños, flotadores y bañistas en tertulia acuática.

Para cuando salí, el dolor de cuello había desaparecido y me fui tan contenta a casa.

Me duché y me puse un vestido de tirantes que encontré en el armario. Lo había comprado hacía unos doce años en una tienda de segunda mano de Malasaña y ya entonces era *vintage*, así que a esas alturas debía de ser prácticamente una pieza arqueológica.

Pero me quedaba fenomenal. Era uno de esos vestiditos negros que, dependiendo de los complementos y los zapatos, podían servir para una noche importante, una cena en un restaurante carísimo, una copa en algún sitio de moda o una de esas ocasiones para las que una se arregla durante hora y media.

Pero como mi gran acontecimiento de la noche consistía en comprar pan, champiñones, huevos, leche, aceite y manzanas, me puse unas chanclas, me recogí el pelo en una coleta y salí.

Me hice la cena con lo que había comprado y me acosté temprano.

Dormí nueve horas.

Nueve. Del tirón. Tuve que mirar varias veces el reloj del móvil para comprobarlo.

No recordaba cuándo había sido la última vez que había dormido tanto.

Aquello fue algo tan extraordinario que cuando abrí los ojos, durante unos segundos no supe dónde estaba. Después vi el armario, la silla de mi abuela y la luz entrando por la persiana y recordé que no tenía que ir a trabajar.

Fue una sensación maravillosa.

Me preparé un café con leche fría y tosté el pan del día anterior para mojarlo en el aceite del bueno que había comprado.

Un manjar que ni en Bali.

El aceite de la cooperativa de mi pueblo no tenía parangón.

Y el pan del día anterior… tampoco.

Y tras alimentarme, decidí que había llegado el momento de demostrar que no había ido a Villamayor únicamente a dormir y subirme a árboles.

A las diez estaba preparada para transformar la casa.

A las doce quería prenderle fuego.

—¿Para qué coño guardabais esto?

Esa fue la frase que repetí unas ochocientas veces aquella mañana.

Pero es que había cada cosa…

En ese justo momento, tenía en las manos una bolsa de Sepu llena de bolsas.

De Sepu.

Solo los que conocieron aquella maravilla saben lo que fue Sepu.

A principios de los setenta, mis abuelos dejaron de vivir en Villamayor de Santiago y se compraron con los ahorros de años un piso en Madrid, concretamente en Quintana, en el distrito de Ciudad Lineal, frente al Sepu.

Mi abuela siempre me habló de ese lugar y de lo mal que lo pasaba cuando iba con su amiga Chus, la cleptómana, a tomar tortitas con nata.

Chus siempre se tenía que llevar algo… un sacacorchos, un embudo enano o un pintalabios de color verde.

Nunca se llevó nada útil, pero siempre se lo hizo pasar fatal a mi abuela cada vez que iban.

Bueno, pues mi abuela había guardado bolsas dentro de otras bolsas durante décadas.

También había cajas vacías, periódicos antiguos, revistas *¡Hola!*, manteles que no recordaba haber visto nunca y un cajón entero de cables que probablemente no servían para ningún aparato fabricado después de 1998.

Puse música. Radio 3. Lo único que se escuchaba en esa parte de la casa. Y me leí el *¡Hola!* de 1966 en el que aparecía Grace Kelly vestida de flamenca en la Feria de Sevilla.

Una maravilla que decidí no tirar y con la que tuve claro que si algún día iba a la Feria de Sevilla, iría de paisano.

No estaba dispuesta a competir con Grace Kelly.

Y me guardé la revista convencida de que hay batallas que es mejor no librar.

Pero lo demás sí que lo iba a tirar. Y le puse método a la cosa abriendo tres bolsas de basura: una para tirar, una para conservar y otra para preguntarle a mi madre.

A los veinte minutos la de preguntarle a mi madre estaba llena y la de tirar prácticamente vacía.

La culpa la tuvo un cajón que abrí y donde encontré muchas fotografías.

Ahí estaba mi pasado dándome los buenos días.

Mi tía y mi madre de niñas. Mi abuelo delante del Seiscientos de mi padre. Mi abuela en la boda de Chus que acabó casándose a los cincuenta y ocho años con el señor del kiosco al que robó mogollón de veces las cosas que regalaban con las revistas de moda. Mis padres cuando todavía parecían dos adolescentes. Yo disfrazada de princesa Leia. Yo sin dos dientes. Yo subida a los hombros de mi padre sintiéndome invencible…

Me senté en el suelo durante un rato a mirarlas hasta que me di cuenta de que, si seguía así, en septiembre la casa estaría exactamente igual.

—Venga. ¡Una foto más y lo dejo!

Fueron veintinueve y volví al trabajo.

Empecé por uno de los cuartos de la planta baja donde mi abuela había acabado guardando todo aquello que no sabía dónde meter. Había una máquina de coser, dos sillas, cajas con vajilla y un mueble pequeño que pesaba como si dentro guardara lingotes de oro.

Lo empujé.

No se movió.

—Perfecto.

Recordé la advertencia de mi madre sobre no mover muebles sola.

Y también recordé que iba al gimnasio tres veces por semana a hacer ejercicios de fuerza.

Así que, sin saberlo, llevaba meses preparándome para aquel momento.

Volví a empujar y el mueble avanzó unos centímetros.

Debajo había una cantidad de polvo capaz de desarrollar vida propia.

Fui a por la escoba.

Cuando regresé y pisé junto al mueble, escuché un ruido.

Clac.

Me detuve.

Volví a pisar.

Clac.

Miré al suelo y una de las losetas se movía.

—Estupendo.

Me agaché pensando que aquello era exactamente lo que me faltaba: tener que llamar a alguien para arreglar el suelo el segundo día de vacaciones.

Pasé los dedos por el borde y la loseta se levantó un poco. Busqué algo con lo que hacer palanca, porque no era plan de comenzar las vacaciones con una uña menos y acabé utilizando un destornillador que encontré en la caja de herramientas de mi abuelo.

Costó un poco.

Cuando por fin conseguí levantarla, esperaba encontrar cemento, tierra, una tubería o cualquier cosa que explicara por qué se movía.

Lo que encontré fue un hueco y, dentro del hueco, una caja de galletas.

Me quedé mirándola y farfullé arrugando el ceño:

—No me jodas que voy a encontrar un tesoro.

La caja era metálica, rectangular, oscura y bastante más pesada de lo que esperaba.

La saqué con cuidado y la dejé en el suelo.

Durante unos segundos no hice nada.

Aquello tenía toda la pinta del momento en que, en una película de sobremesa, la protagonista encontraba la fortuna que su abuelo había escondido durante décadas o las joyas secretas de su abuela y podía mandar el trabajo a tomar por saco para siempre.

En mi cabeza ya había amortizado la hipoteca, pedido una excedencia y reservado un viaje. A Bali no. Tampoco había que venirse tan arriba.

—Mira que si Chus no solo robaba baratijas y la abuela tenía aquí metidos unos rubíes...

Levanté la tapa y no había rubíes. Tampoco esmeraldas ni un miserable billete de mil pesetas.

—Vamos, que en septiembre me iba a tocar estar de nuevo en Radiología.

Pero en la caja había algo…

Un montón de cartas. Mejor dicho, sobres amarillentos, algunos con sellos extranjeros, colocados en pequeños grupos y sujetos con cintas que en algún momento debieron de tener color.

Cogí el primero, quité la cinta y el papel crujió entre mis dedos.

Era como si se abriera una puerta a otro tiempo.

En el matasellos del primer sobre podía leerse 15 de agosto de 1966. Debajo, escrito con una letra inclinada que no reconocí, aparecía el nombre de mi abuela y su dirección del pueblo.

Le di la vuelta al sobre y entonces vi el nombre de quien la había enviado:

Aurora.

Capítulo 3

Volví a mirar el nombre escrito en el reverso del sobre.

Mi tía Aurora.

La hermana mayor de mi madre, aquella mujer de la que en mi familia se hablaba tan poco que, si alguien me hubiera preguntado qué sabía de ella, habría podido resumirlo en tres líneas.

Eso era todo.

Miré dentro de la caja.

Había demasiadas cartas para alguien que no había querido saber nada de ellos.

Volví a coger el primer sobre. El del matasellos del 15 de agosto de 1966…

Hice un cálculo rápido.

Mi madre había nacido en 1948. Aurora era seis años mayor.

Veinticuatro.

Tenía veinticuatro años cuando había escrito aquello.

Abrí el sobre con cuidado y saqué varias hojas dobladas. El papel estaba amarillento y la letra era pequeña e inclinada.

Mamá:
Ya estoy en Londres.

Madre mía. Sentí ese cosquilleo que me entraba siempre que alguien empezaba a contarme una historia. Me encantaban las historias. Era incluso una de las cosas que más me gustaban de mi trabajo: esos pocos minutos en los que un paciente, casi sin saber cómo, acababa contándome un pedacito de su vida.

Y aquellas cuatro palabras… prometían.

Me acomodé en el suelo, apoyé la espalda contra el mueble que acababa de desplazar y seguí leyendo.

Aurora le contaba que había llegado bien, aunque el viaje le había parecido interminable. Que todavía no podía creer que, después de tantos meses preparando la marcha, reuniendo documentos, preguntando qué necesitaba y haciendo trámites, estuviera por fin allí.

También se reía de mi abuela, que al parecer estaba convencida de que su hija no sería capaz de arreglárselas sola.

No te preocupes por mí. Sé coger un tren, sé preguntar una dirección y, aunque tú sigas sin creértelo, también sé hablar inglés. Don Ricardo estaría orgulloso de mí.

Me detuve.

¿Don Ricardo? ¿Ese quién era? No había escuchado hablar de él en mi vida.

Seguí leyendo.

Hoy he tenido que pedir que me repitieran tres veces una dirección, pero no pienso contárselo cuando le escriba porque sería darle la razón. Ya sabes cómo es. Después de tantos años diciéndome que de nada sirve aprender un idioma si una no se atreve a utilizarlo, ahora tendrá que reconocer que su alumna más cabezota ha llegado bastante lejos.

Me gustó que fuera cabezota. Seguro que era Tauro, como yo. O no. No tenía ni idea. Ni siquiera sabía cuándo cumplía años.

Pero me encantó también descubrir que hablaba inglés antes de llegar a Londres.

Y había un tal don Ricardo al que pensaba escribir para presumir de ello.

Aurora también contaba que había ido a presentarse en los grandes almacenes donde empezaría a trabajar al día siguiente. El puesto seguía siendo suyo y eso parecía haberla tranquilizado más que cualquier otra cosa.

Lo había conseguido antes de salir de España.

No sabes la suerte que he tenido, mamá. Me han explicado otra vez las condiciones y todavía me parecen increíbles. Voy a ganar bastante más de lo que habría podido ganar allí. En España jamás habría encontrado algo así. Y podré mantenerme yo sola. No quiero que te preocupes por el dinero. Tengo suficiente para empezar y en cuanto cobre el primer sueldo todo será más fácil.

Volví a leer las últimas líneas.

No parecía asustada.

O quizá sí lo estaba y no quería que su madre lo supiera.

Lo que estaba claro era que se encontraba exactamente donde quería estar.

Aurora seguía hablando de Londres. De una habitación pequeña en una casa que compartía con otras tres chicas españolas y una portuguesa, de calles llenas de gente, de autobuses, del ruido y de aquel cielo gris que no terminaba de convencerla.

Y caminaba sin parar.

La pierna me está dando un poco de guerra. No empieces, mamá. He caminado más esta semana que en todo el último mes en el pueblo y supongo que tendré que acostumbrarme. Estoy bien. De verdad.

Leí aquellas líneas dos veces.

Sabía que Aurora había tenido algún problema en una pierna desde pequeña. Mi madre lo había mencionado alguna vez, pero nunca había preguntado mucho más.

Seguí leyendo.

Aurora preguntaba por sus padres, por el pueblo, por gente cuyos nombres no conocía y por Pilar.

Mi madre.

¿Pilar sigue estudiando? ¿Al final entrará en Magisterio?

Pasé la hoja.

Y unas líneas después apareció otro nombre.

¿Y Pepe? ¿Sigue diciendo que cualquier día se marcha y acaba saliendo al extranjero?

¿Cómo?

Volví a leerlo.

Pepe.

Mi padre se llamaba Pepe.

José Enrique oficialmente, aunque absolutamente todo el mundo lo había llamado Pepe desde que tenía uso de razón.

Busqué el sobre siguiente.

Finales de agosto.

Después otro de septiembre.

Y otro.

Aurora escribía mucho.

No eran las cartas de una persona que hubiera decidido desaparecer. Preguntaba si su padre seguía con dolores en la espalda, si su madre había recogido ya los tomates, si Pilar había empezado las clases y si Pepe seguía preparando las oposiciones para maestro.

En una de ellas volvía a aparecer don Ricardo.

Cogí el móvil porque había mucha tela que cortar y yo ya no podía más con la intriga.

Mi madre tardó cuatro tonos en contestar.

—¿Ya te has cansado del pueblo? ¡Vente! Que no veas lo caliente que está el agua este año. ¡Parece un jacuzzi!

—Es muy tentador. Y más con lo que odio el agua fría. Pero me voy a quedar por aquí. Aunque mis amigas digan que no voy a durar ni cinco días.

—Dales tiempo a tus amigas. Seguro que acaban teniendo razón.

—No la van a tener. Y más ahora que he encontrado una cosa…

—¿Qué cosa? —preguntó mi madre, cambiando el tono de voz.

Fue algo sutil. Pero la conocía lo suficiente como para notarlo. No era que se hubiera puesto en guardia, pero estaba un poco en alerta.

Miré la caja y solté sin más:

—Cartas de Aurora.

Al otro lado se hizo el silencio. No duró demasiado, pero también noté su ansiedad:

—¿Dónde?

—Debajo de una loseta.

—¿Debajo de una loseta? ¡Qué raro!

—Sí. Levanté una loseta y me encontré un montón de cartas guardadas en una caja de galletas.

—Pues no sabía que estuvieran ahí.

—La primera es de 1966.

—Tu abuela lo guardaba todo.

—Ya me he dado cuenta. Tengo una bolsa de Sepu que podría venderle a un coleccionista.

Mi madre se rio, pero no preguntó nada más sobre las cartas.

Así que lo hice yo.

—Mamá, ¿quién era don Ricardo?

—¿Qué Ricardo?

—El que enseñó inglés a Aurora.

Otra pausa. Se notaba de lejos que mi madre estaba muy incómoda con la conversación y respondió sin darle importancia:

—Ah, don Ricardo. Claro.

—¿Lo conociste?

—Todo el pueblo lo conocía.

—¿Quién era?

—Había sido maestro antes de la guerra. Un hombre muy preparado.

—¿Y después?

—Después de la guerra lo depuraron.

—¿Y qué pasó?

—Que no le dejaron seguir ejerciendo como antes. Era republicano y en aquellos años con eso bastaba para meterte en problemas.

—¿Y se quedó en el pueblo?

—Sí. Empezó a dar clases particulares. Sabía de todo. Matemáticas, francés, inglés... Tu padre también lo conocía. Mucha gente del pueblo pasó por su casa en algún momento.

—¿Y Aurora aprendió inglés con él? —pregunté cada vez más fascinada con la historia.

—Durante años ella recibió clases a diario. Creo que empezó con quince o dieciséis.

Aquello me sorprendió.

—¿Para qué quería aprender inglés una chica de Villamayor con quince años?

—Porque ya entonces decía que se iba a marchar.

—¿Con quince años?

—Con quince, con dieciséis y con veinte. Tu tía siempre quería saber qué había fuera.

—¿Y mis abuelos qué decían?

—Tu abuelo decía que para qué necesitaba una chica de Villamayor aprender inglés.

—Muy visionario —ironicé porque mi abuelo había rechazado en su día un trabajo en IBM porque decía que aquella empresa no tenía futuro.

Mi madre se rio.

—Eran otros tiempos, Vera.

—¿Y Aurora?

—Aurora decía que precisamente lo necesitaba porque no pensaba pasarse la vida en Villamayor.

Sonreí porque empezaba a hacerme una idea del carácter de mi tía.

—Lo tenía todo claro.

—Muchísimo. Sobre todo, cuando quería algo.

—¿Y por qué tenía tantas ganas de irse?

Mi madre tardó un poco más en responder…

—Me está esperando tu padre para ir a Mercadona.

—Que espere un momento y respóndeme.

—Ya te lo cuento otro día.

—¡Mamá! No te pido que me lo cuentes en ocho temporadas. Cuéntamelo en plan pincelada suelta.

—Qué pesada eres.

—¿Cómo Aurora?

—No te voy a decir que no.

—¿Y qué más?

—Siempre fue muy inquieta. Quería viajar, trabajar, conocer cosas... Pero también estaba harta.

—¿Harta de qué?

—De muchas cosas.

—Hija, sé más explícita.

—De la vida que llevaba aquí, Vera —me explicó mi madre, tras resoplar—. Y de que todo le resultara más difícil que a los demás.

—¿Por la pierna? —supuse.

—Sobre todo por la pierna.

Me incorporé.

—¿Qué le pasaba exactamente?

—Tuvo la polio de pequeña. Muy pequeña. Le quedaron secuelas en una pierna.

—No sabía que hubiera sido polio.

—Nunca me lo habías preguntado.

Otra vez tenía razón, pero como no se hablaba de ella… ¿cómo iba a preguntar?

Si me hubieran contado que era tan interesante… ya me sabría su historia con pelos y señales.

—¿Y le afectaba mucho?

—Podía hacer prácticamente de todo, pero caminaba con dificultad. Y entonces la gente no veía las cosas como ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Que en cuanto iba a buscar trabajo y la veían andar, muchos decidían que no podía hacerlo antes de darle siquiera la oportunidad.

—Joder —musité acariciando la carta de mi tía.

—Sí. Encontrar un empleo decente le costaba muchísimo. Y ella lo llevaba fatal. No porque le diera vergüenza su cojera, sino porque no soportaba que los demás decidieran por ella de qué era capaz.

Aquello encajaba bastante bien con la mujer que estaba empezando a descubrir en las cartas.

—¿Y qué más?

—¿Qué más de qué? ¡Esto está lleno de gente y nos vamos a quedar sin las berenjenas rellenas! ¡Ya verás!

—Si no, te coges paella. Oye, has dicho que estaba harta de muchas cosas.

Mi madre soltó aire.

—Pues de tonterías que cuando tienes dieciséis o diecisiete años no son ninguna tontería.

—¿Por ejemplo?

—Los bailes.

—¿Qué pasaba con los bailes?

—Que llegaban las fiestas, se ponían a bailar y los chicos sacaban a unas y a otras. A Aurora no la sacaba a bailar nadie.

Se me borró la sonrisa.

—¿Por la pierna?

—Claro.

—Qué cabrones.

—Eran críos.

—Eran críos cabrones.

—También —zanjó mi madre.

Me imaginé a una Aurora adolescente sentada tomando limonada mientras sus amigas bailaban y me morí de ganas por saber:

—¿Y ella qué hacía?

—Decir que le daba igual. Se reía de ellos. Decía que bailaban todos fatal y que le hacían un favor dejándola tranquila.

—Pero no le daba igual.

—No —respondió mi madre—. A mí me decía que sí, pero yo sabía que no. Aunque al final acababan todas sentadas a su lado.

—¿Quiénes?

—¡Las chicas! Aurora se enteraba de todo. De quién estaba por quién, de quién había bailado con una para darle celos a otra, de quién decía que no le gustaba uno cuando estaba loca por él...

—Vamos, que mientras los demás bailaban, ella cotilleaba.

—Ella decía que observaba.

—Como una antropóloga —bromeé.

—Todas iban a preguntarle. «Aurora, ¿tú crees que le gusto?», «Aurora, ¿por qué no me ha sacado hoy?», «Aurora, ¿qué hago con este?».

—¿Y asesoraba bien?

—Pues debía de saber bastante. Acabó haciendo de celestina con medio pueblo.

—¡No me digas!

—Unas cuantas parejas salieron de allí gracias a ella. Y algún desastre evitó también.

Por primera vez desde que había encontrado la caja pensé en mi madre y Aurora no como dos mujeres mayores que llevaban media

vida sin hablarse, sino como dos hermanas jóvenes que alguna vez debieron de contarse esas cosas.

—Pero también acabaría harta de que todo les pasara a las otras y no a ella.

—Aurora no quería que la compadeciera nadie. Eso era lo que peor llevaba. Si intentabas ayudarla sin que te lo pidiera, era capaz de mandarte a paseo.

—¿Por casualidad no será Tauro?

—Nació el catorce de mayo.

—¡Lo sabía!

—Aurora era…

La frase salió demasiado deprisa y de pronto mi madre se calló.

No dije nada.

Mi madre tampoco.

Volví a mirar las cartas y decidí retomar el tema…

—Entonces empezó a aprender inglés porque quería irse.

—Sí.

—¿Y mis abuelos le pagaban las clases?

—Al principio. Después empezó a pagarse algunas ella cogiendo puntos a las medias.

—¿Eso qué es?

—Arreglaba medias.

—¿Eso se arreglaba? —pregunté alucinada, porque no tenía ni idea de que aquello tuviera arreglo.

—Cuando se hacía una carrera, la arreglaba punto por punto. Había que tener una paciencia tremenda y muy buena mano. Aurora tenía las dos cosas. Entonces unas medias costaban dinero, Vera. Si se hacía una carrera no las tirabas y comprabas otras como harías ahora.

—Yo no uso medias. No las soporto. Prefiero un buen leotardo.

—En mi época nadie soñaba con unos leotardos.

—¡Ni ahora! ¿Y… Aurora arreglaba muchas medias?

—Las mujeres empezaron a llevárselas. No ganaba una fortuna, pero se sacaba sus pesetas.

—Y las guardaba.

—Casi todas. Llevaba años ahorrando para marcharse.

Miré otra vez la primera carta.

De pronto, la frase *Ya estoy en Londres* significaba algo diferente.

No era una ocurrencia.

Detrás había años.

—¿Y cómo consiguió el trabajo de Londres?

—Moviéndose.

—Mamá... ¡hay que sacarte las palabras con sacacorchos!

—¿Qué quieres que te diga? Escribió a un montón de sitios. Preguntó, pidió direcciones... Don Ricardo también la ayudó con alguna carta. Al final consiguió que le apalabraran un puesto en unos grandes almacenes.

—¿Desde España?

Cada vez me gustaba más aquella tía desconocida. No podía molar más.

—Sí.

—Aquí hay una carta en la que dice que mañana empieza.

—Pues sería en ese trabajo —supuso mi madre.

—Dice que jamás habría encontrado un trabajo así en España.

—Probablemente no.

—¿Por el sueldo?

—También.

Entendí perfectamente lo que no había dicho.

—Y por la pierna.

—Aquí ya habían decidido demasiadas veces lo que Aurora podía y no podía hacer.

Me quedé callada.

—Aquí habla también de todos los papeles que tuvo que conseguir.

—En aquella época viajar y salir a trabajar fuera no era como ahora, Vera.

—Ya.

—Y menos para una mujer.

Mi madre me habló por encima de los meses que Aurora pasó preparando la marcha. Del pasaporte, de certificados, de papeles que parecían necesitar siempre otro papel y del Servicio Social de la

Sección Femenina, que por entonces se metía en demasiadas cosas de la vida de una mujer.

—Vamos, que no era comprar un billete y largarse.

—Ni muchísimo menos.

—¿Y aun así lo hizo?

—Te he dicho que llevaba años queriendo hacerlo.

Miré la caja y sentí algo extraño. Tal vez porque Aurora empezaba a dejar de ser un nombre.

—Debió de estar acojonada —comenté.

—Seguramente.

—Aunque en la carta no lo parece.

Mi madre tardó un instante en contestar.

—Aurora nunca reconocía que tenía miedo.

—¿Ni contigo?

—Conmigo algunas veces —se le escapó a mi madre.

Otra vez.

Porque por mucho que llevara toda la vida hablando de su hermana como de alguien que se había marchado y había decidido olvidarse de ellos, a cada momento se le escapaba algo que lo contradecía.

—También pregunta por papá.

Esta vez el silencio fue inmediato.

—Se conocían —dijo finalmente, seca.

—Eso parece.

—En Villamayor se conocía todo el mundo.

—Dice que papá quería marcharse también al extranjero.

—Lo típico de cuando eres joven —dijo mi madre, quitándole importancia.

—Pero al final se quedó.

—Y fue maestro. Y tuvo una vida estupenda. No creo que se arrepintiera de nada —se apresuró a decir mi madre, que soltó todo aquello del tirón.

Pero era más que obvio que habíamos llegado a un sitio por el que mi madre no quería seguir. Así que repliqué antes de que me colgara:

—¿Por qué siempre me dijiste que Aurora se había marchado y no había querido saber nada de vosotros?

—Porque fue lo que acabó ocurriendo.

—Pues aquí hay muchas cartas.

—Al principio escribía.

Miré la caja.

—¿Durante cuánto tiempo?

—No lo recuerdo, Vera. Ha pasado una vida entera.

—Ya.

—No saques conclusiones por cuatro cartas.

—No estoy sacando ninguna conclusión. Pero no son cuatro… ¿Y qué será de ella?

—No tenemos contacto.

—¿Estará viva?

—Que yo sepa sí.

—Qué triste. Es tu hermana. Me habría encantado tener una hermana. ¿No tienes su dirección o su teléfono…? ¡O un correo electrónico!

Mi madre tardó un poco en volver a hablar y finalmente dijo:

—No. Nada. Son cosas que pasan en las familias. Y si hubiera muerto, nos habríamos enterado.

—¿Quién nos iba a avisar?

—Alguien. La familia. No sé. Estas cosas terminan sabiéndose.

—Eso no es saber que está viva.

—Pues es lo único que puedo decirte.

Colgué poco después y me quedé mirando las cartas.

Lo cierto era que mi madre no me había mentido exactamente. Aurora podía haber escrito durante un tiempo y después haber desaparecido.

Volví a la caja.

Había una manera bastante sencilla de comprobarlo.

Ordené los sobres por fechas.

Había más.

Muchos más.

—Comencemos por el principio —murmuré.

Cogí los de 1967 y me agobié.

No podía leerlos todos o acabaría necesitando otras cuatro semanas de vacaciones, así que fui escogiendo algunos.

A través de ellos vi pasar un año de la vida de una mujer a la que no conocía.

Aurora trabajaba en los grandes almacenes, había cambiado de habitación, descubría Londres, se quejaba de la lluvia, ahorraba y mandaba noticias a casa. Caminaba demasiado y después protestaba porque le dolía la pierna. Seguía escribiendo a don Ricardo. Preguntaba por sus padres y por Pilar.

Y, de vez en cuando, preguntaba por Pepe.

Así hasta que apareció Robert.

La primera vez apenas ocupaba dos líneas.

He conocido a un inglés que se llama Robert y es físico. No pongas esa cara, mamá. Ya sé que la estás poniendo, aunque esté a más de mil kilómetros.

Me reí, porque me imaginé la cara de mi abuela leyendo aquello.

En la siguiente carta Robert ocupaba media página.

En otra habían ido juntos a cenar.

Después a un concierto.

Y unos meses más tarde Aurora ya no fingía que Robert era simplemente un hombre al que había conocido.

Estaba enamorada.

Lo supe antes de que ella lo escribiera.

Me resultó extraño estar allí, en el suelo de la casa de mis abuelos, viendo enamorarse a mi tía casi sesenta años después de que ocurriera.

Busqué las cartas de 1968.

La siguiente que abrí era de marzo.

Robert había recibido una propuesta profesional.

Australia.

—Hostia.

Seguí leyendo.

Melbourne.

Le habían ofrecido una plaza en la Escuela de Física de la Universidad de Melbourne. Una oportunidad demasiado buena para rechazarla.

Aurora estaba contenta por él.

Y aterrorizada.

Londres ya le había parecido el otro extremo del mundo cuando salió de España.

Australia era otra cosa.

Abrí la carta siguiente.

Y otra.

Durante varias semanas Aurora no sabía qué hacer.

Robert quería que fuera con él.

Mi abuela, por lo que deduje de las respuestas que Aurora daba a preguntas que yo no podía leer, debía de haberse opuesto desde el primer momento.

Hasta que llegué a una carta fechada en junio de 1968.

La leí entera.

Después volví al principio.

Mamá:
He decidido irme con Robert. Nos casamos en un mes.

Me quedé mirando aquellas palabras.

Aurora tenía veintiséis años.

La chica a la que nadie sacaba a bailar había conseguido salir de España, había empezado una vida en Londres, se había enamorado hasta las trancas y ahora pensaba cruzar medio planeta casada con un tal Robert que tenía pinta además de ser un pedazo de tío.

Sé que todo está pasando muy deprisa y que Australia te parece el fin del mundo. A mí también. Hace dos años pensaba que Londres estaba lejísimos y ahora voy a casarme con un inglés que se parece a Charlton Heston y a marcharme a un lugar que hasta hace poco apenas habría sabido señalar en un mapa. Sé que tú preferirías tenerme cerca. Pero también sé que, si no voy, pasaré el resto de mi

vida preguntándome qué habría ocurrido si hubiera tenido el valor de hacerlo.

Bajé la carta.

Joder. Charlton Heston. Nada menos.

Lo que era la vida… Mi tía con Charlton Heston y yo con Pepito Grillo.

El apodo era cosa de Sonia. Después de que Fer y yo lo dejáramos, un día dijo que tenía un aire y, por desgracia, en cuanto me lo señaló yo también se lo vi. La cara estrecha, la nariz un poco afilada... No se lo dije nunca. Que me hubiera puesto los cuernos no significaba que yo tuviera que destrozarle la autoestima.

Sonia tuvo menos escrúpulos y le pegó una foto de Pepito Grillo en la taquilla del hospital.

Fer todavía no sabe quién fue.

Yo tampoco pienso decírselo.

Pero volvamos a mi tía…

Dos años antes había ahorrado peseta a peseta cogiendo puntos a las medias para llegar a Londres. Ahora iba a cruzar medio mundo en avión para empezar una vida en Australia con un maromazo que daba clases en la Universidad.

Y con miedo y con todo… se fue.

Lo que ya no tenía tan claro era que aquella mujer hubiera querido desaparecer de la vida de nadie.

Miré la caja, convencida de que ahí estaba la respuesta.

Todavía quedaban muchos sobres y apenas había llegado a 1968.

Capítulo 4

Evidentemente, no iba a dejarlo ahí. Después de descubrir que mi tía pensaba casarse con un inglés que se parecía a Charlton Heston y largarse con él a la otra punta del mundo, lo de seguir ordenando la casa podía esperar.

Busqué entre los sobres hasta encontrar el siguiente.

La primera carta australiana estaba fechada apenas unos meses después.

Melbourne, 17 de octubre de 1968.

Me quedé mirando la fecha.

Era la primera vez que aquella ciudad aparecía escrita en uno de los sobres y, por alguna razón, me produjo una impresión diferente a la que me había producido Londres.

Londres estaba lejos.

Melbourne estaba en la otra punta del mundo.

Abrí la carta.

Querida familia:
He llegado bien.
El viaje fue largo, pero aquí todo es distinto.
Australia es infinita y todavía me cuesta creer que estoy tan lejos.
Pienso en vosotros cada día. Espero que estéis bien.
Os quiero.
Aurora.

Eso era todo.

Le di la vuelta a la hoja por si continuaba detrás.

Nada.

—Pues te has explayado.

Después de todas aquellas cartas de Londres, llenas de nombres, anécdotas y comentarios escritos hasta los márgenes, aquellas pocas líneas me desconcertaron.

Tal vez estaba cansada.

O abrumada.

O quizá una puede cruzar medio planeta, aterrizar en Australia recién casada y descubrir que no tiene ni puñetera idea de cómo explicar lo que siente.

Y justo cuando estaba con esos pensamientos el móvil vibró sobre la mesa.

Lo cogí pensando que sería mi madre.

Pero eran las chicas. Abrí el chat.

Habían salido de Madrid el día anterior, y las últimas veinte horas podían reconstruirse perfectamente a través de las fotografías que habían ido mandando.

Sonia dormida con la boca abierta.

Marta sujetando un café en el aeropuerto de Dubái.

Silvia enseñando unos calcetines de compresión que le llegaban hasta las rodillas.

Y, por fin, la última.

Las tres en Bali hechas una mierda.

Me partí de risa.

SILVIA: Hemos llegadoooo.

SONIA: No siento el culo.

MARTA: Ni las piernas.

SONIA: Pero tenemos una villa en la que te correrías de gusto. ¡Con la falta que te hace!

A continuación, apareció un vídeo de una piscina rodeada de vegetación.

Amplié la imagen.

Aquello era precioso.

Por supuesto que era precioso. Ese era el problema.

Durante dos años había repetido que Bali me importaba una mierda hasta conseguir que casi pareciera verdad.

Cerré la foto porque me estaba entrando ansiedad de verla.

SONIA**:** Última oportunidad. ¡Pilla un avión, so pringada!

VERA**:** Sí. Ahora mismo salgo. Voy a decirle al piloto que me espere.

SONIA: Cobarde.

Le mandé un dedo.

Era mucho más fácil que reconocer que me habría gustado estar allí.

Aparecieron tres corazones. De Marta… de quién si no.

En fin, ellas estaban en Bali. Aurora acababa de llegar a Melbourne y yo estaba en Villamayor, rodeada de cartas y con la casa exactamente igual de desordenada.

No pensaba analizar quién de las cuatro había tomado mejores decisiones porque ya sabía la respuesta.

Dejé el móvil boca abajo. Fuera, las chicharras parecían haberse propuesto reventarme los tímpanos y por la ventana entraba un aire caliente que no refrescaba absolutamente nada. Me recogí el pelo con una pinza en lo alto de la cabeza y cogí la siguiente carta.

Esa sí era Aurora.

Seis páginas.

En ellas contaba que Robert había empezado a trabajar en la Universidad de Melbourne y que ella todavía se perdía cada dos por tres. Hablaba de calles enormes, de tranvías, de un clima que le había desmontado completamente las estaciones del año y de lo extraño que resultaba pensar que en España se acercaba el invierno mientras allí comenzaba la primavera.

También había una fotografía.

La saqué del sobre.

Era pequeña, en blanco y negro, con los bordes blancos. Aurora y Robert aparecían delante de un edificio que no reconocí.

Me acerqué la foto.

A mi tía sí la reconocí.

Había visto fotografías suyas de niña, junto a mi madre, pero aquella era la primera que encontraba de adulta.

Tenía el pelo oscuro, una sonrisa enorme y una mano metida debajo del brazo de Robert.

Y Robert...

—Joder.

Le di la vuelta a la fotografía.

Robert y yo. Melbourne, 1968.

Volví a mirarlo.

Mi tía no había exagerado.

El hombre tenía cierto aire a Charlton Heston, pero lo que me llamó la atención de la foto no era solo él.

Era ella.

Aurora sonreía y parecía feliz. Feliz de verdad. No como cuando alguien sabe que le están haciendo una foto y enseña los dientes porque toca.

Pensé en todo lo que acababa de saber de ella.

En los chicos que no la sacaban a bailar. En los trabajos que no había conseguido porque algunos veían su pierna antes que a ella. En todas aquellas veces en las que debía de haberse sentido rechazada.

Y aun así había conocido a Robert y se había enamorado.

No había dejado que todo lo anterior decidiera lo que iba a pasar después.

Yo sí.

Hacía dos años que había abierto una puerta y había encontrado a Fer con Natalia. Dos años. Ya no estaba enamorada de él. No quería volver con él. Ni siquiera me dolía verlo con Natalia de la manera en que me había dolido entonces.

Pero había cosas que seguían exactamente donde las dejó aquella puerta.

Bali, por ejemplo.

Mis amigas acababan de cruzar medio mundo para llegar allí y yo no había sido capaz ni de comprar un billete.

Decía que no me daba la gana, que había miles de sitios mejores, que no necesitaba ir a Bali para demostrar absolutamente nada.

Y las tres cosas eran verdad, pero no eran toda la verdad.

La verdad era que una parte de mí seguía sin querer pisar el lugar al que había estado a punto de viajar con Fer.

Y tampoco había vuelto a confiar en nadie lo suficiente como para atreverme a tener una relación.

Volví a mirar a Aurora.

Ella había tenido muchos más motivos que yo para mandar a los hombres a la mierda para siempre.

Y ahí estaba.

En Melbourne.

Agarrada del brazo de Charlton Heston y sonriéndome.

—Bien por ti —murmuré.

Guardé la fotografía y seguí leyendo cartas.

Durante los meses siguientes fui viendo cómo construía una vida.

Una casa pequeña.

Amigos nuevos.

Robert absorbido por su trabajo como físico.

Aurora aprendiendo a moverse sola por Melbourne y escribiendo a casa con una mezcla extraña de entusiasmo y nostalgia.

Hasta que encontré una carta diferente.

No porque el sobre lo fuera.

Ni siquiera por la fecha.

Fue la primera frase.

Mamá, hay algo que nunca te he contado.

Me acomodé mejor, ansiosa por saber.

¿Te acuerdas de la radio de la cocina? Claro que te acuerdas. Siempre decías que cualquier día iba a gastarla de tanto tenerla encendida.

Me emocionó leer aquello porque a mí también me gustaba mucho la radio. Solía encenderla en cuanto me levantaba, la escuchaba en el coche y también me la ponía en el trabajo.

Y por supuesto que la había escuchado muchísimo en casa. Como ella.

La escuchaba mientras hacíamos croquetas, mientras cocinabas, mientras planchábamos. También cuando me sentaba a coger puntos a las medias. Si podía encenderla, la encendía.

Pero nunca te conté por qué me gustaba tanto.

Abrí mucho los ojos y seguí leyendo…

Yo soñaba con estar dentro.

Fruncí el ceño.

Ya sé que nadie está dentro de una radio, mamá. No empieces. Lo que quiero decir es que escuchaba aquellas voces y pensaba que algún día me gustaría que la mía fuera una de ellas.

Me imaginaba hablando y pensaba en todas las casas en las que alguien podría estar escuchándome mientras cocinaba, cosía o hacía cualquier otra cosa, igual que yo los escuchaba a ellos.

Casi nunca hablaba de aquello.

Ni siquiera con Pilar.

Volví a leer esa frase.

Ni siquiera a Pilar.

Me parecía una tontería. ¿Qué iba a hacer yo con aquello? Para trabajar en algo así tenía que estudiar. En casa no había dinero para mandarme a estudiar lo que yo quería y después bastante tuve con encontrar trabajos que quisieran darme.

Así que dejé de decirlo incluso para mí.

Aquello me dolió.

Porque de repente imaginé a la misma chica que mi madre acababa de describirme. La que se quedaba sentada en los bailes. La que arreglaba medias para ganar unas pesetas. La que aprendía inglés mientras su padre preguntaba para qué demonios iba a necesitarlo.

Y mientras tanto tenía otro sueño.

Uno que no le había contado a nadie.

Seguí leyendo.

Pero aquí es diferente.

He estado informándome.

Voy a estudiar Periodismo.

—Toma ya.

Me salió en voz alta.

Sé que estás pensando que he perdido la chaveta. Pero puedo hacerlo. Tendré que trabajar y estudiar al mismo tiempo y seguramente durante una temporada no tendré tiempo ni para respirar, pero puedo hacerlo.

Robert dice que tengo una voz muy radiofónica y me apoya para que estudie.

Eso me gustó. Robert no solo estaba como un tren. Además, parecía buen tío.

He encontrado trabajo por las tardes en una biblioteca y con eso podré ayudar a pagar los estudios. No quiero que Robert cargue con todo. Él dice que ahora somos un matrimonio y que deje de decir tonterías. Yo le he dicho que precisamente porque somos un matrimonio no pienso convertirme en un mueble que ha traído desde Inglaterra.

Solté una carcajada.

Definitivamente, Aurora era la bomba.

No sé si algún día conseguiré trabajar en una radio. Ni siquiera sé si seré buena periodista.

Pero quiero intentarlo.

Y si he llegado hasta Australia, supongo que puedo intentar unas cuantas cosas más.

Dejé la carta y pensé que aquello sí que era llegar mucho más lejos.

No en kilómetros.

O no solo.

Me levanté a por agua.

Llevaba horas leyendo y tenía una pierna dormida. Atravesé la casa descalza, esquivando una caja que seguía exactamente donde

la había dejado aquella mañana, y al pasar frente a la ventana vi la morera derretirse bajo el sol.

Había ido a Villamayor para ordenar una casa y, hasta el momento, mi mayor aportación había consistido en cambiar de sitio una caja y descubrir que mi tía había tenido más vida antes de los treinta que yo en toda la mía.

Tampoco pensaba analizar aquello.

Volví con el vaso.

Cogí otra carta.

Y después otra.

A partir de entonces, la vida de Aurora pareció acelerarse.

Estudiaba.

Trabajaba.

Se quejaba de que no tenía horas suficientes en el día.

Robert seguía en la universidad y ella contaba que debía de ser el hombre más paciente de Australia.

Aurora llegaba tarde, olvidaba comprar comida, dejaba libros abiertos por toda la casa y seguía escuchando la radio.

Ahora de otra manera, claro.

Anotaba nombres, programas, formas de entrevistar, se enfadaba cuando alguien hacía una pregunta estúpida y se emocionaba cuando escuchaba una historia bien contada.

En una carta escribió algo que me hizo acordarme de lo que mi madre me había contado sobre los bailes.

Creo que llevo toda la vida observando a la gente.

Cuando no puedes estar en el centro, aprendes mucho mirando desde fuera.

Seguí avanzando.

No leí todas las cartas.

Eran tantas…

Pero ya había empezado a aprender a escogerlas.

Las más gruesas, las que tenían algo escrito detrás, las que mi abuela parecía haber abierto más de una vez…

Y entonces llegué a 1971.

Al sacar una de las cartas, algo cayó sobre mis piernas.

Una fotografía.

La recogí.

Era un bebé. Gordito, con cuatro pelos oscuros y una expresión de absoluto cabreo con el mundo.

Era muy gracioso.

—Hola.

Le di la vuelta.

Había un nombre y una fecha escritos detrás.

Santiago. Tres meses. 1971.

Me quedé patidifusa.

—¿Santiago? ¿Se llamaba como mi abuelo?

Volví a mirar al bebé.

El único Santiago que había existido en mi familia, que yo supiera, era mi abuelo.

Busqué la carta dentro del sobre y empecé a leer más deprisa.

Mamá, Santiago está enorme. Robert dice que cada día se parece más a mí y yo creo que lo dice porque el pobre niño ha salido cabezón.

Espera.

Volví al principio.

Mamá, Santiago está enorme.

Miré otra vez la fotografía.

—No me jodas. ¡Si hasta tenía un aire al abuelo!

¡Dios! Aurora tenía un hijo.

Me quedé atónita con la foto entre los dedos.

Mi madre tenía un sobrino.

Yo tenía un primo en Australia del que nadie me había hablado jamás.

Intenté buscar en mi memoria alguna conversación, algún nombre escuchado de pequeña, una fotografía, cualquier cosa.

Nada.

Santiago no existía en ninguna de las historias que me habían contado sobre mi familia.

Aurora sí, aunque fuera de aquella manera vaga en la que siempre había existido: la hermana de mi madre que se marchó a Australia y acabó desapareciendo de nuestras vidas.

Pero un hijo...

—Mamá, ¿cómo coño no me has contado esto?

Con la ilusión que me habría hecho saber que tenía un primo al que podría haber ido a ver.

Por ejemplo, dos años atrás, cuando pillé a Fer con Natalia y cancelé el viaje a Bali. Habría sido un momento estupendo para que mi madre me dijera: «Oye, por cierto, tienes un primo en Australia».

Yo habría cambiado monos por canguros, habría puesto diecisiete mil kilómetros entre Pepito Grillo y yo y, de paso, habría conocido a un miembro de mi familia.

Todo ventajas.

Pero no.

Yo no sabía absolutamente nada de la existencia de aquel bebé.

Estuve a punto de coger el teléfono y llamar a mi madre. Lo tenía al lado. Incluso desbloqueé la pantalla y busqué su nombre. Pero no llamé. ¿Para qué? Ya sabía cómo iba a ir la conversación…

Mamá, ¿Aurora tenía un hijo?

Vera, ahora no puedo hablar.

Mamá.

Estoy haciendo la comida.

Y luego tendría que sacarle cada palabra con sacacorchos.

Dejé el móvil otra vez sobre la mesa.

Primero iba a leer y después ya decidiría qué coño preguntarle.

Volví a la carta.

Robert sigue diciendo que podríamos haber elegido cualquier otro nombre y yo sigo diciéndole que ya tuvo bastante con conseguir que el niño llevara su apellido.

Sonreí un poco.

Papá se lo merece. No se lo digas, que se pondrá insoportable.

Pasé el pulgar por uno de los bordes de la fotografía.

Aquel bebé debía de tener ahora cincuenta y tantos años. Y no podía dejar de pensar que en algún lugar de Australia había un hombre que era mi primo y yo acababa de enterarme de su existencia porque su foto se había caído de una carta escrita hacía más de medio siglo.

Aquello ya no era raro.

Era rarísimo.

Me pregunté si Santiago seguiría viviendo en Australia. Si tendría hijos. Si sabría que yo existía. Y aquella última pregunta me molestó bastante más de lo que esperaba.

Me levanté a hacerme un bocadillo y me lo comí mientras seguía leyendo a ver si me enteraba de algo.

Aurora hablaba de noches sin dormir, de Robert paseando con el niño por la casa, de apuntes mezclados con pañales y de lo difícil que estaba resultando compaginarlo todo.

Pero no hablaba de dejarlo ni una sola vez. Al contrario, parecía todavía más empeñada.

Pasé a las cartas siguientes.

Santiago empezó a crecer entre ellas.

Primero unos meses.

Después un año.

Aurora avanzaba también. Aunque a ratos perdía cosas…

Robert dice que tengo suerte de llevar la cabeza pegada al cuerpo, porque, si pudiera quitármela, ya la habría perdido también. Ayer me pasé media hora buscando las llaves y las tenía en el bolsillo.

Luego me enteré de que terminó Periodismo mientras Santiago aprendía a gatear y, en cuanto tuvo el título, empezó a buscar la manera de acercarse profesionalmente a la radio.

No fue inmediato.

Eso me gustó.

Habría resultado demasiado perfecto que una chica de Villamayor aterrizara en Australia y al día siguiente alguien le pusiera un micrófono delante.

Primero hizo trabajos pequeños. Escribió. Ayudó. Preparó textos. Se presentó donde pudo. Recibió varios noes y aquello tampoco pareció sorprenderla demasiado.

Supongo que después de una vida escuchando que no podía hacer cosas por su pierna, un no debía de tener que esforzarse bastante para impresionarla.

Hasta que encontré otra carta.

Cuando levanté la vista, la luz que entraba por las ventanas ya no era la misma. Se me había ido la tarde leyendo la vida de una mujer a la que apenas recordaba haber conocido.

El sobre estaba fechado bastante después que el anterior.

Lo abrí y solo tuve que leer tres líneas…

Mamá:
Hoy ha pasado.
Hoy he hablado por la radio.

Se me puso la piel de gallina y seguí con el corazón acelerado:

Han sido apenas unos minutos. Seguramente nadie se acordará mañana de mi nombre y yo he estado tan nerviosa que durante los primeros segundos creía que se me había olvidado hasta respirar.
Pero he hablado.
Y mientras lo hacía he pensado en nuestra cocina.

Tragué saliva.

En la radio encendida.
En ti haciendo lentejas.
En mí cogiendo puntos a unas medias en el salón y pensando que algún día sería mi voz la que escucharía alguien al otro lado.
Hoy alguien la ha escuchado.

Dejé la carta sobre mis piernas y sonreí emocionada.

Mi tía había llevado aquel sueño escondido durante años y lo había conseguido.

—Te admiro, Aurora.

Luego miré los sobres que todavía quedaban dentro de la caja y no pude evitar pensar que había una cosa que empezaba a tener cada vez menos sentido.

Aquella mujer escribía muchísimo sobre su trabajo, sobre Robert, sobre Santiago…

Escribía incluso de cosas que había mantenido en secreto durante media vida.

Y seguía pensando en su familia desde el otro lado del mundo.

Así que la pregunta ya no era por qué Aurora se había marchado.

Eso empezaba a entenderlo perfectamente.

Pero había otra pregunta que cada vez tenía menos respuesta: ¿por qué en mi familia apenas se hablaba de Aurora?

Capítulo 5

Durante los dos días siguientes seguí leyendo.

No todo el rato, porque tampoco quería acabar convirtiéndome en parte del mobiliario, pero sí lo suficiente como para haber avanzado varios años en la vida de Aurora.

La casa, en cambio, seguía prácticamente igual.

Había conseguido tirar dos bolsas de basura, ordenar un armario y recolocar tres cajas.

Una de las cajas, de hecho, había acabado exactamente en el mismo sitio de donde la había sacado, así que tampoco sabía si aquello podía considerarse progreso.

El problema era que me daba pena tirar cualquier cosa que tuviera un mínimo de historia. Un botijo desportillado podía tener arreglo. Una jarra de barro era monísima. Una fuente con don Quijote pintado tenía su encanto. Y una garrafa forrada de mimbre que probablemente llevaba cuarenta años sin servir para nada me pareció de pronto imprescindible para mi futuro.

A ese paso, en septiembre la casa iba a seguir llena de mierda, pero de mierda cuidadosamente seleccionada por su valor sentimental.

Aunque, si soy sincera, las cartas me interesaban bastante más.

También ayudaba que mis amigas estuvieran a doce mil kilómetros comportándose como si las hubieran soltado en Bali sin supervisión adulta.

El grupo de WhatsApp llevaba dos días echando humo.

Había recibido fotografías de templos, playas, arrozales y comida que no sabía identificar, además de varios vídeos completamente inútiles.

En el último, Sonia discutía con un mono.

SONIA: Me ha robado las gafas.

VERA: Te avisé.

SONIA: No me avisaste de que fueran delincuentes.

SILVIA: Ha intentado negociar con él.

VERA: ¿Con el mono?

MARTA: Le ha ofrecido un plátano a cambio de las gafas.

SONIA: Y el hijo de puta se ha quedado con las dos cosas.

Vi el vídeo tres veces.

La tercera, principalmente, porque terminaba con Sonia llamando «puto ladrón» al mono mientras Marta se doblaba de risa detrás de la cámara.

Después llegó una foto de las tres frente al mar.

Esa no tenía ninguna gracia.

Estaban guapísimas.

Y Bali también.

Me quedé mirándola unos segundos más de los necesarios antes de cerrar WhatsApp.

Volví a las cartas.

Para entonces Aurora ya llevaba tiempo trabajando en la radio.

Al principio habían sido cosas pequeñas. Colaboraciones, textos, intervenciones breves, alguna entrevista que no había salido como esperaba.

Después empezó a aparecer cada vez más.

Y llegó el programa.

No nació como un gran proyecto ni como algo que Aurora hubiera planeado durante años. Por lo que contaba, alguien en la emisora se había dado cuenta de que se le daba especialmente bien escuchar a la gente y hacer preguntas que conseguían que terminara contando mucho más de lo que pensaba contar.

No me sorprendió.

Después de todo lo que mi madre me había contado sobre los bailes de Villamayor, Aurora debía de llevar practicando aquello desde los dieciséis años.

Primero comenzaron a llegar algunas cartas de oyentes.

Después más.

Y acabaron siendo tantas que una parte del programa empezó a girar alrededor de ellas.

Problemas de pareja.

Amores imposibles.

Gente que llevaba quince años casada y no sabía si seguir.

Mujeres enamoradas de hombres que no las miraban.

Hombres que preguntaban si una compañera de trabajo estaba loca por ellos porque les había pedido un bolígrafo.

Aurora le contaba a mi abuela algunas de las historias, sin nombres, claro.

Una de las cartas me hizo reír.

Hoy ha escrito una mujer porque su marido lleva seis meses diciendo que sale a correr todas las tardes y ella acaba de descubrir que las zapatillas siguen nuevas en el armario. Me ha preguntado si creo que debería preocuparse.

Le he dicho que solo si también ha descubierto que el marido ha adelgazado.

Me lo pasaba genial con la retranca de mi tía.

Seguí leyendo.

Cuanto más avanzaba, más entendía por qué aquel programa había terminado funcionando.

Aurora no daba sermones.

No parecía pensar que supiera más que nadie.

Escuchaba y después decía lo que pensaba, a veces con bastante mala leche.

En una carta de mediados de los setenta le contaba a mi abuela que una oyente le había preguntado cómo podía saber si una relación iba a salir bien.

Leí más despacio.

Cada vez me pregunta más gente cosas que no tienen respuesta, mamá.

Cómo saber si un hombre es el adecuado. Cómo saber si un matrimonio durará. Cómo saber si merece la pena intentarlo. Y yo siempre pienso lo mismo: no se puede saber.

Apoyé la carta sobre las rodillas y seguí devorándola porque el tema me interesaba muchísimo.

Cuando decidí casarme con Robert y marcharme con él a Australia tampoco sabía si iba a salir bien. ¿Cómo iba a saberlo? Podíamos habernos equivocado. Podíamos haber descubierto con el tiempo que no éramos tan buenos juntos como creíamos.

Pero quería intentarlo.

Y creo que eso es lo que trato de decirles a quienes me escriben. Que no puedes dejar de vivir algo solo porque no sepas cómo va a terminar.

Me quedé mirando aquellas líneas y pensé que podía aplicarme el cuento.

Pero claro, era muy fácil dar ese consejo cuando ella se había largado con Charlton Heston y años después seguía con él.

A mí me había salido bastante peor. Me había sido infiel Pepito Grillo.

Bufé y pasé la hoja.

O eso intenté.

Porque menos de un minuto después volví atrás y leí otra vez el último párrafo.

No puedes dejar de vivir algo solo porque no sepas cómo va a terminar.

—Ya.

Doblé la carta.

No estaba segura de si lo que más me molestaba era que Aurora tuviera razón o que yo no pudiera asegurar que se equivocaba.

Cogí otra.

Y otra.

Los años empezaron a pasar más deprisa.

Santiago crecía.

Robert seguía en la universidad y estaba preparándose para conseguir la cátedra.

Aurora iba ganando espacio en la radio y su programa terminaba teniendo nombre propio, horario fijo y una audiencia fiel.

Las cartas también empezaron a cambiar.

Primero habían sido larguísimas.

Después cuatro páginas.

Después dos.

Y llegó un momento en que empezaron a mezclarse con postales, felicitaciones de Navidad y notas mucho más breves.

No parecía que hubieran dejado de hablar.

Parecía que habían dejado de necesitar papel para hacerlo.

El teléfono había hecho su aparición.

Y, muchos años después, llegarían otras formas de estar en contacto sin sentarte durante una tarde entera a escribir seis folios.

Aun así, Aurora seguía mandando cosas.

Fotos.

Felicitaciones.

Alguna carta más larga cuando tenía algo importante que contar.

Y a principios de los ochenta encontré una.

Mamá, por fin tenemos casa.

Levanté las cejas.

Y esta vez casa de verdad. Nuestra.

Llevábamos meses buscando y empezaba a pensar que Robert y yo no íbamos a ponernos de acuerdo jamás, pero en cuanto entré en esta supe que era la nuestra.

Tiene jardín, piscina y una cocina enorme. Santiago ya ha decidido que la piscina le pertenece y Robert asegura que dentro de un mes me arrepentiré de haber querido tanto jardín cuando empiece a tener que ocuparme de él.

Qué monos. Me alegré mucho por ellos. Y seguí.

Te dejo la dirección nueva porque pienso hacer todo lo posible para que esta sea la última dirección que tengas que aprenderte.

Debajo aparecía una dirección completa de Melbourne.

La leí y seguí.

Creo que hemos encontrado nuestra casa. Y no te lo vas a creer… ¡Tiene una morera!

Mi tía no podía sonar más feliz.

Guardé la carta con las demás, sin tener ni idea de que unas horas más tarde volvería a buscarla.

Después me hice la cena y me arreglé para ir al festival de cortometrajes.

Llevaba dos días entre cartas, cajas y polvo y empezaba a sospechar que, si no salía de casa, mis amigas iban a ganar finalmente la apuesta de que terminaría hablando con las paredes.

Había bastante gente.

Familias.

Parejas.

Vecinos que no veía desde hacía años.

Gente que me reconocía mucho antes de que yo recordara quién coño era.

Había conseguido llegar a mi sitio sin mantener ninguna conversación que me agobiara, cuando una mujer me agarró del brazo.

—¡Vera!

Me giré.

Tardé unos segundos en ubicarla.

Andrea. La hija de una amiga de mi abuela o de una prima de mi abuela. No me acordaba y daba lo mismo porque en el pueblo ambas cosas podían ser ciertas al mismo tiempo.

—Hola, Andrea.

Me dio dos besos y después me sostuvo por los brazos para mirarme de arriba abajo.

—Estás igual.

Mentía. Hacía dos años que no nos veíamos y yo no estaba igual. Estaba más delgada, llevaba el pelo más largo y creo que hasta miraba de otra manera. Antes daba por hecho que la gente decía la verdad. Ahora buscaba lo que no me estaban contando.

—Tú también.

Mentí yo.

—¿Y aquel chico alto que venía contigo?

Ahí estaba.

Fer.

Por supuesto.

Dos años después y el pueblo aún no había actualizado mi historial sentimental.

—Lo dejamos.

—Ah, ¿sí?

—Hace dos años.

—Pues mejor.

Parpadeé.

—¿Mejor?

—Si no era para ti, mejor saberlo antes de casarte y tener tres criaturas.

—¿Saber qué? —pregunté a la defensiva.

Porque le había advertido a mi madre que no contara a nadie lo de mis cuernos. No quería dar pena. Ni que medio pueblo me mirara como a la gilipollas a la que habían puesto los cuernos.

—Eso que hizo que lo dejarais.

—Ah. Eso. Sí. El aliento —me inventé.

—¿Le cantaba el pozo?

—Al principio era poco, pero luego…

—Oy, oy, oy… —saltó Andrea, espantada con la tragedia bucal.

—Al principio era llevadero, pero al final ya era una cuestión de supervivencia.

—Te entiendo. ¿Y ahora tienes novio?

—No.

Me miró con preocupación y, como si le hubiera dicho que no tenía ni un abrigo para pasar el invierno, replicó:

—¿Ninguno?

—Ninguno.

—Pues tendrás que probar con otro.

Me eché a reír y no me quedó otra que preguntar:

—¿Así de fácil?

—Claro. Si uno te salió malo no vas a dejar de probar para siempre.

—Andrea, estamos hablando de hombres, no de melones.

—Por eso. Los melones por lo menos los puedes oler antes.

Me reí y, como ella manejaba información de la buena, le pregunté:

—Oye, Andrea, ¿tú sabes algo de Aurora?

—¿Aurora quién?

—Mi tía. La hermana de mi madre.

Andrea entornó los ojos, pensó unos segundos y soltó:

—¿La que se fue a Australia?

—Esa.

—Pues no. Ni idea.

—¿Nunca has oído nada de ella?

—Que se fue a Australia. Poco más. ¿Por qué?

—Por nada. Estoy leyendo unas cartas suyas de cuando era joven.

—En el pueblo lo que se dice es que tuvo mucho coraje para irse tan lejos y más estando como estaba la pobre…

—¿Por la pierna?

—Claro. Pero no te puedo contar mucho más. Si quieres saber cosas de cuando era joven, pregunta por ahí. Alguno se acordará.

—¿Y tienes noticias recientes de ella? —quise saber, expectante.

—Ni idea. Pero tu madre sabrá, ¿no? Imagino que seguirán en contacto.

Era obvio que Andrea no tenía ni idea de por qué en mi casa apenas se hablaba de mi tía. El silencio entre mi madre y Aurora parecía pertenecer solo a la intimidad familiar, no a la leyenda del pueblo.

Así que consideré que lo más prudente era no darle material nuevo al servicio de información de Villamayor.

—Quería saber cosas del pasado y tal... Bueno, pues encantada de hablar contigo.

Me dio otro beso antes de marcharse.

—Cuídate, guapa.

—Tú también.

La vi alejarse y pensé que ahora resultaba que mi tía desde Australia y las señoras de Villamayor me estaban mandando el

mismo mensaje: si un melón salía malo, no podía pasarme el resto de mi vida sin probar otro.

De momento, me daba una pereza increíble.

Busqué un sitio y me senté.

Los primeros cortos me gustaron.

Uno me hizo reír.

Otro no entendí absolutamente nada, aunque todo el mundo aplaudió como si acabara de presenciar la segunda venida de Cristo.

Y después empezó uno en el que aparecía una chica despertándose.

Apagaba el despertador, se duchaba, se ponía unas gafas rosas, preparaba café, cogía el metro, trabajaba, volvía a casa, cenaba delante de la televisión, se lavaba los dientes, se quitaba las gafas y dormía.

A la mañana siguiente hacía exactamente lo mismo.

Y al día siguiente. Y al siguiente.

Al principio tenía gracia ese día de la marmota.

La repetición estaba montada de manera que algunos pequeños detalles cambiaban.

El vecino.

La taza.

Una mujer que se colaba en el metro.

Un chico con el que coincidía varias mañanas y que parecía empeñado en hablarle.

Pero ella siempre hacía lo mismo.

La misma ruta.

El mismo café.

El mismo vagón.

El mismo trabajo.

La misma casa.

A la cuarta mañana idéntica dejé de encontrarle la gracia.

No porque mi vida fuera así. No me sentí identificada con ese tostonazo de vida. Mi vida estaba bien.

Tenía un trabajo que me gustaba, unas amigas locas, mi pisito alquilado en Aluche que compartía con Sonia, mi familia…

Salía. Iba al cine. A conciertos. Viajaba… A Bali, no… Pero viajaba…

Sin embargo, había algo en aquella chica que empezó a ponerme nerviosa.

Cada vez que el hombre intentaba hablarle, interpretado además por uno de esos actores que tienen cara de buen tío hasta haciendo de asesinos en serie, ella aceleraba el paso y a mí me daban ganas de sacudirla.

—Pero háblale, gilipollas —murmuré.

La señora de pelo morado que tenía al lado me miró.

—Perdón.

Entonces me fijé en que tenía tatuado en el brazo a alguien que me sonaba. Y ella se percató…

—Es Mariano el del taller.

—Es primo de mi padre. Soy Vera.

—Soy Toñi, de Horcajo. Llevamos saliendo un año. Ahora vendrá. Y estoy loca por él.

—Hay que estar loca para tatuarse a un tío —solté en un arranque de sinceridad.

—Me dio por ahí. Pero si sale mal me planto encima un tigre o a Lamine Yamal que me encanta. Y esta tía de la peli debe tener las gafas mal graduadas —apuntó la señora, muy criteriosa ella.

—Pues sí. Debe ser eso.

Volví a la pantalla. Y a la pánfila de las gafas…

Yo no era como ella, me repetí.

No tenía una mala vida.

Aunque claro, viendo el coñazo que era la vida de la de las gafas a lo mejor ese era precisamente mi problema.

Todo estaba bien.

Tan bien que llevaba dos años sin permitir que ocurriera nada que pudiera dejar de estarlo.

—¡Ahora viene lo bueno! —cuchicheó la señora de al lado.

La chica del corto volvió a llegar a la entrada del metro.

Se detuvo.

Durante unos segundos pensé que bajaría las escaleras como todos los días.

Pero no.

—¡Te lo dije! —susurró Toñi.

—Coño —murmuré yo.

—Me pasó algo parecido con mi ex —me contó Toñi—. Un buen día dije hasta aquí. Y a los cuatro días se me rompió el coche y apareció Mariano.

Flipé y pensé que yo jamás acabaría tatuándome a un tío calvo con gafas en la cara interna del brazo. Ni a Lamine Yamal tampoco.

No era tan valiente.

Y la de las gafas siguió andando.

Nada más. No sabíamos adónde iba. Solo que había tomado un camino diferente. Y la pantalla se fundió a negro.

La gente empezó a aplaudir y yo también con la vista pegada a la pantalla unos segundos más.

Había pasado diez minutos esperando a que aquella mujer hiciera algo distinto y cabreándome cada vez que volvía a escoger lo mismo.

Y por fin el final feliz, aunque no tuviéramos ni puta idea de adónde iba.

—A la óptica. Y luego a pedirle al chico que vayan a tomarse un café —me sacó de dudas, Toñi—. Es lo bonito de los finales abiertos… para mí siempre acaban bien. Aunque con tal de que dejara de hacer lo mismo, ya era un buen final.

—Pues sí, Toñi, sí.

Claro que qué fácil resultaba verlo cuando se trataba de la vida de otro.

Bajé las manos.

¿Cuánto tiempo llevaba yo esperando a que Bali dejara de removerme algo, a volver a confiar, a tener ganas de intentarlo, a estar segura de que no volverían a engañarme…?

Y aún no había hecho nada para remediarlo.

Lo mismo que estaba haciendo con Aurora.

Sí. Llevaba varios días leyendo su vida, preguntándome qué había pasado, por qué no me habían hablado de ella, dónde estaría Santiago, si Robert seguiría vivo, si Aurora seguiría siquiera en Australia…

Vale que mi madre decía que, si Aurora hubiera muerto, se habrían enterado. Pero eso no significaba que nadie supiera dónde estaba. Y, aparte de preguntar a Andrea, no había hecho absolutamente nada para averiguarlo fuera de leer papeles de hacía medio siglo.

Aquello me dejó pensando.

Y, además, tenía una dirección.

—Joder.

Volví a pensar en la mujer del corto alejándose del metro.

Si no era ahora, ¿cuándo narices pensaba hacerlo?

Me despedí de Toñi y volví a casa tan deprisa que mi vecina Leonisa me preguntó que si se me estaba quemando la cocina.

Le grité que tenía que hacer algo urgente.

Llegué a casa. Encendí la luz del salón y fui directamente a las cartas.

Me costó encontrarla.

Había avanzado tanto que los sobres empezaban a formar pequeñas montañas encima de la mesa.

Hasta que apareció.

Mamá, por fin tenemos casa.

La dirección seguía debajo.

Cogí el móvil, la escribí en Google Maps y la casa apareció enseguida.

—Guau.

Me quedé mirando la pantalla. Y la vi. Un chalet grande rodeado de jardín, con piscina en la parte trasera.

Seguí buscando y me fui a Domain, una web inmobiliaria australiana. Había fotografías de la casa, datos de la parcela y, más abajo, el historial de ventas.

Me detuve al llegar a la última.

Vendida en 2025.

—No me jodas.

El año anterior.

No sabía quién la había vendido. Podía haber sido Aurora, Robert, Santiago o cualquiera que hubiera terminado siendo propietario de aquella casa.

Pero significaba que estaba siguiendo un rastro que llegaba prácticamente hasta el presente.

Seguí tirando del hilo.

Hice lo obvio. Busqué a mi tía y a Robert en Google y no encontré nada.

Después de unas cuantas búsquedas más, descubrí que podía consultar el registro de la propiedad de Victoria. No era gratis, pero a esas alturas de la noche ya había invertido demasiadas horas en mi tía como para echarme atrás por unos cuantos dólares australianos.

Pagué.

Esperé.

Y apareció el nombre del propietario actual de la casa.

Michael Bennett.

Me quedé mirándolo.

No tenía ni idea de quién era Michael Bennett, pero acababa de convertirse en la única persona que podía acercarme un poco más a Aurora.

Copié el nombre.

Otra búsqueda.

Michael Bennett. Melbourne.

Me salieron demasiados.

Añadí la zona, después la dirección y terminé encontrando un teléfono fijo asociado a aquel domicilio.

Pues ya estaba.

Podía llamar.

Pero joder, qué vértigo.

La idea me pareció bastante peor ahora que tenía un número delante.

¿Qué coño iba a decirle a un desconocido en Australia?

Hola, buenas noches, perdone que le moleste, estoy intentando localizar a una señora de ochenta y tantos años que vivía en su casa

y que, por cierto, es mi tía, aunque yo acabe de descubrir prácticamente toda su vida debajo de una loseta.

Perfecto.

Muy normal.

Miré la hora.

Después comprobé qué hora era en Melbourne: las ocho de la mañana.

Genial.

Bueno… aceptable. Más o menos. Si el señor se acostaba tarde, era una putada.

Miré el tiempo en Melbourne. Nueve grados. Cielo gris y nublado.

Cogí aire. Recé para que el tal Michael Bennett estuviera desayunando con la calefacción puesta.

Y marqué envidiando muchísimo a ese tío porque en mi casa debía de haber unos cuarenta y ocho grados.

Estaba tan desesperada que me quité la ropa y el sujetador y me quedé en bragas.

Me abaniqué con la mano, pero más que nada por los nervios.

Un tono.

Dos.

Tres.

Estuve a punto de colgar.

—*Hello!*

Era un hombre. Y tenía la voz de tío bueno, dicho sea todo de paso. Pero como yo estaba en otra película, obvié ese dato y solté con mi inglés de viajera a cualquier lugar menos a Bali:

—*Hi... Sorry. I'm calling from Spain. I'm looking for Aurora...*

Hubo una pausa y respondió en un perfecto castellano. Bueno, perfecto de Valladolid no era, pero se le entendía perfectamente.

—¿Eres española?

Mi inglés me delataba, pero servía para comunicarme:

—Sí.

—Podemos hablar en español.

—¿Hablas español? —repliqué porque estaba atacada. Él seguramente pensó que yo era imbécil.

—Más o menos. Tuve una novia chilena —añadió.

—Ah.

No sabía muy bien qué se suponía que debía contestar a aquello. Andrea ya habría averiguado cuánto duraron, por qué lo dejaron y si la chilena se había casado después. Yo decidí ir al grano antes de que me arrepintiera de lo que estaba haciendo:

—Busco a Aurora. Aurora… —repetí más lento—. Vivía en esa casa.

—Sí —respondió al instante.

—¿La conoces?

—No exactamente. Le compré la casa el año pasado.

Di un respingo y pregunté con el corazón que se me iba a salir por la boca:

—¿A ella?

—A ella y a su marido.

Me quedé completamente quieta.

—¿Charlton Heston sigue vivo?

Hubo un pequeño silencio y el tío replicó como desconcertado:

—Me temo que no.

—El actor ya sé que murió. Digo Robert —aclaré.

Esta vez el silencio duró un poco más.

—Estaban vivos cuando me vendieron la casa.

¡Madre mía! Aurora estaba viva. O, al menos, lo había estado el año anterior. ¡Y Robert también!

Sentí una alegría bastante absurda. Después de varios días leyendo sobre ellos, era como si Michael acabara de darme noticias de dos personas que conocía.

—¡Cuánto me alegro!

—Aunque ahora necesito saber por qué llamas Charlton Heston a un señor llamado Robert.

—Es una historia larga.

—Tengo tiempo.

—Yo no —le corté al tío en seco, sin saber si hablaba en serio o en broma.

Me quedé unos segundos sin hablar y luego solté atropelladamente:

—¿Sabes dónde viven ahora?

—No.

La decepción fue inmediata. Y me dejé caer en el sofá.

—Solo los vi el día de la firma —continuó—. Hablamos un rato, pero no tengo su dirección actual.

—Ya.

Me mordí el labio.

Había llegado hasta Australia sin moverme de Villamayor y acababa de dar contra otra pared.

—¿Quién eres tú? —preguntó Michael.

—Su sobrina. Me llamo Vera Belmonte Arellano.

—Belmonte Arellano.

—Sí. Me apellido de segundo como mi tía.

Michael tardó unos segundos en responder y añadió después:

—Creo que tengo algo tuyo.

Capítulo 6

—¿Cómo que tienes algo mío?

—Bueno, tuyo exactamente no lo sé —rectificó Michael—. Pero creo que deberías verlo.

Me incorporé todavía más en el sofá. A esas alturas, si seguía inclinándome hacia delante, iba a acabar hablando con Australia desde el suelo.

—¿El qué?

—Cuando compré la casa encontré una caja.

—¿Una caja? —pregunté sintiendo un ligero escalofrío por el cuello.

—Sí. Estaba en uno de los armarios del garaje. Hay cartas, fotografías, postales... muchas cosas.

Miré la caja que tenía abierta delante de mí y durante unos segundos no dije nada.

Pero esto se estaba poniendo demasiado interesante. Yo tenía una caja en Villamayor y él tenía otra en Melbourne.

—¿Cartas de quién?

—No lo sé. Pero todas están en español. Bueno, al menos las que leí así por encima. No soy de leer cartas ajenas.

Miré la montaña de correspondencia que llevaba varios días ventilándome y repliqué:

—Yo tampoco. Solo cuando encuentro más de cien debajo del suelo de mi casa.

—Caray.

—Estoy en plena investigación familiar. Y esto que me cuentas de la caja es muy importante. ¿No tiraste nada?

—No.

—¿Por qué?

Michael tardó un segundo en responder.

—Porque lo que hay dentro no es mío.

Aquello me gustó. Me dijo mucho de él. Respetaba las cosas ajenas, aunque fuera una caja vieja abandonada en un garaje.

—Pensé en contactar con Aurora —continuó—, pero no conseguí su dirección nueva. Los de la inmobiliaria cerraron. Después guardé la caja y acabé olvidándome de ella.

—Hasta que te ha llamado una loca desde España.

—Exacto.

—¡Gracias!

—De nada.

Sonreí y volvió a la carga:

—¿La tienes ahí?

—No. Sigue en el garaje.

—Ve a buscarla —dije sin disimular la ansiedad que tenía.

—¿Eso es una petición? —preguntó él, con guasa.

—Sí.

—Ha sonado bastante a orden.

—Michael, son más de las doce de la noche, llevo varios días descubriendo que no sé una mierda de mi propia familia y acabas de decirme que tienes otra caja con cartas de mi tía a miles de kilómetros. No estoy para fórmulas de cortesía. Entiéndelo.

Se rio.

—Dame un minuto, por favor.

Escuché cómo se movía al otro lado de la línea. Una puerta. Pasos. Después un golpe.

—¿Sigues vivo? —grité por si podía escucharme desde la otra punta de la casa.

Y de pronto escuché cómo decía entre risas:

—Sí.

—¡Coño! Te hacía a un kilómetro del teléfono.

—Es inalámbrico. A Australia llegaron hace muchos años. Pero gracias por preocuparte por mí.

—No quiero tener que explicar a la policía australiana que un hombre ha muerto buscando las cartas de mi tía por mi culpa.

—Qué considerada.

—Soy muy buena persona.

—Eso todavía no puedo saberlo.

—Venga, busca.

Oí más movimiento.

Puse el teléfono en manos libres. Me levanté del sofá y fui a por un vaso de agua. Aquello podía tardar.

—La tengo —dijo por fin.

Regresé corriendo.

—Ábrela.

—Otra orden. ¿La gente mandona es buena persona?

—Ábrela, por favor.

—Mucho mejor.

—Te levantas con energía, ¿eh? —le solté.

—Acabo de correr una hora y he hecho un poco de pesas.

Escuché un ruido y después el sonido de papeles moviéndose.

—¡Pues yo voy a tener que tomarme una tila! ¡Necesito saber qué hay dentro de esa caja! —admití.

—Hay bastantes cosas.

—¿Qué?

—Cartas. Muchas. Postales. Fotografías...

—¿De quién?

—Vera, acabo de abrirla. Dame tiempo.

—Vale.

Duré aproximadamente tres segundos.

—¿Y?

Michael se rio.

—Eres muy paciente.

—Muchísimo.

—Casi todas en español.

—¿Puedes mirar algún remitente?

Oí cómo movía algo.

—Aquí hay muchos sobres.

—¿De dónde vienen?

—De España.

—¿Y quién los manda?

Se escucharon unos ruidos y luego contestó:

—De momento son todos de Carmen Uceda.

Se me aceleró el corazón.

—¿Carmen Uceda?

—Sí. ¿La conoces?

—Era mi abuela.

Me quedé mirando la caja que tenía delante y de pronto lo entendí. Yo tenía las cartas que Aurora había enviado a su madre. Y Michael tenía las que mi abuela le había mandado a ella.

Las dos mitades de una conversación que llevaba décadas separada entre Villamayor y Melbourne.

—No me jodas...

—¿Qué?

—Que tienes la otra mitad.

—¿Y por qué no se llevaron la caja cuando vendieron la casa? —preguntó Michael.

—No lo sé. O sí. En alguna carta de mi tía he leído que era bastante despistada. Por una vez me alegro de que lo fuera…

—Tienes que verlo. Hay fotografías antiguas. Un matrimonio mayor en la playa, en una plaza muy chula así como de pueblo. Por detrás pone «Chichón».

—Chinchón. Chichón es lo que te sale cuando te das un golpe en la frente.

—Pues Chinchón es bonito. No lo conozco. Quiero ir a España. De siempre. Pero nunca he ido. Me apunto este sitio.

—¿Me estás ayudando en mi investigación o planeando tus próximas vacaciones? ¿Qué más hay en la caja?

—Más fotos de estos señores y, anda, ¡una niña!
—¿Qué?
—Una niña pequeña —precisó Michael.
—¿Qué niña?
—¿Cómo quieres que lo sepa?
—Mira detrás —le ordené.
—¿Todas las españolas sois así de mandonas?
—Sí. Es genético.
Oí cómo daba la vuelta a la fotografía.
—Hay algo escrito.
—¿Qué pone?
—Un nombre.
—Michael, ¿no te dedicarás a escribir thrillers?
—Vera.
Bufé y repliqué desesperada:
—¿Qué?
—Vera. ¡Pone Vera!
El vaso se quedó suspendido a medio camino de mi boca.
—¿Algo más?
—Una fecha. Agosto de 1996.
Me la dijo.
Dejé el vaso sobre la mesa.
—No me jodas.
—¿Qué?
—Que puedo ser yo perfectamente —mascullé, atónita.
Esta vez fue Michael quien guardó silencio.
—¿Tú?
—Sí. Esa fecha es de cuando era pequeña.
—¿Eres del 96?
—Sí.
—Yo tengo treinta y cuatro.
—Venga, tío, que esto no es un bar. Dime cómo es la niña.
—Pues una niña.
—Gracias por el retrato robot —ironicé.
—Pequeña. De tres meses o así. Dos pelos en la cabeza. Ojos grandes y marrones. Mofletes. Y cara de haberse salido con la suya.

—Soy yo. Hay talentos que aparecen pronto.

—¿Con meses?

—¡Por supuesto! ¿Dónde estoy en la foto?

—Estás sentada en un sofá naranja y llevas un vestido azul de lunares y un pinito formado por tres triángulos en el pecho.

El corazón empezó a latirme más deprisa.

—¡Ese vestido aún lo conserva mi madre!

—Entonces sí que tenía algo tuyo. ¿Ves?

—¿Puedes mandármela?

—Claro. Si quieres mañana te envío la caja.

—¿A España? —repliqué espantada.

—Sí.

—¿Por correo ordinario?

—O mensajería.

—Michael, estás en Australia. No pienso esperar tres semanas ni correr el riesgo de que se pierda por el camino. Hazle una foto.

—¿A la caja?

—A todo. Pero empecemos por mi foto.

—Pues a ver si es cierto lo del talento temprano.

—¿Tienes WhatsApp? —le pregunté.

—Sí.

—Dame tu número. Así me la mandas y, de paso, corto la llamada que no sé cuánto me está costando esto y no quiero tener que vender un riñón para conocer a mi familia.

Me dio su número. Lo guardé como Michael Bennett, el australiano, como si conociera a muchos más que se llamaran así. Y abrí WhatsApp para escribirle.

Fue entonces cuando vi su foto de perfil.

Joder.

En la foto aparecía al aire libre, con una camiseta oscura y el pelo algo revuelto. Sonreía mirando a cámara con esa clase de sonrisa que parecía haberle salido sin esfuerzo.

Amplié la imagen porque aquello había que verlo bien por motivos estrictamente relacionados con la investigación.

Claro.

Y ¡madre mía!

Michael Bennett estaba muy bueno.

No era mono. Ni atractivo. Ni resultón. Era un cañonazo de tío.

Joder.

El desconocido que tenía una fotografía mía de bebé al otro lado del mundo resultaba que, además, era un buenorro cabronazo.

El móvil vibró en mi mano.

MICHAEL: ¿Eres tú?

Debajo apareció una fotografía.

La abrí.

Y me olvidé de Michael Bennett y de su cara.

Porque la niña de los mofletes y dos pelos en la cabeza era yo…

Me quedé mirándola.

Había visto aquella foto muchas veces. Mi madre tenía otra copia en uno de los álbumes de casa.

Pero aquella llevaba casi treinta años en Australia.

En casa de Aurora.

VERA: Sí. Soy yo.

Aparecieron los tres puntitos.

MICHAEL: Qué mona.

Esbocé una sonrisa tontorrona.

VERA: Era un bebé. Ahora he empeorado bastante.

MICHAEL: No parece.

Fruncí el ceño.

VERA: ¿Y tú cómo sabes cómo estoy ahora?

La respuesta llegó enseguida.

MICHAEL: La foto de WhatsApp.

Abrí mi propio perfil como si no supiera perfectamente qué fotografía tenía puesta.

Era una del verano anterior. Pelo suelto, gafas de sol encima de la cabeza y una copa en la mano.

VERA: Cotilla.

MICHAEL: Tú has mirado la mía.

Me quedé con el dedo encima del teclado.

El cabrón tenía razón.

VERA: Era para comprobar que no estaba dando mi número a un psicópata peligroso.

MICHAEL: ¿Y mi foto te ha tranquilizado?

Volví a mirarla y pensé que no me había tranquilizado especialmente: un asesino en serie podía estar buenísimo.

VERA: Todavía estoy valorándolo.

Me llamó por WhatsApp.

—¿No habíamos quedado en dejar de hablar por teléfono? —contesté.

—Esto es gratis.

—Ah. Entonces puedes seguir.

—Gracias.

—De nada.

—Voy a mandarte más fotos.

Empezaron a llegar.

Sobres.

Postales.

Fotografías.

Cartas dobladas.

Algunas eran muy antiguas. Reconocí la letra de mi abuela. Fotos de mis abuelos en la Puerta de Alcalá. En Cuenca. En Fátima. Mi abuela en Benidorm con la braga del bikini sobaquera que no le había visto en la vida. ¡Ni sabía que había usado bikini!

Leí alguna carta por encima. Mi abuela hablaba del tiempo, de lo que le dolían las cervicales, de que mi abuelo había comprado tres kilos de melocotones porque estaban baratos, aunque solo vivieran dos en casa, de que había intentado arreglar el grifo de la cocina y ahora tenían dos problemas en lugar de uno, y de que llevaba una semana sin dirigirle la palabra a Eusebio porque le había ganado al dominó y, según él, haciendo trampas.

En otra hablaba de una vecina que le había copiado las cortinas y encima iba diciendo que las había comprado primero, de que las magdalenas le habían salido fatal, aunque luego añadía que mi abuelo se había comido seis, y de que él había vuelto a guardar un tornillo «por si acaso» en un cajón que ya contenía suficientes tornillos como para reconstruir la provincia de Cuenca.

Se me llenaron los ojos de lágrimas de pura nostalgia.

Michael acababa de resucitarme a mis yayos.

Es que hasta podía escuchar sus voces diciendo todas aquellas cosas. Y eso que de mi abuelo apenas tenía un recuerdo muy vago.

De cualquier modo, lo que estaba claro era que aquella caja era justo lo contrario de la que tenía yo delante.

Yo llevaba días leyendo lo que Aurora había contado desde fuera. Y Michael tenía delante lo que mi abuela le había contado a ella desde España.

Las dos mitades de una conversación separadas por diecisiete mil kilómetros. Pero de pronto vi algo que no me cuadraba.

—Espera —dije.

Amplié una de las fotografías y vi un sobre que estaba junto a mi foto de bebé cuya letra no era la de mi abuela.

—Haz una foto a ese sobre.

—¿Cuál?

—Al que contenía mi foto.

—Vale.

Esperé un instante. Llegó. La abrí. Y dejé de respirar durante unos segundos.

No necesité llegar al remite. Conocía aquella letra demasiado bien. La había visto cientos de veces en listas de la compra, felicitaciones

de cumpleaños, notas pegadas en la nevera y táperes en los que ponía: alubias, macarrones y croquetas.

—Es de mi madre.

—¿Pilar?

Arrugué el ceño y pregunté extrañada:

—¿Cómo sabes cómo se llama mi madre?

—Lo pone en el remite.

—Ah. Vale. Parezco empanada, pero es que esto es muy fuerte. Toda la vida me han contado una cosa y me estoy enterando de que la realidad era otra.

—Entiendo. Y el sobre contiene una carta.

—¿Puedes abrirla?

Michael no contestó inmediatamente y luego preguntó con cierta preocupación:

—¿Seguro?

Me encantó su pregunta. Me pareció majo. A lo mejor era el más canalla de Melbourne, pero me gustó.

Respiré hondo, me armé de valor y respondí:

—Ya que he llegado hasta aquí. Ábrela, por favor.

Oí el papel. Después llegó una fotografía y luego otra.

Fui leyendo.

Mi madre le contaba que había nacido yo.

Que después de tantos años pensando que quizá nunca tendría hijos, por fin había tenido una niña.

Que me habían llamado Vera.

Y que le mandaba una fotografía para que me conociera.

Al final había unas líneas que tuve que leer dos veces.

No porque no las entendiera, sino porque no esperaba encontrarlas.

Mi madre decía que no sabía si Aurora contestaría.

Que esperaba que sí.

Y que, a pesar de todo, le gustaría que algún día conociera a su sobrina.

Me quedé mirando la pantalla con dos lagrimones cayéndome por el rostro.

—¿Vera?

—Sí.

—¿Estás bien?

—Sí.

Era mentira.

A ver, no estaba mal, porque me encantó saber que mi tía me conocía aunque fuera en foto. Pero tampoco estaba bien.

Estaba desconcertada.

Mi madre había escrito a Aurora.

Mi madre, que durante toda mi vida había hablado de su hermana como de alguien que se había marchado y se había ido alejando hasta prácticamente desaparecer, le había mandado una fotografía mía y había querido que Aurora me conociera.

No entendía nada.

—Se supone que Aurora era el típico familiar que se fue lejos y nunca quiso saber más de los suyos. Eso fue lo que me contó mi madre y tengo una caja en un pueblo de Cuenca llena de cartas de mi tía y tú tienes una caja con las cartas de mi abuela. Y esa de mi madre —dije al fin.

Michael guardó silencio.

—Y Aurora nunca contestó —añadí.

—¿Lo sabes?

—Mi madre me lo habría dicho.

O eso quería pensar.

Miré otra vez mi fotografía y escuché a Michael decir:

—No contestó, pero la foto la guardó.

—Sí. Treinta años. Necesito hablar con mi madre.

Aurora había guardado mi foto durante treinta años y no sabía qué significaba aquello. Quizá nada. Quizá simplemente era una mujer incapaz de tirar fotografías.

Teniendo en cuenta que yo llevaba dos días sin conseguir tirar una garrafa de mimbre, tampoco podía juzgarla.

Pero había conservado la carta.

Y mi foto.

Miré la hora.

Las doce y veinte.

Mi madre estaría durmiendo.

Mierda.

—¿Qué hora es allí? —preguntó Michael.

—Más de las doce.

—¿De la noche?

—Y un calor que te mueres.

—No puedo verte.

—Pues imagíname en bragas.

Silencio.

—No quería decir eso.

Michael se rio.

—Ya.

—Olvida esa frase —le pedí.

—Demasiado tarde.

—Voy a colgar.

—¡Todavía no! —exclamó él.

—¿Por qué?

—Porque hay más cosas que quizá puedan ayudarte a comprender.

Volvieron a llegar fotografías.

Seguimos revisando durante un rato.

En algún momento me di cuenta de que Michael debía de llevar conmigo bastante más tiempo del razonable.

—Oye, ¿tú no trabajas?

—Sí.

—Pues tienes una forma estupenda de demostrarlo.

—Hoy entro más tarde.

—¿A qué te dedicas? —le pregunté. Total, ya le había pedido que me imaginara en bragas.

—Soy médico.

Cerré los ojos porque no podía ser. Había millones de profesiones. Podía ser arquitecto, fontanero, profesor de surf, criador de canguros. Pero no. Médico. ¿De verdad que tenían que perseguirme los tíos con número de colegiado?

—No.

—¿No qué?

—Médico no —solté como si me hubiera confesado que se dedicaba a atracar a ancianos por la espalda.

—Me temo que sí.

—¿De qué?

—Urgencias.

—¡Coño! ¡Eso es lo peor! —exclamé espantada.

—¿Qué problema tienes con los médicos de Urgencias?

—Son los más golfos.

—Trabajas en un hospital.

—Precisamente. Hablo con conocimiento de causa.

—Eso suena a historia chunga —replicó Michael tras chasquear la lengua.

—Mi ex era traumatólogo.

—Vaya.

Y ya que estábamos le conté la historia. Como estaba en Australia, ¡qué más me daba! En cuanto colgara no iba a saber nada más de él.

—Me puso los cuernos con otra traumatóloga.

Hubo un silencio y luego él dijo:

—Arreglan huesos, pero rompen corazones.

—Cabrones.

—Siento que te pasara eso.

—Yo también lo sentí bastante en su momento.

—Pero no puedes meter en el mismo saco a todos los médicos.

—Claro que puedo —afirmé rotunda.

—No parece muy científico.

—Soy técnica de radiología. No científica.

—Sigue siendo una muestra estadística bastante pobre —apuntó Michael.

—Tengo más casos.

—¿Cuántos?

—Muchos. No doy nombres por protección de datos.

Michael se rio y confesó en un tono que sonó sincero:

—Yo nunca he sido infiel.

—Eso dicen todos.

—Yo no.

—Acabas de decirlo.

—Porque es verdad —insistió.

—Ya.

—Además, soy Tauro.

Me quedé mirando el teléfono.

—¿Perdón?

—Tauro. Somos leales. A muerte.

—¿Eres experto en astrología? —le pregunté.

—Mi madre. Ella dice que así somos los Tauro. Mi madre sabe mucho.

—La mía también. El problema es conseguir que lo cuente.

La frase me salió sola.

Y durante unos segundos ninguno dijo nada.

Capítulo 7

Miré otra vez la carta de mi madre y bufé.

—En serio —dijo Michael—. Nunca he engañado a nadie.

—Enhorabuena.

—Ni siquiera he dejado nunca a una novia.

Eso sí consiguió distraerme.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Siempre te han dejado a ti?

—A los Tauro nos cuesta romper con lo que tenemos.

—Qué me vas a contar si soy Tauro.

Volví a abrir su fotografía de WhatsApp. Solo para comprobar un dato. Y sí, seguía igual de bueno. Era imposible. Por muy Tauro que fuera, me estaba vendiendo la moto.

—No me lo creo.

—¿Qué parte?

—Toda.

—Pues es verdad.

—¿Y la chilena? —le pregunté.

—También me dejó.

—¿Por qué?

—Eso ya es cotillear.

—Tú has mirado mi foto —le recordé.

—Y tú la mía.

—Estamos en paz.

—No exactamente.

Aquello empezaba a parecerse demasiado a una conversación normal con alguien a quien conocía y tuve que recordarme que hacía menos de una hora no sabía ni que Michael Bennett existía.

—Espera —dijo de pronto.

—¿Qué?

—Aquí hay otra foto fechada en 2002.

—¿De quién?

—Una mujer mayor junto a un árbol.

—Mándamela.

El móvil vibró.

Abrí la fotografía y sonreí nada más verla.

—Es mi abuela.

Estaba bastante más joven de como yo la recordaba, de pie junto a la morera de la casa. La misma que seguía allí, a pocos metros de donde estaba sentada.

—Hay algo escrito detrás —dijo Michael.

—¿Qué?

Tardó unos segundos en descifrar la letra.

—«Aquí empezó todo».

Fruncí el ceño.

—¿Aquí empezó qué?

—Espera, que sigue.

—«Cuánto soñaste subida a esta morera, aunque todos te dijéramos que bajaras y que con esa pierna no debías andar trepando a los árboles. Y mira dónde acabaste».

Miré hacia la ventana. Fuera estaba oscuro, pero sabía perfectamente dónde se encontraba la morera.

—Sigue.

—«Dile a Santiago que me alegro muchísimo de que al final haya conseguido sacar adelante lo de las casas en los árboles. Robert decía que estaba loco, pero tampoco sé qué esperaba teniendo por madre a una mujer que un día cogió una maleta y se marchó al otro lado del mundo. Un beso para los tres».

Segundos después, Michael me mandó ese texto.

Lo leí varias veces emocionada y musité:

—Estoy en el lugar donde empezó todo.

—¿Estás donde tu abuela se hizo la foto?

—Puedo ver esa morera desde aquí.

—¿Dónde es?

—Villamayor de Santiago. Cuenca.

—Iré también cuando vaya a España.

Michael siguió revolviendo el contenido de la caja mientras yo le hablaba de mi pueblo.

—¡No te vas a arrepentir! Mi pueblo es el mejor. Y no es porque sea el mío. O sí. Pero tenemos un molino que es precioso, unos

quesos increíbles, una iglesia que lo flipas, un festival de cortometrajes, unas fiestas que te mueres y… de todo.

—Me lo apunto. Y sigo buscando en la caja.

—Dale. Yo estoy alucinando por haber descubierto que mi primo logró montar un negocio de casas en los árboles. ¡Es un hilo increíble del que tirar para dar con él!

—Uy.

—¿Qué pasa?

—¡Tengo algo!

—¿Qué? —pregunté, notando que me temblaban un poco las rodillas.

—Creo que tengo el lugar del que habla tu abuela.

Me incorporé y le pregunté sin dar crédito:

—¿Qué dices?

—Hay una tarjeta de visita.

—¡Mándamela!

La fotografía llegó unos segundos después y amplié la imagen.

SANTIAGO BILLITON
Founder & Director
MULBERRY TREEHOUSES
Sunshine Coast Hinterland, Queensland

Debajo aparecían un teléfono, un correo electrónico y una dirección web.

Me quedé petrificada.

Volví a la fotografía anterior.

La morera.

Después regresé a la tarjeta.

Mulberry.

—No me jodas —farfullé con los pelos como escarpias.

—¿Qué?

—Mulberry significa morera.

—Sí.

Miré de nuevo a mi abuela, de pie junto al árbol.

Aquí empezó todo.

Y entonces lo entendí.

O creí entenderlo.

Aurora había pasado media infancia soñando subida a aquella morera mientras todos le decían que bajara.

Y su hijo había terminado construyendo casas en los árboles al otro lado del mundo.

Mulberry Treehouses.

—Mi primo tiene casas en los árboles.

—Eso parece.

—Tengo un primo que vive en Australia y tiene casas en los árboles. ¡Me va a dar algo! —exclamé exultante.

—Soy médico. Tranquila.

—No veas la tranquilidad que me da que seas un médico en la otra punta del mundo. Pero lo de mi primo es… Joder, ¡vive en los árboles!

—No sé si vive en ellos.

—No rompas la magia. ¡Me mola imaginármelo en los árboles!

Busqué el complejo turístico y resultó que aparecía en un montón de webs de viajes, con fotos, reseñas y enlaces para reservar.

—¡Sigue abierto! Y sigue en Queensland —dije sin tener ni idea de dónde estaba eso.

—Sí.

—¿Eso está lejos de Melbourne?

—Un poco.

—¿Cuánto es un poco?

—Unos mil setecientos kilómetros.

—¿Mil setecientos? —pregunté alucinada, mientras seguía buscando a mi primo en Internet.

Porque su alojamiento aparecía, pero de él no había rastro.

—Australia es grande, Vera.

—Ya veo.

—¿Has estado alguna vez? —quiso saber.

—No, en Australia, no. Y si te digo la verdad, ni sé situar a Melbourne en un mapa.

—Abre el mapa y mira dónde está.

—Se me olvidaría a los dos segundos. Tengo una orientación espacial horrible. Tampoco sé distinguir la izquierda de la derecha. Pero me apaño, llego a los sitios y eso. Oye, lo que no encuentro son referencias a mi primo. ¿Vendería el negocio a otra persona?

—Escribe al mail que aparece en la información del sitio.

—Es el mismo que el de la tarjeta de visita —le informé porque lo primero que había hecho era comprobarlo.

—O llama. ¿No llevas toda la noche queriendo encontrarlo?

Me quedé mirando el número de teléfono y claro que podía llamar. Ya había llamado a Australia una vez aquella noche y no me había muerto.

Pero Michael era un desconocido. Santiago era distinto.

Santiago era mi primo.

Un primo que no sabía si tenía la menor idea de que yo existía.

¿Qué coño iba a decirle si descolgaba?

Hola, soy Vera. ¡Sorpresa: somos familia!

No.

Vi la dirección de correo electrónico debajo del teléfono y me pareció mucho mejor.

Un correo podía escribirlo, borrarlo, volverlo a escribir y arrepentirme siete veces antes de enviarlo.

Una llamada no.

—No le voy a llamar —repliqué convencida—. Una cosa es encontrar a tu primo y otra llamarle para decirle: «Hola, soy Vera, tu prima española cuya existencia probablemente desconoces». Mejor le voy a escribir…

—Y así no se tendrá que bajar del árbol para atender tu llamada.

—Son todo ventajas —ironicé también.

Y abrí un mensaje nuevo.

Para: info@mulberrytreehouses.com.au

Me quedé mirando el correo sin saber qué escribir.

—¿Qué pongo?

—Que eres Vera Belmonte, hija de Pilar.

—Eso suena a notificación del juzgado. Se va a cagar en cuanto lo lea.

—Pues escribe algo más simpático.

Tomé aire y tecleé:

Hola, Santiago:

Lo borré, porque era demasiado normal para escribirle a un primo cuya existencia desconocía hasta hacía apenas unos días.

Probé otra vez.

Hola, Santiago:
Soy Vera, tu prima de España.

Lo borré también.

Parecía el comienzo de una estafa.

Tercer intento.

Hola, Santiago:
No sé si sabes quién soy.

Nooooo.

Eso era todavía peor. Sonaba a amenaza.

—¿Lo tienes ya? —me preguntó Michael.

—Ya llevo borrados tres. ¡No sé qué poner!

—Prueba con «¡hola!» —sugirió él.

—Gracias. No se me había ocurrido.

—Para eso estamos los médicos.

Volví a teclear, porque yo no era de las que se rendían y escribí del tirón:

Hola:

Me llamo Vera Belmonte y soy hija de Pilar, la hermana de Aurora. Sé que este correo puede resultar un poco extraño, pero hace apenas unos días descubrí que tengo un primo en Australia y me gustaría poder hablar con él. He descubierto que fundó este

complejo turístico y esta es la única dirección que he encontrado. No aparece nada a su nombre.

Me detuve y se lo leí a Michael.

—Este no está mal —dije.

—¿Ves? Solo has necesitado tres intentos.

—Cállate.

Y luego añadí para cubrirme las espaldas:

Si pudieran hacerle llegar este mensaje a Santiago Billiton, ¿podrían pedirle que se ponga en contacto conmigo?

Muchas gracias.

Vera

Lo releí y me di cuenta de algo…

—Parece que estoy buscando a mi padre biológico.

—Vera —masculló él, como pidiéndome que dejara de decir chorradas.

—Vale, vale.

Pulsé en *Enviar* antes de que me diera tiempo a escribir un quinto correo.

—Ya está.

—Ahora vete a dormir y mañana te llamo si me entero de algo más —me dijo.

—No hace falta que averigües nada.

—No me importa. Y desde aquí es más fácil encontrar alguna pista. Igual que te digo que si me necesitas para buscar algún documento o lo que sea, cuenta conmigo. Y, además, te voy a mandar fotos de todo lo que hay en la caja.

—¿Tú haces esto también con todo el que llama a tu casa por error? —pregunté, mordaz.

—Solo con las españolas que preguntan por Charlton Heston.

—Ah. Menos mal. Pensaba que no era especial.

—Lo eres. Es la primera vez que conozco a alguien de bebé antes que de adulto.

—Y yo nunca le había contado media historia familiar a un tío que acababa de conocer por teléfono.

—Pues ha estado tan bien que ahora necesito saber cómo acaba. ¿Aparecerá Santiago? ¿Encontrarás a tus tíos? ¿Descubrirás por qué tu madre nunca te contó que había intentado contactar con Aurora y por qué Aurora no quiso responderle?

—No paro de darle vueltas a lo mismo. No tengo sueño.

Bostecé y Michael se rio.

—Eso ha sido muy convincente.

—Cállate.

—¡A dormir!

—No eres mi padre.

—No. Tu padre probablemente tendría más posibilidades de que le hicieras caso.

—No me conoces.

—Te conozco desde que eras un bebé.

Solté una carcajada.

—Buenas noches, Michael.

—Duerme, Vera. Mañana seguirás con tu investigación.

No recordaba la última vez que un hombre al que acababa de conocer me había mandado a dormir.

Probablemente nunca.

Colgué todavía sonriendo.

Me quedé mirando la pantalla. Después miré la fotografía de Michael, otra vez, un solo segundo. Dos como mucho.

—Muy bien, Vera. Has conocido a un tío bueno y todo sin salir de casa. ¡Vas avanzando! —me dije a mí misma.

Vale que también estaba lo suficientemente lejos para que no me agobiara la posibilidad de tener que quedar algún día.

Pero estaba orgullosa del paso que acababa de dar. Dejé el teléfono boca abajo y duró aproximadamente cinco segundos.

Volví a cogerlo y abrí la fotografía de mi madre, después la mía y la carta.

Mi tía había recibido aquello hacía casi treinta años, no había contestado, pero lo había guardado.

Me lavé los dientes y me fui a la cama pensando que a la mañana siguiente iba a hacerle unas cuantas preguntas a mi madre…

La llamé después de desayunar.

No esperé demasiado.

A las nueve y media ya estaba marcando su número.

—Buenos días, cariño.

Y como no podía más con la intriga solté de sopetón:

—Mamá, ¿tú le escribiste a Aurora al poco de que yo naciera?

Se hizo un silencio gigantesco.

Entendí que soltar eso así y sin un «buenos días» ni un «cómo estás» era una auténtica bomba.

Había sido demasiado directa. Era consciente, pero llevaba toda la noche esperando.

—¿Por qué me preguntas eso? —logró decir al fin.

—Porque he visto la carta y la foto.

Hubo otro silencio un poco más corto, pero más tenso todavía y luego mi madre replicó no sé si haciéndose la tonta o porque no lo recordaba:

—¿Qué carta?

—La que le mandaste a tu hermana hablándole de mí. Y con una foto mía de bebé.

—¿Dónde has visto eso?

—En Australia.

—¡Vera, deja de tomarme el pelo! ¿O me has engañado y estás en Australia? Espero que no porque…

—¿Qué? Porque tú no estás para acusarme a mí de Pinocha.

—No tiene nada que ver una cosa con otra.

—Lo que tú digas. El caso es que estoy en el pueblo y he encontrado la casa de Aurora.

—¿Qué?

Y entonces tuve que empezar por el principio. Le conté lo de la dirección. La casa. La venta de 2025. La llamada a Michael. La caja.

No le conté que Michael estaba muy bueno porque aquello no era relevante para la investigación familiar.

Aunque era verdad y yo esa mañana ya había mirado cuatro veces la foto.

No sé por qué.

O sí. Por no tener otra cosa mejor que hacer.

—No me puedo creer que por fin hayas conocido a un chico majo —soltó mi madre como si aquello fuera lo más relevante de todo lo que le había contado.

—He conocido al chico que ha comprado la casa de Aurora.

—Es agradable, médico…

—Y porque no has visto su foto.

—¿Es guapo?

No respondí, porque en ese instante me di cuenta de que lo que estaba haciendo era intentar desviar la conversación. Y no lo iba a lograr.

—Da lo mismo. Lo importante es que compró la casa a Aurora y Robert el año pasado. Estaban vivos, mamá.

—Ya te dije que, si hubiera muerto, nos habríamos enterado.

—Tu sistema de información era mejorable.

—Pero tenía razón —insistió mi madre.

—De casualidad.

—También cuenta.

Sonreí a pesar de todo, porque me vi reflejada en ella.

—Y sé más cosas de Santiago —solté.

—Santiago.

—Sí, ese primo que tengo cuya existencia desconocía.

—¿Qué sabes de él? —preguntó mi madre a la defensiva.

—Que tiene un negocio de casas en los árboles.

—¿Casas en los árboles?

—Sí.

—A tu tía le encantaba subirse a la morera, a pesar de que mamá siempre le decía que no lo hiciera.

—A mí también me gusta.

—No te subas estando sola, porque a ver si te vas a caer y dime tú a quién vas a avisar para que te rescate.

—Gritaré. Seguro que alguien me escucha.

—No te subas más. Y el negocio ese que tiene Santiago… ¿Es para niños?

Me eché a reír por la ocurrencia y le aclaré:

—Para gnomos. ¡Mamá! ¿Cómo se te ocurre? Es un alojamiento turístico.

—Qué cosas más raras hace la gente. Hay que tener ganas para pasar una noche en un árbol. ¡No lo quiero ni regalado! —exclamó mi madre.

—Me parece chulísimo. Y he visto fotos y no veas lo bonito que es. Tiene unas cabañas espectaculares. ¡Estoy emocionada! Tengo un primo al otro lado del mundo con un negocio de casas en los árboles. Claro que tú jamás pensaste que pudiera interesarme saber que tengo un primo.

—No tengo relación con Santiago.

—Ya. Pero existe.

—¡Claro que existe!

—¿Cuándo me lo ibas a decir?

Mi madre suspiró.

—¿Qué querías que te dijera? Si no sé nada de la madre, para qué iba a hablarte del hijo.

—No sé. Algo como «Vera, tienes un primo que se llama Santiago y vive en Australia» habría sido un buen comienzo.

—¿Y después qué? ¿Que no sabía dónde vivía, a qué se dedicaba ni cómo ponerme en contacto con él?

—Sí. También. No todo lo que me cuentes tiene que venir con un teléfono de contacto.

—Para mí Santiago es el hijo de una hermana a la que llevo años sin ver. No forma parte de nuestra vida.

—Pero son parte de nuestra familia.

Mi madre se quedó callada.

—No es lo mismo —dijo al final.

Quizá para ella no.

Para mí, que acababa de descubrirlo, sí.

—Lo que sé es que dices que *no forman parte de nuestra vida*, pero tengo la prueba de que, al menos una vez, quisiste que volvieran a formar parte de ella. ¿Por qué le escribiste cuando nací?

Mi madre tardó en contestar, pero lo acabó haciendo:

—Porque era mi hermana.

Aquello me desarmó un poco.

—¿Te contestó?

—No.

—¿Nunca?

—Jamás.

Miré la fotografía en el móvil.

—Pues lo guardó. Todo. La carta. Mi foto… Michael se lo encontró en una caja que estaba en el garaje.

Silencio. No se escuchaba ni el vuelo de una mosca y esta vez duró tanto que aparté el teléfono para comprobar que la llamada no se hubiera cortado.

—¿Mamá?

—Sí.

—¿Me has oído?

—Sí.

Su voz había cambiado.

—Lo guardó durante todos estos años —farfulló mi madre con un deje de tristeza en la voz—. No lo sabía.

—Ya.

—Pensé que lo habría tirado. Pero tampoco me sorprende que dejara la caja olvidada. Aurora era muy despistada.

No dije nada, aunque aquello explicaba mucho más de lo que mi madre probablemente quería explicar.

—¿Le escribiste más veces?

—Alguna.

—¿Y tampoco contestó?

—No.

—Entonces ¿qué coño pasó entre vosotras?

Mi madre se quedó callada y volví a insistir:

—Mamá.

—Eso tendrás que preguntárselo a tu tía —respondió.

Y no me extrañó su respuesta porque imaginaba que iba a salir con algo así.

—Te lo estoy preguntando a ti —repliqué.

—Ya.

—Pues contéstame.

—No.

—¿Cómo que no?

—Que no voy a contártelo yo.

—¿Por qué?

—Porque si consigues encontrarla, quiero que se lo preguntes a ella.

—Pero tú sabes qué pasó.

—Obvio.

—Entonces...

—Pregúntaselo a Aurora, Vera.

Me quedé callada. Mi madre tampoco dijo nada. Por primera vez desde que había encontrado aquellas cartas tuve la sensación de que no estaba evitando hablar porque no quisiera recordar. Había algo más. Quería que escuchara a Aurora.

—¿Y después me contarás tú tu versión?

—Después hablaremos tú y yo de lo que quieras.

Conocía a mi madre lo suficiente como para saber que aquello era lo máximo que iba a conseguir.

Por eso me sorprendió tanto cuando de repente me dijo:

—Vera.

—¿Qué?

Hubo una pequeña pausa y respondió con la voz entrecortada:

—Si encuentras a Aurora...

Esperé y, como no decía nada, solté:

—¿Sí?

—Nada. Luego hablamos.

Colgó. Y me dejó con muchas más preguntas que antes y con más ganas todavía de descubrir la verdad.

Abrí el correo electrónico.

Tenía un mensaje de Mulberry Treehouses.

Lo abrí de inmediato.

Hola, Vera:

Gracias por ponerse en contacto con nosotros. Santiago se encuentra actualmente en Japón y no tiene previsto regresar a Mulberry Treehouses hasta dentro de diez días.

Hemos tomado nota de sus datos y le haremos llegar su mensaje a su regreso.
Un saludo,
Emily
Guest Relations
Mulberry Treehouses

Diez días.

Me quedé mirando la pantalla.

Después de todo lo que había descubierto, ahora solo tenía que hacer una cosa.

Esperar.

Otra vez.

Capítulo 8

Diez días.

Volví a mirar el correo, aunque no había ninguna razón para hacerlo. Santiago seguiría en Japón por muchas veces que lo leyera.

Diez días tampoco eran tantos. Me quedaban más de tres semanas de vacaciones, estaba en Villamayor, tenía una casa entera por ordenar, una piscina municipal a cinco minutos y una caja llena de cartas que todavía podía volver a leer veinte veces si me aburría.

Podía esperar perfectamente. Eso era lo sensato. Y yo era una persona bastante sensata la mayoría del tiempo.

Miré la hora. Pasaban unos minutos de las diez de la mañana. Hice rápidamente la cuenta y en Melbourne serían las seis de la tarde.

Cogí el móvil y abrí WhatsApp.

VERA: Mira lo que me han contestado de Mulberry.

Le reenvié el correo a Michael.

No tardaron ni treinta segundos en aparecer los tres puntitos.

MICHAEL: Japón.
VERA: Diez días.
MICHAEL: Vaya.
VERA: Eso mismo he pensado yo.

Esperé.

MICHAEL: ¿Y qué vas a hacer?
VERA: Esperar. ¿Qué voy a hacer?

Esta vez tardó algo más.

MICHAEL: También podrías ir.

Fruncí el ceño.

VERA: ¿A Japón?

Apareció un emoticono riéndose.

MICHAEL: A Australia.

Solté una carcajada.

VERA: Sí, claro. Ahora mismo.
MICHAEL: Lo decía en serio.

Me quedé mirando aquella frase.

VERA: Tú estás fatal.
MICHAEL: Eso todavía no lo sabes. Apenas me conoces.

Le puse ocho emoticones llorando de risa y escribí:

VERA: Por eso.

Dejó de escribir.
Esperé unos segundos, pero no llegó nada más.
Dejé el teléfono sobre la mesa.
—Australia —murmuré.
La sola palabra me daba risa. Australia.
La mujer que había rechazado Bali porque le daba pereza pasarse horas metida en un avión estaba considerando cruzarse medio planeta porque el primo que acababa de descubrir estaba de viaje en Japón.
No. No estaba considerando nada. Michael había dicho una tontería y yo le estaba dando demasiadas vueltas.
Me levanté, recogí la taza del desayuno y me puse a hacer cosas por la casa.
Cambié las sábanas, puse una lavadora, barrí el salón, abrí un armario, decidí que no tenía ninguna necesidad de saber lo que había dentro y volví a cerrarlo.
Salí a comprar pan, me entretuve hablando con unos vecinos, a la vuelta regué las cuatro macetas que sobrevivían en el patio gracias a algún milagro y me preparé otro café.
Todo ello sin pensar en Australia. O solo un pelín.

Luego me senté delante del portátil, porque tenía que mirar una cosa. De repente me entró la curiosidad de saber cuánto costaba ir a Australia.

Sabiendo que no iba a ir. Solo era por cotillear.

Busqué vuelos Madrid-Melbourne y los primeros precios consiguieron devolverme inmediatamente la cordura.

—Ni de coña.

Seguí mirando y había vuelos caros, vuelos muy caros y otros cuyo precio me hizo pensar que quizá al llegar a Melbourne te regalaban un apartamento.

Pero después me metí en una página donde mis amigas solían encontrar chollos y entonces lo vi.

El precio era un chollo de verdad y entré convencida de que era un timo.

Pero no parecía. Salí de la página y volví a entrar, segura de que tenía que ser un error. Aunque el precio seguía siendo el mismo.

Salía de Madrid dentro de dos días y regresaba el 28 de agosto.

Miré el calendario, después el vuelo, después otra vez el calendario, y me cuadraba perfectamente con mis vacaciones.

Pero era una estupidez. ¿Cómo me iba a ir a Melbourne en un par de días?

Cerré la pestaña, me bebí el café y volví a abrirla pero solo para mirar.

La casa permaneció en silencio, lo que agradecí porque no necesitaba que ni los muebles me juzgaran.

Comprobé las escalas, las horas, el equipaje y después hice algo todavía más absurdo: una captura de pantalla y se la mandé por WhatsApp a Michael, que contestó casi inmediatamente:

MICHAEL: Cógelo.

Me eché hacia atrás en la silla.

VERA: ¿Ese es todo tu análisis?
MICHAEL: Sí.
VERA: Menos mal que eres médico.

MICHAEL: Es perfecto. ¿Tienes el dinero?

VERA: Sí. Había ahorrado para pegarme un viaje con mis amigas, que también trabajan conmigo, pero me negué a Bali. Tengo la pasta. Y el vuelo sale en dos días.

MICHAEL: Perfecto.

VERA: ¿Perfecto para quién?

El teléfono empezó a sonar. Era él. Michael.

—No pienso coger ese vuelo.

—¡Hola a ti también!

—Te aviso para que no me líes.

—No pensaba liarte.

—Has dicho «cógelo».

—Porque deberías cogerlo.

—¿Por qué?

—Porque quieres venir.

Abrí la boca para protestar, la cerré y repliqué:

—No sabes si quiero ir.

—Has buscado un vuelo.

—Por curiosidad. Soy muy curiosa.

—Y me has mandado una captura.

—Para compartir mi curiosidad.

Lo escuché reírse.

—Vale.

—Vale qué.

—Que no quieres venir.

—No he dicho eso.

Hubo un pequeño silencio.

—Vera, ese precio dudo que lo encuentres otra vez.

Miré de nuevo la pantalla del portátil y ese chollazo de precio.

—Hay un problema bastante evidente.

—¿Cuál?

—Santiago está en Japón.

—Volverá.

—Dentro de diez días. ¿Qué hago yo en Australia hasta entonces?

—Ver Australia.

—Claro. Toda. En diez días.

—Verla entera va a estar complicado.

—Gracias por la precisión —bromeé.

—Pero una parte sí.

—¿Cuántos días de vacaciones tienes?

—Veintiocho.

—¿Y cuándo tienes que volver a trabajar?

—A primeros de septiembre.

Él se quedó callado y, un segundo después, soltó, como quien dice «tengo un paraguas verde»:

—Tengo ocho días libres.

—Qué bien por ti.

—Pensaba ir a ver a mis padres.

—Qué bien por ellos.

Se rio otra vez.

—Viven en Dubbo.

—Eso debería decirme algo, ¿verdad?

—Probablemente no.

—Pues no me dice absolutamente nada. O sí. Me suena a marca de chicles o a un juego de mesa.

—Es donde nací. Está en Nueva Gales del Sur. Más o menos a nueve horas de Melbourne en coche.

—¿Nueve horas? ¿Tus padres no podían vivir un poquito más cerca?

—Se lo comentaré. La idea era pasar unos días con ellos.

—Me parece estupendo. ¿Y yo mientras qué hago?

—Podrías venir conmigo.

Me quedé callada, porque ni por asomo podía imaginarme que iba a proponerme semejante cosa:

—¿A casa de tus padres?

—Sí.

Él dijo que sí con absoluta normalidad, pero no éramos dos amigos de toda la vida. Ni siquiera conocidos.

—Michael, no.

—Vale.

Su respuesta inmediata me desconcertó porque una cosa era que no fuera un pelma y otra que no insistiera ni un poquito.

—¿Vale?

—Si no quieres, no.

—Es que no los conozco. Es un poco fuerte, ¿no?

—Yo sí los conozco.

—Eso me tranquiliza muchísimo.

Se rio y luego me propuso como quien te propone ir a comprar sardinas a la pescadería de la esquina:

—Escucha. Después de Dubbo puedo llevarte hasta Queensland.

Me revolví en el asiento y pregunté, movida por la curiosidad:

—¿Hasta donde tiene Santiago las casas en los árboles?

—Sí.

—¿En coche?

—Sí. Alquilamos uno.

—¿Cuántos kilómetros eran?

—Desde Melbourne hasta allí, unos mil setecientos.

—¡Tú estás completamente loco!

—Puede ser.

—Eso son muchísimos kilómetros.

—Para un australiano es un paseíto.

—Supongo que también se podrá ir en avión.

—También puedes volar. Melbourne-Sunshine Coast y listo. Es mucho más rápido.

—Pues entonces no entiendo por qué me propones cruzarme media Australia en coche.

—Porque has dicho que nunca has estado aquí.

—¿Y?

—Y porque si vas a cruzarte medio mundo, igual te apetece verlo durante unos días.

Me callé, porque ahí me había pillado. Porque sí. Me apetecía. Muchísimo más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Es más, si era sincera, yo no había ido a Bali porque me dieran pereza las horas de avión. Era porque era el lugar donde tenía que haber ido con Pepito Grillo.

Pero Australia era otra cosa.

Hasta hacía unos días, Australia era para mí un sitio lejano donde vivía una tía a la que no conocía.

Ahora había una casa. Una caja. Un primo que podía llevarme a mi tía. Un complejo de casas en los árboles. Y un médico al que había conocido la noche anterior proponiéndome recorrer mil setecientos kilómetros con él.

Un momento.

Un médico al que había conocido la noche anterior. Es que eso era muy fuerte…

—Michael.

—Dime.

—Hay otro problema.

—A ver.

—Que no te conozco —le solté.

—Ni yo a ti.

—Creo que no lo estás entendiendo. Sé que eres médico, que eres Tauro, que una chilena te dejó y que estás bueno.

Michael no dijo nada, pero al segundo añadí:

—Eso último no pretendía decirlo. Olvida esa parte.

—Va a estar complicado.

—Michael.

—Vale. Olvidada.

—El caso es que no me parece información suficiente para meterme en un coche contigo y recorrer mil setecientos kilómetros.

—No lo es. Tienes toda la razón. Eres una chica muy sensata.

Aquella respuesta me dejó descolocada.

—¿Cómo?

—Que no me conoces. Haces bien en ser cauta.

—Ah.

—No tienes por qué fiarte de mí.

—Pues estás haciendo una labor estupenda para convencerme.

—No intento convencerte. Si vienes, quiero que estés tranquila.

—¿Qué tiene pensado el doctor? ¿Atiborrarme a ansiolíticos? —repliqué risueña.

—Te mando una foto de mi pasaporte.

—¿Qué?

—Te mando mi pasaporte, mi identificación del hospital, mi dirección y el teléfono de mis padres. Y cuando tengamos el coche, les mandas también la matrícula.

—Michael...

—Se lo mandas todo a tus amigas, a tu madre o a quien quieras. También puedes compartir tu ubicación durante el viaje y llamarlas cada vez que paremos si eso te hace sentir mejor.

No supe qué decir.

Había esperado una broma. O un «no seas exagerada». Incluso un «puedes confiar en mí», que probablemente habría conseguido que confiara bastante menos. Pero no aquello.

—¿Haces esto con todas las mujeres a las que intentas secuestrar?

—Solo con las que me dicen que estoy bueno antes de conocerme.

—Te he dicho que olvidaras esa parte.

—Lo estoy intentando.

—Pues inténtalo más.

—Además, puedes comprobar dónde trabajo. Y si todavía no te fías, tengo una referencia.

—¿Tu madre? —ironicé.

—Mejor.

—¿La Policía de Melbourne?

—Mi abuela.

Me eché a reír.

—¿Tu abuela?

—Sí.

—Una referencia totalmente imparcial.

—Espera a conocerla antes de decir eso.

—¿Qué vas a hacer? ¿Darme su teléfono para que la llame?

—No.

Escuché un ruido al otro lado.

—¿Qué haces?

—Llamarla.

—¿Ahora?

—Ahora.

—¡Michael, no! —exclamé porque ni de coña iba a hablar con su abuela.

—Demasiado tarde.

—¡Que no quiero hablar con tu abuela!

—Pues ella sí quiere hablar contigo.

—¡Pero si no sabe quién soy!

—Dame treinta segundos —me pidió muy serio.

—Michael...

La llamada terminó.

Me quedé mirando el móvil y murmuré:

—Este tío está como una cabra.

Cinco minutos después apareció una videollamada.

Michael Bennett.

La rechacé.

Volvió a llamar.

La volví a rechazar.

Entró un WhatsApp.

MICHAEL: Cobarde.

Abrí la cámara delantera y me vi con mi cola de caballo, una camiseta vieja y ni una gota de maquillaje.

VERA: Estoy horrible.

MICHAEL: Yo ya he visto tu foto de bebé.

Otra videollamada. Resoplé y acepté porque yo no era una cobarde. Prudente… tal vez. Pero nada más.

Me senté en el sofá. Michael apareció en la pantalla y mi primera reacción fue pensar que su fotografía no le hacía justicia.

Mi segunda reacción fue enfadarme conmigo misma por haber tenido la primera.

No podía ser tan frívola. Qué más me daba si Michael tenía un pelazo, unos ojos grandes espectaculares, una sonrisa perfecta y una bufanda enroscada al cuello que tenía pinta de oler de maravilla.

—Hola —dijo sonriendo.

—Mira cómo estoy.

—Te veo muy bien.

—Yo también. O sea… O sea, te veo con frío —precisé.

—Hoy hace frío. Acabo de salir de trabajar. Un segundo.

La imagen se movió y apareció una mujer de pelo completamente blanco sentada en un sillón.

No me lo podía creer. La abuela. La señora me miró fijamente y yo hice lo mismo.

—Abuela, te presento a Vera. Vera, te presento a mi abuela Margaret.

—Hola, Margaret. Encantada —dije, nerviosa.

Y luego seguimos hablando en inglés.

—Así que tú eres Vera.

Giré los ojos hacia Michael.

—¿Qué le has contado? —le pregunté en español.

—Lo imprescindible.

—Me ha dicho que crees que puede ser un asesino —intervino su abuela.

—¡Yo no he dicho eso! —exclamé negando con la cabeza.

—Un secuestrador —rectificó Michael.

—¡Tampoco!

La mujer sonrió y me dijo:

—Haces bien en tomar precauciones.

Miré a Michael.

—¡Tu abuela es total!

—Sabía que esto era un error. Pero tenía que intentarlo —murmuró Michael pasándose la mano por la cara.

—No te subas a un coche con un hombre al que acabas de conocer sin decirle a todo el mundo con quién estás —continuó ella.

—Gracias —dije—. Eso intento explicarle.

—Ya se lo he dicho yo —protestó Michael.

Su abuela ni siquiera lo miró.

—¿Cuánto hace que lo conoces?

—Desde anoche.

Ahora sí miró a su nieto.

—Michael.

—¿Qué?

—Desde anoche.

—No es mucho, pero tampoco es poco.

—Y quieres llevártela a Queensland.

—Ella quiere ir a Queensland —precisó Michael.

—Yo todavía no sé lo que quiero —intervine.

—Pues no decidas hasta saberlo —sentenció su abuela.

Me quedé mirándola y le confesé:

—Necesitaba hablar con usted.

—Hace treinta segundos no querías —me recordó Michael con retranca.

—He cambiado de opinión.

Michael negó con la cabeza y su abuela volvió a mirarme.

—¿Y por qué quieres ir a Queensland?

La pregunta consiguió que dejáramos de bromear y le conté una versión resumidísima de mi tía, las cartas, la casa, Santiago, Japón y las casas en los árboles.

Cuando terminé, la mujer permaneció unos segundos en silencio, se encogió de hombros y me aconsejó:

—Entonces ve. No vas a estar tranquila hasta que descubras qué hay detrás de ese distanciamiento entre las hermanas.

—Abuela... —la interrumpió Michael.

—¿Qué? —replicó ella—. Tiene que ir ella. No he dicho que tenga que ir contigo.

Me eché a reír.

—Tu abuela tiene razón.

—Estupendo —farfulló Michael.

—Aunque —añadió ella—, si decides ir con Michael, puedes estar tranquila.

Él levantó las cejas.

—Gracias.

—No he terminado —dijo Margaret.

—Vaya —murmuró Michael.

—Es buen chico.

—Abuela… —le rogó Michael temiéndose lo peor.

—Un poco pesado.

—Gracias otra vez, abuela.

—Su abuelo conducía mejor que él.

—Eso no es verdad, abuela.

—Y de pequeño mentía fatal.

—Tenía seis años.

—Sigues mintiendo fatal.

Me tapé la boca para no reírme.

—Pero no creo que vaya a matarte —concluyó Margaret.

—Ese «creo» me da mucha confianza —dije entre risas.

—No doy garantías sobre nadie —zanjó la abuela tras sacar una petaca de plata y beber un pequeño trago.

Michael soltó una carcajada y luego me preguntó:

—¿Ya estás tranquila?

—Muchísimo.

—Siempre digo la verdad, tesoro.

Seguimos hablando unos minutos más.

Supe que sus padres vivían con su abuela en Dubbo. Que Michael iba a verlos siempre que podía. Que llevaba unos cuantos años trabajando en Urgencias. Que su abuela consideraba que trabajaba demasiado y que él consideraba que su abuela se metía demasiado en su vida.

Cuando colgamos, tenía la mandíbula dolorida de tanto reírme.

Y un problema. Michael ya no parecía un completo desconocido. Seguía siéndolo, claro.

Una videollamada con su abuela no convertía a nadie en una persona de confianza automáticamente.

Pero ya no era una fotografía de WhatsApp. Ahora tenía una cara que se movía, una sonrisa matadora, una abuela que lo ponía verde, unos padres en Dubbo y una bufanda kilométrica que me encantaba.

Y a todo esto, el vuelo seguía abierto en el portátil.

Me senté delante: Madrid-Melbourne. Salida dentro de dos días. Regreso el 28 y el precio seguía allí.

También el botón de comprar.

Apoyé la barbilla en una mano y pensé que podía esperar perfectamente a que Santiago regresara de Japón, a que recibiera

mi correo, a que decidiera contestarme y a que me pusiera en contacto con Aurora.

No tenía ninguna necesidad de cruzarme el mundo para eso. Podía hacerlo todo tranquilamente desde el pueblo.

Me levanté, fui hasta la cocina, abrí la nevera, vi que estaba pelada y lo lógico habría sido ir al supermercado.

Pero regresé al salón, miré hacia la ventana y vi la morera.

Salí fuera y el calor de agosto me golpeó en la cara. Me acerqué al árbol y levanté la cabeza. Las ramas se extendían sobre mí y de pronto me vino el recuerdo de las palabras de mi abuela:

Cuánto soñaste subida a esta morera, aunque todos te dijéramos que bajaras y que con esa pierna no debías andar trepando a los árboles.

Pasé una mano por el tronco.

Aurora había crecido escuchando que tuviera cuidado, que no se subiera a los árboles, que con aquella pierna no debía, y un día cogió una maleta, se plantó en Londres y después en Melbourne.

Diecisiete mil kilómetros.

Yo tenía dos piernas que funcionaban perfectamente, más de tres semanas de vacaciones y un billete chollo de ida y vuelta delante.

Volví a entrar en casa.

Me senté frente al portátil.

Miré el precio una última vez y farfullé:

—A tomar por culo.

Y pulsé *Comprar*.

Capítulo 9

Durante unos segundos me quedé mirando la confirmación de la compra como si esperara que desapareciera.

No lo hizo.

Madrid-Melbourne.

Salida dentro de dos días.

Regreso el 28 de agosto.

¡Dios! Acababa de comprar un billete a Australia.

—La madre que me parió.

Cogí el móvil antes de que me diera tiempo a arrepentirme y abrí el grupo de WhatsApp de mis amigas. En Bali sería por la tarde, así que mis amigas probablemente ya habrían vuelto al hotel.

VERA: ¿Podéis hacer videollamada?

Cinco minutos después tenía a las tres en la pantalla. Sonia llevaba una toalla enrollada en la cabeza, Silvia estaba en la terraza de la habitación y Marta comía algo de un cuenco sentada en la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó Sonia—. Tienes cara rara.

—Me vuelvo a Madrid.

—¡Ya sabía yo! —exclamó Silvia.

—No sabes nada. En el pueblo se está de maravilla. Es que he comprado un vuelo a Australia.

Las tres gritaron, se sentaron junto a Marta y hablaron a través del móvil de ella:

—¿Es broma? —preguntó Marta.

—Me voy a Melbourne.

—¿Cuándo? —inquirió Silvia.

—Dentro de dos días.

—¡Pero si a nosotras no nos queda nada para volver! —protestó Sonia—. ¿No podías esperar a que regresáramos para perder la cabeza?

—He encontrado un ofertón. Y me voy para allá. Necesito encontrar a mi tía.

Les conté lo esencial de mi tía que había ido averiguando por las cartas. Que había encontrado su casa y la caja que tenía Michael gracias a la que descubrí que tenía un primo en Australia, que dirigía un complejo de casas en los árboles en Queensland y que estaba en Japón y no regresaría hasta dentro de diez días.

—Vale —dijo Silvia—. Pero ¿por qué te vas ya? ¿Tanto te urge saber qué pasó con tu tía?

—¿O te urge conocer a Michael? —añadió Marta.

Sonia levantó una mano.

—Sí, porque la historia del tal Michael la has contado muy deprisa.

—No hay mucho que contar. Llamé a la dirección que tenía de mi tía y él había comprado la casa hace un año. Luego me enteré de que tenía las cartas de mi abuela y hasta una foto mía que le envió mi madre. Me mandó cosas por WhatsApp y, con toda esta información, me voy a encontrar con mi primo y, ojalá, después con mi tía.

—Tu primo seguro que es muy guay —respondió Silvia—. Y trepa a los árboles como un mono, pero no queremos saber de él. Queremos saber del australiano.

—Es un médico de urgencias.

—¿Y está bueno? —preguntó Sonia.

—¿Eso es lo único que te interesa?

—No has contestado.

—Sí.

—¿Sí qué? —replicaron las tres al unísono.

—¡Sí, está bueno! ¿Podemos seguir?

Sonia sonrió satisfecha y soltó asintiendo con la cabeza:

—Tu investigación familiar es muy interesante, pero ahora lo que necesitamos es una foto del australianorro. Australiano y buenorro.

Como sabía que no me iban a dejar en paz hasta que les enviara la foto, les pasé una que había encontrado del directorio del hospital.

Vale, sí, lo reconozco, le había cotilleado un poco esa mañana. Pero solo porque estaba aburrida.

—¡Ahora lo entiendo todo! ¡Este tío revienta el quesómetro! —exclamó Sonia, muerta de risa.

—¡Es guapísimo! —dijo Marta.

—Y se va pitando a Australia para follárselo —concluyó Sonia, que del ataque de risa que le entró se le cayó la toalla al suelo.

—Me voy porque he encontrado un chollazo. Y tengo que enterarme de una vez del misterio de Aurora. Lo mejor es plantarme allí y descubrir de una vez por todas la verdad —aclaré muy seria, para que dejaran de vacilarme.

—¿Pero tu primo este que te ha salido nuevo no vuelve en diez días? ¿Qué vas a hacer en Australia? —quiso saber Silvia.

—Qué va a hacer, tía. ¿Tú has visto a pedazo de maromo? —replicó Sonia.

—El mismo vuelo dentro de una semana me costaba el triple. Así que tengo que salir ya y como Michael tiene unos días libres y va a ir a Dubbo, que está a mitad de camino, a visitar a sus padres, me ha propuesto que me vaya con él y de paso conozco un poco Australia. Después se ha ofrecido a llevarme hasta Queensland.

—¿Llevarte cómo? —preguntó Silvia.

—En coche.

—¿Cuánto hay de distancia? —volvió a preguntar Silvia.

—Unos mil setecientos kilómetros.

Las tres se quedaron calladas y la que rompió el silencio fue Sonia:

—A ver si lo he entendido —dijo Sonia—. No quisiste venir ocho días a Bali con nosotras y te vas a recorrer Australia con un tío que conociste anteayer.

—Cuando lo dices así suena fatal.

—Dime una forma de decirlo en la que suene bien.

Justo en ese instante, me entraron unos mensajes. Eran de él.

—Ahora mismo me está enviando su pasaporte, su identificación del hospital, su dirección, el teléfono de sus padres y compartiré mi ubicación con vosotras. Ah, y cuando alquilemos el coche os mandaré la matrícula.

—Eso me gusta más —reconoció Silvia.

—¡La que vas a liar para follártelo, hija mía! —exclamó Sonia, con guasa—. Ni que fuera a pedirte una subvención. Solo te falta exigirle el certificado de estar al corriente con Hacienda.

—Ha sido idea suya.

—¡Qué mono, tía! ¡Me encanta! —dijo Marta.

—Yo quiero verlo. ¡Videollamada a cuatro! —ordenó Sonia.

—Ni de coña —me negué en rotundo.

—¿Qué voz tiene? ¿De empotrador? —inquirió Sonia, descojonada.

—Estás enferma —replicó Silvia.

—No sé cómo es esa voz. La tiene grave y profunda.

—¡Tía, manda más fotos! Seguro que tienes más, so salidorra —me exigió Sonia.

Reconozco que también había cotilleado un poco su Instagram y me había guardado un par de fotillos en la galería. Por guardarlas. Yo qué sé. El caso es que le mandé a Marta las fotos en las que Michael aparecía en bañador con una tabla de surf.

—Hostia —soltó Silvia.

—¡Y luego la enferma es Sonia! —murmuré.

—Solo he dicho hostia.

Sonia seguía contemplando la fotografía.

—Gilipollas no eres.

—Me voy a buscar a Aurora.

—Sí, sí. A Aurora.

—Os odio.

—Nosotras también te queremos —dijo Marta—. Pero ten cuidado.

—Lo tendré.

—Y manda ubicación —insistió Silvia.

—Vale.

—¿Te has fijado en el culazo que tiene? —me preguntó Sonia, con los ojos que se le iban a salir de las órbitas.

Claro que me había fijado, cómo no iba a fijarme, pero decidí desviar el tema:

—He hablado con su abuela.

Las tres me miraron.

—¿Con su abuela? —preguntó Sonia.

Les conté la historia y Sonia se meó encima.

Luego me tocó llamar a mi madre, aunque ella tardó bastante más en reaccionar.

—¿A Australia?

—Eso es.

—¿Pasado mañana?

—Era la oferta que había.

—¿A buscar a Aurora?

—Y a Santiago, que está en Japón, pero regresa en diez días.

—¡Qué perra te ha entrado con mi hermana! ¿Qué necesidad tienes de remover algo que es tan antiguo?

—Tú misma me dijiste que preguntara a Aurora.

—Por teléfono, si acaso te hacías con su número. ¡En ningún momento te alenté para que te cogieras un avión! ¡Es un despropósito!

—Necesito conocer a mi familia.

—Tu familia somos nosotros. ¡Vente a Oropesa y déjate de viajecitos raros! —me exigió mi madre.

—Necesito conocer a la parte de mi familia que me falta porque tú no me cuentas nada.

—Si me estás presionando con el viajecito a Australia para que desembuche…

—Ya sé que no me vas a decir nada. Por eso me voy.

—En vez de invertir ese dinero en ahorrar para la hipoteca de un piso, te lo vas a gastar en un viaje tonto.

—Tienes razón. Con ese dinero y otros doscientos mil euros ya casi tengo piso en Madrid.

—¿Y qué vas a hacer mientras llega Santiago?

—Conocer un poco Australia… con Michael.

Esta vez omití que estaba bueno.

—No conoces a ese hombre —dijo.

—Lo sé. Tengo todos sus datos, he comprobado dónde trabaja y hasta he hablado con su abuela.

—¿Con su abuela?

—Está todo bien, mamá.

Suspiró.

—Tienes treinta años. No puedo decirte lo que tienes que hacer.

—Eso es verdad.

—Y si el chico este es guapetón…

—¡Es más que eso! —se me escapó.

—Mejor todavía, para un rato —especificó mi madre.

—¿Para un rato?

—Eres soltera. Puedes divertirte, pero espero que no cometas la locura de enamorarte de un tío que está en el culo del mundo.

—Tranquila que no. Yo no estoy para líos. Y otra cosita: si encuentro a Aurora, ¿quieres que le diga algo?

Se hizo un silencio y mi madre respondió unos segundos después:

—No.

—El otro día ibas a decirme algo.

—Me arrepentí. Llámame cuando llegues, Vera.

Y colgó.

Era mi madre. ¿Qué iba a hacer? ¿Cambiarla? Me aguanté con su respuesta.

Los dos días siguientes pasaron tan deprisa que apenas tuve tiempo para arrepentirme.

Me dediqué a limpiar y a tirar lo que no me despertaba ningún tipo de emoción, cerré la casa y, antes de marcharme, me despedí de la morera.

—Tú tienes la culpa.

Después me sentí bastante idiota por hablar con un árbol, cogí el bolso y regresé a Madrid.

Me pasé por mi casa para hacer una maleta de invierno, me dio un agobio tremendo porque hacían como cincuenta grados, y al día siguiente estaba en el aeropuerto.

Mis amigas me escribieron desde Bali.

SONIA: Foto del australiano cuando llegues.

SILVIA: Ubicación.

MARTA: Buen viaje, amiga.

Sonreí y guardé el móvil.

Australia.

Yo no había querido ir a Bali y allí estaba en Barajas para ir más lejos todavía.

Negué con la cabeza y crucé la puerta de embarque.

No pienso describir las horas de vuelo porque todavía me duelen.

Dormí mal, comí a horas extrañas, vi tres películas que jamás habría elegido y me desperté varias veces convencida de que llevábamos cinco horas volando cuando no había pasado ni una.

Cuando finalmente aterricé en Melbourne tenía la sensación de llevar media vida en aquel avión.

Encendí el móvil en cuanto tuve wifi y ahí estaba él para preguntarme:

MICHAEL: ¿Viva?
VERA: De momento.
MICHAEL: Voy a buscarte.
VERA: No. Voy en taxi.
MICHAEL: Qué ilusión te hace verme.

Me reí.

VERA: Te veo en tu casa.

El frío me atizó nada más salir del aeropuerto.

—Joder.

Agosto y yo poniéndome un plumífero, una bufanda y un gorro.

Durante el trayecto miré Melbourne por la ventanilla pensando que Aurora había llegado a aquella misma ciudad más de medio siglo antes.

Intenté imaginarla llegando allí en 1968. Sin Google Maps, sin WhatsApp, sin poder ampliar la foto de ningún australiano buenorro antes de conocerlo. Aquella mujer tenía bastante más valor que yo.

Un buen rato después, y bastantes dólares más pobre, el taxi se detuvo frente a una casa que ya había visto en fotografías.

Pero la casa de Aurora era mucho más bonita en persona.

Era una casa de dos plantas, de ladrillo claro, tejado inclinado y grandes ventanales, rodeada de árboles y con un jardín delantero bastante más cuidado de lo que cabía esperar de un médico soltero.

Aunque, pensándolo bien, Michael había comprado la casa hacía solo un año. Igual todavía no le había dado tiempo a cargárselo.

Bajé del taxi y al momento la puerta se abrió y apareció Michael.

Joder.

La fotografía no le hacía justicia, ni tampoco la videollamada.

Era más alto de lo que imaginaba, debía medir más de un metro noventa, tenía un pelazo impresionante con un brillo cegador. Bueno, quizá lo de cegador era un tanto exagerado, pero pelazo del bueno.

Y qué mirada, qué sonrisa y qué cuerpazo.

Llevaba unos vaqueros y un jersey negro de cuello vuelto.

Madre mía. Si lo llega a ver Sonia se le cae la baba al suelo.

—¡Hola! —me saludó con esa voz que en vivo sonaba mucho más sexy.

—Hola.

Nos quedamos mirándonos.

—Esto es raro —dije.

—Un poco.

—En España ahora te daría dos besos.

—Puedo soportarlo.

Me acerqué y se los di.

—Bienvenida a Australia.

Miré la casa.

—Aún no me creo que esté frente a la casa de Aurora.

—Ni yo de que estés aquí. Haz una foto para que sepan que has llegado.

—Quita, quita —me negué haciendo aspavientos.

—¿Por?

—Porque me van a preguntar si estás más bueno en persona —respondí porque era una bocazas.

—¿Y lo estoy?

—No pienso darte esa satisfacción.

—Entonces es que sí —replicó él, con una sonrisa que me remató.

Porque sí, era guapo de cojones. Pero ya está. No iba a perder la cabeza por un australiano espectacular.

—Eso lo dices tú.

—Después de mandarte el pasaporte, la identificación del hospital y media vida, creo que tengo derecho a conocer tu opinión.

—Mi opinión es que tienes la autoestima estupendamente. No necesita refuerzo —dije muy digna, yo.

Michael me cogió la maleta y no pude evitar mirarle el culo. Fue culpa de Sonia. Siempre que me pasan estas cosas es culpa de ella.

Y, de repente, me importó bastante menos lo bueno que estaba Michael.

Porque entré en la casa y empecé a reconocer cosas que Aurora había contado en sus cartas cuarenta años antes.

La cocina enorme, el jardín que se veía al otro lado de los ventanales y la piscina al fondo.

Tiene jardín, piscina y una cocina enorme.

Recordé la carta casi palabra por palabra. Santiago había decidido que la piscina le pertenecía y Robert había asegurado que Aurora terminaría arrepintiéndose de haber querido tanto jardín.

Respiré hondo. Estaba mucho más emocionada de lo que esperaba.

Michael me miró con una sonrisa y no dijo nada. No hacía falta. A esas alturas entendía perfectamente lo que significaba para mí estar allí.

La casa era cálida, luminosa y estaba completamente reformada.

—¿La cambiaste mucho? —pregunté.

—Bastante. Pero hay algo que no he tocado.

Me llevó hasta una habitación del fondo. La caja estaba sobre una mesa y me estremecí entera.

La había visto por videollamada, pero tenerla delante era diferente. La abrí y cogí uno de los sobres. Lo olí, pasé los dedos por encima de la letra de mi abuela Carmen y se me llenaron los ojos de lágrimas.

Aquella carta había salido de Villamayor y Aurora la había abierto allí, al otro lado del mundo.

—Una vez más te doy las gracias por no tirarlas.

Michael me miró extrañado.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Hay gente que lo habría hecho.

—Yo no. Me cuesta tirar cosas que demuestran que alguien estuvo en un sitio antes que yo.

—No me hables, que soy incapaz de tirar hasta las facturas de la luz de los años ochenta de mi abuela.

Cerré la caja y me la llevé al pecho.

—Son tuyas —dijo.

—No son mías.

—Más tuyas que mías.

Pasé una mano por la tapa y Michael añadió:

—Cuando encontremos a Aurora decidimos qué hacemos con ellas.

Michael dijo «cuando», no «si», y me gustó mucho que utilizara esa palabra.

—Me parece perfecto.

—Por cierto —siguió diciendo—, te he reservado una habitación.

—¿Dónde?

—Hay un hotel muy cerca. Puedes ir andando.

—¿Y si al final no hubiera venido?

—Cancelación gratuita —respondió encogiéndose de hombros.

—Lo tienes todo pensado.

—No todo. Hay otras que dejo a la improvisación.

—¿Y la reserva?

—Está a tu nombre. Pagas allí.

Aquello también me gustó.

No había dado por hecho que dormiría en su casa por mucho que fuera a hacer el viaje con él. Me estaba facilitando las cosas, pero mantenía la distancia y respetaba que prácticamente acabábamos de conocernos.

También me gustó que no hubiera intentado pagarme nada. Simplemente había conseguido que no tuviera que buscar un hotel después de veintitantas horas de viaje.

—Gracias.

Me sonrió y yo me acerqué a la ventana.

Entonces vi el jardín y el árbol. Entrecerré los ojos y musité:

—Michael.

—¿Qué?

—La morera.

Miró hacia fuera.

—Sí.

Abrí la puerta del jardín y salí. Me acerqué al árbol con una emoción tal que me temblaban las rodillas. No era tan grande ni tan vieja como la de Villamayor, pero era una morera preciosa.

Michael se acercó a mi lado.

—Aquí está.

Me miró sorprendido y me preguntó:

—¿Sabías que había una?

—Aurora habló de ella en una de sus cartas. Cuando compraron esta casa, escribió a mi abuela para contarle que tenía una morera en el jardín.

Michael volvió la vista hacia el árbol.

—Eso no me lo habías contado.

—Tú tampoco me habías contado que seguía aquí.

—No sabía que fuera importante.

—Yo tampoco. Hasta hace unos días.

Volví a mirar el árbol.

Recordé la fotografía de mi abuela junto a la morera de Villamayor.

Aquí empezó todo.

Y lo que había escrito detrás.

Cuánto soñaste subida a esta morera, aunque todos te dijéramos que bajaras.

Pasé una mano por el tronco.

—¿Estás bien? —preguntó Michael.

Asentí.

Aurora se había ido de Villamayor, pero se había llevado un pedacito con ella.

Porque junto a ese árbol, de pronto y absurdamente, me sentí como si estuviera en mi pueblo…

Capítulo 10

A las ocho y media de la mañana Michael estaba esperándome delante del hotel.

Yo llevaba despierta desde las cinco.

No porque estuviera nerviosa ni emocionada, sino porque mi cuerpo seguía convencido de que estaba en España y a esas alturas ya no sabía si tenía que desayunar, comer o volver a acostarme.

Había desayunado dos veces.

—Tienes mala cara —fue lo primero que me dijo.

—Buenos días, eres un encanto.

—¿Has dormido?

—Perfectamente. De cinco a cinco y cuarto, de seis menos diez a seis y veinte y creo que otros doce minutos sobre las siete.

Se rio y cogió mi maleta.

—Puedes dormir en el coche.

—Ni de coña. No me he cruzado medio mundo para ver Australia con los ojos cerrados.

Cuando Michael abrió la puerta del conductor, me quedé mirándolo.

—Ese no es mi sitio.

—¿Quieres conducir tú?

—Ni aunque me pagues. ¡Estoy molida!

—Entonces, sube.

Fue entonces cuando me di cuenta de que era un coche australiano, pero es que al rato se me olvidó.

Porque subí y tardé aproximadamente treinta segundos en agarrarme a la puerta.

—Vas por la izquierda.

—Es donde solemos conducir en Australia.

—Joder, ¡cómo impresiona!

—Llevamos veinte metros.

—Y están siendo muy intensos.

Melbourne fue quedándose atrás mientras intentaba asumir que aquello estaba ocurriendo de verdad.

Australia.

Yo.

Un coche.

Mil setecientos kilómetros por delante.

Y un hombre al que había conocido hacía unos días y que seguía siendo un desconocido. Aunque cada vez lo pareciera menos.

—Recuérdame cuánto hay hasta Dubbo.

—Ocho horas y media o nueve.

Lo miré perpleja y solté muerta de risa:

—¿Y dijiste que estaba de camino a mi destino final?

—Para Australia, sí.

—Tenéis un concepto muy raro de «de camino».

Durante la primera hora hablamos de tonterías. Del frío, de las distancias australianas y de música. Descubrí que Michael no conocía la canción *Pop* de La Oreja de Van Gogh, se la puse y se la canté:

—¿Esa eres tú? —me preguntó absolutamente en serio.

—¿Yo?

—Sí. La chica de la canción. Se la da bien todo.

—Nunca he aprendido francés. Pinto fatal. Nunca he escrito poemas. Cantar no lo hago mal…

—¡Cantas muy bien!

—Canto.

—Y hablas por los codos. ¿Siempre hablas tanto? —preguntó Michael, con guasa.

—No.

—Vale.

—A veces hablo más.

Se echó a reír y así fueron pasando los kilómetros.

—¿Cómo era? —preguntó un rato después.

—¿Quién?

—Aurora.

Me quedé pensando y al momento encontré la palabra perfecta para definirla:

—Increíble.

—Eso ha sonado a admiración.

—Es que la admiro.

Miré por la ventanilla, por esos mismos paisajes que ella conocería bien y repliqué:

—Piensa en la época. En el pueblo. Había tenido polio de pequeña y le quedó una pierna fastidiada. Todo el mundo parecía tener clarísimo lo que podía hacer y lo que no. Y ella estudió inglés porque quería marcharse. Su mundo se le quedaba demasiado pequeño y también acabó harta de ser la chica que siempre se quedaba sentada en los bailes.

—¿No la sacaban a bailar?

—No. Pero le sacó mucho partido a estar sentada en esa silla. Todos acudían a ella para tratar asuntos amorosos. Y eso acabó haciendo que después tuviera un programa de amor en la radio aquí, en Australia. Pero antes estuvo en Londres…

—Se marchó a Londres con sus ahorros.

—Sí. Se marchó sola. Se pagó su billete a Londres. En los años sesenta, imagina. Todo después de un montón de trámites y papeleo. Se buscó trabajo, alquiló una habitación, siguió estudiando... Ahora te coges un avión y tienes un móvil para todo. Ella se fue sin nada de eso.

—No debió de ser fácil —supuso Michael, que escuchaba con mucha atención.

—No lo fue. Y eso es precisamente lo que más me gusta. En las cartas tiene miedo, se queja, le duele la pierna, echa de menos a su familia. No era una superheroína.

—Era una persona.

—Exacto. Pero seguía adelante. Nunca se rindió.

Le conté que después conoció a Robert, se enamoró de él y acabó cruzando otro medio mundo hasta Australia.

—Pero no vino solo por Robert —continué—. Aurora quería su propia vida. Estudió Periodismo, dio clases de español, buscó trabajo y acabó en la radio, que era su sueño.

—Ahora yo también la admiro. Luchó muchísimo por hacer lo que quería.

—¡A brazo partido! Lo flipo con ella, te lo juro.

Era alucinante. Una semana antes Aurora apenas era el nombre de una tía que se había marchado a Australia. Ahora no solo quería

saber qué había pasado, quería conocerla. Mejor dicho, necesitaba conocerla.

—Lo que no entiendo es cómo pudieron terminar así ella y mi madre —dije—. Por las cartas se nota que se querían.

—A veces querer a alguien no evita que las cosas se estropeen.

—Pero eran hermanas.

—¿Tienes hermanos? —me preguntó Michael, como si eso explicara muchas cosas.

—No. Soy hija única. Y siempre me habría encantado tenerlos.

—Eso es porque no los tienes.

Lo miré divertida y solté:

—¿Tú sí?

—Uno. Andrew. Es mayor que yo. Es el director de la sucursal bancaria que está en la misma manzana donde vive mi familia.

—¿Os lleváis bien?

Tardó un poco en contestar.

—No hablamos.

—¿Cómo que no habláis?

—Hace casi dos años.

—¿Qué hizo?

—Me encanta que hayas decidido que fue culpa suya.

—Estoy en tu coche. Mi lealtad acaba cuando me dejes donde mi primo.

Él sonrió y luego contó con una mueca de contrariedad:

—Nos peleamos por una reforma.

—¿Llevas dos años sin hablar con tu hermano por unos azulejos? —quise saber convencida de que me estaba tomando el pelo.

—No eran unos azulejos.

Luego me contó que sus padres iban a hacer obras en casa y Michael había insistido en aprovechar para adaptar algunas cosas pensando en el futuro: baños accesibles, eliminar algún escalón, facilitarle también las cosas a Margaret.

Andrew pensaba que era absurdo adelantarse. Sus padres estaban bien y Margaret todavía se manejaba perfectamente.

—Yo le dije que no se preocupaba lo suficiente —reconoció Michael.

—Uy.

—Sí. Y él me recordó que era él quien vivía en Dubbo, quien veía a nuestros padres todos los días y quien estaba pendiente de mi abuela. Que yo vivía en Melbourne y aparecía cuando podía.

—Él era el hermano que estaba y tú el que venía —resumí, aunque fuera un fastidio para él.

—Más o menos.

—¿Y te jodió que te lo dijera?

Michael tardó unos segundos en responder.

—Me jodió porque tenía razón. Él está para las cosas pequeñas. Lleva a mi abuela al médico, pasa por casa de mis padres, arregla lo que se rompe, aparece si necesitan algo... Yo voy siempre que puedo, pero no es lo mismo.

—Ya.

—Lo que no me gusta es que a veces utilice eso para decidir que yo tengo menos derecho a opinar.

—Porque tú te fuiste.

—Exacto. Si digo algo sobre mis padres o sobre mi abuela, cuando discutimos acaba soltándome que yo no estoy allí.

—Y eso también es verdad.

Michael me miró y replicó irónico:

—Se ve que te estás poniendo de mi parte.

Me seguía bien el rollo y yo a él. Así había sido desde la primera vez que hablamos y esa era una de las razones por las que también había aceptado hacer ese viaje tan largo con él.

—A ver, claro que es verdad lo que dice mi hermano —admitió—. Pero irme no significa que me importen menos. Mi trabajo está en Melbourne. Mi vida está allí. No me fui para librarme de mi familia.

—Pero supongo que tu hermano tampoco se quedó para convertirse en el responsable oficial de todos.

Michael volvió la cabeza hacia mí y esta vez tardó un poco más en contestar.

—No. Supongo que no.

—Entonces estáis empatados. Los dos tenéis razón y los dos estáis cabreados. Me parece una pena.

—Vera...

—Lo digo en serio. Yo tengo amigas a las que quiero muchísimo, pero siempre he pensado que tener un hermano debe de ser diferente.

—Es más complejo.

Me quedé mirando la carretera.

—Tu relación con Andrew es probablemente la relación más larga que vas a tener en tu vida. Tus amigos pueden cambiar, tus parejas también. Tus padres estuvieron antes, pero seguramente se irán antes. Tu hermano, en cambio, va a estar siempre a tu lado. Y, además, ha vivido tu infancia contigo. Se acuerda de las velas que soplaste, de tus noches estudiando hasta las tantas, de los nervios antes de un examen, de aquel día que te pasaste horas esperando una llamada, de vuestros amigos, de secretos que no sabe nadie más... Incluso de cosas que tú ya has olvidado.

Michael guardó silencio unos segundos, luego asintió y dijo:

—Es como el testigo de tu vida. La prueba de que todo aquello existió. Aunque algunas veces su versión no coincida del todo con la tuya.

—Supongo que esa es la putada. Que también es testigo de todas las versiones de ti que preferirías olvidar.

—Mi hermano recuerda unas cuantas.

—¿Y tú recuerdas las suyas? —pregunté.

—Por supuesto. Para eso están los hermanos —respondió con una sonrisa gamberra.

Lo miré un segundo más de lo que debería, tal vez dos, y después le confesé:

—Por eso no entiendo a mi madre y a Aurora. ¿Qué pudo pasar para que perdieran algo así?

Michael miró al frente.

—A veces no pasa una sola cosa.

Pensé en él y Andrew. Llevaban casi dos años sin hablarse por una reforma que no era una reforma. Y no dije nada más al respecto, no quise seguir metiendo el dedo en la llaga.

Además, fue Michael quien cambió de tema.

—¿Ya has avisado a tu gente de que llegaste bien? ¿Le enviaste el número de matrícula y todo eso?

—Sí. Ya están todas enteradas.

—¿Todas?

—Mi madre y mis tres amigas que están ahora mismo en Bali.

Michael me miró de reojo.

—Ah, las del viaje al que te negaste a ir.

—Esas.

—¿Y por qué no quisiste ir?

Solté el aire, apoyé la cabeza en el respaldo y, como si estuviera en la consulta de un terapeuta, le solté la verdad:

—Porque… ¿te acuerdas de que te conté que mi ex me engañó?

—Sí. El traumatólogo.

—Ese. Se llama Fer. Y trabaja en el mismo hospital que yo.

—¿Todavía te fastidia tener que verlo a diario?

—No, ya no. Ni a ella tampoco. Se llama Natalia. También es traumatóloga, como te dije. Y también trabaja allí.

Michael giró la cabeza.

—¿Los tres trabajáis juntos?

—Los tres.

—Joder.

—Ya. Al principio era una mierda. Ahora me da bastante igual. Fer y yo hablamos con normalidad cuando toca.

—¿Y qué tiene que ver Bali?

—Íbamos a ir juntos.

Michael tragó saliva y farfulló, levantando las cejas:

—Ah.

—Lo pillé con Natalia el día antes de coger el avión. Teníamos las maletas hechas, el hotel reservado, todo.

—Qué horror. Lo siento. Nadie se merece eso.

—Las personas no suelen darnos lo que merecemos, nos dan lo que tienen y lo que son. Y yo decidí que no quería recibir más de lo que me estaba dando mi novio. Eso fue hace dos años. Y este año mis amigas decidieron ir a Bali. Querían que fuera con ellas, pero me negué.

—¿Por Fer?

Negué con la cabeza.

—Por Fer no. Fer ya no me importa. Pero Bali quedó asociado a aquella humillación, aunque a Fer sentimentalmente ya lo tenga completamente superado. Y me parecía una gilipollez ir para pasarme ocho días acordándome de un viaje que no hice.

Michael asintió y comentó con una sonrisa que me pareció perfecta. Para qué voy a decir otra cosa.

—Pero has acabado en Australia, muchísimo más lejos. ¿Y has venido solo por Aurora?

Lo miré y respondí en un tono de guasa:

—No te emociones, Cocodrilo Dundee.

Se echó a reír y seguimos hablando hasta que paramos a tomar café un rato después.

—Ahora me toca a mí —dije cuando nos sentamos otra vez en el coche.

—Miedo me das.

—La chilena.

Michael me miró de soslayo, se encogió de hombros y replicó:

—¿Qué quieres saber?

—Me dijiste que te dejó. No por qué.

Di un sorbo al café que llevaba en la mano y él respondió:

—Porque yo trabajaba demasiado.

Luego me habló de guardias, de cambios de turno, planes cancelados. La chilena decía que salía con Michael y con el hospital y que el hospital siempre ganaba.

—¿Y tenía razón? —quise saber.

—Sí.

—¿Así, sin defenderte?

—¿Para qué?

Aquello me gustó. Podría haber buscado mil excusas o haberme contado la historia de forma que él quedara como el bueno y su ex como la que no había sabido entenderlo. Pero no lo hizo. Había trabajado demasiado, ella se había cansado y punto.

—¿Y no intentaste trabajar menos?

—Sí.

—¿Y?

—Trabajé menos unas tres semanas.

—¡Impresionante esfuerzo!

—Ella tampoco quedó impresionada.

—¿Y sigues igual? —pregunté entornando la mirada.

—Intento que no.

—Eso suena a que no has cambiado mucho.

Michael no dijo nada por un instante y luego me contó:

—Un día atendí a un paciente que hizo que me planteara muchas cosas.

—Me encanta que mis pacientes me cuenten sus cosas.

—A mí no siempre me llegan con muchas ganas de hablar. Este llegó con un infarto. Tendría unos sesenta años. Había empezado con dolor en el pecho esa mañana y había aguantado varias horas porque tenía una reunión importante.

—No me jodas.

—Te sorprendería. Cuando llegó estaba bastante mal y aun así seguía pendiente del teléfono. Tuvimos que decirle varias veces que lo guardara.

—¿Y qué pasó? —inquirí revolviéndome en el asiento.

—Conseguimos estabilizarlo. Mientras esperábamos para trasladarlo, me preguntó si creía que iba a morirse.

Dejé de beber café.

—¿Y qué le dijiste?

—Que estábamos haciendo todo lo posible. —Michael guardó silencio unos segundos—. Entonces empezó a hablar. Su mujer lo había dejado unos años antes porque nunca estaba en casa. Apenas veía a sus hijos. Me dijo que llevaba toda la vida pensando que trabajaría menos cuando consiguiera el siguiente ascenso, cuando terminara el siguiente proyecto, cuando tuviera suficiente dinero...

—Y nunca llegaba ese momento.

—No. Me dijo: «Siempre pensé que tendría tiempo después».

Me quedé callada.

—Joder.

—Sí.

—¿Murió?

—No. Salió adelante.

—Menos mal —susurré llevándome la mano al pecho.

—Pero cuando dijo que siempre había pensado que tendría tiempo después, fue como si me pusieran un espejo delante. Yo también llevaba años aplazándolo todo por el trabajo. Y por primera vez pensé que igual yo también estaba dando por hecho que siempre habría un después.

—Ya sabemos que nadie tiene la vida comprada. Pero casi todo el tiempo se nos olvida.

—Así es. Y eso que yo veo gente enferma todos los días, pero lo que dijo aquel hombre se me quedó.

—¿Y decidiste ir a buscar a la chilena y decirle que esta vez sí que ibas a cambiar? —supuse.

—La chilena está feliz con un sueco.

—¿Hace cuánto que rompisteis? —quise saber con los ojos como platos.

—Un año.

—¿Y tú sigues colgado de ella?

—No.

—¿Y estás con alguien?

—Estoy soltero. Con la vida que llevo es difícil conocer gente. Las apps las tengo descartadas. Son un fiasco. Y no tengo tiempo ni para tropezar con una chica en la sección de congelados. Si voy a discotecas es para bailar, si salgo con mis amigos es para estar con ellos…

—En el trabajo…

—En el trabajo, trabajo —zanjó él, muy serio.

—¿Nunca has salido con nadie del trabajo? —pregunté, atónita.

—No. Jamás.

—¿Ni un rollo en la típica guardia aburrida?

—No tengo guardias de esas. Y si me aburro un rato, leo. Así que si no me llegas a llamar, igual me habría plantado en los sesenta sin volver a conocer a nadie.

—Sí, claro. Seguro… —solté porque no había quien se lo creyera.

—¿Y tú? ¿Sales con alguien?

—No. Desde que lo dejé con Fer hace dos años no he estado con nadie. Tú eres el primer chico con el que…

Me callé.

—¿Con el que qué?

—Nada.

—Vera.

—He dicho nada.

—Eso no era nada.

Miré por la ventanilla.

—Con el que me apetece estar —admití al final.

Michael tardó un segundo en contestar.

—Eso mejora bastante el viaje.

—No te emociones.

—Demasiado tarde.

—Bueno, sigue contando… —le pedí para dejar el tonteo o lo que fuera eso—, después de que conocieras a ese paciente que te impactó tanto, ¿empezaste a trabajar menos?

—Sigo trabajando mogollón.

—Menudo aprendizaje.

Nos reímos, pero luego él habló con una sinceridad estremecedora:

—Lo que decidí aquel día es que no quiero despertarme un día con sesenta años y descubrir que no tengo nada fuera del hospital.

—¿Y qué quieres tener?

Ni se lo pensó y respondió convencido:

—Una vida. Viajar más. Ver más a mis amigos. A mis padres. A mi abuela.

Hizo una pequeña pausa.

—Y me gustaría tener mi propia familia.

—¿Hijos?

—Sí.

—¿Cuántos?

—No sé.

—Pues así no se puede organizar una familia.

Nos reímos los dos de la estupidez que acababa de soltar y luego él contestó por fin:

—Dos. Supongo. ¿Tú quieres tener hijos?

—Sí.

Respondí sin pensarlo.

—Siempre he querido tener hijos —añadí, pero al instante me quedé en silencio.

—Has puesto cara de que viene un pero.

—Porque viene.

Miré hacia la ventana.

—Me gustaría tener una familia, pero también me da vértigo volver a confiar tanto en alguien.

—¿Por Fer?

—En parte. Estuve cuatro años con él convencida de que lo conocía. Y resulta que no tanto. No pienso que todo el mundo vaya a engañarme. Pero construir una vida con alguien y saber que un día puede irse todo a la mierda da miedo.

—También puede no irse.

—No sé si estoy preparada para correr ese riesgo —confesé mientras repasaba el estado de mi manicura.

—Y puedes pasarte la vida evitando que algo salga mal y conseguir que no pase nada —repuso él.

Entrecerré los ojos y comenté tras bufar un poco:

—Eso ha sonado a frase de taza.

—Olvídalo.

Cogí el móvil.

—¿Qué haces? —me preguntó él.

—Apuntarla y subirla a internet con la foto de fondo de la carretera.

—Como hagas eso, te dejo aquí.

—Sé que no harías eso —dije, segura.

—¿Por qué?

—Porque eres Tauro —bromeé.

—¡Es verdad!

—No tienes pinta de cabronazo. Pero yo qué sé. Todo esto de mi tía me está haciendo pensar mucho.

—¿En qué?

—En la gente que crees que conoces.

Michael me miró de reojo y yo reconocí:

—Descubrir que mi madre también me ha mentido ha sido duro.

—No es lo mismo que lo de Fer —matizó él.

—Ya sé que no. Ni siquiera sé todavía por qué ella lo hizo. Pero es mi madre. Toda mi vida he dado por hecho que lo que me contaba sobre nuestra familia era verdad. Y ahora resulta que Aurora no se fue porque no quisiera saber nada de nosotros. Escribía. Mandaba fotos. Preguntaba por mí... y mi madre lo sabía. Es duro descubrir que una parte de tu vida no era exactamente como te la habían contado.

—Quizá ella tuviera sus motivos.

—Seguro. Y quiero conocerlos. Pero eso no hace que me duela menos.

—Y ahora te cuesta saber de quién fiarte —replicó Michael.

—Un poco, aunque supongo que también estoy descubriendo que no puedo pasarme la vida sin confiar en nadie porque dos personas me hayan hecho dudar.

—Eso también podría ir en una taza —bromeó.

—Cállate.

—Con una carretera de fondo.

—Que te calles.

Me eché a reír y agradecí que volviéramos a las tonterías. Ya habíamos hablado suficiente de cosas serias.

Paramos otra vez un par de horas después. Fui al baño y, cuando salí, Michael estaba apoyado contra el coche hablando por teléfono.

No me acerqué.

Cuando regresé con una botella de agua, acababa de colgar.

—¿Todo bien?

—Sí. Era Andrew.

Me quedé mirándolo extrañada:

—¿Tu hermano?

—Solo tengo uno.

—Ya lo sé. ¿Lo has llamado tú?

—Sí.

—¿Y?

—Le he dicho que vamos a estar poco tiempo en Dubbo y que me gustaría verlo.

—¿Qué ha dicho? —pregunté, atónita.

—Que a él también. Vamos a quedar mañana al mediodía.

—¿Ya está? —pregunté sin creer que hubiera sido tan fácil.

—Ya está.

—¿Os habéis pedido perdón?

—¡No! ¡Qué va!

—¿Ni habéis hablado de la mampara que habría que poner en el baño? —repliqué alzando las cejas.

—Mucho menos.

—Bueno, algo es algo.

Michael abrió la puerta del coche y me informó para que no me viniera arriba:

—No hemos solucionado nada.

—¿Entonces?

—Hemos empezado.

Subimos al coche, nos pusimos en ruta otra vez y yo le pregunté:

—¿Por qué lo has llamado?

Tardó unos segundos en responder.

—Porque me has dado la mañana con lo de los hermanos.

—¡Ah! ¿Ahora es culpa mía?

Asintió con cara de guasa y luego respondió:

—Y porque he pensado que casi dos años ya eran suficientes.

No dije nada. Me limité a sonreír. Y en algún momento me quedé dormida.

Australia era infinita como decía mi tía, pero estaba agotada y tantas rectas tampoco ayudaban.

Cuando desperté tenía la cabeza torcida contra la ventanilla y una sospechosa humedad junto a la boca.

—¿He roncado?

—Muchísimo.

—Mentiroso —salté haciéndome la ofendida.

—Has dicho varias veces el nombre de Fer.

Me incorporé, me ajusté bien la coleta y repliqué alucinada:

—¿Qué? No recuerdo haber tenido una pesadilla.

Michael empezó a reírse a mandíbula batiente.

—Eres gilipollas.

—Eso también lo has dicho dormida.

Le di un golpe en el brazo.

—¡Mira la carretera, anda!

Llegamos a Dubbo cuando empezaba a anochecer.

—¿Tus padres saben que voy? —pregunté.

—Sí.

—¿Y qué les has contado?

—Que eres una española a la que conocí por teléfono porque compré la casa de su tía.

—Dicho así suena a que llevo una maleta llena de problemas familiares.

—¿Y no es verdad?

—Un poco.

—También les he contado que buscas a Aurora y a tu primo.

—¿Y no han preguntado por qué llevas a una extraña a conocer a un primo que hace unos días ni siquiera sabía que existía?

—Les he asegurado que eres una chica normal.

—¡Pero si no me conoces! —exclamé entre risas.

—Voy a arriesgar.

La casa apareció unos minutos después.

La puerta se abrió antes de que Michael hubiera apagado el motor y Margaret salió hacia nosotros.

—¡Vera!

—Dios mío —murmuré—. Tu abuela corre mucho para ser una mujer a la que querías hacerle un baño accesible.

Michael giró lentamente la cabeza hacia mí.

—Ni una palabra sobre el baño.

Me eché a reír. Margaret llegó hasta mí y me abrazó como si nos conociéramos desde hacía años.

—¡Has venido!

—Eso parece.

Se separó para mirarme y después se volvió hacia Michael.

—Es mucho más guapa en persona. ¡Y hacéis un parejón!

Michael cerró los ojos y masculló muerto de la vergüenza:

—Abuela.

—¿Qué?

—Me encanta la gente que dice lo que piensa —comenté, mirando a Margaret.

—Dale tiempo.

Y mientras entraba en aquella casa al otro lado del mundo, con Michael detrás de mí cargando mi maleta, pensé que debería haber sentido que no pintaba nada allí.

Pero no. Y eso era casi lo más raro de todo.

Capítulo 11

La madre de Michael apareció detrás de Margaret y me recibió con un abrazo que me pilló completamente desprevenida.

—Bienvenida a Dubbo.

—Muchas gracias. Y perdón por presentarme así.

—¿Así cómo?

—Bueno, sin conocerlos.

—Conocemos a Michael —dijo un hombre que acababa de aparecer a su lado—. Eso es suficiente.

—Papá, no la asustes.

Su padre sonrió y me tendió la mano.

—David.

—Vera.

—Ya sabemos quién eres. Margaret lleva preguntando a qué hora llegabais desde esta mañana.

—No es verdad.

—Desde ayer —corrigió la madre de Michael.

Margaret hizo un gesto con la mano.

—Exagerados.

Entramos en casa y Michael dejó mi maleta junto a la escalera.

Había fotos por todas partes. Michael de niño, Michael con uniforme del colegio, Michael y otro chico que supuse que sería Andrew, los dos llenos de barro. Margaret mucho más joven. Sus padres el día de su boda.

Me acerqué a una fotografía en la que Michael tendría unos diez años.

—Tenías las orejas enormes.

—Gracias.

—No te preocupes. Se te ha arreglado —le dije.

Su madre empezó a reírse y apuntó:

—Tardaron, eso sí.

Michael la miró.

—¡Mamá!

—¿Qué? Hasta los quince aquello no pintaba bien. Me llamo Helen, por cierto.

—Encantada.

—Venid. La cena está preparada.

Nos sentamos alrededor de una mesa demasiado grande para cinco personas y Margaret empezó a hacerme preguntas antes de que hubiera probado el primer bocado.

De dónde era, en qué trabajaba, cuánto duraba el vuelo desde Madrid, si era hija única.

—Soy española. Nací en Madrid.

—¿Y tus padres viven allí?

—Viven en Madrid. Ahora están en la playa. Yo decidí irme al pueblo. Adoro mi pueblo. ¡Vivan las campanas de mi pueblo!

Esto último lo dije en español.

—¿Qué ha dicho? No he entendido una palabra, pero me han entrado ganas de levantarme y hacer algo importante —preguntó Margaret.

—Que le gusta tanto su pueblo que se fue a pasar el verano —explicó Michael.

—Muy bien, tesoro —replicó Margaret.

—Y soy hija única y bastante inesperada, además. Mi madre me tuvo con cuarenta y ocho años.

—¿Con cuarenta y ocho? —repitió Helen, asombrada.

—Sí. Llevaban muchos años intentando tener hijos. Cuando ya casi habían perdido la esperanza, aparecí yo.

—Te hiciste esperar —dijo Helen.

—Debería estar haciendo otras cosas por ahí.

—Llegaste cuando tenías que llegar —apuntó Margaret.

—Eso dice mi madre.

Pensar en ella me produjo otra vez aquella mezcla rara de cariño y enfado que llevaba días acompañándome.

Luego seguí contestando a las preguntas…

—El vuelo son muchas horas, aunque yo envejecí unos siete años ahí dentro.

—Pues tienes la piel estupenda para tu nueva edad —comentó Margaret.

—Australia me está tratando bien.

—Mi nieto se llama Michael, no Australia.

—Abuela, por favor… Y deja ya el interrogatorio.

—No me importa. Pero creo que ya lo he respondido todo. Bueno, me falta a lo que me dedico. Soy técnica de radiología.

—¿Y por qué radiología? —preguntó David.

—Es vocacional. De pequeña les hacía radiografías a mis muñecas.

Michael giró la cabeza hacia mí y preguntó entornando la mirada:

—¿Cómo se le hace una radiografía a una muñeca sin una máquina de rayos X?

—No se lo tengas en cuenta. Ha conducido demasiado y está espeso —intervino Margaret—. ¡La máquina era un folio y un lápiz!

—Dibujaba los huesos, localizaba la fractura y luego escayolaba a las muñecas con papel higiénico.

—¿Tenían muchas fracturas? —bromeó Helen.

—Muchísimas. Barbie tuvo una infancia durísima.

—¿Y sobrevivió?

—Una perdió una pierna. Pero la familia decidió no denunciar.

Se rieron y Helen tomó la palabra para decirme:

—Estamos encantados de que estés aquí. Michael nos ha contado que has venido a buscar a tu tía.

—En realidad, he venido a buscar respuestas. Encontrarla sería ya...

No terminé la frase.

—¿Cómo se llama tu tía? —preguntó Margaret.

—Abuela, ¿qué más te da? Es imposible que la conozcas.

—Aurora Billiton —respondí.

Margaret, que estaba cortando un trozo de carne, se detuvo.

—¿Aurora Billiton?

—Sí.

—¿La de la radio?

Ahora fui yo la que dejó el tenedor.

—¿La conoce?

—¡Túteame! Conocerla, no. Pero la escuchaba.

Miré a Michael y parecía tan sorprendido como yo.

—¿Escuchabas a mi tía?

—Muchas veces. Tenía un programa sobre el amor.

—Sí, lo descubrí hace poco por una caja con cartas que encontré en casa de mi abuela. En mi familia toda la vida me contaron que mi tía no quería saber nada de nosotros y resulta que se escribía con mi abuela. Michael tenía en su casa las otras cartas que mi tía recibía. Y así me he enterado de que mi madre también le escribió en su día. En fin. No entiendo nada. Menos mal que he encontrado la dirección de mi primo, el hijo de Aurora, al que no conozco y en unos días podré enterarme de la verdad. O al menos de la verdad de Aurora.

—Aurora es estupenda. —Margaret sonrió—. Me encantaba aquel programa.

—¿Lo recuerdas? —le pregunté.

—Claro que me acuerdo. Siempre me han gustado las historias de amor.

David soltó una risa.

—Eso podemos confirmarlo todos.

—¿Qué quieres decir? —replicó Margaret, mosqueada.

—Que si hay una película en la que dos personas se enamoran, tú la has visto.

—Si no se enamoran, no merece la pena verla —sentenció Margaret.

Me reí, porque la entendía totalmente. Y además le pregunté:

—¿Aurora era conocida?

—No era una estrella, si es lo que preguntas. Pero tenía sus oyentes. Y sabía escuchar. Eso es más difícil de lo que parece.

Aquello me emocionó de una forma que no esperaba. Conocía a Aurora por unas cartas, pero para mí todavía era casi un misterio.

Y allí había una mujer que recordaba su voz.

—Había algo que siempre pensé de ella —continuó Margaret.

—¿Qué? —pregunté intrigada.

—Que había tenido un amor imposible.

Fruncí el ceño, porque eso sí que no me lo esperaba.

—¿Aurora?

—Era una impresión. Nunca contó nada. Pero cuando alguien hablaba de un amor que no había podido ser, ella lo entendía demasiado bien.

—Pues en las cartas no aparece nadie. Solo Robert.

—Entonces seguramente serían cosas mías. Aunque lo dudo mucho.

—Tal vez le era fácil ponerse en la piel de los otros porque era una persona sensible —opiné—. Pero por lo que sé no tenía ningún amor imposible. De hecho, de joven era la chica a la que no sacaban a bailar.

Margaret me miró, sin entender nada:

—¿Por qué? He visto fotos suyas y es una mujer atractiva y elegante.

—Tuvo polio de pequeña. Le quedó una pierna mal y en el pueblo... Bueno, eran otros tiempos.

Margaret tardó apenas un segundo en replicar:

—Hay idiotas en todos los tiempos. Y que no la sacaran a bailar no significa que ella no pudiera enamorarse.

Enarqué una ceja, porque lo cierto era que ni había considerado esa posibilidad:

—Pues sí. Pudo haberse enamorado, pero por lo que parece el único hombre al que amó fue su marido, Robert.

—Es tan solo una apreciación mía. Pero siempre he tenido la sensación de que Aurora sabía de lo que hablaba.

—A mi abuela le encantan las historias de amor de todo tipo. Incluso las que nunca sucedieron. Y si no hay historia, se la inventa.

—Veo lo que los demás no ven. O tardan en ver.

Entonces nos miró a Michael y a mí.

—¡A mí no me mires! —exclamó Michael, que se tapó la cara con la copa.

—No me hace ni falta. ¡Salta a la vista! Creo que ahora mismo tengo una historia que está empezando delante de mí.

Michael dejó el tenedor.

—No.

—¿No qué? —replicó la abuela.

—Lo que sea que vayas a decir.

—Ya lo he dicho —sentenció Margaret, tras dar un sorbo a su copa de vino.

—Nos conocemos desde hace unos días.

—¿Y?

Michael la miró.

—Estos dos aún no se han enterado —dijo Margaret, que siguió comiendo como si no hubiera pasado nada.

Yo hice lo mismo que ella y seguí comiendo mientras pensaba que me había bastado menos de un segundo para percatarme de que Michael estaba buenísimo. Pero eso no era un flechazo. Era tener vista. Que después me hubiera gustado hablar con él, que me hiciera reír y que cada vez me apeteciera más estar cerca de él ya era otra cosa.

—¿Dónde está tu equipaje? —me preguntó Helen.

—En la entrada. Luego lo llevaré al hotel.

Margaret volvió a dejar los cubiertos.

—¿Qué hotel?

Miré a Michael.

—El que me ha reservado.

—¿Has reservado un hotel para Vera?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para que duerma, abuela.

—Aquí hay camas.

—Ya, pero no iba a dar por hecho que quisiera quedarse en casa de los padres de un tío al que conoce desde hace nada. Bastante raro es ya que haya aceptado subirse a mi coche.

—De verdad, está todo bien —intervine—. Además, ya está reservado.

—Pues lo cancelas —le ordenó su madre.

—No quiero molestar.

—No molestas.

—Mamá —dijo David—, deja que Vera decida.

Margaret me miró y me pidió en un tono de lo más simpático:

—Decide.

Miré a Michael, que refunfuñó:

—A mí no me metas.

—Tú has provocado esto —le advertí.

—Precisamente por eso reservé el hotel.

Helen sonrió y volvió a insistir con esa clase de amabilidad contra la que un «no» tiene pocas posibilidades.

—Quédate. Tenemos sitio de sobra.

Miré alrededor de la mesa y los vi tan ilusionados a todos, menos a Michael, que tenía la vista clavada en el plato, que dije:

—Vale. Me quedo.

—Bien —dijo Margaret.

Michael resopló, sin saber qué decir:

—No pongas esa cara —le dijo ella—. Además, quiero saber cómo termina la historia.

—¿La de Aurora? —repliqué yo.

Margaret sonrió y respondió agitando la copa al aire:

—¿Verdad que tú también piensas que hay otra historia más?

Michael y yo hicimos como que no habíamos escuchado nada, pero los demás se troncharon.

Después de la cena, estuvimos hablando un ratito más en el salón y Michael y yo nos fuimos los primeros a dormir.

Me dieron una habitación que estaba en la planta de arriba, justo frente a la de Michael y, antes de despedirnos, la abuela nos dijo:

—Buenas noches, tesoros. Y no os preocupéis. Es normal que por la noche a veces se escuchen ruidos en el pasillo.

—¿Qué ruidos? —preguntó Michael, extrañado.

—Pasos.

—Abuela... —masculló Michael.

—¿Qué? Tenemos una casa vieja.

—No tenemos ratones.

—Yo no he dicho que sean ratones.

Me mordí el labio para no reírme. Luego me fui a mi habitación, escribí a mi madre y a mis amigas y silencié el teléfono para que no me dieran el coñazo. Estaba muerta de sueño.

Dormí como un tronco y a la mañana siguiente bajé a desayunar y encontré a Michael preparando café.

—Buenos días.

—¿Has dormido?

—Muchísimo mejor que en Melbourne. El colchón es maravilloso. Y no he escuchado pasos por el pasillo. Tu abuela va a llevarse una

decepción.

Me sirvió una taza.

—De verdad que lo siento, pero son así.

—No tienes nada por lo que disculparte. Son geniales.

—Mi madre ha sacado álbumes de fotos.

Lo miré y vi que estaba como asustado. Me tronché.

—¿En serio?

—Los he escondido.

—Michael, no seas así. ¡Quiero ver fotos!

—Ni hablar.

—¿Qué es lo que no quieres que vea? Yo también fui una adolescente con granos y *brackets*. No me voy a asustar.

—¡Necesito ver esa foto! —saltó él.

Luego apareció el resto de la familia, desayunamos juntos y al mediodía Michael quedó con su hermano.

No le pregunté si estaba nervioso, ni tampoco le propuse acompañarlo.

Aquello era cosa suya y regresó algo más de una hora después.

Yo estaba en el salón con Margaret cuando oí la puerta. Me levanté y me fui con él hasta el jardín.

—¿Qué tal?

—Bien.

—¿Bien de verdad?

—Hemos hablado.

—¿Y? —pregunté ya más tranquila, porque se le veía relajado.

—Los dos pensamos lo mismo: fuimos idiotas.

—Eso parece un avance.

—Nos hemos pedido perdón —contó, encogiéndose de hombros.

Me alegré tanto que me lancé a sus brazos:

—¡Qué notición!

Michael me sujetó por la cintura y yo le rodeé el cuello con los brazos.

Nos reímos. Y luego dejamos de reírnos.

No sé quién fue el primero en darse cuenta de que seguíamos demasiado pegados. Levanté la cara y me encontré con sus ojos. Estaba muy cerca.

Su mirada bajó un instante hasta mi boca y a mí se me olvidó por completo lo que acababa de decir.

Ninguno se apartó durante un par de segundos. Después lo hicimos los dos a la vez.

—Bueno, pues ya está hecho —murmuré.

—Sí —replicó él, sin saber muy bien de qué estábamos hablando.

—Ya sois hermanos otra vez —aclaré.

—Creo que sí. Aunque ha intentado colocarme un seguro de vida, un plan de pensiones y una tarjeta de crédito.

Solté una carcajada.

—¿En serio?

—Es director de banco. No puede evitarlo.

—Entonces la reconciliación ha sido completa.

Michael asintió y me dijo en ese tono de voz suyo que no podía ser más sexy:

—Ven.

—¿Adónde? —pregunté un poco nerviosa. Solo un poco.

—Te voy a enseñar Dubbo.

—Ah. Sí. Claro.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

No lo estaba. Todavía tenía demasiado presente su mirada bajando hacia mi boca.

Pero supuse que se me pasaría.

No me llevó al zoológico ni a ninguna de las cosas que aparecían en las primeras páginas de internet cuando buscabas qué hacer en Dubbo.

Me llevó a sus sitios.

Caminamos por el centro, pasamos junto a la antigua cárcel y después seguimos hacia Victoria Park.

Durante el trayecto lo saludaron un montón de personas.

La primera fue un hombre de unos sesenta años que paseaba un perrito que se puso muy contento también al verlo.

La segunda, una mujer que salió de una tienda de ropa únicamente para darle un abrazo.

Cuando una tercera persona gritó su nombre desde la acera de enfrente, me paré.

—¿Qué?

—¿Eres famoso?

—No.

—¿Fuiste el alcalde?

—Tampoco —respondió risueño.

—¿Has salvado a toda esta gente en Urgencias?

—Crecí aquí, Vera.

—Ya, pero yo he crecido en Madrid y te garantizo que puedo caminar durante horas sin que nadie me abrace.

—Dubbo es un poco más pequeño que Madrid.

—Será eso.

Seguimos caminando y reconozco que me gustó verlo allí.

Había algo diferente en él. Saludaba, preguntaba por padres, hijos, trabajos. Recordaba nombres.

Andrew le había reprochado que era el hermano que venía, pero Michael seguía siendo de aquel lugar.

De hecho, parecía que jamás se había ido.

Luego llegamos a una zona del parque y se detuvo.

—Aquí di mi primer beso.

Lo miré, desconcertada. Era la primera vez que un chico me mostraba semejante cosa:

—¿Esto forma parte del recorrido?

—Del mío, sí.

—¿Cuántos años tenías?

—Quince.

—¿Cómo se llamaba?

—Emily.

—¿Y qué tal? —pregunté alzando las cejas.

—Perfecto.

—No me lo creo.

—¿Por qué no?

—Porque nadie da un primer beso perfecto.

—Yo sí.

—Claro.

—Se me da bien. Es un don. Se tiene o no se tiene.

Me mordí los labios para no reír y luego mascullé:

—Qué suerte tuvo Emily.

—Ya te digo.

Continuamos andando hasta el río y pasamos allí un rato antes de regresar hacia el centro.

Fue entonces cuando escuché que una mujer lo llamaba:

—¿Michael?

Él se volvió y exclamó encantado de volverla a ver:

—¡Emily!

Lo miré y pensé que no podía ser. ¿Esa Emily era su Emily? ¿La afortunada que cató ese don suyo?

La mujer rubia se acercó sonriendo y abrazó a Michael.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Llegué ayer.

Emily me miró y me saludó muy simpática.

—Hola.

—Hola, soy Vera.

—Emily.

—Ya sé quién eres.

Michael cerró los ojos y murmuró sin saber dónde meterse:

—Me parece que sí.

Emily soltó una carcajada.

—¿Le has hablado de mí?

—Me acaba de enseñar dónde os disteis vuestro primer beso —respondí yo por él.

—¿De verdad?

—Es que salió el tema —aclaró Michael.

—¿Cómo sale ese tema? —preguntó Emily, con retranca.

—Eso mismo quería saber yo —añadí.

—No sé qué te habrá contado. Pero yo te aseguro que fue horrible.

Miré a Michael y no pude evitar troncharme.

—¡Normal!

—No fue horrible —aseguró Michael, convencido.

—Me mordiste.

—Fue sin querer —farfulló Michael.

—Y chocamos los dientes.

—Una vez.

—¡Todas las veces que lo intentaste!

Me llevé una mano al pecho y repliqué intentando no partirme de risa:

—Eso desde luego que es un don.

—Creo que me estás confundiendo con otro, Emily.

—No, no. Fue así. Yo estaba allí —dijo Emily.

—Yo también.

—Y estabas cagado. Estabas tan nervioso que hasta se te olvidó sacarte el chicle.

Madre mía. Yo me puse a llorar de la risa.

Emily nos contó que estaba casada y tenía dos hijos. Hablamos unos minutos más hasta que se despidió porque llegaba tarde.

Antes de marcharse volvió a mirarnos y nos preguntó:

—¿Estáis juntos?

—No —respondimos los dos a la vez.

Emily sonrió y replicó como diciendo: «Da igual vuestra respuesta, yo sé lo que hay»:

—Vale.

Y se fue.

Esperé hasta que estuvo lo bastante lejos.

—¿Qué ha significado ese «vale»?

—No lo sé —respondió.

—Sí lo sabes.

—Tengo hambre.

—Cobarde —murmuré.

Y se echó a andar.

—Emily cree que vamos a acabar liándonos —solté detrás de él.

—Emily siempre ha tenido mucha imaginación.

—¿Entonces no?

Michael se volvió y me miró.

—He dicho que tiene mucha imaginación, no que se equivoque.

Él siguió andando y yo me quedé clavada un segundo.

—¡Michael!

—¡Tengo hambre!

Cabrón.

Sonreí y fui detrás de él.

Aquella noche cenamos en familia otra vez.

Andrew pasó un rato por casa.

No hubo grandes discursos ni abrazos de película. Se dio un golpe en el hombro con Michael, discutieron sobre quién había roto una ventana cuando eran pequeños tras un balonazo y sobre quién había quemado las cortinas tras inventar un cañón y, antes de marcharse, quedaron en llamarse la semana siguiente.

Me pareció suficiente.

Cuando subí a mi habitación, Michael estaba en el pasillo.

—Mañana salimos temprano.

—Perfecto.

—¿Te ha gustado Dubbo?

—Mucho —asentí.

—¿Incluso después de conocer a Emily?

—Sobre todo después de conocer a Emily —bromeé.

—Sabía que iba a arrepentirme de enseñarte ese sitio.

—Me ha gustado conocerte aquí —hablé completamente en serio.

Michael dejó de sonreír durante un instante.

—¿Aquí?

—Con tu familia. Con la gente que te conoce desde siempre. Es diferente.

—¿Mejor o peor?

—Todavía estoy decidiendo.

—Ya me contarás mañana. Tenemos un buen trecho de coche por delante.

Entré en mi habitación y apoyé una mano en la puerta.

—Buenas noches, Michael.

—Buenas noches, Vera.

Cerré y esa noche tampoco se escucharon pasos.

Al día siguiente volvíamos a la carretera. Y por primera vez desde que había aterrizado en Australia, tenía la sensación de que no solo me estaba acercando a Aurora: también me estaba acercando a él.

Capítulo 12

Helen apareció con una bolsa cuando Michael acababa de cerrar el maletero.

—Llevaos esto.

Michael miró dentro.

—Mamá, hay sitios donde comprar comida por el camino.

—Ya lo sé.

—Entonces ¿por qué llevamos comida para seis?

—Porque vais a pasar muchas horas en el coche.

—Tenemos dinero.

—Y ahora también tenéis comida.

Cogió la bolsa y ella misma la metió en el maletero.

—Michael la coloca de cualquier manera y llega todo aplastado.

—Llevo treinta y cuatro años perdiendo esta batalla —farfulló Michael resignado.

—Pues ya deberías saber cuándo rendirte —le soltó su madre.

Nos despedimos de todos y Margaret me abrazó.

—Espero volver a verte.

—Yo también —dije con los ojos empañados.

Joder, Margaret era mucha Margaret. Y yo me había quedado sin abuelas. Era tan duro vivir sin abuelas. Y era tan tentador adoptar una…

—Y espero que cuando vuelvas...

—Abuela —la interrumpió Michael desde el coche.

Margaret abrió los brazos.

—¡Si no he dicho nada!

Me reí y, antes de subirme al coche, le aseguré a Margaret:

—Os llamamos cuando lleguemos.

—¡Y enséñamelo todo! ¡Me muero por ver cómo son esas casas en los árboles! Y si llegaras a encontrar a Aurora, ¡me haría mucha ilusión conocerla!

Diez minutos después habíamos dejado atrás Dubbo y a mí me dio un poco de pena.

—Voy a echarlos de menos.

—Menuda cosa le has dicho a mi abuela. Vas a tenerla todo el día al teléfono.

—De puta madre. No sabes lo que necesito una abuela en mi vida.

—Ah, ¿sí? —preguntó Michael, mirándome raro.

—No sabía cuánto hasta que he estado con ella.

—Es una lianta.

—Es genial. Todos lo son.

—Porque no son tu familia.

Resoplé y reconocí mientras me recostaba en el asiento:

—Me encantaría tener una madre que me dejara ir descalza por la casa. Pero la mía ni en verano.

—Yo voy siempre descalzo.

—Ya lo he visto. Mi madre te duraba dos días. Al tercero te había comprado unas zapatillas.

—¿Por qué?

—Porque te vas a clavar algo, porque el suelo está frío y te puedes coger una pulmonía, porque no gana para calcetines... Mi madre considera que andar por casa sin zapatillas es la antesala de una tragedia.

—¿Y después de la pulmonía qué viene?

—Nunca ha quedado claro. Pero empieza por los pies y, por cómo lo cuenta, acaba en Urgencias.

—Es donde trabajo.

—Le daría igual. Mi madre sabe más.

Michael fue a replicar algo, pero mi móvil empezó a sonar. Era una videollamada del grupo:

—Son las chicas X.

—¿Tus amigas?

—Sí.

—¿Todas trabajan en Radiología?

—Todas nos dedicamos al porno.

—Ahora lo entiendo —replicó intentando no reírse—. Lo de las radiografías es una tapadera. ¿No lo vas a coger?

—Uf. Han vuelto de Bali, estarán deprimidas y a saber en qué bar siguen metidas a estas horas. No soy tan mala amiga como para restregarles que estoy en Australia con el australianorro.

Se me escapó la última palabra, así que tocó inventarme algo.

—¿Eso qué es?

—Australiano y… pedorro —respondí muy seria.

—No significa eso.

—¿Hablas español o eres miembro de la RAE?

—Es australiano y buenorro —respondió con una sonrisa gamberra.

—O australiano y gilipollas.

—Contesta a tus amigas.

—No respondo por ellas.

Acepté la llamada y apareció la cara de Sonia ocupando prácticamente toda la pantalla.

—¡Por fin!

—¡Hola!

—¿No nos ibas a mandar ubicaciones para que estuviéramos tranquilas?

—Se me ha pasado. Pero estoy bien.

—Se te ha pasado porque estás todo el día follando. ¿A que sí? Me lo acabo de apostar con estas. Si se está tirando al médico, os pago las cañas.

Estuve a punto de abrir la ventanilla y lanzar el móvil. Pero al momento apareció Marta con su vocecita de ser de luz y preguntó:

—¿Dónde estás?

—En el coche.

—Eso ya lo veo.

—¿Quién conduce? —quiso saber Silvia, que asomó la cara también.

Miré de reojo a Michael que estaba descojonándose y repliqué:

—Una persona.

—Imagino que no va al volante un canguro —soltó Sonia.

—¿Está ahí? —preguntó Marta, en voz baja. Como sin querer molestar.

Michael levantó una mano y gritó en plan simpático:

—¡Hola, chicas! ¿Qué tal estáis?

Quise matarlo. Luego hubo un segundo de silencio.

—Hostia, habla español de verdad —murmuró Sonia, fascinada.

—No, está haciendo playback —solté.

—Pensaba que exagerabas. ¡Enchúfalo que queremos verlo!

Tenía que haber fingido un calambre en la mano y colgar, pero no lo hice. Lo enchufé. Marta y Silvia se pegaron más a Sonia y saludaron:

—Hola, Michael —saludó Marta.

—¡Coño! —farfulló Silvia.

—Madre del amor hermoso —gritó Sonia.

—No le hagas caso a Sonia, Michael —dijo Silvia—. Nosotras somos normales.

—Habla por ti —protestó Marta—. Yo soy mágica.

—Como puedes comprobar la única que no ha salido del frenopático soy yo —dijo Sonia.

—¡Encantado, chicas! —saludó sin quitar ojo de la carretera.

—Hale, ya está. ¿Y qué tal vuelta de Bali? —pregunté enfocándome a mí sola, que ya habían visto bastante.

—Una puta mierda —respondió Sonia.

—Con mono de belleza —musitó Marta.

—Así que enchufa otra vez a Miachelorro —exigió Sonia.

—En Australia está prohibido —me inventé.

—¿El qué? ¿Ver a tíos buenos? —replicó Silvia.

—Estas distracciones. Está al volante. Así que ya habláis otro día.

—¿Qué coño otro día? ¡En cuanto paréis, nos dais un toque! —exclamó Sonia.

—Ya cuando lleguemos al destino, os llamamos.

—¿Y qué tal todo? —quiso saber Marta.

—Muy bien. Todo estupendo.

—¿Australia también? —soltó Sonia, quién si no.

—Voy a colgar.

—¡Espera! ¿Ha pasado algo? ¡Tú solo dinos si ha habido tema! No nos escucha, ¿no? —preguntó Silvia.

Miré de reojo a Michael.

—No, se ha quedado sordo de repente —respondí entre dientes.

—Bueno, pues si no ha pasado, ¡ya estáis tardando! —gritó Sonia.

—Sonia, deja las drogas —le pedí.

—Tía, que así los tropecientos kilómetros de carretera se te van a pasar volando.

Michael soltó una carcajada y Sonia gritó:

—¡Se está riendo! ¡Qué enrollado es! Michael, gracias. Te prometo que sabemos comportarnos.

—No es verdad —dije.

—¡Cierra el pico y déjame que le haga una pregunta a Michael!

—Dime —replicó él.

Yo sabía que Sonia no iba a pedirle ninguna recomendación turística, pero lo que no esperaba era que fuera a soltar:

—¿Piensas besarla?

Y ya sí que colgué. Un rato después, Michael seguía riéndose.

—Esta es Sonia, contenida —le informé.

—¿Contenida? Pues es muy graciosa. Y solo quería preguntarme por mis intenciones. Es muy normal. ¡Y muy de madre!

Miré por la ventanilla para que no viera que estaba a punto de soltar una carcajada.

Un rato después, Michael señaló hacia delante.

—Voy a parar en la próxima *servo*.

—¿En la próxima qué?

—*Servo*.

—Otra —repliqué.

—¿Otra qué?

—Otra palabra australiana. Ya llevo unas cuantas.

—A ver.

—*Mate* es colega. Lo dices todo el rato. Hasta has llamado *mate* a tu abuela.

—Es que es mi *mate* —dijo con orgullo.

—*Servo*, por lo visto, es gasolinera. *Arvo* es…

—Tarde.

—Y *brekkie*, desayuno —comenté alzando las cejas.

—Joder, ¡qué avanzado tienes el australiano!

—Estoy aprendiendo que cogéis palabras normales, les quitáis la mitad y os quedáis tan anchos.

—Somos gente ocupada.

—¿Cuánto tiempo ahorras diciendo *brekkie* en lugar de *breakfast*?

—A lo largo de una vida, varios minutos.

—¿Y qué haces con ellos? —pregunté enroscándome un mechón de pelo en el dedo.

—Surf.

Me volví hacia él y le pregunté haciéndome la tonta porque tenía la foto de surfero en mi galería.

—¿Haces surf?

—Cuando puedo.

—Claro. Australiano y surfista.

—Igual que tú. Manchega y con molino y campanas.

—¡Somos un folleto de turismo!

—Eso parece. Aunque soy medio surfista. A veces voy a Point Leo. Aprendí cuando me mudé a Melbourne. Pero ahora tengo más posibilidades de pillar una guardia que una ola.

Luego nos pusimos a hablar de cosas que no soportábamos. Michael dijo que odiaba que lo llamaran Mike, que le robaran comida del plato, aunque solo fuera una patata frita, y que la gente llegara tarde.

—Qué interesante —dije.

—¿El qué?

—Que por fuera parezcas un australiano surfero y por dentro seas un señor de sesenta y cuatro años.

—Llegar tarde es una falta de respeto.

—Sesenta y cinco. Acabas de cumplirlos.

—¿Siempre llegas tarde? —concluyó él.

—Yo soy puntual, aunque siempre he tenido la sensación de llegar tarde.

—Eso ha sonado a que ya no estamos hablando de relojes.

—No.

—¿A qué llegas tarde?

—A mi propia vida, supongo.

—Eso requiere una explicación —replicó mirándome de soslayo.

—Nací cuando ya no me esperaban. Aprendí a montar en bici tarde. A nadar tarde. Mi primer beso también fue tarde...

Me callé.

—¿Cuánto de tarde? —preguntó, el muy cotilla.

—No pienso decírtelo.

—No me jodas, ¿fue Fer?

—Sí, hombre…

—¿Fue a los diecinueve?

—¡No pienso decir nada!

—¿Y fue bueno? —quiso saber él, con una sonrisa burlona.

—¿El beso?

—Aprender a montar en bici.

Le di un golpe en el brazo.

—Idiota.

—Entonces no fue bueno.

—Fue normal. No todos podemos chocar los dientes y morder a Emily.

—Tengo un talento natural. Ya lo sabes.

—Claro.

A partir de ahí la conversación fue saltando de una cosa a otra.

Descubrí que Michael tenía una máquina para hacer pasta que llevaba tres años dentro de una caja. Él descubrió que yo ensayaba discusiones en la ducha. Resultó que él lo hacía conduciendo y que los dos ganábamos siempre, aunque en la vida real las mejores respuestas se nos ocurrieran cuando ya estábamos solos.

—Si mañana te dijeran que no tienes que volver a trabajar nunca, ¿qué harías el lunes? —pregunté.

Tardó demasiado.

—No tengo ni idea. Mi trabajo me gusta mucho.

—Eso es preocupante.

—Lo sé. ¿Tú?

—Desayunaría fuera.

—¿Ese es tu gran plan?

—El lunes. Ya improvisaría el martes. Y el miércoles me pondría a hacer radiografías.

Más tarde hablamos de las cosas que recordábamos de la gente.

—La voz —dije.

—¿La voz?

—Sí. A veces olvido una cara y sigo recordando cómo hablaba alguien. ¿Tú?

—Las manos.

—¿Cómo son mis manos? —pregunté escondiendo las mías.

—*Gorgeous.*

—¿Mis manos?

—Me has preguntado por ellas.

—Para mí son normales —dije mirándomelas.

Michael las miró un instante.

—No lo son. Ya te lo dije cuando sonó la canción de La Oreja. Tienes los dedos finos, las uñas cortas y siempre llevas las manos cuidadas. Parecen delicadas, pero no las mueves como si lo fueran. Nunca he visto a nadie que las mueva como tú… Cuando hablas las mueves mucho y parece que van contando la historia contigo. Cuando te emocionas, las mueves todavía más. Y cuando estás nerviosa juegas con los dedos.

—¿Te has fijado en todo eso? —pregunté pasmada.

—Sí.

Y no sé por qué, pero que se hubiera fijado me gustó más que si simplemente hubiera dicho que eran bonitas.

—A lo mejor es por bailar flamenco —bromeó él.

—No bailo ni jotas manchegas. A eso no es que llegara tarde, es que ni lo he intentado. Soy negada. Pero mi abuela bailaba muy bien las jotas y mi madre también. Yo las canto.

—Cántame una.

—Venga.

Y me lancé cruzando Australia a cantar una jota rabiosa de mi pueblo.

Él me miraba como si llevara al lado a María Callas.

—¡Cantas de maravilla!

—Tampoco te pases.

—Ya te he dicho que lo haces bien.

—Canto con el corazón. Y más cuando canto las canciones de mi abuela, de mi gente, de mi tierra. Canto y veo el almirez de latón de mi abuela, la plancha antigua de hierro, las macetas, el cesto de paja, la foto de mi abuelo con un cinturón de cuerda y su burro al lado y hasta la furgoneta de los churros donde mi abuela mandaba los domingos a por una docena de porras.

Michael me miró y tuve que apartar la vista. Yo estaba al borde de las lágrimas.

—Qué bonito —masculló.

—Me gusta estar en mi pueblo porque me recuerda que no pasa nada por llegar tarde. Pasa como con las relaciones… Antes sí tenía prisa —confesé.

—¿Por encontrar a alguien?

—Sí. Era como si hubiera una edad para todo y yo siempre llegara después. Primer beso, pareja, vivir con alguien o casarte. Veía avanzar a los demás y pensaba: «Venga, Vera, que te estás quedando atrás».

—¿Y ahora?

Me encogí de hombros.

—Ahora paso. Quiero ser como las amapolas. Salen cuando les toca. No creo que ninguna esté mirando a la de al lado pensando que va tarde.

—¿Pero no pasas del amor? —me preguntó.

—Paso de encontrarlo a tiempo. Si llega, llega. Y si no, tampoco voy a pasarme la vida mirando el reloj.

Michael se quedó callado. Giré la cabeza y me estaba mirando.

—¿Qué? —susurré.

—Nada.

—¿Nada?

—¿Qué quieres que diga? —inquirió.

—No sé. Pero deja de mirarme así.

—¿Así cómo?

No contesté. Porque sabía perfectamente cómo y lo peor era que yo llevaba un rato mirándolo igual.

Un par de horas después, Michael redujo la velocidad.

—Voy a desviarme un momento. Quiero enseñarte una cosa.

—¿Otra cárcel u otro lugar donde besaste a otra novia?

—Confía en mí.

—Eso llevo haciendo desde Melbourne. Confío tanto que no tengo ni puta idea de dónde estoy.

El desvío fue corto. Michael aparcó junto a un pequeño mirador y apagó el motor.

Cuando bajé del coche entendí por qué me había llevado hasta allí.

Las montañas se levantaban a lo lejos, oscuras y recortadas contra un cielo enorme. No eran las típicas montañas suaves y redondeadas a las que yo estaba acostumbrada. Tenían picos, crestas y formas extrañas que parecían haber salido de la tierra a empujones.

Delante se extendían kilómetros de campo abierto, sin edificios, sin coches, sin nada que estropeara la vista.

—Guau.

—¿Ha merecido la pena?

—¿Dónde estamos?

—En Tooraweenah. Esas son las Warrumbungles.

Miré otra vez hacia las montañas.

—¿Puedes repetirlo?

—Warrumbungles.

—¿No había unas montañas con un nombre más fácil?

—Tan bonitas como estas, no.

Michael se fue a abrir el maletero mientras yo seguía contemplando aquella maravilla con la boca abierta.

—¡Jamás he visto nada igual!

—Por eso había pensado comer aquí.

—No imagino otro sitio mejor. ¿Aquí traías a tus novias?

—No. Nunca he estado aquí con una chica. Tú eres la primera. Este lugar forma parte de mi infancia. Mis padres nos traían a Andrew y a mí. Parábamos muchas veces a comer.

Volví a mirar las montañas. Respiré hondo y reconozco que me gustó que me hubiera llevado allí.

Michael sacó la bolsa de Helen y nos fuimos hacia una zona cubierta desde la que seguían viéndose las montañas.

Nos sentamos en una mesa de madera con bancos y Michael abrió la bolsa. Dentro había fruta, unos rollos de hojaldre rellenos de carne y varios cuadrados de bizcocho cubiertos de chocolate y coco.

Cogí uno. No me pude resistir.

—¿Qué es esto?

—Un *lamington*.

—¿Un qué?

—*Lamington.*

—Parece un bizcocho.

—Es un bizcocho.

—Entonces ¿por qué le habéis puesto nombre?

Michael me miró y me preguntó divertido:

—¿En tu pueblo no ponéis nombre a la comida?

—Es verdad. Nosotros tenemos el alajú.

—¿Ala qué?

—Jú. Alajú. Oye, esto está buenísimo —dije comiéndome medio de un bocado.

—Pues ya verás los *sausage rolls.*

Comimos allí, con los Warrumbungles al fondo, hasta que Michael decidió que su madre probablemente pretendía alimentarnos hasta Queensland y guardó lo que quedaba.

Nos pusimos de pie y nos quedamos un rato mirando el paisaje. Él estaba a mi lado, muy cerca y de pronto soltó:

—Por cierto...

—¿Qué?

—Sigo sin saber cuándo diste tu primer beso.

—Y vas a seguir sin saberlo.

—Entonces fue tardísimo.

—Pesado —bufé, divertida.

—Solo intento conocerte.

Esa frase dicha en aquel lugar por ese australianorro con esa voz era como para que te diera un vuelco al corazón y luego se te cayeran las bragas. Pero mantuve el tipo y repliqué:

—Ya sabes muchas cosas.

—No suficientes.

Lo miré. Y él ya estaba mirándome.

Esta vez no dije nada. No podía. Porque Michael bajó los ojos hacia mi boca y supe que quería besarme.

Si soy sincera, lo sabía desde hacía kilómetros. Lo que quizá no había querido reconocer era que yo llevaba los mismos kilómetros deseando que lo hiciera.

Se acercó despacio, para que pudiera apartarme, para que le dijera que ni de coña, para recordarle que teníamos horas de carretera por delante, para hacer una broma y seguir con el viaje.

Pero no hice ninguna de esas cosas. Recorrí el último centímetro y lo besé. O nos besamos.

Primero fue un beso, luego otro, un poco más largo, y después uno de verdad, de esos que, como habría dicho mi abuela, te dejan turuleta.

Confieso que algún rato muerto, incluso en el avión, me había preguntado cómo sería besar a Michael.

Era una tontería. Una curiosidad que de pronto se me despertaba y la respuesta resultó ser muchísimo mejor de lo que había imaginado.

Cuando nos separamos, Michael seguía tan cerca que pude notar su respiración.

—Bueno —dije.

—¿Bueno?

—No has chocado los dientes.

—He mejorado.

—Tampoco me has mordido.

—Dame tiempo.

Y volvió a besarme. Y qué beso. El coche ya no fue el mismo después. Ni nosotros.

Por supuesto que no hablamos de qué significaba aquello. Simplemente, en algún momento, Michael dejó una mano entre los dos, yo puse la mía encima y él entrelazó los dedos con los míos.

Luego seguimos hablando de cosas importantes y de auténticas tonterías. Un par de horas después, paramos a tomar café y me besó antes de volver al coche.

Así, sin más, como algo natural, como si aquello también fuera ya parte del viaje.

Horas después, yo estaba buscando una canción en su móvil cuando Michael señaló hacia delante.

—Mira.

Levanté la cabeza y entre los árboles apareció un cartel de madera.

MULBERRY TREEHOUSES.

Dejé el teléfono y todo lo demás desapareció durante un instante.

Michael debió notarlo.

—¿Nerviosa?

—Mucho.

—¿Quieres que vaya más despacio?

—No.

—¿Más rápido?

—Tampoco. ¡Calla y conduce! —exclamé, atacada.

Apoyé la cabeza en el asiento y traté de respirar hondo.

Después de cartas, llamadas, un avión, cientos de kilómetros y besos que todavía podía sentir en los labios, había llegado.

Mulberry Treehouses.

El lugar donde iba a conocer a Santiago y donde quizá empezaría a entender de verdad quién había sido Aurora.

Capítulo 13

Aparcamos frente a la recepción de Mulberry Treehouses cuando ya empezaba a anochecer.

Después de tantas horas de carretera, bajar del coche fue casi como aprender a caminar otra vez. Estiré las piernas, me coloqué bien la chaqueta y miré alrededor.

El paisaje no se parecía en nada al que habíamos dejado atrás. Había más vegetación, árboles altísimos y un olor húmedo a tierra y madera que me hizo respirar hondo. Entre las ramas empezaban a encenderse pequeñas luces cálidas que señalaban caminos y pasarelas. No veía las casas. Solo algún tejado escondido entre las copas.

—Joder, esto es una pasada —murmuré.

Michael sacó el equipaje y cerró el coche.

—Es mucho más bonito que en las fotos.

—Siempre es más bonito que en las fotos.

—¿Lo dices por mi foto de perfil? —bromeó él, cargando con todo el equipaje.

—No te vengas arriba, australianorro.

La recepción estaba en una construcción de madera y cristal. En una esquina del mostrador había una pequeña figura de don Quijote con la lanza en alto.

Madre mía. Mi primo también llevaba La Mancha dentro.

Dije mi nombre y la mujer que estaba detrás del mostrador levantó la vista del ordenador.

Saludé en inglés, le dije quién era y ella me habló en español:

—¿Es usted Vera Belmonte?

—Sí.

—La estábamos esperando. Y don Quijote lleva ahí desde el primer día que se abrió esto —me contó la recepcionista.

Aquello me puso todavía más nerviosa.

—¿Santiago está aquí?

—El señor Billiton regresa mañana.

—¿Mañana?

—Sí. Pero dejó instrucciones desde Japón por si usted llegaba antes que él.

Me quedé mirándola y repetí como un loro porque ni me creía que pudiera estar pasando aquello:

—¿Instrucciones?

—Pidió que, si aparecía por Mulberry, la alojáramos en la Treehouse One y nos ocupáramos de todo durante su estancia.

—¿Santiago dijo eso?

—Sí.

Miré a Michael. Mi primo no sabía que iba a ir. Ni siquiera sabía si después de aquel correo acabaría presentándome allí. Pero había pensado en la posibilidad. Y, por alguna razón, saber que desde Japón se había preocupado de que, si lo hacía, me recibieran así de bien, me emocionó más de lo que esperaba.

—¿Y qué es la Treehouse One? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Nuestra cabaña privada. No se ofrece normalmente a huéspedes. El señor Billiton la reserva para familiares, amigos e invitados especiales.

Escuchar la palabra «familiares» me impactó más de lo que esperaba.

Tragué saliva y esta vez no pude evitar que los ojos se me llenaran de lágrimas.

—Hay una cosa que debo advertirles —añadió la mujer—. La cabaña solo tiene un dormitorio.

Miré a Michael.

—¿Uno?

—Sí. Y una sola cama. Es *king size*. En este momento no podemos ofrecerles otra cosa.

—No pasa nada —dije enseguida.

—Vera... —farfulló Michael.

—Ya veremos cómo nos organizamos —dije porque lo importante era tener un lugar donde pasar la noche.

—Como quieras.

—¿Y cuánto cuesta? —pregunté con la voz tomada por la emoción.

—Nada.

Interpreté ese «nada» como que no había sido molestia para ellos reservarme esa cabaña y repliqué:

—Ya, pero ¿cuánto cuesta?

Michael soltó una risita a mi lado.

—Nada —repitió ella, sonriendo—. Son invitados del señor Billiton durante el tiempo que permanezcan en Mulberry.

—¿Los dos?

La mujer miró a Michael y asintió:

—Los dos.

—¿Y las comidas?

—También están incluidas.

Volví a mirar a Michael y, con la mano en el pecho, le dije a la recepcionista:

—Madre mía, ¡dele las gracias a Santiago de mi parte!

—Mañana se las podrá dar en persona.

—¿Mañana?

—Sí, a eso de las diez de la mañana ya estará por aquí.

Solté el aire sin poder creerlo aún. Hacía nada que me había enterado de que tenía un primo y no tenía ni idea de lo que él sabría de mí.

Lo que estaba claro era que ninguno de los dos había formado parte de la vida del otro y, sin embargo, él había dejado una puerta abierta por si yo aparecía.

Y había aparecido.

Nos acompañaron hasta la cabaña por una pasarela de madera que se adentraba entre los árboles. La noche iba cayendo deprisa y las luces del camino apenas iluminaban nuestros pasos. A nuestro alrededor se oían ramas, pájaros que no reconocía y algún ruido que preferí no identificar.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué? —replicó Michael.

—Ese ruido.

—No he oído nada.

—En Australia «nada» no me tranquiliza.

Michael, la recepcionista y el señor de seguridad que nos acompañaba se echaron a reír.

—¿De qué os reís? Vivís en un país donde cualquier cosa con más de cuatro patas puede matarte.

—Eso es un poco exagerado —dijo Michael.

—¿Un poco?

—La mayoría necesita ocho.

Dejé de andar y Michael me cogió de la mano:

—Era broma.

—Pues no ha tenido ninguna gracia.

Pero no le solté la mano. Por los bichos. Y porque me encantaba ir de su mano.

La cabaña apareció unos metros más adelante, elevada entre los árboles, y me detuve impresionada:

—No puede ser.

Era preciosa.

Una construcción de madera oscura rodeada por una terraza que parecía suspendida entre las copas.

Las grandes cristaleras ocupaban buena parte de la fachada y desde dentro salía una luz amarilla y cálida que hacía que, de repente, el invierno australiano pareciera el mejor lugar del mundo para estar.

Nos dieron el código de acceso y se despidieron de nosotros diciéndonos que estaban allí para lo que necesitáramos.

Subimos los últimos escalones y por dentro era todavía mejor.

Madera por todas partes, una pequeña chimenea de gas encendida, un sofá enorme frente a los ventanales, mantas dobladas en una cesta y una terraza desde la que solo se veían árboles y oscuridad. El baño tenía una bañera junto a una cristalera y unas cortinas que, gracias a Dios, podían cerrarse.

Y en medio del dormitorio había una cama.

Una sola.

Gigantesca.

Pero una.

Además, alguien había decidido colocar pétalos sobre la colcha y dos toallas dobladas en forma de corazón.

Miré a Michael.

Michael miró la cama.

—Veo que en Mulberry dan por hecho que una no cruza medio mundo soltera.

—Mejor, así tienes la cama grande.

—Pobre hombre, mi primo. ¿Cómo se va a imaginar que no estoy con nadie desde que rompí con Pepito Grillo?

—¿Ese quién es?

—Fer.

—¿Se parecía?

—Un huevo.

—Yo no.

—Ya me he dado cuenta. Eres un poco más guapo.

—Algo es algo. Oye, tú tranquila, que me voy a dormir al coche.

—¡Ni de coña! —negué rotundamente—. Has conducido un montón de horas. No vas a dormir sentado en un coche teniendo esto.

Me acerqué a la cama y presioné el colchón con una mano.

—Además, aquí cabemos tú, yo y una familia numerosa.

Me dejé caer sobre ella.

—Dios.

Di un par de botes.

—Es un puto sueño.

—¿La cama? —inquirió él.

—Sí.

Michael se sentó a mi lado.

—Hay cosas que no deberías decirme mientras estás tumbada en una cama llena de pétalos.

Giré la cabeza y tenía la misma cara de gilipollas que debía tener yo:

—No empieces —le pedí.

—No he empezado nada.

—Ya.

Nos quedamos mirándonos. Y desde el beso de las Warrumbungles aquello se había convertido en un problema. Porque ahora sabía cómo besaba Michael. Y él sabía cómo besaba yo.

Se inclinó. Yo también. Cerré los ojos y, justo cuando nuestros labios acababan de tocarse, llamaron a la puerta.

—No puede ser —murmuré.

Michael dejó caer la frente sobre mi hombro.

—Santiago tiene un sentido de la oportunidad espectacular.

Di un respingo y repliqué con el corazón a punto de salírseme por la boca:

—¡No me jodas! ¿Habrá vuelto antes? ¿Y qué le digo?

—Que eres Vera, la hija de Pilar.

—¡Me refiero a nosotros! ¿Cómo te presento?

—El chico que compró la casa de su madre.

—Y que ahora está metido en mi cama.

—Aún no me he metido.

—Aún.

—Pero no creo que sea eso lo que más le importe.

—Vale. Voy a abrir.

Casi me cago por las patas abajo. Falsa alarma. Era la cena.

Nos habían llevado una cesta con platos calientes, pan, ensalada y un pequeño postre, además de agua y una botella de vino australiano.

—¿También esto es gratis? —pregunté porque el vino tenía pinta de valer lo mismo que mi nómina.

—Todo incluido por indicación del señor Billiton.

Cuando volvimos a quedarnos solos, miré la cena, la cabaña, los pétalos y después a Michael.

—No puedo creer que haya hecho todo esto.

—Parece que quiere que estés a gusto.

—Había un Quijote en recepción. Lleva allí desde el principio. Este hombre siente la llamada de la tierra. Y me tiene como una reina porque quiere tender puentes.

Lo dije casi sin pensar. Michael no respondió enseguida. Se encogió de hombros y murmuró:

—Puede ser.

—¿Tú no lo crees?

—Creo que mañana podrás preguntárselo.

Tenía razón, pero yo quería creerlo.

Quería pensar que aquel hombre que había tenido noticias de una prima al otro lado del mundo la había recibido con la misma curiosidad con la que yo había descubierto que existía él. Y que aquella cabaña era su forma de decirme que quería conocerme.

Cenamos junto a los ventanales mientras fuera terminaba de hacerse de noche.

Cuando estábamos acabando sonó mi móvil.

Mi madre.

—Ya empezamos —murmuré.

—Contesta.

Acepté la videollamada.

—Hola, mamá.

—¿Has llegado?

Ni hola ni nada.

—Sí. Acabamos de cenar.

—¿Y Santiago?

—Llega mañana.

—¿Entonces no sabes nada?

—Mamá, llevo aquí dos horas.

—Enséñame eso.

Giré la cámara.

—Mira.

Le enseñé la madera, el salón, las cristaleras, la terraza.

—¿Estás en un árbol de verdad?

—Sí.

—¿Y eso es seguro?

—No, mamá. Santiago aloja a sus clientes en sitios que se caen.

—¡No seas tonta! Enséñame dónde duermes.

Entré en el dormitorio y enfoqué la cama.

—Aquí.

—Es enorme.

—¿A que sí?

Giré un poco más el teléfono. Y entonces vi que Michael estaba sentado en un extremo poniéndose las zapatillas otra vez.

—Es para que no me vea descalzo —susurró él.

—¿Quién es ese? —preguntó mi madre.

—Michael —respondí dándole la espalda para que mi madre no le viera.

—¿Qué Michael?

—El médico australiano. El que compró la casa de Aurora. Ya te hablé de él.

Michael se acercó.

—¡Hola, Pilar! Encantado de conocerla.

Mi madre lo examinó a través de la pantalla.

—Hola. Tutéame, por favor.

—Te lo agradezco mucho.

Mi madre no dijo nada más, se limitó a escudriñar a Michael:

—Mamá —hablé enfocándome solo a mí.

—¿Qué?

—Estás poniendo unas caras…

—¿Por qué estaba sentado este joven en tu cama?

Michael se mordió el labio para no reírse.

—Porque solo hay una —expliqué—. Pero él dice que va a dormir en el coche.

—¡Ni hablar! —soltó mi madre, con contundencia.

Ahora fui yo la que se quedó mirándola.

—¿Cómo que ni hablar?

—¡Que se quede ahí!

—Mamá, acabas de conocerlo.

—Es médico.

—Eso no convierte automáticamente a una persona en buena.

—No, pero si te pasa algo sabrá qué hacer.

—¿Qué me va a pasar mientras duermo?

Mi madre resopló y puso los ojos en blanco:

—¡Pues muchas cosas! ¡Estás en Australia! Ahí habrá arañas, tarántulas, serpientes...

Michael intervino pegando su cabeza a la mía:

—Tarántulas no exactamente.

Me pasé la mano por la cara de los nervios y le rogué a Michael en inglés que no la liara. Él replicó que solo iba a tranquilizarla y por fin le dijo a mi madre:

—Hay *huntsman spiders*.

—¿Qué es eso? —preguntó mi madre.

—Unas arañas.

—¿Qué arañas?

—Son grandes —explicó Michael—, pero normalmente no son peligrosas.

Mi madre se acercó tanto a la cámara que solo pude verle media cara.

—¿Grandes cuánto?

Michael me miró y volví a murmurarle en inglés que ni se le ocurriera contestar.

—¿Por qué le hablas en inglés si habla un perfecto español? —inquirió mi madre.

—Es la costumbre —inventé.

—¿Qué costumbre si lo conoces desde hace nada?

—La costumbre de estos días.

—Bueno, yo me alegro de que Michael esté ahí, que es médico y sabe de bichos. ¿Y hay serpientes por ahí, hermoso? —insistió ella.

—También hay.

—¿Peligrosas?

Esta vez Michael tardó un segundo de más.

—Algunas.

Mi madre señaló la pantalla como si acabara de ganar un juicio.

—¡Pues ya está! Michael duerme contigo.

—Mamá...

—Y cerráis bien todo.

—Estamos en una cabaña, no acampando en mitad de la selva —le recordé.

—¡Estás subida en un árbol en Australia! ¡No sé qué es peor!

Michael tuvo que apartarse un poco para echarse a reír.

Hablamos unos minutos más. Le aseguré unas seis veces que estaba bien, que al día siguiente conocería a Santiago y que la llamaría en cuanto supiera algo.

Antes de colgar, mi madre me pidió hablar con Michael. Le pasé el móvil a regañadientes y ella le dijo:

—Cuídame a Vera.

—Lo haré —replicó muy serio.

No sé por qué aquello me dio un pequeño vuelco por dentro.

—Adiós, mamá.

—Tened mucho cuidado con todo. Y mirad bien dentro de los zapatos antes de ponéroslos.

Colgué y, al ver la cara de guasa de Michael, le pedí:

—No digas nada.

—Tu madre acaba de darme permiso para dormir contigo.

—Mi madre te ha contratado como guardaespaldas contra serpientes. No te emociones.

—¿Incluye algún tipo de uniforme?

Le lancé un cojín.

Un rato después salimos a la terraza.

Hacía fresco. No el frío seco de Dubbo, pero sí suficiente para que me envolviera con una de las mantas. El bosque era prácticamente negro y, a lo lejos, entre los árboles, se veían algunas luces de otras cabañas.

—Es increíble —dije.

Michael apoyó los brazos en la barandilla.

—Lo es.

—Mañana voy a conocer a Santiago. Estoy contenta porque lo de la cabaña no me lo esperaba.

—Los todo incluido siempre alegran a cualquiera.

—Ríete, pero llegué a temerme que no quisiera saber nada de mí.

—Quizá él está en la misma situación que tú y no sabe nada de lo que pasó entre vuestras madres.

—Puede ser. Estoy nerviosa. ¿Tú qué haces cuando estás nervioso?

—Trabajar.

—Eso no vale.

—Besarte también parece funcionar bastante bien.

—Solo lo has probado unas cuantas veces.

—Necesito una muestra más grande para sacar conclusiones.

Se acercó y esta vez no llamó nadie. Menos mal.

Lo besé yo. Despacio al principio. Después ya no tanto.

Entramos en la cabaña sin dejar de besarnos y, cuando llegamos junto a aquella cama enorme, Michael se detuvo.

Me miró.

Ya no estaba sonriendo.

—Vera...

Sabía qué estaba preguntándome.

Y esta vez no pensé si estaba llegando demasiado pronto o demasiado tarde a ninguna parte.

Solo pensé que quería estar allí.

Con él.

—Quédate —dije.

Y Michael se quedó.

Capítulo 14

Michael volvió a besarme.

Solo su boca sobre la mía y sus manos en mi cintura mientras yo me agarraba a su camiseta y lo acercaba todavía más.

No nos habíamos besado tantas veces, pero habían sido suficientes para saber que siempre quería otro.

Michael me acarició la espalda y sentí sus dedos subir lentamente hasta mi nuca. Se separó apenas unos centímetros.

—Vera...

—Como vuelvas a preguntarme si estoy segura, te vas al coche.

—No iba a preguntarte eso.

—¿Entonces?

—Nada.

—Pues cállate.

Le agarré de la camiseta y tiré de él.

No necesitó más indicaciones.

Me besó con tanta fuerza que tuve que dar un paso atrás para mantener el equilibrio. Él me sujetó y yo me eché a reír contra su boca.

—Cuidado.

—Has sido tú la que ha tirado de mí —replicó él.

—No. Has sido tú el que me ha besado con…

—Demasiadas ganas.

—¿Tienes ganas? —pregunté sabiendo la respuesta.

—Si quieres pregúntame mejor desde cuándo tengo ganas.

—¿Desde cuándo?

—Desde que vi tu foto de perfil.

—Bueno, yo tengo que reconocer que me pasó algo parecido —admití.

—Te vi y dije…

—Es ella —le interrumpí—. La pelma que me va a obligar a dejarlo todo para sacar una caja que tengo abandonada en el garaje.

—Me gustó tu pelo. Me flipan las mujeres con el pelo largo y salvaje.

—¿Salvaje?

—Algo ondulado, con esos mechones que se te escapan de la coleta. También me gustan tus pecas…

—Joder, pues sí que tienes vista. ¿Te fijaste en mis pecas en la foto de perfil?

—No. Me estoy fijando ahora. De tu foto me gustó el brillo de tus ojos.

—¿El brillo de mis ojos? ¿En serio?

—Sí. Y tu sonrisa.

—Ni siquiera estaba sonriendo.

—Por eso. Parecía que estabas a punto de hacerlo.

Me quedé mirándolo.

—Eso ha sonado muy bonito.

—Es lo que pensé. Que parecías estar pasándolo bien. Pelo suelto, una copa en la mano, las gafas ahí arriba... Tenías pinta de ser divertida.

—¿Y de ahí pasaste a «quiero besar a esta mujer»?

—No. Primero pensé que quería conocerte.

—Ah.

—Lo de besarte vino unos segundos después.

Me eché a reír.

—Menos mal. Ya me parecía demasiado romántico.

Volvió a besarme y esta vez fui yo la que metió las manos bajo su camiseta.

Noté cómo contenía el aire.

Hasta entonces había tenido la impresión de que Michael llevaba el control de todo. Del coche, de la ruta, de los horarios, de las situaciones imprevistas y hasta de aquella especie de juego absurdo en el que llevábamos metidos desde que nos habíamos conocido.

Pero no.

Pasé las manos despacio por su espalda y volvió a tensarse.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada.

—Pues tienes una cara de nada estupenda.

Me agarró las muñecas.

—Estás jugando con fuego —masculló.

—Es lo que pretendo.

—Juguemos.

Y entonces me besó de nuevo y se me quitaron las ganas de reír.

Le quité la camiseta.

No sé muy bien en qué momento decidí hacerlo. Solo sé que un segundo la llevaba puesta y al siguiente estaba en el suelo.

Lo miré.

—Joder.

—¿Qué?

—Que las fotos de surfista no hacían justicia.

—¿Qué fotos?

—Las de tu Instagram que cotilleé para asegurarme de que eras una persona de bien.

—¿Y las fotos sin camiseta te ayudaron a determinarlo?

—Muchísimo. Fue una investigación muy rigurosa.

—¿Cuántas veces tuviste que mirarlas?

—Las necesarias.

—Ya. Y dices que no me hacían justicia.

—Para nada.

—¿Por qué?

Dejé que mis ojos recorrieran su cuerpazo antes de contestar.

—Porque no explican lo que pasa cuando te tengo delante.

Michael alzó ligeramente las cejas.

—¿Y qué te pasa cuando me tienes delante?

—Esto.

Apoyé las manos sobre su pecho y las deslicé despacio por su torso. La piel estaba caliente bajo mis dedos. Recorrí sus pectorales, bajé por su abdomen y me recreé en cada uno de aquellos abdominales que llevaba días fingiendo que no miraba.

Michael cerró los ojos y dejó escapar el aire muy despacio.

—Me pasa más o menos esto —dije—. Que me entran ganas de comprobar si todo es tan bonito como parece.

—¿Y?

—Todavía estoy comprobándolo.

Volví a subir las manos por su torso, muy despacio, y esta vez noté cómo se tensaban sus músculos a mi paso.

—¿Qué? —murmuré.

Abrió los ojos y me miró.

—No puedes hacer eso y luego preguntarme qué.

Sonreí.

—Solo estaba comprobando si las fotos mentían.

—¿Y?

Dejé las manos apoyadas en su pecho.

—Se quedaban bastante cortas.

—Tú vas a acabar conmigo.

Me gustaba muchísimo saber que podía ponerlo nervioso.

Porque Michael también me ponía nerviosa. Solo que de una manera distinta a la que había imaginado. No tenía ganas de salir corriendo. No quería esconderme detrás de una broma. Ni siquiera quería saber qué iba a pasar después.

Quería saber qué pasaba ahora.

Y estaba pasando.

Sus dedos buscaron el borde de mi jersey y levanté los brazos para ayudarlo. El jersey acabó acompañando a su camiseta en algún punto del suelo.

Michael se quedó mirándome.

—No sé qué me está pasando contigo. Cada vez me gustas más. Y ahora me metes en una cabaña en un árbol.

—Perdona, te has metido tú solo.

—Ni queriendo me habría salido un plan tan bien.

—¿Qué plan?

—Tú, yo, una sola cama y el sitio más romántico de Australia.

—Y pétalos.

—Los pétalos ya son recochineo.

Me acarició la mejilla y volvió a besarme, pero más despacio.

Aquello fue todavía peor, porque la prisa podía entenderla. Lo que me desarmaba era esa forma de tocarme como si no tuviera ninguna.

Le rodeé el cuello con los brazos.

—No seas tan cuidadoso.

Se apartó un poco.

—¿No?

Negué con la cabeza.

Algo cambió en su expresión. Y ahí se terminó definitivamente la conversación.

Retrocedimos hasta la cama sin dejar de besarnos. Mis piernas chocaron contra el colchón y caí hacia atrás.

Michael vino conmigo.

Los pétalos salieron disparados.

Uno se le quedó enganchado en el pelo. Intenté ignorarlo. De verdad que lo intenté. Pero no aguanté más de tres segundos sin romper a reír.

—No te rías.

—No me estoy riendo.

—Sí te estás riendo.

Le quité el pétalo.

—Es que estás monísimo.

Intentó quitármelo de la mano.

—Dámelo.

—No.

—Vera.

Lo lancé detrás de mí.

Michael me agarró antes de que pudiera escapar y acabé tumbada otra vez.

—Ahora sí que no te libras.

—Qué miedo.

—Debería darte.

—Soy manchega.

—Cierto.

—Nosotros no tememos a nada.

—Hace diez minutos estabas aterrorizada por una araña que ni siquiera existía.

—Eso no cuenta —repliqué.

—¿Por qué?

—Porque esas arañas no forman parte de mi ecosistema. A mí me educaron para enfrentarme a moscas, avispas y orugas. Es otra categoría.

Y me besó para que me callara.

Funcionó.

Durante un rato dejamos de decir tonterías.

También dejamos de saber dónde terminaba uno y empezaba el otro.

Sus manos recorrían mi espalda mientras las mías descubrían la suya. Lo besé en el cuello y escuché mi nombre en voz baja.

Me detuve.

—¿Qué? —pregunté.

—No pares.

No hacía falta que me lo pidiera. Quería seguir y quería conseguir que volviera a decir mi nombre así.

Lo besé de nuevo y sentí cómo me abrazaba con más fuerza.

Después todo empezó a suceder sin que tuviera que decidir cada paso.

Una prenda.

Otra.

Un beso que terminaba en otro.

Sus dedos entre los míos.

Mi respiración acelerándose cada vez que Michael se acercaba. Y aquella sensación de que, por mucho que lo tocara, todavía lo quería más cerca.

Hubo un momento en que se detuvo.

Solo un instante.

Me miró.

No preguntó nada. Para qué. Le pasé la mano por la nuca y tiré de él.

—Ven aquí.

Y vino.

Fuera, el bosque seguía haciendo todos aquellos ruidos que antes me habían parecido inquietantes.

Ya no escuchaba ninguno.

Solo a Michael.

Su respiración.

La mía.

Mi nombre entre sus labios.

Y la lluvia que había empezado a golpear suavemente los cristales sin que me hubiera dado cuenta.

Cerré los ojos.

Dejé de pensar y fue maravilloso, porque yo pensaba mucho. Pensaba antes de hacer las cosas, mientras las hacía y después de haberlas hecho.

Aquella noche no.

Aquella noche solo sentí.

A Michael junto a mí.

El calor de su cuerpo.

Su boca.

Sus manos.

La forma en que me miraba.

Y ese vértigo extraño de saber que estaba haciendo exactamente lo que quería hacer.

Nos desprendimos de la poca ropa que todavía nos quedaba.

Michael estaba desnudo frente a mí y lo miré sin disimular. El pecho que acababa de recorrer con las manos, los abdominales que me habían tenido entretenida unos minutos antes, la cintura estrecha, las piernas fuertes y aquello que había notado presionando contra mi cuerpo.

—En Australia todo es grande —se me escapó.

Se encogió de hombros y volvió a besarme.

Piel contra piel.

Sin ropa de por medio, todo se sentía distinto. Más cercano. Más real. Tanto que jadeé cuando me atrajo contra él y Michael se quedó quieto un instante.

—Vera...

Volvimos a besarnos y esta vez los pétalos podían haberse incendiado a nuestro alrededor sin que me hubiera enterado.

Sus besos bajaron por mi cuello mientras yo hundía los dedos en su pelo. Después volvieron a mi boca. Sus manos me recorrían y las mías no se quedaban precisamente quietas.

Pero enseguida los besos emprendieron el camino contrario.

Descendieron otra vez por mi cuello, más despacio, deteniéndose aquí y allá mientras sus manos recorrían mi cuerpo como si también estuvieran descubriéndolo.

Y acabó entre mis piernas. Yo cerré los ojos y me dejé explorar, cada vez más consciente de su boca, de sus manos y de lo fácil que estaba resultando olvidarme de todo lo demás.

Tan fácil que me llevó al orgasmo con su boca.

Cuando volvió a subir hasta mí, lo agarré de la nuca.

—Michael.

Él sonrió contra mi piel. Lo besé desesperada y seguí bajando con mis besos como él lo había hecho.

Hasta que Michael se paró.

—Espera.

—¿Qué?

—Quiero estar dentro de ti.

Se inclinó hacia el suelo y rebuscó entre su ropa.

Cuando vi el preservativo, levanté las cejas.

—¿Llevabas eso encima?

—Soy previsor. Otro de mis defectos de señor de sesenta y cinco años en cuerpo de surfero.

—Qué bien que seas tan defectuoso.

—No me provoques.

—Me parece que llegas tarde.

Y después ya no hubo conversación.

Solo nosotros.

Michael se detuvo solo el tiempo necesario para ponerse el preservativo y volvió conmigo.

Nos miramos.

Lo rodeé con las piernas y tiré de él hacia mí.

Cuando por fin estuvimos juntos, cerré los ojos y gemí.

Michael se quedó quieto.

—¿Bien?

Asentí y le acaricié la nuca.

—Muy bien.

Entonces me besó.

Al principio nos movimos despacio, todavía casi sin creerlo. Nos mirábamos como si quisiéramos recordar cada segundo, pendientes de la reacción del otro.

Después el ritmo cambió y con él desapareció lo poco que me quedaba de sensatez y de pudor.

Las sábanas acabaron revueltas. Una almohada cayó al suelo. En algún momento fui yo quien quedó sobre Michael y la manera en que me miró consiguió que me sintiera más *sexy* de lo que me había sentido en muchísimo tiempo.

Sus manos se cerraron sobre mi cintura.

—Dios...

—Otra vez.

—¿Qué?

—Me gusta cuando dices eso.

Cerró los ojos un instante.

—Ya me he dado cuenta.

Me volvía loca y me encantaba hacerle perder el control.

Después volvimos a cambiar de postura y dejé de saber dónde estaban las sábanas, los pétalos o mi dignidad.

Tampoco me importó.

Hubo momentos lentos y otros en los que ninguno de los dos tuvo paciencia. Besos que se interrumpían para recuperar el aire. Dedos entrelazados. Mi nombre dicho contra mi piel. El suyo escapándose de mi boca.

Hasta que todo lo demás dejó de existir.

Nos desatamos, nos volvimos locos y acabamos estallando, entre jadeos, el uno contra el otro.

Luego me quedé tumbada junto a él, todavía intentando recuperar la respiración.

La lluvia golpeaba los cristales.

Nuestra ropa estaba desperdigada por la habitación y había pétalos hasta en el suelo.

Michael giró la cabeza hacia mí.

—¿Qué? —masculló.

—Nada.

—Estás pensando.

—Un poco —reconocí.

—Mala señal.

Lo miré de arriba abajo y sonreí.

—Estaba pensando que me alegro mucho de que mi primo nos haya dejado esta cabaña.

—¿Sí?

Miré la cama deshecha.

—Creo que la hemos aprovechado bastante bien.

—Todavía nos quedan unas cuantas horas.

Michael tiró de mí hasta pegarme otra vez a su cuerpo.

No pensé si después iba a arrepentirme. Ni siquiera pensé en qué pasaría mañana. Había llegado cuando me había dado la gana y resultaba que aquel era el momento perfecto.

Cuando todo se calmó, ninguno dijo nada hasta que él respiró hondo.

—Bueno.

Me entró la risa.

—¿Bueno? ¿Eres de los que valoran los polvos?

—Lo odio.

Cogió el edredón, nos tapamos y miré hacia el techo de madera.

Tenía el corazón todavía disparado.

Michael giró la cabeza.

—¿Estás bien?

Lo miré.

—Sí.

—¿Solo bien? —insistió.

—No voy a caer en la trampa de las valoraciones. Pero ha estado de puta madre.

Me besó.

Solo pretendía ser un beso.

Al menos eso pensé.

Uno de esos besos tranquilos que se dan dos personas después de haberse quedado sin aliento y que no llevan a ninguna parte.

El problema fue que duró demasiado.

Y que su mano encontró la mía debajo del edredón.

Y que yo me acerqué un poco.

Y él otro poco.

Cuando me di cuenta de que estábamos volviendo a empezar, me separé.

—No.

Michael se quedó quieto.

—Vale.

Lo miré.

—No he dicho que pares.

Se quedó unos segundos procesándolo.

—¿Cómo?

—Que flipo. Que no me lo creo —repliqué.

—Me vas a matar.

—Eres médico. Haz algo.

Y volvió a besarme.

Nos enredamos otra vez.

Otro condón.

Fuera estaba cayendo la mundial y dentro se lio la más grande.

Él era una bestia parda y yo tenía un hambre de siglos.

Pues eso, nos juntamos el hambre con las ganas de comer.

Joder, estaba hablando como mi madre. Esa frase la podía haber dicho ella.

Y luego pensé en mi madre, tan tranquila, imaginándome con un médico capaz de protegerme de la fauna australiana, y a ver cómo le explicaba yo que el peligro no estaba precisamente fuera de la cabaña.

Cuando la habitación volvió a quedarse en silencio, yo estaba tumbada de lado con la cabeza apoyada sobre su pecho y una pierna enredada con la suya.

No sabía cuánto tiempo había pasado.

Tampoco me importaba.

La lluvia seguía cayendo fuera, pero ya con menos fuerza. Las gotas resbalaban por los cristales y las luces lejanas apenas se distinguían entre los árboles.

Michael me acariciaba el brazo distraídamente.

Arriba.

Abajo.

Arriba.

Abajo.

Podría haberme quedado dormida así.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—Tampoco voy a caer en la trampa del qué piensas.

—Llevas demasiado tiempo callada.

Le di un pequeño golpe en el pecho.

—También sé callarme.

—¡Eres increíble!

Levanté la cabeza para mirarlo.

—De verdad que no estaba pensando en que mañana a las diez conoceré a Santiago.

Michael abrió la boca.

—Fantástico.

—¿Por?

—Porque entonces estabas pensando en mí.

—Me has dejado hasta sin pensamientos. ¿Tú siempre follas así?

—Solo con las manchegas.

—Ya.

—En serio. Ha sido…

—Bestia —solté.

—¿Bestia? Joder, qué poco romántico.

—Ha sido y ya está.

—¿Qué tienes contra los adjetivos? —quiso saber Michael.

—No tienen fuerza cuando lo que has vivido te ha dejado hasta sin pensamientos.

—Ahora el que se ha quedado sin palabras soy yo.

Volví a apoyar la cabeza sobre él.

—¿Te quedarás conmigo mañana? —le pregunté.

Noté que su mano se detenía sobre mi brazo.

—Claro.

No sé por qué aquella respuesta me gustó tanto.

Podría haberle dicho que no hacía falta. Que aquello era cosa mía. Que Santiago era mi familia y que yo podía enfrentarme sola a lo que tuviera que contarme.

Pero no lo hice.

—Gracias.

Michael me besó el pelo.

—Además, tu madre me ha dado instrucciones.

—Mi madre te ha pedido que me protejas de las serpientes.

—Y de las arañas asesinas.

Volvió a acariciarme el brazo.

Me quedé mirando la oscuridad detrás de los cristales.

Tenía una familia que acababa de descubrir, una historia que cada vez entendía menos y un hombre al que hacía muy pocos días ni siquiera conocía.

Todo aquello debería haberme parecido una locura.

Probablemente lo era.

Pero allí, metida en una cama enorme en una casa construida entre árboles al otro lado del mundo, no tenía miedo.

Michael entrelazó sus dedos con los míos.

Los miré y sonreí.

No sabía qué iba a pasar con nosotros, ni siquiera sabía qué quería que pasara. Y, por una vez, no necesitaba saberlo. Me bastaba con aquello. Con su mano agarrando la mía. Con la lluvia golpeando los cristales. Con saber que, cuando amaneciera, seguiría allí.

Cerré los ojos y pensé que quizá llegar tarde a algunas cosas no era tan malo.

A veces solo significaba que llegabas cuando estabas preparada.

Capítulo 15

Llamaron a la puerta.

Abrí los ojos y durante unos segundos no supe dónde estaba.

Madera. Cristaleras. Árboles al otro lado. Una cama enorme que parecía haber sobrevivido a una guerra.

Australia.

Queensland.

Mulberry Treehouses.

Michael.

Sonreí debajo del edredón.

Volvieron a llamar.

Busqué el móvil a tientas por la mesilla, pero allí no estaba. Miré al suelo, entre la ropa desperdigada de la noche anterior, y tampoco lo vi.

Genial.

No sabía qué hora era y, a juzgar por la luz que entraba por las ventanas, podían ser las ocho o las doce.

Escuché correr el agua en el baño.

Michael estaba en la ducha.

—Ya voy —grité.

Cogí el edredón, me envolví en él y avancé descalza hacia la puerta. Seguramente sería el desayuno. La noche anterior nos habían dicho que podíamos pedir cualquier cosa, aunque no recordaba haber pedido nada.

Abrí.

Y no había ningún desayuno.

Había un hombre.

Alto, delgado, con el cuerpo fibroso de alguien que llevaba toda la vida haciendo deporte, vaqueros, botas y una chaqueta oscura. Tendría unos cincuenta y tantos, pero aparentaba menos. Llevaba el pelo castaño entrecano algo largo, casi rozándole los hombros, y una barba corta salpicada de canas.

Me miraba con los ojos muy abiertos.

—Hola —dijo—. Soy Santiago.

Me quedé muerta.

No sé cuánto tiempo estuve observándolo. Probablemente fueron dos segundos, pero me dio tiempo a verlo todo.

La nariz.

Los ojos.

La forma de la boca.

—Joder —solté.

—¡Coño!

—Te pareces muchísimo a mi madre.

Su sonrisa desapareció y me miró con más atención.

—Y tú a la mía.

Nos quedamos quietos. Él fuera. Y yo dentro, desnuda y envuelta en un edredón.

Dos completos desconocidos que, al parecer, llevábamos toda la vida siendo familia.

—¡Prima! —gritó al fin.

—¡Primo!

No sé quién se lanzó primero.

Santiago me abrazó y yo saqué los brazos de debajo del edredón como pude para rodearlo. Se rio. Yo también. Luego creo que se me escapó algún ruido extraño entre risa y llanto.

—No me lo puedo creer —decía él en un perfecto español—. ¡No me lo puedo creer!

—Yo tampoco.

Nos separamos para mirarnos y volvimos a abrazarnos.

—Perdona que te reciba así.

Santiago bajó la vista hacia el edredón.

—He tenido recibimientos peores.

—Es que estaba durmiendo. Pasa, anda.

Me aparté para dejarlo entrar y cerré la puerta.

—Ya. He supuesto que se os había pasado la hora. Pero estaba tan nervioso que cuando han dado las diez he preguntado en recepción si habíais salido. Me han dicho que no y no he podido esperar más.

—¿Las diez?

—Y siete minutos.

—Joder.

—¿A qué hora te acostaste?

—Pues...

Santiago miró por encima de mi hombro y de pronto se escuchó a Michael cantar a grito pelado la jota rabiosa que me había escuchado a mí.

Volvió a mirarme y luego miró otra vez hacia dentro.

—Me han dicho que estás con alguien. Lo que no me han advertido es que cantara jotas rabiosas.

—Tampoco sabía que la cantara.

—Esa la cantaba la abuela. ¿Es del pueblo?

—Es de aquí —respondí entre risas—. De Dubbo. Se la canté una vez y el tío ya se la sabe.

—¿Quién es?

—Michael Bennett. El hombre que compró la casa de tus padres.

Abrió la boca y soltó alucinado:

—¡No me jodas!

—Como te cuento.

—No pude acompañar a mis padres a la firma. Pero recuerdo que me dijeron que era un chico encantador. ¿Michael Bennett está ahí dentro?

Señalé el baño y respondí:

—Duchándose.

—¿Y qué hace Michael Bennett duchándose en tu cabaña a las diez de la mañana mientras canta jotas rabiosas?

—Yo es que aún ni lo he pensado.

Me agarró del brazo y exclamó entusiasmado:

—¡Prima! ¡Qué bien suena todo!

—La cabaña solo tiene una cama. Y como venimos en coche y había conducido un montón de horas, no se iba a ir al coche a dormir.

—No, no. Claro. Pero uy, uy, uy. ¡Qué peligro!

—Además, ya habían pasado cosas antes —dije tras comprobar que Michael seguía en la ducha.

—¿Os habéis liado por el camino?

—Solo besos.

—¡Qué maravilla!

—Nos hemos liado aquí —susurré.

Santiago volvió a mirar la cama. No hacía falta ser investigador privado. Las sábanas estaban revueltas, había pétalos por todas partes y mi sujetador se encontraba en un lugar en el que definitivamente no debería estar.

—Pero esto que me estás contando es…

—No digas nada, por favor —le supliqué.

—Solo digo que cuando uno canta jotas…

—Calla, calla.

—¿Y te gusta?

Suspiré y cuchicheé.

—Demasiado.

—Eso es una putada. Te entiendo perfectamente. Yo estoy igual.

—¿Tú?

—Hace dos meses vino un japonés a Mulberry.

—¿Un japonés? —repetí ansiosa por conocer la historia.

—Kenji. Cincuenta y cinco años. Guapísimo. Deportista. Serio. Misterioso. De esos hombres que dicen cuatro palabras y consiguen que tú quieras saber las otras cuatrocientas que no han dicho.

—¿Y qué pasó?

—Nunca me lío con clientes. Es una norma que tengo y que cumplo a rajatabla… hasta que me lié con Kenji.

—Debe ser especial para que hayas incumplido la norma.

Santiago bufó y luego exclamó:

—¡Tienes que verlo, prima! Me ha roto todos los esquemas —aseguró—. Tuve una relación durante dieciocho años. Lo dejamos hace tres. Desde entonces he tenido mis historias, pero nada importante. Hasta que ha aparecido este hombre...

Se llevó una mano al pecho y me confesó:

—Me tiene idiota.

—¿Y dónde está?

—En Japón. Vengo de estar con él.

—¿Has ido a Japón por él?

—También tenía cosas que hacer allí.

—Ya. ¿Y qué tal?

—De maravilla, pero no quiero correr.

—Normal.

—Mi madre dice que una cosa es correr y otra no atreverse.

La sonrisa se me borró.

—Tu madre...

—Sí.

—¿Está bien?

Santiago frunció el ceño.

—¡Claro! No me la mates. ¡Ni a mi padre tampoco! Los tengo conmigo.

Solté el aire de golpe y exclamé feliz:

—¡No tenía ni idea!

—¿De que estaban vivos?

—De nada. En mi casa siempre se habló de tu madre como si hubiera desaparecido del planeta. Hasta hace unos días no sabía ni dónde había vivido.

—Es muy triste todo —masculló.

—Me puse a investigar y encontré la casa. La que compró Michael. Lo llamé y resulta que tenía una caja con cartas de mi abuela a tu madre. Hasta había una foto mía de bebé, que le mandó mi madre. Y eso que se suponía que ellas no tenían contacto porque tu madre decidió no saber nada de nosotros.

Santiago parpadeó deprisa y replicó sorprendido:

—Espera. ¿La caja?

—Sí.

—¿Una caja vieja con cartas?

—Sí.

—¡No me digas que la tiene Michael!

—La encontró en la casa —le conté.

—Mi madre pensaba que se había perdido con la mudanza. Y no tenía ni idea de dónde coño estaba.

—Pues estaba en el garaje de Michael.

—¡Qué fuerte! Hace poco le volví a preguntar a mi madre por esas cartas, porque en ellas aparecía la dirección de Pilar. Mi madre no la recordaba o se hacía la tonta. Vete a saber. Pero la estuve buscando por todas partes.

—¿Para qué?

—Para encontrarte.

Me quedé callada, con un nudo en la garganta. Santiago tampoco dijo nada.

—¿A mí? —murmuré.

—A ti y a Pilar. Llevo años diciéndole a mi madre que quiero contactar con vosotras. Siempre me responde que no me meta y que no remueva cosas del pasado. Y yo ya estaba harto… Tenía que hacer algo. No podía más con tantos años de silencio.

—Estoy igual. Mi madre también me pidió que no removiera nada. Pero necesitaba saber.

—¿Tampoco tienes idea de lo que ocurrió? —preguntó Santiago, llevándose la mano a la barbilla.

—Ni puta idea.

—¡Pues ya somos dos!

—Yo esperaba que tú supieras algo —le dije harta de tanto misterio.

—Y yo esperaba que lo supieras tú.

Nos miramos y los dos resoplamos a la vez.

—Estupendo —farfullé—. Entre los dos tenemos una información de mierda.

—Pero ahora tenemos las cartas.

—Dos cajas de cartas.

—¿Dos?

Le expliqué la caja que había encontrado en la casa de mis abuelos, las cartas que Aurora había enviado a España y cómo todo aquello había desmontado buena parte de lo que yo creía saber.

Santiago se pasó una mano por el pelo.

—¡Y los abuelos tampoco me dijeron nada jamás!

—¿Tú conociste a los abuelos?

—Claro.

—¿En serio?

—Durante años fuimos a verlos a Madrid.

—No tenía ni idea.

—Yo sí sabía que tú existías.

Aquello me dolió de una manera extraña.

—¿Me conociste?

Santiago sonrió.

—Una vez.

—¿Cuándo?

—En el entierro del abuelo.

Abrí los ojos.

—No me jodas.

—Tendrías cuatro años.

—No recuerdo nada.

—Normal. Había un montón de adultos y tú ibas por allí con una Barbie con las piernas vendadas con papel higiénico.

Me quedé mirándolo.

—¿Una Barbie?

—Las dos piernas. Parecía que había sobrevivido a una explosión.

Me eché a reír.

—Le hacía rayos X.

—¿Qué?

—De pequeña les hacía radiografías a mis muñecas. Dibujaba los huesos, decidía lo que se habían roto y luego las vendaba.

Santiago empezó a reírse.

—Pues aquella Barbie necesitaba rehabilitación de la buena.

—Seguramente.

—¿Y a qué te dedicas ahora?

—Soy técnica de Radiología.

—¡Vocacional!

—Exacto. Ahora hago rayos X de verdad.

—¡Prima! ¡Cuánto me alegro! La de veces que he pensado qué sería de ti. ¡Y no sabes qué alegría saber que hiciste realidad tus sueños y te dedicas a lo que siempre te ha gustado!

—He mejorado los medios. Ya no utilizo papel higiénico.

Se abanicó con la mano y reconoció:

—Estoy emocionado.

—Ay, yo también.

Nos abrazamos otra vez y luego me mostró las lagrimillas que se le habían escapado:

—¡Mira!

—Mírame a mí —le dije porque estaba igual que él.

—Te recuerdo con una Barbie escayolada y resulta que acabaste trabajando en Radiología. ¡Esto es maravilloso!

Volví a reírme. Y entonces pensé en algo:

—¿Nuestras madres hablaron en el entierro?

Su expresión cambió.

—No.

—¿Nada?

Negó con la cabeza.

—Nada.

—¿Y nunca te explicaron por qué?

—Mi madre jamás. Solo dice que es algo entre ellas. Por eso llevaba tiempo pensando en contactar con vosotras. Os he buscado por todas partes. No tenéis rastro en las redes.

—Tengo redes sociales, pero no están a mi nombre.

—No he encontrado nunca nada. Así que mi último recurso era plantarme en el pueblo después de hacer el Camino de Santiago.

—¿Tienes pensado hacer el Camino de Santiago? —pregunté alucinada.

—En abril. El Camino francés. Es una promesa que le hice a mi abuelo Santiago. Nuestro abuelo. Me encanta llevar su nombre.

Nuestro abuelo.

Qué raro sonaba.

Y qué bien.

—Kenji también quiere hacerlo —continuó—. Fue una de las primeras cosas de las que hablamos. Yo le conté lo de mi familia española, lo de mi nombre y acabamos hablando del Camino. Dijimos que lo haríamos juntos. Y al acabar, la idea era plantarme en el pueblo y no parar hasta dar con vosotras.

—¿Aunque tu madre no quisiera?

—Aunque mi madre se pusiera de cabeza.

Le entendí tanto que repliqué:

—¿Por qué te crees que estoy aquí?

—Se nota que somos familia.

—¿Y sabes qué es lo peor? Que no necesitabas buscar demasiado. Mi madre sigue viviendo en la misma casa.

—¿La de la dirección de las cartas? —quiso saber, sin dar crédito.

—La misma.

Santiago cerró los ojos.

—No me lo puedo creer. Traté de contactar con Michael, pero fue imposible.

—Él intentó contactar con vosotros también. Pero no lo consiguió.

—Este hombre cada vez me interesa más.

En ese momento se abrió la puerta del baño.

Michael apareció con una toalla blanca enroscada a la cintura y otra en la mano, secándose el pelo.

Santiago dejó de hablar. Miró a Michael y se quedó con la boca abierta:

—Buenos días —saludó Michael.

—Tú debes de ser Michael.

—Y tú Santiago.

Se estrecharon la mano.

Santiago consiguió comportarse como una persona normal durante aproximadamente tres segundos.

Después volvió a mirarme y me dijo:

—Ahora lo entiendo todo, prima.

—Ya.

—Lo entiendo fenomenal —insistió Santiago.

Michael cogió ropa de la maleta y dijo después:

—Chicos, voy a vestirme.

—Sin prisa —dijo Santiago.

Lo fulminé con la mirada y murmuré:

—Santiago.

—¿Qué? Estoy siendo amable con mi nuevo primo.

Michael volvió al baño riéndose. Y yo esperé a que cerrara la puerta.

—Anda que…

—¿Qué he hecho? —replicó Santiago, alzando las manos.

—¡Llamarlo nuevo primo!

—¿Cómo no me has dicho que estaba tan bueno?

—¿Podemos cambiar de tema? —le rogué.

—Es que el tema está de toma pan y moja.

—Hablas español de puta madre —le dije porque era verdad y por cambiar de tema.

—Mi madre y yo hablamos en español. Ella siempre lo usa cuando se enfada con mi padre para que no se cosque de nada. Pero no nos distraigamos de lo importante. ¿Cuánto tiempo vais a estar en Mulberry?

—Tengo vacaciones hasta final de mes. Michael se tiene que volver en dos días.

—En dos días este nos destroza la cama.

—Santiago… —farfullé tapándome la cara con la mano.

—No hay más que verlo. Tranquila. ¡Yo repongo la nueva, encantado! ¿Y después? ¿Qué hace?

—Vuelve a Melbourne. Trabaja en Urgencias.

—Joder, es médico. Qué morbazo.

La puerta del baño volvió a abrirse. Esta vez Michael apareció vestido con unos vaqueros y un jersey negro.

—Voy a buscar algo para desayunar —nos informó.

—No hace falta —replicó Santiago—. Puedes llamar a recepción y te traen lo que quieras.

—Prefiero acercarme a la cafetería —repuso Michael.

Me miró y entendí perfectamente lo que estaba haciendo.

—Vale. Luego voy para allá —dije.

—Muchas gracias, Michael. Tenemos mucho que rajar —le contó mi primo, agradecido.

—Eso parece —replicó Michael.

Luego se acercó, me dio un beso rápido y salió.

Santiago esperó exactamente a que se cerrara la puerta y exclamó haciendo aspavientos con las manos:

—¡Joder!

—Uf.

—Ese tío es un cañonazo.

—Es muy mono —asentí.

—Se le ve que es buen tío. Pero es un cañonazo serio.

—Santiago...

—¿Qué? Soy gay, no ciego. ¡Qué adquisición, prima!

—Yo solo llamé a su casa buscando a tu madre.

—Chica, ¿y qué vas a hacer si buscando a tu tía te encuentras semejante monumento? —soltó mi primo, haciendo como si se fuera a desmayar.

—Me estoy dejando llevar.

—Pues déjate. Yo con Kenji tampoco esperaba nada.

—¿Es tan guapo como dices?

Mi primo agarró su móvil y me enseñó la foto que tenía en la pantalla de bloqueo.

—Más.

Me quedé alucinada. Kenji era incluso más guapo de como mi primo me lo había descrito. Elegante, de mirada misteriosa…

—Y encima habla poco —añadió Santiago.

—Eso a ti te vendrá fenomenal.

—Exactamente. Yo hablo y él escucha. Nos funciona de maravilla.

—Nos parecemos un poco —comenté.

—¿Un poco? Si llevamos aquí media hora y no hemos respirado.

Mi primo tenía razón, lo nuestro iba más allá de un ligero parecido:

—Parecemos hermanos —solté muerta de risa.

—Lo que habríamos disfrutado tú y yo juntos. Yo siempre he querido tener una hermana.

—¡Joder, y yo un hermano! Aunque tuviera mogollón de años más que yo.

—Tengo cincuenta y cinco, pero por dentro aún no he cumplido veinticinco. Así que te valgo perfectamente…

La frase nos hizo callar y ponernos serios. Esta vez fui yo quien bajó la mirada.

—Qué zorras —murmuró mi primo.

—Un poco.

—Nos han quitado un montón de años.

—Con lo que yo habría necesitado un primo como tú.

Él me miró con los ojos llenos de lágrimas y musitó:

—Y yo una prima como tú.

—Nos lo habríamos pasado teta.

—Todavía estamos a tiempo.

Lo miré, me retiré una lágrima de los ojos, respiré hondo y murmuré:

—Eso sí.

Santiago me cogió una mano.

—Me hizo muchísima ilusión recibir tu mensaje, Vera.

—Y a mí encontrarte. Por cierto, gracias por lo de la cabaña. Ni siquiera sabías si iba a venir.

—Pero por si venías, quería que te sintieras en casa. Porque hay una cosa que deberías saber.

—¿Qué?

—¡Amo La Mancha!

—¿Cómo? —repliqué.

—Tengo queso manchego siempre.

—Me lo creo.

—Siempre. Y un don Quijote en recepción.

—¡Lo vi!

—Y sé cantar jotas.

Abrí la boca.

—Y bailarlas —añadió.

—¡No!

Se echó a reír.

—Me las enseñaron los abuelos.

Me llevé las manos a la cabeza.

—¿Dónde coño has estado toda mi vida?

La risa se nos fue apagando. Porque la pregunta tenía bastante menos gracia de la que parecía.

—Al otro lado del mundo —dijo.

—Ya.

—Pero ahora estamos aquí.

Asentí. Ahora estábamos allí. Y todavía quedaba la persona por la que había empezado todo.

—Tengo que hablar con tu madre.

Santiago tardó un instante en reaccionar:

—Sí.

—¿Sabes dónde está?

—Sí.

—¿Me darás su dirección?

Me miró de una forma extraña.

—No la necesitas.

Fruncí el ceño y repliqué sin entender nada:

—¿Por qué?

—Porque mi madre está aquí.

Sentí que algo se me detenía dentro y repliqué con un hilillo de voz:

—¿Aquí?

—En Mulberry.

—¿Aurora está en Mulberry?

Santiago asintió. Miré instintivamente hacia los árboles que se extendían al otro lado de los cristales.

—¿Dónde?

—En una de las casas.

—¿Ahora?

—Ahora mismo.

Me quedé sin palabras.

Había cruzado medio mundo buscándola.

Había leído sus cartas.

Había recorrido cientos de kilómetros siguiendo una historia que ni siquiera sabía si iba a llevarme hasta ella.

Y Aurora estaba allí, a unos metros de mí.

Capítulo 16

—¿Son moreras?

Santiago se volvió hacia mí.

Llevábamos unos minutos caminando por una de las pasarelas de madera de Mulberry Treehouses. De día, el complejo era todavía más impresionante. Las casas aparecían entre las ramas, algunas casi ocultas por las hojas, unidas por caminos elevados que parecían formar parte del bosque.

—Muchas, sí.

Me detuve.

—¿Por la de los abuelos?

Sonrió.

—¿Por qué crees que esto se llama Mulberry Treehouses?

Miré a mi alrededor y, de repente, recordé aquellas palabras de la abuela. Aurora subiéndose a la morera de pequeña, aunque todos le dijeran que bajara, que con aquella pierna no debía andar trepando por ahí.

—Fue por tu madre.

—Por ella y por todo lo que me contó de España. Yo crecí escuchando la historia de esa morera. Estudié ADE, siempre quise tener mi propio emprendimiento. Tuve varios restaurantes, pero un día vine a este sitio y me enamoró. Lo vendí todo, monté esto y me vine a vivir aquí.

—Es precioso. No me extraña que te enamoraras. Y ¿sabes que yo también me subía a la morera de la casa del pueblo?

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la abuela.

Aquello me hizo sonreír de pura nostalgia.

Seguimos andando hasta que Santiago señaló una casa algo apartada de las demás. Estaba construida alrededor de una morera enorme. Una pasarela ancha y prácticamente llana llegaba hasta la puerta.

—Es esa.

El corazón empezó a latirme más deprisa.

—¿Vas a venir conmigo?

—No.

Me giré.

—¿Cómo que no?

—Tienes que ir sola.

—¿Tu madre sabe que estoy aquí?

—No.

—¡Santiago!

—Como la avise, igual ni te recibe.

—Joder, qué bien.

—Por eso vas a presentarte sin más.

—¿Y si me cierra la puerta? —pregunté, atacada.

—No creo que lo haga.

—¿No crees? —repetí.

—Vera, mi madre lleva casi sesenta años evitando esto. Si le doy tiempo para pensarlo, encontrará cincuenta razones para no verte.

Miré hacia la casa.

—¿Está sola?

—Sí. Mi padre ha salido.

Respiré hondo.

—Me estoy poniendo nerviosa.

—Normal.

Santiago me besó en la frente.

—Ve, prima. Tienes que hacerlo.

—¿Y si la estamos pifiando?

—Si le aviso, corres el riesgo de no verla. Hazme caso.

—Como me eche, vuelvo a por ti.

—¡Y nos bebemos algo!

—Y sacas el queso manchego —bromeé.

—Eso ni se pregunta. ¡Venga! ¡Mucha suerte! No podemos seguir sin saber…

Avancé sola. Al llegar a la puerta tuve que respirar dos veces antes de llamar.

Lo hice y nada.

Volví a llamar.

Escuché unos pasos y la puerta se abrió.

Una mujer menuda, que se parecía a mi abuela, de pelo completamente blanco, media melena, con un conjunto de punto de color malva y un bastón en una mano, apareció delante de mí.

Me miró y ni ella ni yo dijimos nada. Durante unos segundos simplemente nos observamos.

—Hola —conseguí decir—. Soy...

—Vera.

Se me cortó la voz.

—Sí.

Aurora se llevó una mano a la boca.

—¡Dios mío!

Y entonces abrió los brazos. No me dio tiempo ni a pensar. Fui hacia ella, nos abrazamos y lloramos sin decir nada.

Me apretó contra ella y yo hice lo mismo, sin entender cómo una persona a la que no había visto en mi vida podía resultarme tan familiar.

Es que hasta su olor me recordaba a mi casa.

Cuando nos separamos, Aurora me acarició la cara.

—Te pareces a mí.

—Santiago me ha dicho lo mismo.

—¿Ya has conocido a Santiago?

—Sí.

—Entonces ya te habrá contado hasta lo que desayunó en 1987.

—Más o menos.

—Habla demasiado.

—Creo que yo también —reconocí, retirándome las lágrimas con la yema de los dedos.

—Parecemos más hermanos que primos.

Cogió el bastón y con gesto de la cabeza me dijo:

—Pasa.

La casa estaba llena de libros, fotografías, discos y recuerdos de lugares distintos. Una radio antigua ocupaba una estantería. Cerca de ella había un pequeño molinillo de café y un almirez.

—Son como los de la casa de la abuela.

—Me los regaló ella.

Volví a sentir el nudo en la garganta y luego Aurora me hizo sentarme en un sofá verde salvia junto a una ventana.

Fuera hacía un sol radiante y el clima era mucho más suave que en Dubbo.

—Gracias por venir.

—No sabía si querrías verme —repliqué, encogiéndome de hombros.

—Yo tampoco sabía si querría.

—Santiago me dijo que lo mejor era presentarme así. De sopetón.

—Mi hijo me conoce demasiado. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

Se hizo un silencio. Estuve tentada a hablar del tiempo, de los árboles, de Australia, pero estaba tan nerviosa que solté sin más:

—Necesito saber qué pasó.

Aurora asintió lentamente.

—Y ahora que estás aquí, me alegro de que hayas recorrido tanta distancia para saberlo.

—Hace unos pocos días encontré unas cartas tuyas en casa de la abuela. Siempre me habían contado que te marchaste y que no quisiste saber nada más de la familia. Pero no fue así.

—No.

—Le pregunté a mi madre.

—¿Y qué dijo Pilar?

—Que te preguntara a ti.

Aurora soltó aire, apartó la mirada, la dejó vagar por la ventana y masculló:

—Muy propio de tu madre.

—Encontré tu dirección en las cartas. Llamé y apareció Michael Bennett. El chico al que vendisteis la casa. Es quien me ha traído hasta aquí.

—Michael es un buen tipo.

—Sí. Él tenía las cartas que tú guardaste.

—Las buscamos por todas partes.

—Estaban en un armario del garaje. Pero ahí ya no entendí nada. ¿Qué pasó entre vosotras?

Aurora, con la vista puesta en el bosque, respondió:

—Pepe.

Tardé unos segundos en reaccionar porque lo que menos esperaba escuchar era un nombre de hombre. ¡Y encima que fuera el de mi padre!

—¿Mi padre?

—Tu padre.

—¿Qué tiene que ver mi padre con todo esto?

Mi tía me miró y me soltó sin pensarlo, como si necesitara liberarse de ese lastre por fin:

—Estuve enamorada de él desde los trece años.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—¿Tú y mi padre...? —mascullé sin dar crédito.

Por un instante se me pasaron por la cabeza un montón de películas.

—Nunca.

—¿Nunca estuvisteis juntos? —insistí porque estaba atónita.

—Ni un beso.

—¿Él sabía que estabas enamorada?

—No.

—¿Nunca se lo dijiste?

—Nunca me atreví.

Resoplé, me recosté un poco en el sofá y musité:

—Me dejas…

—Pepe era mi mejor amigo. Lo había sido desde que tengo memoria. Nuestros padres eran amigos.

—No me dio tiempo a conocer a mis abuelos paternos.

—Eran gente buena. Pepe y yo nos llevábamos fenomenal. A los dos se nos quedaba pequeño el pueblo. Queríamos viajar, conocer mundo, salir de allí. Él hablaba de marcharse al extranjero algún día. Yo soñaba con Londres.

—¿Pensabas que se iría contigo?

—Pensaba muchas cosas —respondió Aurora, moviendo las manos.

—¿Y él? —pregunté con una intriga que me tenía hiperventilando.

—Él pensaba que hacía planes con su mejor amiga. Yo pensaba que algún día dejaríamos de ser solo amigos.

—Pero nunca te prometió nada.

—Nada. Pero era mi amigo. Con el que me reía, con el que lloraba… Pepe siempre creyó en mí. Era el único que conocía todos mis sueños. Y siempre me empujó a ir a por ellos. Sabía que yo quería estudiar Periodismo y dedicarme a la radio. Porque ni en mi casa ni en ninguna parte nadie esperaba nada de mí. Pepe era todo para mí. Y estaba enamorada de él hasta las trancas.

—¿Mi madre lo sabía?

Su expresión cambió.

—Sí.

—¿Que estabas enamorada de él? —pregunté atónita.

—Sí.

—¿Se lo habías contado?

—Mucho antes. Era la única persona que lo sabía.

—Joder.

—Eso mismo pensé yo cuando los encontré besándose.

Me quedé patidifusa y le pregunté con los ojos como platos:

—¿Los pillaste?

—Los pillé.

—¿Y cuánto tiempo llevaban?

—Unos meses.

—¿Meses?

Asintió con una mueca de contrariedad y yo flipé porque lo de mi madre era de traca:

—Mi madre sabía que estabas enamorada de él y no te dijo nada.

—No.

—¿Y mi padre?

—Tampoco.

—Mi padre no sabía que tú estabas enamorada de él. Lo que no entiendo es por qué no te contó que estaba con mi madre.

Aurora suspiró.

—Porque Pilar le pidió que no lo hiciera.

—No sé ni qué decir.

Y era verdad.

Había pensado mucho en aquellos años de silencio. En todo lo que podía haber ocurrido entre dos hermanas para que una terminara al otro lado del mundo y la otra fuera incapaz siquiera de pronunciar su nombre.

Había pensado en dinero. En herencias. Incluso en que mi madre estuviera resentida con Aurora por marcharse tan lejos o que la envidiara por haber logrado cumplir todos aquellos sueños de juventud.

Pero jamás había pensado en aquello.

Mi madre se había enamorado del hombre del que su hermana llevaba años enamorada.

Y no solo eso.

Pepe había sido el mejor amigo de Aurora. Su compañero. La persona con la que hablaba de escapar del pueblo, de conocer mundo, de vivir una vida diferente. Quizá nunca había sido suyo como pareja, pero había sido suyo de otra manera. Era su refugio.

Y mi madre lo sabía.

Lo más extraño era que no había detrás una gran tragedia. Nadie había muerto. No había fortunas ocultas, hijos secretos ni uno de esos dramas familiares que parecían necesitar varias generaciones para explicarse.

Era algo mucho más pequeño.

Una hermana enamorada de su mejor amigo. Otra que también se enamoró de él. Un secreto. Un silencio. Una decisión tomada en la juventud.

Una de esas tragedias cotidianas que parecen poca cosa al lado de un secreto monstruoso, pero que pueden hacerse enormes cuando dejas pasar los años.

Y ellas habían dejado pasar casi sesenta.

—Pepe quiso contármelo desde el principio —contó mi tía, y a pesar del tiempo pasado, noté un quiebre en su voz—. Yo era su mejor amiga y estaba empezando a salir con mi hermana. Le parecía absurdo ocultármelo. Pero Pilar le dijo que esperaran.

Me revolví en el asiento y pregunté con el corazón encogido:

—¿Por qué?

—Porque todavía no sabían si aquello iba en serio. O eso fue lo que le dijo a él.

—Pero no era el verdadero motivo.

—No, claro que no.

—El verdadero motivo eras tú.

—Tu madre era la única que sabía lo que sentía por Pepe.

Me apoyé contra el respaldo.

—Madre mía.

—Pilar sabía que aquello iba a destrozarme y fue aplazándolo. Una semana. Otra. Otro mes. Hasta que los vi.

—¿Y qué pasó?

—Que perdí los papeles —respondió Aurora, alzando las cejas.

—Normal.

—Le grité que cómo podía haberme hecho aquello sabiendo que llevaba enamorada de Pepe desde los trece.

—¿Delante de mi padre?

—Delante de él.

—Así que se enteró ahí —murmuré sintiéndome fatal de solo imaginarme la escena.

—Su cara fue un poema.

—¿Qué dijo?

—«Aurora» unas cuantas veces.

Me entró la risa, de los nervios que tenía.

—Suena bastante a mi padre. Cuando se bloquea, no da pie con bola.

—Intentó explicarme que no sabía nada. Y era verdad. Yo jamás le di ni la más mínima señal. De hecho, le solía comentar que me gustaba este o aquel para despistarle. A él le cogió por sorpresa. No tenía ni idea. Es que ni lo sospechaba.

—Pero te sentiste traicionada también por él.

—¡Para no hacerlo! Era mi mejor amigo. No sabía que yo bebía los vientos por él, pero llevaba meses ocultándome algo importantísimo porque Pilar se lo había pedido.

—Aunque había querido contártelo.

—Sí.

—Eso cambia un poco las cosas —repliqué.

No quería salvarle el culo a mi padre. Había sido su mejor amigo y había aceptado ocultarle algo que sabía que era importante. Eso era culpa suya.

Pero, cuanto más escuchaba a Aurora, más evidente me parecía que en aquel desastre no todos habían tenido la misma responsabilidad.

Mi padre no sabía que ella estaba enamorada de él.

Mi madre sí.

Y esa diferencia empezaba a parecerme enorme.

—Es cierto que lo cambia un poco. Ahora lo sé. Entonces no —reconoció Aurora.

Me quedé callada y ella siguió contándome tras aclararse un poco la voz:

—Después Pepe vino a buscarme a casa.

—¿Para hablar?

—Para intentar salvar nuestra amistad. Me dijo que no había querido engañarme, que jamás habría imaginado que yo sentía algo por él, que quería a Pilar pero no quería perderme a mí.

—¿Y tú?

Aurora bajó la mirada, aunque no pudo evitar que se le escapara una lágrima:

—Le dije que ya me había perdido.

—Dios —farfullé con los ojos llenos de lágrimas.

—Tenía veinticuatro años y estaba hecha polvo.

—¿No volvisteis a hablar?

—Todo se fue a la mierda entre nosotros.

Aurora me ofreció un clínex porque yo también estaba llorando. Y entonces lo comprendí.

—Perdiste a los dos.

Aurora me miró, se sonó la nariz y confesó:

—Eso fue lo que sentí. En cuestión de días había perdido al hombre del que estaba enamorada, a mi mejor amigo y la confianza en mi hermana.

—Y te fuiste.

—A Londres.

—Sola.

—Más sola que la una. Y con una pena infinita. ¿Tú sabes lo que yo quería a Pili? Yo llamaba así a tu madre. Era mi hermana pequeña. Nos llevamos seis años. Yo había cuidado de ella desde que nació. No tenía muñecas. Mi muñeca era Pili. Le hacía trenzas, le cosía vestidos, le enseñé a leer…

Se quedó callada un instante.

—Y Pepe era mi Pepe. Mi amigo. El que estaba siempre. Cuando nadie me sacaba a bailar, me decía que me esperaba un gran amor. Que era una chica maravillosa y que no hiciera caso de aquellos tontos. Y yo, como una idiota, estaba convencida de que ese gran amor era él. Que algún día se daría cuenta.

Se secó otra lágrima.

—Nunca perdí la esperanza hasta que los vi besándose. Ese día los perdí a los dos de golpe. Fue horrible. Estaba rota. No podía seguir en el pueblo. Siempre había querido marcharme, pero después de aquello ya no era solo que quisiera hacerlo. Necesitaba irme.

—¿No estabas aterrada?

—Muchísimo.

Y empezó a contarme lo que yo había leído en sus cartas, pero esta vez con su voz.

Una voz preciosa de locutora de radio. Era más grave de lo que esperaba. Cálida, pausada y un poco ronca, de esas voces que parecían hablarte a ti, aunque hubiera miles de personas al otro lado de la radio.

Aurora no tenía voz de anunciar noticias. Tenía voz de contarte algo a oscuras.

Pronunciaba despacio, dejando pequeños silencios entre algunas frases, como si quisiera darte tiempo para pensar antes de continuar.

Era una voz con la que daban ganas de quedarse.

Costaba creer que aquella mujer hubiera pasado tantos años sintiendo que nadie la veía y hubiera terminado consiguiendo que miles de desconocidos se sentaran frente a una radio solo para escucharla.

Y aquel día me habló de Londres.

Los grandes almacenes.

Pero para entender cómo había llegado hasta allí tuvo que retroceder unos cuantos años.

Aurora había comprendido muy pronto que en el pueblo no tenía futuro. Y probablemente tampoco demasiado fuera de él mientras siguiera en España.

No era solo su pierna. Era todo lo que los demás habían decidido que significaba aquella pierna. La cojera. Las miradas. Los chicos que no la sacaban a bailar. La gente que daba por hecho que determinadas cosas no eran para una mujer como ella.

Así que a los dieciséis años decidió aprender inglés.

No tenía dinero para pagarse las clases y empezó a ganárselo cogiendo puntos a las medias. Media a media. Punto a punto. Lo suficiente para pagar las clases con don Ricardo.

—Yo sabía que tenía que aprender un idioma —me explicó—. No sé cómo lo sabía, pero lo sabía. El inglés era mi billete para salir de allí.

Y Pepe la animaba.

Pepe sabía lo de las medias, lo de las clases y las horas que pasaba estudiando. La escuchaba hablar de Inglaterra como si no fuera una fantasía absurda de una chica de pueblo, sino un plan perfectamente posible.

Quizá por eso también había dolido tanto perderlo. Porque antes de que nadie creyera que Aurora podía marcharse, Pepe ya lo creía.

Y finalmente se marchó.

Llegó a Londres sola, con veinticuatro años, una maleta y un inglés que había empezado a pagarse ocho años antes arreglando medias.

Y entonces ocurrió algo que no esperaba.

Encontró trabajo en unos grandes almacenes.

Y allí la gente la miraba de otra manera.

O, mejor dicho, dejó de sentir que la miraban.

Por primera vez no parecía importar tanto cómo caminaba. Nadie conocía a la niña que había pasado la polio. Nadie sabía quién era su familia ni todo lo que se había decidido sobre ella antes de que tuviera edad suficiente para decidirlo por sí misma.

En Londres era simplemente Aurora.

Una española que hablaba inglés con acento, que trabajaba, que aprendía, que se equivocaba, que hacía amigos y que empezaba a descubrir que podía vivir una vida mucho más grande de la que le habían hecho imaginar.

—¿Y allí no te sentías diferente?

Aurora tardó un instante en responder.

—Claro que era diferente. Pero por primera vez sentí que ser diferente no significaba ser menos.

Aquella frase se me quedó dentro. Aurora había llegado hasta Londres buscando un futuro. Y había tenido que salir de su país para descubrir que tenía derecho a tenerlo.

—En Londres esa diferencia dejó de determinar quién era para los demás —repliqué con un nudo en la garganta.

—Me dijeron tantas veces que no podía hacer algo que acabé desarrollando cierta afición por hacerlo —comentó mi tía, risueña.

—Y por subirte a la morera.

—Ni lo dudes.

Trabajó. Estudió. Peleó por entrar en Periodismo.

Y después apareció Robert.

No necesitó decirme demasiado para que entendiera lo que había significado.

—Ese sí fue el amor de mi vida.

—¿Cuándo dejaste de querer a mi padre?

—No sabría decirte. Un día me di cuenta de que llevaba tres páginas de una carta hablando de Robert y apenas había preguntado por Pepe.

—En las cartas que he leído preguntabas por mi padre. Es verdad. Pero era todo tan sutil. Era como si te preocuparas por tu futuro cuñado.

—Mi madre se enteró de todo. Se lo conté yo, pero le hice jurar que no se lo diría a nadie. No quería dar pena. Más pena. Estaba harta de ser la pobrecita Aurora.

—Y doy fe de que no contó nunca nada. Cada vez que le preguntaba por ti, me decía que estabas fuera. Y ya está.

—Tu abuela lo pasó fatal. Se vio en medio de nuestra guerra. Y lo llevó como pudo. Me echaba mucho de menos, lamentaba que

estuviera tan lejos, pero ella fue la primera que se dio cuenta de que me había enamorado de Robert. Fue un amor que llegó cuando no buscaba nada.

No pude evitar pensar en Michael, pero aparté el pensamiento rápidamente.

Aurora siguió hablando.

Al final había encontrado el gran amor del que le hablaba mi padre. Luego Robert recibió aquella oportunidad en Melbourne. Ella cruzó medio planeta con él. Llegó Santiago. Después la radio. Los programas. Años delante de un micrófono hablando de relaciones, de pérdidas, de encuentros.

—¿Y acabaste haciendo un programa sobre el amor?

—La vida tiene sentido del humor. En el pueblo, como nadie me sacaba a bailar, me pasaba las verbenas sentada mirando a los demás. Sabía quién estaba enamorado de quién, quién se moría por uno que no le hacía ni caso, quién se había peleado y quién iba a reconciliarse antes de que terminara la noche. Al final empecé a conocer sus historias mejor que ellos.

—¿Y te pedían consejo? En alguna carta lo leí.

—Sí. Todo el tiempo. La que no tenía novio era la experta en novios. Venían a preguntarme: «Aurora, ¿tú crees que este me quiere?», «¿Qué hago con aquel?», «¿Le escribo o no le escribo?». Y yo opinaba de todo.

—Vamos, que el programa empezó en la plaza del pueblo.

—Sin micrófono y con una orquesta al fondo, pero sí. Más o menos.

—Y acabaste haciéndolo en la radio —comenté fascinada.

—Quién me lo iba a decir. La chica que se quedaba mirando cómo bailaban los demás terminó ganándose la vida hablando de amor. ¿Quieres escuchar cómo empezaba mi programa?

Le dije que sí, ansiosa ya por escucharla. Aurora cogió el móvil que tenía sobre una mesita, buscó la grabación y me la puso:

Buenas noches, queridos oyentes. Hoy hablaremos del amor....

Todavía conservaba un ligero acento español que aparecía en algunas palabras.

—Siempre empezaba el programa así —me contó tras parar la grabación.

—¡Qué emoción! ¿Sabes que la abuela de Michael era fan tuya? Me lo contó el otro día.

—¡Qué honor! Si quieres, llámala.

—¿De verdad? Porque le haría una ilusión tremenda.

—Llama…

Llamé a Margaret.

Cuando vio a Aurora en la pantalla se llevó las dos manos a la boca.

—*Oh, my God!*

Aurora se echó a reír.

—*Hello, Margaret!*

Margaret se emocionó tanto que durante los primeros segundos apenas consiguió decir nada. Después empezó a hablar y ya no hubo quien las parara.

Las dejé charlando un ratito.

Cuando colgué, Margaret ya tenía su número y le había pedido que moviera sus hilos para conseguir que su nieto y yo acabáramos en el mismo continente.

Luego, Aurora siguió con la grabación…

Esta noche quiero hablarles de una cosa bastante absurda que hacemos todos: esperar que alguien adivine lo que nunca nos hemos atrevido a decirle.

Así que, si están escuchando esto mientras esperan que alguien les lea el pensamiento, tengo una mala noticia: la gente tiene muchas virtudes, pero esa no suele ser una de ellas.

—Tengo un montón de grabaciones y ha salido esta. Qué casualidad. O no —comentó tras detenerla.

Me acordé entonces de Margaret y de lo avispada que había sido. Mi tía sabía demasiado de amores imposibles. Y eso hizo que la quisiera un poco más todavía.

—¿Volviste a ver a mi padre? —le pregunté emocionada de haberla escuchado.

—Sí. En el entierro del abuelo.

—¿Y?

—Descubrí que Pilar y él hacían muy buena pareja.

—No me jodas —farfullé retirándome las lágrimas.

—Mucho mejor que la que habríamos hecho Pepe y yo.

—¿Y no te fastidió admitirlo?

—Una barbaridad.

Nos reímos y lloramos a la vez. Para mí era muy fácil entenderme con mi tía. La conocía de un rato, pero ya tenía la sensación de que la conocía de toda la vida. Y me lancé a preguntarle algo que tampoco entendía:

—Entonces, si ya no estabas enamorada de él, ¿por qué no arreglaste las cosas con mi madre?

La sonrisa desapareció.

—Porque para entonces Pepe ya no tenía nada que ver con nuestro distanciamiento.

—Mi madre intentó contactar contigo.

—Muchas veces.

—¿Y pedirte perdón?

—También. Pero no quise escucharla.

—¿Nunca? —pregunté con la garganta tensa.

—Tu abuela intentó mediar durante años. Pili escribió, insistió... Yo tenía mucho rencor.

—¿Y después?

Aurora miró hacia la morera.

—Después dejé de estar enfadada.

—¿Entonces?

—Llegó el orgullo.

—¿Y luego?

Tardó en contestar, me miró y reconoció con pena:

—La vergüenza.

—¿Vergüenza?

—Había rechazado tantas veces a tu madre que llegó un momento en que no sabía cómo volver. ¿Cómo llamas después de un montón

de años y dices que quizá has sido una imbécil?

—Pues llamando.

—Eso lo dices porque tienes treinta años.

—¿Y con ochenta y cuatro?

—Con ochenta y cuatro sabes que tendrías que haber llamado. Y eso te reconcome por dentro.

Nos quedamos en silencio y le pregunté sabiendo la respuesta:

—¿Dejaste de quererla?

Aurora me miró, negó con la cabeza, se retiró las lágrimas y respondió:

—¿Cómo iba a dejar de querer a mi Pili?

Aquello fue probablemente lo que más me dolió de toda la historia. Y me dejó sin palabras.

Tantos años.

Tantas cartas.

Dos hermanas queriéndose desde dos extremos del mundo y ninguna capaz de recorrer la distancia que cabía en una llamada de teléfono.

—Qué triste —murmuré.

Aurora bajó la mirada.

—Sí.

—Sesenta años.

—No me los recuerdes. Y quédate las cartas —me dijo Aurora.

—Pero son tuyas.

—Ya las he guardado suficientes años.

Miré a aquella mujer a la que acababa de encontrar después de cruzar medio mundo.

Y entonces entendí que a veces no hacía falta que ocurriera una gran tragedia para perder a alguien.

A veces bastaba con dejar pasar demasiado tiempo…

Capítulo 17

Cuando regresé a nuestra cabaña, Santiago estaba sentado con Michael en la terraza.

Los dos se volvieron hacia mí al mismo tiempo.

Mi primo fue el primero en levantarse.

—¿Qué tal?

Solté el aire y me dejé caer en una silla.

—Tengo la cabeza como un bombo.

—¿Te lo ha contado? —me preguntó Santiago, mordisqueándose una uña.

—Todo.

Santiago se sentó a mi lado y quiso saber perplejo:

—¿Todo, todo?

—Sí.

Michael no preguntó nada. Se limitó a mirarme desde el otro lado de la terraza, esperando a que fuera yo quien decidiera si quería hablar.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Santiago.

—Ahora tengo que hablar con mi madre.

—Eso seguro.

—Lleva días diciéndome que le pregunte a Aurora. Pues ya le he preguntado. Supongo que ahora que sabe que conozco la historia me contará su versión.

—Yo creo que sí. Ahora ya sabe que tú sabes.

—Menudo trabalenguas.

—Nuestra familia entera es un trabalenguas —replicó Santiago.

—Supongo que hablará también contigo —le dije.

—Yo no puedo más con la intriga. Llevo bastante tiempo desarrollando hipótesis y cada una es peor que la anterior —confesó mi primo, llevándose la mano al cuello.

—Yo también me imaginé de todo antes de saberlo.

—¿Y?

—Y no acerté ni de lejos —admití.

Santiago se quedó a cuadros, tragó saliva y susurró:

—Joder. Es muy gordo, ¿no?

—Sí, pero no como estás pensando.

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando?

—Porque yo pasé por ahí antes que tú. No hay muertos, hijos escondidos, herencias millonarias ni ningún psicópata enterrado debajo de la morera.

—Lo del psicópata no lo había pensado.

—Pues ya tienes una teoría más.

—Vera...

Nos reímos los tres y luego le seguí contando.

—Es una historia mucho más normal de lo que imaginas. Y quizá por eso da tanta pena.

—Pues cuéntamela.

Estuve a punto. Al fin y al cabo, ya conocía toda la historia. Pero negué con la cabeza.

—No. Creo que tiene que contártela tu madre.

—¿Por qué?

—Porque es suya, Santiago. Yo puedo contarte lo que he entendido, pero no cómo lo vivieron. Y después de casi sesenta años callándoselo, creo que es ella la que tiene derecho a ponerle palabras.

Santiago resopló.

—Tienes razón. Pero solo te pido una pista.

—Ni de coña.

—Una pequeñita.

—Habla con tu madre. Después de contármelo a mí, seguro que ya no le cuesta tanto soltarlo. Lo difícil era romper sesenta años de silencio.

—Lo haré. A ver si por fin dejo de ser el último que no sabe los secretos de mi propia familia.

—Yo también tengo que hablar con mi madre. Pero no pienso llamarla todavía. Necesito unas horas sin hermanas, cartas, secretos familiares ni gente que lleva casi sesenta años sin hablarse.

—Pues fíjate cómo me siento yo que aún no sé de qué va la película.

—Tú es que no has visto ni el tráiler —ironicé.

—De hoy no pasa. En cuanto os deje, me voy a ir a comer con ella, aprovechando que mi padre está fuera.

—Me parece genial —repliqué, recogiéndome el pelo en una coleta.

—Y a vosotros os he preparado un plan —nos informó mi primo.

Lo miré divertida y le pregunté:

—¿Qué has hecho?

—¿Por qué das por hecho que he hecho algo?

—Porque te conozco desde ayer y ya sé cómo eres.

Michael no se pudo quedar callado y añadió:

—Aprende rápido.

—Es manchega —afirmó mi primo—. Pues mirad, como sabía que Vera, después de la conversación con mi madre, iba a necesitar despejarse, he pensado que os vendría bien hacer una ruta a caballo y comer en un sitio divinísimo.

—¿A caballo? ¿Tienes caballos? —pregunté porque para nada me esperaba que me hiciera esa propuesta.

—Sí.

—No sé montar —le advertí, moviendo las manos.

—¿Nunca has montado? —me preguntó mi primo.

—En el burro del abuelo.

Santiago ni se lo pensó y me dijo convencido:

—Sirve.

—¿Cómo que sirve? —repliqué un tanto extrañada.

—Tiene cuatro patas y tú vas encima.

—Y hasta ahí las similitudes —intervino Michael.

Me volví hacia él.

—¿Tú sabes montar?

—Sí.

Resoplé y pensé que para qué había hecho la pregunta.

—Claro que sabes montar. ¿Hay alguna cosa australiana que no sepas hacer?

Michael fingió pensárselo.

—Tocar el didyeridú.

—Menos mal. ¡Empezaba a sentirme inútil!

—Chica, los caballos no son australianos —me aclaró Santiago—. Lo que aprendiste en el burro te sirve para el caballo. Y además vas a ir con Manolo.

—¿Ese quién es? ¿Un ayudante?

—Es el caballo más manso que tengo. Es que tuve un amante que era igual. Bueno, es una historia que ya te contaré.

—¿Y por dónde piensas que me voy a meter con Manolo? —le pregunté a modo de advertencia porque no pensaba coger más que rectas.

—La ruta es fácil y está señalizada. No tiene pérdida.

—Eso espero. He venido a Australia a buscar a mi tía, no a morir desnucada.

—Confía en mí.

—Lo hago. Pero tú recuerda que vengo de enterarme del secreto de la familia y no quiero más estrés ni más nervios.

—Por eso mismo te conviene airearte. ¡Y no me recuerdes más que has visto la peli antes que yo! Porque no sabes tú lo persistente que soy y voy a acabar arrancándote la confesión.

Luego señaló una mochila que había dejado junto a la puerta.

—Así que mejor que no te vea durante un buen rato. Os he metido todo lo que necesitáis. Tenéis comida, agua y algo que no puede faltar.

Entrecerré los ojos y repliqué convencida de que iba a acertar:

—¿Queso manchego?

—Por supuesto.

Me levanté y le dije a mi primo, con ganas de empezar con la aventura:

—¿Dónde están esos caballos?

Mi primo se levantó también y nos pidió que le acompañáramos hasta las cuadras.

Ni que decir tiene que Manolo era un caballo blanco precioso.

El de Michael se llamaba Ashley, era negro, más grande y con más personalidad que el mío.

Michael no tardó ni diez segundos en hacerse con él.

—¿Y tú dónde coño has aprendido a montar así? —le pregunté alucinada.

—Vera, soy de Dubbo.

—¿Y?

—Crecí rodeado de granjas. Aprendí de pequeño.

—Australiano, surfista, médico y encima vaquero.

—Aquí se llama *stockman*.

—Pues yo aprendí con un burro. Como Sancho Panza. Vamos a ver…

Lo que vi fue que toda mi experiencia ecuestre sobre el burro de mi abuelo resultó no ser homologable en Australia.

Puse un pie en el estribo, intenté impulsarme y volví exactamente al mismo sitio.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Michael.

—No —dije muy digna.

Segundo intento.

Peor. Los dos lloraban de la risa.

—¡Cabrones!

—¿Te ayudo, prima?

—He dicho que no.

—Vale.

—¡Y dejad de descojonaros de mí!

No podían. Seguían doblados de la risa.

Pasé de ellos. Y al cuarto intento, Manolo giró la cabeza para mirarme.

—Tú no me juzgues, que bastante tengo.

Santiago, llorando, me preguntó:

—¿Seguro que montabas en burro?

—Pero por mucho que digas, lo que aprendí con Chicharro no vale con este.

Después de varios intentos, dos amenazas a Manolo y un espectáculo bastante lamentable, conseguí subir.

Me acomodé en la silla y levanté la barbilla.

—¿Veis?

Michael asintió muy serio.

—Ajá. Impresionante.

—Que te den.

Y pasado el ridículo, le pedí a mi primo que nos hiciera una foto para mandarle a las chicas.

Aquella mañana ya les había contado por WhatsApp que había encontrado a mi primo, que parecía más bien mi hermano, que tenía un novio japonés y que Aurora estaba viva y estaba a punto de conocerla.

Yo les había prometido mantenerlas informadas. Y ahí estaba…

—¡Mejor un selfi! —le pedí a mi primo—. ¡Ponte entre los caballos y así sales y te conocen mis amigas!

En foto no salíamos ninguno bien, pero la mandé igual.

VERA: Ya he hablado con mi tía. Estoy asimilando. Pero todo bien. Ahora paseo a caballo. Ya os contaré luego.

En España era tarde, pero entre que era verano y que desde que había llegado a Australia las tenía enganchadas a mi vida como si fuera una serie de Netflix, las tres contestaron al instante.

MARTA: ¿Estás bien? Cuántas emociones. ¡Me alegro mucho de verte con esa sonrisa con tu primo y con Michael! Disfruta del paseo y luego hablamos. A ver si podemos hacer una videollamada con tu primo y lo conocemos.

SILVIA: ¿Pero ha ido bien con tu tía? Con eso me vale de momento. Y agárrate bien, que tú nunca has montado en uno de esos.

Faltaba una.

No tardó.

SONIA: Tú al que tienes que montar es al australianorro. ¿Ha habido tema ya?

Guardé el móvil. Nos despedimos de mi primo. Y tiré para adelante por el camino que me había marcado.

Michael se vino detrás de mí.

—¿Qué te han dicho las chicas?

—He guardado el teléfono porque si no me iban a tener tres horas. Les he contado que he visto a mi tía, pero nada más. Y lo de anoche por supuesto que ni de coña se lo cuento todavía.

—¿No?

—No. Primero tendré que enterarme yo de qué coño está pasando.

—¿Pero tienes alguna idea?

—Alguna, pero sin elaborar. ¿Y tú?

—Yo sí sé lo que me está pasando —respondió él, sin dudarlo.

Me quedé muerta y solo pude farfullar:

—¡No me digas!

—No te pongas tan rígida —me dijo Michael.

—No estoy rígida.

—Parece que te han metido un palo por la espalda.

Era cierto y lo achaqué a lo menos comprometido. Porque me negué a reconocer que me había puesto muy nerviosa que él supiera lo que estaba pasando entre nosotros.

—Estoy intentando no caerme.

—No vas a caerte.

—Eso lo dices porque no conociste al burro de mi abuelo.

Michael se rio.

—¿Qué hacía?

—Lo que le daba la gana.

—Este también lo hará si nota que estás aterrada.

Miré al caballo.

—No estoy aterrada.

Movió una oreja.

—Creo que no te ha creído.

—Tú cállate.

Los primeros minutos avancé tan concentrada que apenas miré el paisaje. Después fui relajándome.

Y entonces entendí por qué Santiago había querido que fuéramos.

El bosque se abría y cerraba a nuestro alrededor. Había tramos en los que los árboles casi formaban un techo sobre nosotros y otros desde los que se veían las laderas verdes extendiéndose a lo lejos.

Después de todo lo que acababa de escuchar sobre lo que pasó entre mi madre y mi tía, aquel silencio me sentó bien.

Michael cabalgaba a mi lado.

—¿Quieres contarme lo de Aurora?

Lo miré.

—Es muy largo.

—Tenemos tiempo.

—Mi tía estaba enamorada de mi padre.

Michael giró la cabeza de golpe.

—Vale. Eso no me lo esperaba.

—Desde los trece años.

—¿Y estuvieron juntos?

—Nunca. Mi padre ni siquiera sabía que ella estaba enamorada de él. Eran mejores amigos.

Le conté el resto sin entrar demasiado en detalles. Pilar era la única que conocía los sentimientos de Aurora. Se había enamorado de Pepe. Él había querido contarle a Aurora que estaban juntos, pero mi madre le pidió que esperara hasta saber si aquello iba en serio.

Esperaron demasiado.

Aurora los pilló besándose.

Y en cuestión de segundos mi padre descubrió que su mejor amiga llevaba once años enamorada de él y Aurora descubrió que las dos personas en las que más confiaba llevaban meses ocultándole algo.

—Entiendo que se sintiera traicionada —dijo Michael.

—Yo también. Lo que cuesta entender son los casi sesenta años posteriores.

—¿Nunca hicieron las paces?

—No. Al principio mi tía estaba destrozada. Luego conoció a Robert y olvidó a mi padre. Incluso acabó entendiendo que ellos hacían buena pareja. Pero para entonces el problema ya no era Pepe.

—¿Qué era?

—Rencor. Orgullo. Vergüenza. Tiempo. Un poco de todo.

Michael guardó silencio.

—Y lo más curioso —continué— es que Aurora se marchó de España convencida de que mi padre era el amor de su vida. Y apareció Robert.

—A veces pasa.

Lo miré.

—¿El qué?

—Que aparece alguien cuando no estabas buscando a nadie.

Mi caballo siguió avanzando mientras yo fingía interesarme muchísimo por sus orejas.

—Yo no esperaba nada cuando cogí una llamada de teléfono —añadió.

—Yo tampoco. Solo estaba buscando a una señora de ochenta y cuatro años.

—Y te salió un médico de Urgencias.

—Un poco pesado.

—Y guapo.

—Eso también.

—Tú tampoco estabas en mis planes, Vera.

—Ya.

—Y ahora me tienes loco.

Lo miré refilón y no me quedó más remedio que reconocer:

—Tú a mí también.

Durante unos segundos ninguno dijo nada.

—Pero hoy no quiero pensar en eso —añadí.

—¿Por qué?

—Porque ya he pensado suficiente para todo el mes.

—Entonces no pienses.

—Esa es mi intención. Pero tampoco puedo. Tengo que pensar en mantener el culo encima de Manolo.

—Vas bastante bien.

—Eso díselo a mi culo. Está viviendo una experiencia que no va a olvidar nunca.

Paramos un rato después.

Los árboles se abrían en una zona desde la que se veía el valle. Bajé del caballo bastante peor de lo que había subido, que ya era decir. Y, cuando puse los pies en el suelo, me agarré a Michael.

Los primeros pasos los di ligeramente encorvada y con las piernas abiertas. Tan solo parecía que tenía noventa años…

—Tengo las piernas raras.

—Es normal.

—¿Volverán a su sitio? —le pregunté sin poder enderezarme.

—Probablemente.

—Me tranquiliza mucho que un médico diga «probablemente».

Se rio. Me aparté de él y miré alrededor.

—Joder.

El paisaje era impresionante.

—Es precioso —dijo él.

—Sí.

Me giré. Michael no estaba mirando el paisaje.

—No lo hagas —le pedí.

—¿El qué?

—Eso.

—No estoy haciendo nada.

—Estabas a punto de decir alguna gilipollez romántica.

—Estaba pensando en besarte —afirmó él, con esa voz suya que me mataba.

—Eso es bastante menos gilipollas.

No necesitó más. Me agarró por la cintura y me atrajo hacia él.

Su boca cayó sobre la mía y durante unos segundos desaparecieron Aurora, mi madre, Pepe, las cartas y los casi sesenta años.

Lo agarré de la nuca y me pegué más a él.

Michael deslizó una mano por mi espalda hasta mi cintura y volvió a besarme, más despacio al principio y bastante menos despacio después.

Yo, que había decidido no pensar, descubrí que aquello se me daba de maravilla cuando tenía su lengua en mi boca y sus manos encima.

Metí las mías bajo su camiseta.

—Vera...

—¿Qué?

—Nada.

—Pues no hables.

Volvió a besarme. Su mano descendió por mi cadera y yo noté perfectamente el efecto que aquello estaba teniendo en él.

—Joder —murmuré contra su boca.

—Eso mismo estaba pensando.

—Como sigamos así...

—Ya.

—¿Ya qué?

—Estoy calculando cuánto se tarda en volver a la cabaña.

—¿Y?

Miró hacia los caballos.

—Demasiado.

—Pues deja de besarme —le aconsejé, mientras le besaba.

—Eso también parece complicado —murmuró él.

—Tienes muchos problemas, me parece a mí.

—Últimamente, sí.

Conseguimos separarnos.

Michael volvió a mirarme y supe que estábamos perdidos.

—Entonces será mejor que no te bese —insistí.

—Lo que quieras.

Pues si se trataba de hacer lo que quisiera, lo que me estaba pidiendo el cuerpo estaba claro.

—Lo que quiero es esto —susurré contra su boca.

—Genial.

Retrocedí sin dejar de besarlo hasta que mi espalda chocó contra el tronco de un árbol.

—Ay.

Michael se apartó.

—¿Te has hecho daño?

—Me urge más otra cosa.

Lo agarré de la camiseta y volví a atraerlo.

—Si quieres podemos parar.

—Ni se te ocurra.

Esta vez el beso cambió. Desaparecieron las risas y sus manos encontraron mi cintura mientras las mías se metían bajo su camiseta

otra vez. Noté su piel caliente bajo los dedos y recorrí su espalda despacio, disfrutando de cómo reaccionaba cada vez que lo tocaba.

Michael enterró la cara en mi cuello.

—Vera...

—¿Qué?

—Me estás volviendo loco.

—Estamos empatados.

Su boca descendió por mi cuello y tuve que cerrar los ojos. Mis dedos se aferraron a sus hombros. Y nos dejamos llevar hasta que Michael se detuvo.

—Espera.

—Otra vez no.

Lo vi sacar un preservativo.

Lo miré.

—¿En serio?

—Hay que estar preparado.

—¡Llevas preservativos para montar a caballo!

—Llevo cartera para montar a caballo.

—Puede aparecer cualquier bicho para pedirte la documentación —solté a la vez que se lo ponía.

Después volvió conmigo. Y solo hubo aquella urgencia absurda por estar todavía más cerca, sus manos sujetándome contra él, mi boca buscando la suya y el tronco del árbol a mi espalda que me recordaba que la estaba liando por momentos.

Probablemente por eso me apeteció todavía más.

—Mírame —murmuró.

Lo hice. Michael apartó lo que estorbaba. Levanté una pierna, rodeé su cuerpo con ella y durante los minutos siguientes el mundo se redujo a Michael, a mi respiración descontrolada y a la sensación de estar haciendo una auténtica locura sin tener ninguna gana de detenerla.

Cuando conseguimos separarnos, apoyé la cabeza contra el árbol y cerré los ojos.

—Madre mía.

Michael todavía estaba recuperando el aliento.

—¿Qué?

Moví una pierna con precaución.

—Esto puede haber agravado lo de Manolo.

—¿Diagnóstico?

Probé la otra también con cuidado.

—De momento parece que siguen haciendo su labor.

—Habrá que seguir observando.

Abrí los ojos.

—¿Estás utilizando la medicina para hacerlo otra vez? —bromeé.

—No me hacen falta excusas. Contigo siempre tengo ganas.

—Pues yo mejor no te cuento.

—¿Por?

—Porque he venido a pasar un día agradable, a pesar de que dudo de que al final de la jornada mis piernas me sostengan, y no quiero pensar en lo mucho que me gustas.

—Yo no paro de hacerlo.

—Tú es que eres australiano y no tienes miedo a nada.

—Tú tampoco. Acabas de estar un buen rato apoyada en un tronco en el que podía haber alguna *huntsman* y te ha dado lo mismo.

Di un respingo, lo miré espantada y le exigí ahuecándome el jersey:

—¡Mírame la espalda a ver si tengo alguna!

—¡Estaba bromeando! No había nada.

—Mírame.

Me miró y mientras lo hacía comentó:

—Si la tuvieras, créeme que lo notarías. Pero tranquila, que lo único que tienes es una espalda preciosa.

—Esto es un sinvivir. ¡No gano para sustos!

—Ni para polvos —masculló él, divertido.

—Eso me gusta.

—¿Y no te ha entrado hambre?

Lo miré patidifusa, pensando que aquel hombre era un prodigio de la naturaleza. Era como Australia. O él era Australia. ¡Me estaba follando a Australia!

—¿Quieres otro? —repliqué.

—Estaba hablando de comer, pero…

—Vamos a comer y luego ya lo vamos viendo por el camino.

Una media hora después, llevando los caballos al paso, llegamos al lugar que Santiago nos había señalado antes de salir.

El sendero desembocaba en un pequeño claro en lo alto de una ladera. Más allá, el terreno caía hacia un valle inmenso, verde y salpicado de árboles. Al fondo se recortaban las montañas.

—No me extraña que mi primo decidiera quedarse en este lugar. Es espectacular.

Michael se bajó del caballo y sin que yo le dijera nada me cogió en volandas y me puso en el suelo.

Anduve un poco y él soltó una carcajada…

—Serás cabrón. Entre Manolo y tú me habéis dejado una forma de andar completamente nueva.

Michael llevó los caballos hasta una valla de madera junto a un abrevadero. Los dejamos allí, a la sombra, con agua y algo de pasto alrededor, y cogimos la comida que Santiago había preparado.

A pocos metros estaba la mesa de pícnic de madera con los bancos a los lados, bajo la sombra de un eucalipto.

Santiago había metido tanta comida que parecía convencido de que íbamos a perdernos tres días.

Encontré el queso enseguida.

—¡Aquí está lo bueno! —exclamé mientras Michael abría las botellas de agua.

—No lo he probado nunca.

—¡Qué mono, mi primo! Si hasta lo ha partido… Prueba y entra en otra dimensión.

Lo probó y soltó al momento:

—Joder. ¡Esto es peor que las drogas!

—No estaba exagerando.

—Podría vivir en España por esto.

Lo miré y la pregunta me salió antes de pensarla.

—¿Tú vivirías en España?

Michael levantó la vista.

—¿Eso es una proposición?

—Es una pregunta.

—¿Me darías este queso todos los días?

—Hablo en serio.

Su expresión cambió ligeramente.

—Yo también. El queso es importante.

Le di un golpe en la pierna.

—Idiota.

Soltó una carcajada y, sin parar de comer queso, asintió:

—Sí, podría vivir en España.

—¿Sí?

—¿Por qué no?

—No sé. Tu vida está en Melbourne.

—Ese es otro tema.

Cogió otro trozo de queso y matizó:

—Viviría encantado en España. Pero tengo mi casa, el hospital, mis amigos, mi familia… todo aquí. Llevo años construyendo mi vida en Melbourne.

—Y te ha costado llegar donde estás.

—Mucho. Tengo un buen puesto en Urgencias, trabajo con gente que conozco desde hace años y compré una casa porque pensaba quedarme.

—La casa de Aurora que casualmente compraste tú para que yo pudiera llamar desde Madrid y encontrarte.

—Eso ha sonado un poco a destino.

—Son chorradas que digo cuando como queso —mascullé quitándole importancia.

—No me parece una chorrada. Y no es que no pudiera marcharme nunca, Vera. Soy médico. Podría trabajar en otros sitios. Pero ahora mismo levantar todo lo que tengo en Melbourne y empezar de cero no sería sencillo.

—Yo lo tendría más fácil —dije tras beber un poco de agua.

Michael se inclinó un poco hacia delante y preguntó muy interesado:

—¿Cuánto de fácil?

—Trabajo en un hospital privado. Me gusta mi trabajo, pero si quisiera marcharme podría dejarlo y buscar otro. Y vivo de alquiler. No tengo una casa ni nada parecido.

—Mi casa es más del banco que mía.

—Pero ya tienes algo. Yo es que de momento no puedo aspirar ni a eso.

Michael se quedó mirándome y le pregunté:

—¿Qué?

—Nada.

Le quité el queso de la mano.

—Y deja algo para mí.

—Hay medio kilo.

—No sabes de lo que soy capaz.

—Cada vez tengo más ganas de averiguarlo.

Sentí un vuelco en el estómago, solté el aire y le dije:

—Come y calla.

Y eso hizo.

Por suerte.

Porque si volvía a besarme como antes, no sabía si iba a importarme demasiado que todavía nos quedara el camino de vuelta.

Cuando regresamos a Mulberry, tenía el culo dolorido, las piernas cansadas y la cabeza bastante más despejada.

Dejamos los caballos en las cuadras, le dije a Manolo que había sido muy bueno y que mañana iría a verle. Buscamos a mi primo, pero no lo encontramos y nos volvimos a nuestra cabaña.

Dejé la mochila sobre la mesa y saqué el móvil.

Tenía un mensaje de mi madre.

MAMÁ: ¿Has hablado con Aurora?

Me quedé mirando la pantalla. Michael apareció detrás de mí.

—¿Todo bien?

—Es mi madre.

—¿Quieres llamarla?

Resoplé y asentí. Ya había escuchado a Aurora y ahora me tocaba escuchar la otra mitad de la historia…

Capítulo 18

Michael salió un rato después.

Dijo que iba a dar una vuelta por el complejo y a buscar a Santiago, aunque los dos sabíamos que en realidad me estaba dejando sola para que pudiera hablar con mi madre.

Me senté en la terraza con el móvil entre las manos.

Su mensaje seguía allí.

¿Has hablado con Aurora?

Marqué su número y contestó al tercer tono.

—¿Vera?

—Hola, mamá.

—¿Estás bien?

—Sí.

Hubo un pequeño silencio y luego preguntó con la voz un pelín temblorosa:

—¿Has hablado con ella?

—Sí.

—¿Y qué te ha contado?

No sabía muy bien por dónde empezar, así que fui directa.

—Me ha contado lo de papá.

Mi madre se quedó callada. Fue un silencio distinto. Tenso. Casi podía notar al otro lado del teléfono el miedo a lo que yo supiera y, sobre todo, a lo que pensara de ella.

—Que llevaba enamorada de él desde los trece años —continué—. Que tú lo sabías. Que papá era su mejor amigo. Que os pilló besándoos y que llevabais meses juntos sin haberle contado nada.

Seguía sin decir ni mu.

—Dice que aquel día perdió a su Pepe y a su Pili a la vez.

Escuché cómo soltaba el aire al otro lado.

—Eso decía ella.

—¿Qué?

—Su Pepe y su Pili. Siempre nos llamaba así.

—¿Por qué no se lo contaste?

Mi madre tardó en responder.

—Porque al principio pensé que no era nada. No sé ni cómo ocurrió. De pronto tu padre empezó a gustarme, pero intenté convencerme de que se me pasaría. Sabía lo que Aurora sentía por él y no quería hacerle daño.

—Pero no se te pasó.

—No. Intenté alejarme de él. De verdad que lo intenté. Pero no pude evitar enamorarme. El amor es así algunas veces. Puedes intentar ponerle toda la lógica del mundo, pero...

—Ya. Lo entiendo.

Silencio.

Mierda.

—¿Qué entiendes?

—Nada.

—Vera.

—Mamá...

—¿Estás conociendo a alguien?

Cerré los ojos.

—Sí.

—¿En Australia?

—Evidentemente.

—¿Y quién es?

—Michael.

—¿El médico al que le encomendé que te protegiera de los bichos?

—Ese.

—¿Te has enamorado?

—¡Mamá! Nos hemos besado. Nada más.

Mentirle a mi madre desde la otra punta del mundo resultaba sorprendentemente sencillo. Porque cara a cara se habría dado cuenta de que aquello era ya mucho más que unos besos.

—Vera...

—¿Qué?

—Australia está muy lejos para empezar algo serio.

—Ya lo sé.

—Entonces...

—Pero acabas de decirme que no se puede poner lógica al amor.

Esta vez el silencio duró bastante más.

—No utilices mis propias frases contra mí.

—Pues no me las pongas tan fáciles.

La escuché reír muy bajito.

—¿Te gusta mucho?

Miré hacia el interior de la cabaña.

—Demasiado.

—Pues ten cuidado.

—Eso intento.

—No me refería a que huyeras. Tú vive lo que tengas que vivir.

Me quedé callada, porque como le contara hasta qué punto lo estaba viviendo, le iba a dar un parraque.

—Mamá, estábamos hablando de ti.

—Poco más hay que contar.

—¿Cómo que no? Me dijiste que me lo contarías cuando escuchara la versión de Aurora. La he escuchado y ahora necesito saber.

Mi madre suspiró.

—Me enamoré de tu padre. Dejé pasar el tiempo porque quería estar segura. Y nada, cuanto más tiempo pasaba, más claro tenía que aquello no era un capricho. Tu padre quería contárselo a Aurora desde el principio.

—Eso me dijo ella.

—Fui yo quien le pidió que esperara. Él no sabía que Aurora estaba enamorada de él. Yo sí. Y tenía miedo.

—¿De perderla?

—Sí. Qué ironía, ¿verdad? No se lo conté porque tenía miedo de perder a mi hermana y precisamente por no contárselo la perdí.

No dije nada. Y ella lo agradeció abriéndose más.

—Cuando nos pilló besándonos fue horrible. Tu padre no entendía nada. Aurora empezó a gritar, a llorar... y terminó diciéndole delante de mí que llevaba enamorada de él desde los trece años. Imagínate cómo se quedó.

—Debió de ser terrible para los tres.

—Lo fue. Le pedí perdón. Muchas veces. Tu padre también intentó hablar con ella. Tu abuela hizo todo lo posible por arreglarlo, pero Aurora no quiso saber nada de nosotros.

—Y dejasteis de hablaros.

—Sí.

—Joder.

—Yo me sentía culpable, Vera. Muchísimo. Incluso el día que me casé con tu padre...

Se le quebró ligeramente la voz.

—¿Qué pasó?

—Nada. Y ese era precisamente el problema. Fue uno de los días más felices de mi vida y, al mismo tiempo, uno de los más tristes. Miraba a todas partes y mi hermana no estaba. Habíamos imaginado que siempre estaríamos juntas y no verla en el día de mi boda fue un palo. Ella tenía que estar allí. Pero yo lo estropeé todo.

Tragué saliva.

—Mamá...

—Es la madre que tienes. Por eso no te he contado nunca nada. Me daba una vergüenza tremenda.

—No te voy a juzgar.

—Pues yo no podía perdonarme a mí misma. Luego empezaron a pasar los años y yo no conseguía quedarme embarazada.

Ya sabía lo que venía. O quizá no.

—Llegué a pensar que era un castigo.

—¿Por lo de Aurora?

—Sí. Sé que es absurdo.

—Absolutamente.

—Ya. Pero cuando deseas algo con todas tus fuerzas y no sucede, empiezas a buscar explicaciones donde no las hay. Pensaba que era el karma. Que había hecho daño a mi hermana y que ahora me tocaba pagarlo.

—No digas eso. Joder, ¡no lo digas! —le exigí.

—Ahora sé que era una barbaridad. Entonces no.

Guardó silencio unos segundos.

—Y llegaste tú.

Sonreí sin querer, con los ojos llenos de lágrimas.

—Con cuarenta y ocho años. Pero ahí estaba yo.

—Mi niña. Cuando ya casi había perdido la esperanza. El día que naciste fue uno de los más felices de mi vida. Y también uno de los

días en los que más eché de menos a Aurora.

—Y fue cuando la escribiste.

—Sí. Tu abuela ya le había contado que estaba embarazada, pero cuando naciste quise hacerlo yo. Le escribí una carta y le mandé una foto tuya. Quería que supiera que tenía la sobrina más bonita del mundo.

—Y que tenía dos pelos en la cabeza.

—Adoro esa foto. Y pensé que quizá al verla mi hermana sería capaz de perdonarme.

—No te contestó.

—No.

—¿Y después?

—Nada. Nos vimos en el entierro de tu abuelo. Ni siquiera nos saludamos. Yo estaba con tu padre y ella con Robert y Santiago. Nos miramos desde lejos. Eso fue todo.

—Santiago dice que me saludó.

—Puede ser. Había mucha gente. Tú eras pequeña.

Mi madre volvió a quedarse callada y luego continuó:

—Me partió el corazón verla aquel día, Vera. Porque para entonces ya habían pasado tantos años que ni siquiera sabía cómo acercarme a ella.

—Mamá, Aurora te ha perdonado.

—¿Te lo ha dicho?

—Sí. Y me ha dicho otra cosa.

—¿Qué?

—Que nunca dejó de quererte.

Mi madre se quedó completamente callada.

—¿Mamá?

—Estoy aquí.

—Nunca dejó de quererte. Primero fue el rencor, después la vergüenza y luego habían pasado tantos años que ya no sabía cómo volver.

Escuché a mi madre llorar.

—Yo tampoco dejé de quererla, Vera.

Escuché cómo mi madre respiraba hondo.

—No sabes la cantidad de veces que he imaginado que alguien me decía eso.

—Pues ya te lo estoy diciendo.

—Llevo toda la vida echándola de menos, Vera. Era mi hermana mayor. Para mí era todo. La adoraba.

—Pues llámala.

—No puedo.

—Claro que puedes —insistí.

—No sé hacerlo.

Aquello me dejó sin respuesta durante un instante.

—¿No será que eres tú la que le estás haciendo pagar que te castigara tantos años con su silencio?

—No lo sé. Supongo que algo habrá. Aunque yo tampoco dejé de quererla, tampoco me sale coger un teléfono después de casi sesenta años y decir: «¡Hola, soy Pili!».

—Pues por algo se empieza.

—No le digas nada de momento, Vera.

—Vale.

—Prométemelo.

—No voy a hacer nada sin hablar contigo.

Que no era exactamente lo mismo.

—¿Vera?

—¿Sí?

—Gracias por haber ido a verla.

—Gracias por haberme mandado preguntarle. Y te quiero, mamá. Te quiero muchísimo.

—Y yo a ti más.

Colgué y me quedé mirando el teléfono.

Casi sesenta años.

Las dos se querían. Las dos se echaban de menos. Y ninguna sabía recorrer la distancia que ellas mismas habían creado.

Michael regresó unos minutos después.

—¿Qué tal?

—Voy a tener que hacer algo.

—¿Con tu madre?

—Con las dos. Estas mujeres necesitan ayuda.

El teléfono volvió a sonar.

Era Santiago.

—¿Qué quieres?

—Qué recibimiento más bonito, prima.

—Acabo de hablar con mi madre.

—¿Y?

—Ya te contaré. Porque tela…

—Yo también he hablado con la mía. Por fin me ha contado. Si no llegas a venir, no me habría enterado de nada.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

—Pepe con su pelo en pecho y su bigote era un arma de destrucción familiar y el pobre ni lo sabía.

—Yo flipé —reconocí.

—Y yo. Pensé de todo menos que fuera Pepe el motivo.

—Pepe fue el motivo, pero han estado sesenta años sin hablarse por idiotas.

—Entiendo que mi madre se cabreara. Yo también me habría sentido traicionado. Fue una putada muy gorda. Pero una vez que pasó todo…

—Ya —farfullé.

—Sesenta años son muchos años para seguir castigando a alguien por algo que hizo con dieciocho.

—Ella dice que dejó de castigarla mucho antes.

—Eso es casi peor.

—¿Por qué? —quise saber.

—Porque entonces pasaron media vida sin hablarse cuando las dos querían hacerlo. Pero por orgullo, miedo, vergüenza... llámalo como quieras, se han perdido un montón de cosas. Y, de rebote, nos han robado a nosotros mogollón de años. ¡Me cabreo cada vez que lo pienso!

—Ya estamos poniéndole remedio.

—Tendríamos que hacer algo para que estas dos vuelvan a juntarse —propuso mi primo.

—Pues sí.

—Lo tenemos que hablar. De momento, mis padres os invitan a cenar esta noche en su cabaña. Para eso también te llamaba…

A las nueve en punto estábamos allí y Robert me abrazó nada más verme.

Ni siquiera me dio tiempo a decidir si estrecharle la mano, darle dos besos o hacer alguna cosa australiana que desconociera.

Me abrazó.

—Por fin —dijo.

Y con eso consiguió emocionarme.

Además, seguía pareciéndose muchísimo a Charlton Heston y estaba estupendo.

Se notaba que hacía ejercicio y que no paraba en todo el día.

La cena estaba preparada en la terraza de la cabaña. Santiago estaba sentado a la mesa, Aurora acababa de dejar una ensalada y Robert había preparado un *beef stew* que llevaba horas haciéndose a fuego lento.

—Cocina él —me explicó Aurora.

—Ella solo lleva cincuenta años amenazando con aprender —respondió Robert.

—Y mírame. He conseguido no hacerlo.

—Es el mejor *beef stew* que he olido nunca —dijo Michael.

—La próxima vez que vengas, te lo volveré a hacer.

Me encantó Robert. Y la verdad es que su guiso estaba delicioso.

Después de los postres acabamos hablando de amor…

—¿Cuántos años lleváis juntos? —pregunté.

Aurora y Robert se miraron.

—Demasiados —contestó ella.

—Y todavía no he conseguido librarme —añadió él.

—Porque nadie más te aguantaría.

—Eso también.

Me reí. Robert cogió la mano de Aurora.

—Después de tantos años te conoces en todas tus versiones.

—Sobre todo en las peores —puntualizó ella.

—Ahí está la gracia —intervino Santiago—. Los amigos te ven peinado, de buen humor y con ganas de tomarte una cerveza. Una pareja te ve con ojeras, con olor a sobaco, con diarreas por estrés, con deudas y quejándote en bucle durante dos semanas porque la vida no ha salido como querías.

—Qué romántico eres —ironicé.

—Pero es verdad —insistió Santiago—. Una relación te deja el ego en calzones. Te obliga a mostrarle tus heridas, tus defectos, tus inseguridades... Y tú ves las del otro. Eso pone a prueba el carácter. Y es a ratos agotador. Después de dieciocho años con alguien, sé perfectamente lo que cuesta construir una relación. Y también sé lo que cuesta desmontarla cuando se acaba. Por eso con Kenji voy con pies de plomo.

—Pues deja de reflexionar y disfruta —dijo su madre, tras beber un poco de agua.

—Estoy en ello.

Michael sonrió y dijo:

—A mí me gustaría tener algo así algún día.

Giré la cabeza hacia él.

Santiago lo vio y bromeó:

—¿Algo agotador?

—Algo que dure más de cincuenta años.

—Pues hay que currárselo mogollón —le advirtió Robert—. Esto no viene incluido con el enamoramiento.

—Me gustan los retos —aseguró Michael, rotundo. Y yo sentí una cosa rarísima por el estómago.

—¿Y a ti, prima?

—¿A mí qué?

—¿Te gustan los retos?

—Depende del reto —repliqué encogiéndome de hombros.

—Este tipo de retos.

—Mi reto gordo es volver a confiar. Porque me pasó algo parecido a lo que pone en ese plato —dije señalándolo.

Estaba colgado en una de las paredes de la terraza. Era de cerámica, tenía estampado a don Quijote y a Sancho, y mi abuela lo tenía igual en su comedor.

Leí en voz alta:

—«Es menester tocar las cosas con la mano para dar lugar al desengaño».

—Cervantes —dijo Aurora.

—En mi caso los pillé con las manos en la masa. A mi novio y a una compañera de trabajo. El día antes de irnos de viaje a Bali.

Santiago se llevó las manos a la cabeza y murmuró:

—¡Valiente cerdo!

—Fue hace dos años. Hace unos días mis amigas se fueron a Bali, yo me negué a acompañarlas. No podía. Y me fui al pueblo…

—Y has acabado más lejos todavía —me interrumpió mi tía.

—Entonces te pasó un poco como a mamá con Pepe —soltó Santiago.

El silencio fue inmediato. Mi primo cerró los ojos, se mordió el labio, batió las manos y se excusó:

—Mierda. Perdona, mamá.

Aurora sonrió y le dijo tras servirse más agua:

—No pasa nada.

Santiago la miró sin parecer muy convencido:

—¿Seguro?

—Sí. Está todo bien.

Y pensé que quizá aquello era un principio.

Pepe acababa de aparecer en una conversación familiar y el mundo no se había terminado.

—Cuando conocí a Aurora, confiar tampoco era precisamente su especialidad —dijo Robert.

—Desde luego que no.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Nada especial —respondió Robert—. Tu tía esperaba que en algún momento yo hiciera algo que demostrara que no debía confiar en mí.

—No era para tanto —replicó mi tía.

—Era peor. Te pasabas el día con la mosca detrás de la oreja.

—Si fue así, ya lo he olvidado.

—Fue así.

—Vale, puede ser que fuera así —admitió mi tía.

—Pero ya un día me cansé y le dije que, si no se atrevía a confiar en mí por lo que habían hecho otras personas, al final era ella quien seguía pagando por aquello.

Sin darme cuenta, miré a Michael. Aunque él ya me estaba mirando.

—Así que ya sabes —dijo Aurora.

—Tomo nota —farfullé.

Santiago nos miró a Michael y a mí, apoyó una mano en la cabeza y respiró hondo.

—Sí, prima, porque es tan bonito…

Robert nos miró alternativamente.

—¿Hay algo que yo no sepa?

—Creo que está empezando algo en Australia —informó Santiago.

—¡Santiago! —le grité, divertida.

—¿Qué? —replicó mi primo—. Después de sesenta años de secretos familiares, he decidido que aquí se cuenta todo.

Robert nos miró y nos dijo encantado:

—Pues me parece una buena noticia.

—No hay ninguna noticia —protesté.

Michael se echó a reír.

—¿Cuánto tiempo os quedáis? —preguntó Aurora.

La sonrisa de Michael se apagó un poco.

—Yo me marcho mañana. Tengo que volver a Melbourne.

Lo sabía.

Claro que lo sabía.

Pero escucharlo en voz alta me produjo una sensación bastante desagradable.

—Vuelvo a trabajar en el hospital. Se acabaron mis días libres.

—¿Sigues en Urgencias? —quiso saber Robert.

—Sí.

Santiago me miró y me preguntó:

—¿Y tú?

—Yo tengo vacaciones hasta final de mes.

—¿Y qué vas a hacer? —inquirió mi primo.

Miré a Aurora. A Robert. A Santiago.

Había recorrido medio mundo para encontrarlos y ahora que los tenía delante no me apetecía salir corriendo.

—Me gustaría quedarme unos días aquí. Si no os importa.

Aurora me miró como si acabara de decir una tontería.

—Claro que no nos importa. ¡Estamos felices de que estés aquí!

—Como intentes irte, te escondo el pasaporte —añadió Santiago.

Robert asintió.

—Quédate todo lo que quieras.

Miré a Michael.

—Deberías quedarte —dijo—. Has venido hasta aquí para encontrarlos. Ahora que los has encontrado, disfruta de ellos.

Sonreí, los miré emocionada y musité:

—Eso haré.

Quería quedarme. No tenía ninguna duda. Solo habría preferido que él no tuviera que marcharse.

De vuelta en la cabaña apenas hablamos, tal vez porque teníamos demasiadas cosas que decirnos.

Me tumbé junto a Michael y apoyé la cabeza sobre su pecho.

Él pasó un brazo alrededor de mi cintura.

—Has hecho bien —masculló.

—¿En qué?

—En quedarte.

—Quiero estar con ellos.

—Necesitas recuperar el tiempo perdido.

—Pero preferiría que tú no tuvieras que irte mañana.

Michael me apretó un poco más contra él.

—Yo también.

—Te voy a echar de menos —musité, sintiéndome de maravilla en sus brazos.

—Y yo a ti.

—Qué mierda.

—No te lo voy a negar.

Se rio y me besó el pelo.

—Antes de volver a España, pasa por Melbourne.

Levanté la cabeza y le pregunté con los ojos demasiado brillantes:

—¿Eso es una invitación?

—No. Es una orden.

—Qué mandón eres.

—Vera.

—¿Qué?

—Ven.

Lo miré unos segundos y, como estaba deseando hacerlo, le aseguré:

—Iré.

—Y llámame.

—Por supuesto. Todos los días para darte por culo.

—Perfecto.

—Te vas a arrepentir.

—Lo dudo.

—¿Eres de esos médicos que odian que los llamen cuando están trabajando? —bromeé.

—Soy de esos médicos que no pueden coger el teléfono cuando están trabajando.

—Ah. Qué responsable.

—Pero puedo devolverte la llamada cuando termine.

—¿Aunque sean las tantas?

—Aunque sean las tantas.

—Eso lo dices ahora.

—Pruébame.

Me acerqué y lo besé.

Después me acomodé otra vez contra él.

Michael apagó la luz y durante un rato permanecí despierta escuchando su respiración.

Había pasado dos años procurando que nadie volviera a tener la oportunidad de hacerme daño.

Y en apenas unos días aquel hombre había conseguido que empezara a preocuparme una cosa completamente distinta.

Que se marchara.

Cerré los ojos y me abracé un poco más a él.

Hasta entonces había pensado que lo difícil sería verlo irse. Aquella noche descubrí que había algo peor: empezar a echarlo de menos cuando todavía seguía allí.

Capítulo 19

Los días siguientes pasaron demasiado deprisa.

Santiago se empeñó en enseñarme todo lo que pudiera de Queensland y yo me dejé llevar. A esas alturas había aprendido que hacer planes con mi primo consistía en subirme al coche y dejar que cada día me llevara a un sitio bonito mientras me contaba su vida con su banda sonora de fondo.

Cada periodo de su vida tenía una música.

Cantábamos, gritábamos, nos reíamos, llorábamos…

Porque luego yo le ponía mi banda sonora y hacía lo mismo. Revisaba mi vida en plan tragicomedia.

Lo mismo me daba por llorar que por reír.

Éramos dos locas que recorrían carreteras rodeadas de vegetación, vimos playas preciosísimas y pueblos pequeños en los que me habría quedado horas paseando. Me llevó hasta la costa, paramos en miradores, caminamos por senderos desde los que se veía el océano y acabamos comiendo más de una vez cuando en España aún no sería ni la hora del aperitivo.

También conocí Noosa. Como mi primo me había advertido de que iba a hacer veinticuatro grados, estrené el bikini tanga de color rosa chicle.

Lo metí en el último momento en la maleta por si iba a un spa o me daba por hacerme fotos con él detrás de una pared blanca un día de aburrimiento.

Pero ese día estaba feliz y tenía detrás una playa de ensueño, así que le dije a mi primo que me hiciera unas fotos con el agua por los tobillos, eso sí, porque tenía demasiado miedo a los tiburones, a los cocodrilos, a las medusas y al corte de digestión.

Australia era bonita, pero demasiado salvaje.

Joder, y me encantaba.

Estaba cagada de miedo, pero molaba tanto.

Luego me hice selfis haciendo el tonto con mi primo y se las mandé a Michael.

Acababa de atender una urgencia y me puso:

MICHAEL: Me voy a pasar la semana entera pensando en ese bikini.

VERA: Pues concéntrate en tu trabajo, doctor.

MICHAEL: Lo intento. Pero preferiría estar ahí.

VERA: Yo también preferiría que estuvieras aquí.

Suspiré y luego las subí a Instagram.

En Madrid eran las siete de la mañana. Y mis amigas estaban ya tan despiertas que los tres primeros corazones fueron suyos.

Sonia me dejó un comentario que decía:

Mala. Te odio desde lo más profundo de mi ser. Yo en el Metro de camino a mi curro de mierda, aplastada contra una puerta en un vagón lleno de gente fea y tú enseñando culazo en una playa con esa cara de bien follada. Asco. Das mucho asco.

Marta escribió detrás de ella:

Qué bello todo. Tenemos que ir. Se te ve tan bien, amiga. Y Santiago es genial. Disfrutad mucho.

Silvia comentó unos segundos después:

Espectacular. ¿Se llega bien a esa playa o hay que andar mucho?

Fui a responder algo, pero en ese momento me cayó un corazón de Fer.

—No me lo puedo creer.

—Te has hecho viral —murmuró mi primo.

—No, el gilipollas de mi ex me acaba de poner un corazón a mi carrusel.

—Que se joda.

—¿Este tío es imbécil?

—Lo es. Porque va a dormir en el sofá cinco días.

Nos tronchamos. Y yo estaba tan relajada que acabé bañándome en el agua más transparente que había visto jamás.

Nos habríamos quedado allí hasta que anocheciera, pero Santiago me llevó después a caminar por el parque nacional.

—Mira hacia arriba —me dijo, de repente, muy misterioso.

—¿Por qué? —repliqué mosqueada.

—Porque como te estampes contra un árbol me voy a reír muchísimo, pero además puede haber koalas.

—¿Aquí? ¿Sueltos?

—No suelen ir con correa.

—Gilipollas.

No tardamos demasiado en encontrar uno encajado entre las ramas de un eucalipto.

Me quedé mirándolo como una niña.

—¡Qué increíble, por favor!

—¿Qué?

—Que esté ahí tan tranquilo.

—¿Dónde quieres que esté?

Saqué el móvil para hacerle una foto.

—Michael va a flipar.

Santiago me miró de reojo.

—Claro. Porque lo primero que haces cuando ves un koala en libertad es pensar en Michael.

—Cállate.

—Estás todo el rato pensando en ese hombre. A ver, tonta no eres…

—¿Quién va a hablar? ¿Cuántos mensajes le has mandado a Kenji hoy?

Mi primo me cogió por el brazo y tiró de mí para que siguiéramos caminando:

—Estamos buenos —dije—. Y esto va a ser de familia… Somos una panda de locas que pierde la cabeza por los hombres.

—Yo nunca me pasaría sesenta años sin hablarte si te triscaras a Kenji.

—¿No?

—¡Qué va! Te arrancaría las extensiones y seguiríamos siendo primos.

—Perdona. No llevo extensiones —le aclaré, dando un manotazo a mi pelo.

—Pues ya encontraría algo que arrancarte.

—Qué bonita relación estamos construyendo.

—Me encanta. Aunque lo de estas dos al final no fue por un hombre. Empezó por Pepe, pero lo demás fue cosa de ellas. Mi madre es muy rencorosa, la tuya se sentía muy culpable… Luego las dos estaban avergonzadas de todo… ¡Qué locura, nena!

—Eso a nosotros no nos va a pasar.

—Trato hecho. Aunque te tires a Kenji.

—Que no me voy a tirar a Kenji.

—Eso dices ahora. Ya verás cuando le veas.

—Santiago...

—Es muy guapo, prima.

—Yo ya tengo a mi guapo…

—¿Y si me pillaras besando a Michael?

—¡Cierra el pico!

Y así fueron pasando los días, intentando recuperar todo lo que nos habían quitado nuestras madres…

—De verdad, qué cabronas —soltaba mi primo de pronto.

Por ejemplo, estábamos en las Glass House Mountains y lo soltaba sin venir a cuento.

Otro día me llevó por la zona de Maleny y Montville, entre colinas verdes y carreteras que parecían no terminar nunca, lo volvió a soltar.

Yo siempre le decía lo mismo, abrazada a él en plan koala:

—¡No lo pienses, Santi! ¡No lo pienses!

Y me seguía enseñando cosas…

Cada vez que pensaba que Australia ya no podía sorprenderme, aparecía otro paisaje, otro sitio, otra carretera por la que me habría gustado seguir conduciendo.

Y Michael.

Con Michael hablaba todos los días.

Cumplió su promesa.

A veces por teléfono, otras por videollamada, a distintas horas, dependiendo de sus turnos, pero hablábamos un montón.

Me contaba cómo había ido su guardia, yo le contaba dónde me había llevado Santiago y acabábamos hablando de cualquier tontería.

Una tarde me llamó a las seis.

Santiago me había llevado a Mooloolaba. Nos bañamos, comimos junto al mar y pasamos media tarde tirados en la arena sin hacer absolutamente nada.

—¿Ese hombre ya no trabaja? —preguntó Michael, divertido.

Santiago me quitó el móvil y le dijo a Michael:

—Este hombre se lo está currando para que tu princesa no se quiera ir de Australia.

—Ojalá —masculló Michael.

Recuperé mi móvil y le dije a Michael, preocupada porque tenía unas ojeras tremendas:

—Estás hecho una mierda.

—Anoche estuve hablando con cierta princesa y se me hizo tarde.

—Deja al chico dormir —me exigió Santiago.

—Pero si es él el que no quiere colgar.

—Me pasa lo mismo con Kenji…

Estuvimos hablando casi media hora.

Cuando colgué, me descubrí sonriendo al teléfono como una imbécil.

Y aquello empezaba a preocuparme.

Porque ya no echaba de menos únicamente sus besos. Ni acostarme con él. Ni despertarme a su lado.

Empezaba a echar de menos todo. Veía algo y pensaba que quería enseñárselo. Escuchaba una estupidez de Santiago y estaba loca por contársela.

Ese mismo día cenamos en casa de Aurora y Robert.

Cuando terminamos, Robert se sentó en el sofá y tardó aproximadamente dos minutos en quedarse dormido.

—¿Está dormido? —pregunté.

Aurora miró hacia el interior.

—Completamente.

—Qué capacidad —repliqué admirada.

—Lleva perfeccionándola cincuenta años.

Santiago, Aurora y yo salimos a la terraza.

Hacía una noche estupenda. Nos quedamos un rato sin hablar, escuchando los ruidos que llegaban desde los árboles.

—Es todo precioso. Amo Australia —dije al fin.

—Te lo advertí —respondió Santiago.

—Y me queda muchísimo por ver.

—Pues vuelves.

Lo dijo con tanta naturalidad que lo miré.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil.

Aurora asintió.

—Puedes volver cuando quieras.

—Tampoco me deis tanta confianza, que igual no me voy.

—¡Menuda alegría me darías! —dijo Santiago.

Aurora sonrió.

—Esta es tu casa, Vera.

Miré alrededor. Y lo extraño fue que no me sonó a frase hecha.

—Pues un poco me siento así.

—¡No sabes lo feliz que me haces! —exclamó mi tía.

—¿A ti te costó mucho adaptarte cuando llegaste?

Aurora apoyó la espalda en la silla.

—Al principio sí. No te voy a engañar. Me costó. Adaptarme a Inglaterra fue duro, pero a Australia mucho más. Me sentía tan lejos…

—¿Echabas de menos España?

—Todo el tiempo. A mis padres, el pueblo, la comida, mi idioma... Hasta echaba de menos cosas que cuando estaba allí me molestaban.

—¿Y cuándo dejaste de echar de menos?

—Nunca. Siempre se echa de menos. Pero estaba Robert. Después llegó Santiago. Empecé a trabajar, hice amigos, llegó la radio... Fui construyendo una vida aquí.

Miró a su hijo y me siguió contando:

—Y un día entendí que mi casa ya no era un sitio. Un lugar. Una tierra.

—¿Entonces?

—Donde estén los míos, está mi casa.

Santiago sonrió emocionado y yo también.

—Y ahora tú también eres de los míos —continuó Aurora—. Así que ya sabes que esta será tu casa siempre que quieras volver.

Noté un nudo en la garganta.

—No me hagas llorar otra vez, por favor. Llevo unos días que parezco una magdalena.

—Pues no llores.

—Buena solución.

Nos reímos. Volví a mirar hacia los árboles.

Tres semanas atrás Australia no era para mí más que un lugar lejano en un mapa.

Y ahora empezaba a ser demasiadas cosas.

—Oye —dije—. ¿Qué tendría que hacer yo para trabajar aquí?

Mi primo giró la cabeza hacia mí y Aurora hizo exactamente lo mismo.

—¿Qué? —inquirió mi tía.

—Nada. Era una pregunta.

—Ya —murmuró Santiago, sin creerme.

—Nada. No he dicho nada.

—Claro —ironizó Santiago.

—Solo quería saber si es muy complicado.

—Depende de lo que quieras hacer —replicó mi tía.

—Lo mismo que hago en Madrid. Radiología.

—Pues tendrías que mirar visado, requisitos profesionales, reconocimiento de tu formación, nivel de inglés... esas cosas —comentó mi primo.

—Hablo inglés. Y con el australiano estoy haciendo grandes avances.

—A Robert al principio también le costaba pillar cosas. Y eso que era inglés. Pero cuando se ponen a hablar cerrado, es que no te pispas de nada.

—Tú sonríe y di *yeah* —me aconsejó mi primo.

—Ese es tu consejo.

—El mismo que le di a Kenji. Y le funciona de maravilla.

—¿Estás pensando en venirte a Australia? —me preguntó mi tía, colocando la mano debajo de la barbilla.

—No —respondí asintiendo con la cabeza.

Santiago se tronchó.

—¿Qué? —repliqué, encogiéndome de hombros.

—Has preguntado qué necesitas para trabajar aquí.

—Por curiosidad.

—Sí, prima.

—A ver, tú tienes la culpa.

—¿Yo?

—Me estás enseñando cosas tan bonitas que no me importaría pasar una temporada aquí.

—Y para nada estás pensando en un médico de Urgencias que vive en Melbourne —dijo Santiago.

—Michael no tiene nada que ver.

Mi primo levantó una ceja y no me quedó más remedio que reconocer:

—Vale. Algo tiene que ver.

—Esto se está poniendo más interesante.

—Pero es demasiado pronto. Lo conozco desde hace unos días.

—Y hablas con él todos los días.

—Sí.

—Y pones cara de imbécil cada vez que te llama.

—Pues tú no has visto las caras que pones cuando te llama Kenji.

Aurora intervino y me dijo:

—Tienes toda la razón. Santi está pilladísimo por Kenji.

—Y ella no. Qué va —soltó mi primo.

—¿Lo echas de menos?

Resoplé y respondí con la pura verdad:

—Más de lo que pensaba.

—¡Pues estamos apañados! —exclamó mi primo.

—¿Por qué?

—Él también está pensando en venirse a Australia.

—¿Kenji? —repliqué.

—No, Brad Pitt. Claro que Kenji.

—¿En serio?

Santiago asintió.

—Es arquitecto. Tendría que buscar trabajo, arreglar papeles y todo eso, pero se lo está planteando.

—¿Por ti?

—Espero que no solo por mí.

Aurora se echó por encima el chal que tenía en el regazo y comentó:

—Eso es importante.

Los dos la miramos.

—¿El qué? —pregunté.

—Que nadie cambie de país únicamente por otra persona.

—Tú lo hiciste.

—Precisamente por eso te lo digo.

Me quedé mirándola y nos siguió contando:

—Yo vine a Australia por Robert y no me he arrepentido ni un solo día. Pero tuve que encontrar mis propias razones para quedarme.

—¿Cuáles? —pregunté.

—Mi trabajo. La radio. La gente que conocí. La vida que fui construyendo. Después llegó este zascandil.

Le dio un golpecito a Santiago.

—Me encanta cuando me llama así. De hecho, fue uno de los nombres que barajé cuando monté las cabañas. Luego lo cambié por Mulberry… La morera. El sitio desde donde empezó todo. El árbol al que mi madre no debía subirse… Se subió y mira dónde estamos…

—Soy feliz aquí. Me siento también muy australiana —admitió mi tía.

La entendía. La entendía tanto que mascullé:

—En la vida se me habría pasado por la cabeza vivir en Australia.

—Y ahora se te está pasando —dijo Santiago.

—Solo digo que... no me importaría.

—Pues ya está.

—No, no está. Tengo un trabajo en Madrid. Mis padres están allí. Mis amigas. Mi vida.

—Y nadie te está pidiendo que decidas esta noche —habló Aurora.

—Ya.

—Además, las vidas cambian —me recordó mi tía.

—La tuya desde luego.

—Yo no tenía ni idea de lo que iba a pasar. Cuando te cuento lo que viví parece una sucesión lógica de sucesos ordenados. Se cierra una etapa y se empieza otra. Pero no fue así. Entre medias hubo miedo, indecisión, vértigo…

Me quedé pensando en aquello.

—Cuando me fui a Londres no sabía que acabaría aquí —continuó —. Y cuando llegué a Australia tampoco sabía qué iba a pasar. Pero no necesitas conocer el final para dar un paso.

—¿Y si te equivocas? —pregunté.

—Te equivocas.

—Tengo pánico a equivocarme. ¡Y encima en otro país! —confesé.

—¿Y qué pasa si te equivocas?

—Pues que me habré equivocado.

—Y vuelves. O cambias de trabajo. O haces otra cosa. Vera, irte a vivir a Australia no es como ir a la cárcel. Y de ahí también se sale —me recordó Aurora.

—Ya, visto así...

—Tienes treinta años. Puedes probar una cosa y descubrir que no era para ti. Lo que no tiene sentido es quedarte donde estás solo porque ya sabes cómo funciona.

—Eso lo dices porque a ti te salió bien.

—No. Lo digo porque también me salieron muchas cosas mal. Me he equivocado cientos de veces. Algunas durante casi sesenta años.

Nos quedamos callados hasta que Santiago rompió el silencio.

—Bueno, pues tú el siguiente paso lo tienes bastante fácil.

—Ah, ¿sí?

—Tienes que ir a Melbourne. Yo te voy a extrañar muchísimo, pero aquí ya no pintas nada, reina.

—Gracias, primo.

—Pienso igual —dijo mi tía—. Estoy feliz de que estés con nosotros, pero creo que debes ir a Melbourne a pasar estos últimos días de vacaciones.

La verdad era que estaba loca por volver a ver a Michael. Respiré hondo y, antes de que dijera nada, mi primo se levantó y me pidió:

—Voy a hacer unos tés, que esto hay que hablarlo largo y tendido. Esperadme.

—Perfecto —replicó Aurora.

—Genial. Y así aprovecho para ir al baño.

Dejé el móvil sobre la mesa de la terraza y entré en la casa.

Cuando salí del baño, oí voces en la terraza.

Una era la de Aurora.

La otra...

Me detuve.

No podía ser.

Salí y me quedé clavada en la puerta.

Mi tía tenía mi teléfono en la mano.

En la pantalla estaba mi madre.

—Tranquila. Es un buen chico —dijo Aurora.

—Lo ha pasado muy mal. No soportaría que le hicieran daño otra vez.

—Este no es un picaflor. Es un chico educado, amable, trabajador y de los que saben lo que quieren.

—¡Ay, Aurorita! ¿De verdad? ¿Es de esos? —insistió mi madre.

—Sí. Hazme caso, que tengo ojo para esto.

—Te creo.

—Y también piensa que la niña no está sola. Nos tiene a nosotros. Está en familia.

Me moví un poco, choqué con una de las sillas y las patas chirriaron contra el suelo.

Mi tía se giró:

—¡Vera!

—Sí, estoy aquí.

Miré el móvil.

Luego a ella.

Luego otra vez el móvil.

—¿Estáis hablando?

—Parece que sí.

Me acerqué despacio.

—¿Pero...?

—Has tardado mucho en cogerme el teléfono —dijo mi madre desde la pantalla.

Aurora se rio.

Y aquello terminó de dejarme descolocada.

—¿Cómo ha pasado esto?

—Has dejado el teléfono aquí —explicó Aurora—. Estaba sonando. Te he llamado, no me has oído y...

—¿Y has cogido?

Mi tía miró a mi madre en la pantalla.

—He cogido.

Como si aquello fuera lo más normal del mundo.

Como si no llevaran casi sesenta años sin hablarse.

—¿Y qué os habéis dicho? —pregunté sentándome al lado de mi tía.

—Vera —protestó mi madre.

—¿Qué?

—Que estamos aquí.

—Ya lo veo.

—Pues eso… que le decía que nosotros estamos en la playa. Me acabo de levantar de la siesta. Y hace un calor tremendo. Y una humedad horrible.

Las miré.

Aquello era surrealista.

Después de casi sesenta años sin dirigirse la palabra, estaban hablando del tiempo… para disimular que realmente estaban hablando de Michael.

—¿Y vosotros qué tal? —inquirió Pilar.

Aurora tardó un poco en responder.

—Bien. Muy bien. Estamos en invierno, pero se está a gusto. Estamos aquí en la terraza.

—¿Estáis todos bien?

—Sí. ¿Y Pepe? —preguntó Aurora.

Me quedé de pasta de boniato. Mi madre también pareció sorprenderse.

—Bien. Sigue con la siesta. Se acuesta a las tantas.

A Aurora se le escapó una sonrisa.

—Eso no ha cambiado.

—No. Es un búho.

—¿Está bien?

—Sí. Le tienen que operar de cataratas y tiene el colesterol un poco alto, pero está bien.

—Me alegro.

—¿Tus chicos están por ahí?

—Robert está dentro. Dormido también. Pero es una alondra. A las nueve de la noche ya casi que no es persona.

Y justo en ese instante, Santiago apareció en la puerta con una bandeja.

—¿Qué pasa?

Le hice señas desesperadamente para que se callara.

Por supuesto, no sirvió de nada.

—¿Quién es?

—Tu tía Pilar —respondió Aurora.

A Santiago casi se le cayó la bandeja al suelo:

—¿Mi tía Pilar?

—¿Cuántas tías Pilar tienes? —le pregunté.

Mi madre soltó una pequeña carcajada al otro lado.

Santiago dejó la bandeja sobre la mesa y saludó a mi madre:

—¡Hola!

—Hola, Santiago. Estaba preguntando por ti.

Mi primo me miró con los ojos como platos.

Yo me encogí de hombros.

No tenía ni idea.

—Yo también he preguntado mucho por ti, tía.

Ninguno dijimos nada, pero los cuatro teníamos el mismo nudo en la garganta.

Luego mi madre fue la que habló:

—Me alegra mucho que Vera esté con vosotros.

Aurora me agarró por el hombro y le dijo a mi madre:

—Tu hija es extraordinaria, Pili.

Mi madre se quedó callada.

Santiago estaba llorando. Yo me mordía el labio para no hacerlo. Y las hermanas estaban con los ojos empañados.

Aurora había dicho Pili.

Después de sesenta años, había vuelto a pronunciar su verdadero nombre.

—Sí —respondió finalmente—. Lo es.

Tuve que mirar hacia otro lado para disimular que estaba llorando.

—¡Parad que me lo voy a creer y me voy a volver insoportable! Mejor me voy a ayudar a Santiago con los tés —anuncié.

—Ya están hechos —dijo él.

Le clavé una mirada.

—Pues hacemos otros.

—¿Para qué?

—Santiago.

Tardó un par de segundos en entenderlo.

—Ah. Sí. Los tés. Estos han quedado fatal.

Cogió la bandeja que acababa de dejar.

—Horribles.

—Imbebibles.

—Habrá que empezar de nuevo.

Entramos en la casa.

Antes de hacerlo miré a Aurora.

Seguía sujetando mi teléfono.

—Vera —me llamó mi madre.

—¿Sí?

—Luego hablamos.

—Claro.

Miré a mi tía y le dije con una sonrisa enorme:

—Tiene batería de sobra.

—Gracias —replicó.

Me fui y en cuanto entramos en la cocina, Santiago dejó la bandeja sobre la encimera y me preguntó retirándose las lágrimas.

—¿Qué coño acaba de pasar?

—No tengo ni idea —respondí, enjugándome las lágrimas también.

—¿Mi madre ha cogido voluntariamente una videollamada de tu madre?

—Eso parece.

—¿Y están hablando?

—Sí.

Mi primo miró hacia la terraza, soltó un grito y me abrazó:

—Shhhh. ¡Calla! Que necesitamos que sigan hablando.

—Puedo mirar sin que me vean.

—Te quedas aquí. Voy yo mejor —le dije.

—Pero es mi madre.

—Y la otra es la mía. Así que estamos empatados.

Santiago resopló.

—Mejor las dejamos solas. Qué cabronas. Pero con estas tengo yo que hablar… Les tengo que decir a la cara la putada tan gorda que nos hicieron con la tontería.

—¿Crees que no lo saben?

—Ya, pero yo se lo voy a decir. ¿Hacemos otros tés de verdad?

Miré las tazas.

—Mejor y nos los tomamos aquí.

Nos sentamos.

Pasaron diez minutos.

Después veinte.

A los treinta, Santiago volvió a mirar hacia la terraza.

—¿Siguen hablando?

—Sí.

—¿De qué coño pueden hablar después de sesenta años?

—Tienen material.

—Eso también es verdad.

—Déjalas.

Y las dejamos.

Casi cuarenta minutos después, Aurora apareció en la cocina.

Tenía los ojos rojos.

Santiago y yo nos levantamos prácticamente a la vez.

—¿Y? —preguntó él.

Aurora dejó mi teléfono sobre la encimera.

—Hemos hablado.

—Eso ya lo sabemos —dije—. ¿Qué tal?

Mi tía se sentó. Parecía agotada y feliz. Una mezcla extraña.

—Raro.

—¿Raro bien o raro mal? —quiso saber mi primo.

—Raro bien.
Me acerqué.
—¿Y ahora?
Aurora levantó los ojos hacia mí.
—Dice que mañana me llama.
Me quedé mirándola.
—¿Mañana?
—Mañana.
Y sonrió. Después de casi sesenta años, mañana era muchísimo.

Capítulo 20

Dos días después me fui.

Me costó despedirme de Mulberry mucho más de lo que había imaginado.

Robert me dio un abrazo que casi me dejó sin aire y me hizo prometerle que volvería. Aurora ni siquiera me lo preguntó.

—La próxima vez tienes que quedarte más días.

—Ya estoy loca por volver.

—Le voy a poner a la cabaña tu nombre —me contó mi primo.

—¿Le vas a poner Vera a la cabaña de invitados? —repliqué emocionada.

—La próxima vez que vengas tendrás el cartelón en la puerta.

Me abracé a él, le besé en la mejilla y le dije:

—Voy a volver a mi cabaña.

—Más te vale porque si no vienes tú, yo iré a buscarte.

—Y cuando hagas el camino de Santiago, ven a verme.

—Si es que para entonces sigues en España.

—No depende de mí. El papeleo ya sabes cómo es…

—Nos vamos a ver. Y nos vamos a hablar todos los días. Nosotros sí. Somos otra generación. Afortunadamente —dijo mirando a su madre con guasa.

Me abracé a mi tía y musité sin soltarla porque quería quedarme con su olor:

—Gracias por todo, tía.

—Gracias a ti.

—Yo solo vine a conocer a una mujer que me inspira y a la que no puedo admirar más.

—Y a tu primo, que le den —bromeó Santiago.

—También vine a conocer a un primo que ha resultado ser un hermano.

—Así sí. Así vas bien. Joder. ¡Pero paremos ya que me va a costar un montón la despedida! —exclamó mi primo.

—Te vamos a echar mucho de menos, Vera. Y que sepas que yo también te admiro muchísimo —dijo mi tía.

—Lo mío no tiene mérito. Yo solo cotilleé unas cartas…

—Y cruzaste medio mundo para encontrarnos. Has conocido a una familia de la que apenas sabías nada y has conseguido que tu madre y yo volvamos a hablar después de casi sesenta años. Creo que has hecho bastante más que cotillear unas cartas.

—Lo de hablar fue cosa vuestra —le recordé.

—Porque tú estabas aquí.

Mi tía me volvió a abrazar, esta vez mucho más fuerte y luego me miró y me dijo:

—Fuiste muy valiente viniendo, Vera.

—No me sentía especialmente valiente.

—Casi nunca te sientes valiente cuando estás haciendo algo que da miedo.

La solté antes de que me hiciera llorar.

—Y ahora no volváis a estar sesenta años sin hablaros.

—No creo que nos dé tiempo.

—Aurora, por favor. ¡Con lo que nos ha costado!

—Era una broma. Tu madre me llamó anoche otra vez.

—¿Sí?

—Cincuenta y tres minutos.

—¿Los has contado?

—No. Los cuenta el teléfono.

—¿Y qué tal?

—Bien. Raro todavía, pero bien.

Eso me bastaba.

—Dile algo a Michael de mi parte —añadió.

—¿Qué?

—Que te cuide.

—Sé cuidarme sola.

—Ya lo sé. Dile entonces que te haga feliz. Para eso sí viene bien estar acompañada.

—Se lo diré.

—Y que la próxima vez venga contigo.

Volví a mirarla.

—¿Ya está invitado?

—Robert quiere volver a hacerle un *beef stew*.

—Y yo quiero volver a llorar de risa con él mientras tratas de subirte a Manolo —dijo mi primo.

—Se lo diré. Se lo diré todo.

Santiago me llevó al aeropuerto.

En el coche hablamos casi todo el camino y, cuando llegamos, me acompañó hasta donde pudo.

—Bueno, prima.

—Bueno, primo.

Nos quedamos mirándonos.

—Qué extraño es esto —dije.

—¿El qué?

—Que en julio no sabía que existías y ahora siento que me estoy despidiendo de un hermano.

—Es porque soy maravilloso como todos los de nuestra familia.

—Eso será.

Me abrazó y luego Santiago soltó:

—Al final resultó que no teníamos ningún asesino en serie, ningún hijo secreto ni un cadáver debajo de la morera. Solo dos hermanas incapaces de coger un teléfono durante sesenta años.

—Muchísimo más normal.

—¡Dónde va a parar!

—Gracias por todo.

—Todavía no te has ido. Aún puedo darte más.

—¡Gilipollas! —mascullé.

Me abrazó más fuerte hasta levantarme del suelo y se rio contra mi pelo.

—Llámame para lo que necesites —me dijo en cuanto me dejó en el suelo.

—Lo haré.

—A la hora que sea. Cada vez que necesites sacar algo que tengas dentro, sea lo que sea, desahogarte, cagarte en alguien o contar algo que te haga feliz, me llamas. Que ya hemos perdido demasiados años, prima. Los que vienen, pienso estar.

Aquello consiguió que volviera a emocionarme.

—Lo mismo digo.

—Y la próxima vez trae a las tres locas.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Quiero conocerlas.

—Luego no acepto devoluciones.

Me dio otro abrazo.

—Vete, anda. Que tienes un australiano esperándote.

—No me está esperando.

Santiago se separó.

—¿No sabe que llegas hoy?

—Sabe que llego a Melbourne. No sabe dónde voy a aparecer…

No lo sabía.

Pero la cara de Michael compensó con creces el esfuerzo de presentarme en el hospital con la maleta.

Había preguntado por él en recepción y, después de explicar quién era yo, una mujer encantadora me hizo esperar.

Unos minutos después apareció Michael mirando una pantalla.

—¿La última paciente? —preguntó sin levantar la cabeza.

—Depende. ¿Qué síntomas tengo que tener?

Levantó la vista y se quedó quieto como si no se lo creyera.

—Vera.

—Hola.

—¿Qué haces aquí?

—Bonito recibimiento.

Guardó lo que llevaba en la mano y recorrió la distancia que nos separaba.

—Pensaba que venías más tarde.

—¡Sorpresa!

—Joder.

Solté la maleta, me fui a por él y lo besé.

No me importó que estuviéramos en un hospital, que hubiera gente alrededor ni que una enfermera pasara junto a nosotros riéndose.

Le rodeé el cuello con los brazos.

—Te he echado de menos —dijo contra mi boca.

—¿Por qué crees que me he plantado en Melbourne antes?

—Aún no me lo creo.

Volví a besarlo y luego le pregunté:

—¿Ahora sí que te lo crees?

—Más o menos.

Cuando nos separamos, seguía sonriendo.

—Ven. Tengo que terminar una cosa y nos vamos.

Me agarró de la mano, me condujo por un pasillo largo y luego me llevó a una sala donde me presentó a un par de compañeros y a su jefe. No entendí todos los apellidos a la primera, pero sí entendí perfectamente una cosa.

—*This is Vera. My girl.*

Lo miré.

Mi chica.

No recordaba haber participado en aquella decisión de llamarme así.

Pero joder, cómo me gustó.

—¿Tu chica? —le pregunté cuando nos quedamos solos.

—¿No te gusta?

—No sabía que había ascendido.

—Te lo iba a comunicar oficialmente esta noche.

—¿Con un diploma?

—Había pensado en otro tipo de ceremonia —dijo mirándome como si quisiera devorarme.

—Cerdo.

—No sabes tú cuánto.

Cuando llegamos a casa, lo primero que vi fue la morera.

Me quedé parada delante de ella.

La primera vez que la vi me hizo sentir que estaba en el pueblo.

Ahora era distinto.

Ahora sabía que Santiago había corrido por aquel jardín. Que Aurora había vivido allí con Robert. Que entre aquellas paredes habían sido felices, habían discutido, habían criado a su hijo y habían construido una vida a miles de kilómetros de la que ella había dejado atrás.

Sabía también que en algún lugar de aquella casa Aurora había guardado durante décadas las cartas que llegaban desde España. Las de mi abuela y las de mi madre. La fotografía en la que yo aparecía con dos pelos y unos mofletes enormes.

Y ahora aquella casa era de Michael. Era increíble. Lo había llamado buscando a mi familia y había acabado encontrándolo también a él.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Mirar.

—Eso ya lo veo.

—Ahora que los he conocido es todo distinto. Puedo imaginarlos aquí. La primera vez que estuve aquí no sabía casi nada de mi familia. Ni de ti.

—¿Y ahora?

Lo miré.

—Ahora es como volver a un sitio que ya significa algo para mí.

—Es bonito.

Volví a mirar la casa, la morera, y después a él.

—Creo que sí.

Entramos.

Aquella noche le hice tortilla de patata.

—Te ha durado un santiamén.

—Esa palabra no la conozco —admitió Michael.

—Que te ha durado un suspiro.

—¡Qué buena!

—Puedes repetir. La he hecho tamaño plaza de toros. Como las hacía mi abuela.

—No deberías hacerme esto —masculló.

—¿El qué?

—Darme más cosas que echar de menos cuando te vayas.

Me miró y se me encogió algo por dentro.

Joder, iba a ser duro aquello.

Pero no quise pensar más.

Le puse más tortilla. Yo empecé con la mía y le pedí que me hablara de su trabajo, de lo que había hecho esos días… y yo hice lo mismo.

Cuando acabamos de cenar, le dije que nos fuéramos a la cama.

—Pensaba que hoy nos quedaríamos hablando hasta las tantas —comentó.

Nos levantamos y recogimos todo.

—Ya hemos hablado mucho estos días —dije.

Luego Michael me sentó sobre la isla central que había mandado hacer a su antojo. Debió de darme el dato para que no me diera cosa hacerlo en la cocina que había sido de mi tía.

Y fue increíble.

Al final no nos acostamos pronto.

Me gustaba demasiado hacerlo con él.

—Entre la tortilla y esto, vas a matarme.

Pensaba lo mismo.

Y así, entre comida española, poco sueño y muchas ganas de recuperar el tiempo que íbamos a perder después, llegó el viernes.

Por la noche conocí a sus amigos.

No eran del hospital. Algunos los conocía desde hacía años y, después de media hora con ellos, entendí que Michael tenía allí una vida mucho más asentada de lo que había imaginado.

Éramos siete contando con nosotros: una pareja y tres hombres solteros.

A mitad de la cena ya había decidido que tenía que volver con mis amigas.

A Sonia le gustarían los tres.

Silvia probablemente se quedaría con Simon. Era ingeniero, llevaba más tiempo en su trabajo y no parecía tener deudas.

Marta se quedaría con Tom, que era el que tenía pinta de bonachón.

—¿Por qué tienes esa sonrisita? —me preguntó Michael.

—Estoy repartiendo a tus amigos entre las mías.

—¿Perdón?

—Tom es para Marta. —Señalé discretamente a uno—. Simon podría pegar con Silvia. Y Sonia...

Miré al que faltaba, Donald. Era el típico jugador de rugby con pinta de bestia tremenda. Vendía seguros y no paraba de decir burradas. Era muy ella.

Pero podría valerle cualquiera. Su único requisito era que no tuvieran calva ni barriga. Y los tres la cumplían.

—Sonia necesitaría conocerlos primero.

—¿Para elegir?

—No. Para que yo decida cuál sobrevive.

Michael se echó a reír.

—Entonces estás pensando en volver a Melbourne pronto.

—Claro.

—¿Con ellas? ¿De vacaciones? Porque tú con tal de no ir a Bali.

Cogí mi copa y bebí.

—Dónde estará Bali ya…

—Podemos ir juntos.

—De luna de miel —ironicé.

—Si te apetece.

—Ya veremos. De momento, quiero volver a Australia. Pero no solo con ellas.

—¿Qué significa eso?

—Que estoy pensando en mirar lo de trabajar aquí.

—¿En Melbourne?

—No, Michael. En Cuenca.

—Vera, por favor. Que estoy muy sensible.

—Sí. En Australia.

—¿En Melbourne?

—Qué pesado con Melbourne. Pero sí. Me gusta Melbourne.

—¿Te gusta Melbourne?

—Mucho.

—Pero tu familia está en Queensland —me recordó.

—Sí, pero yo quiero estar en Melbourne.

—No has visto mucho más que las paredes de mi casa.

—El tío del taxi que me recogió en el aeropuerto me dio la vuelta larga. Vi muchísimo. Tiene cosas interesantes.

—¿La arquitectura?

—Por ejemplo.

—¿El clima?

—También.

—¿Los médicos?

Lo miré.

—Puede que uno tenga algo que ver.

Su sonrisa volvió inmediatamente.

—Menos mal.

—Pero solo algo.

—Por supuesto.

—No pienso cruzar medio mundo únicamente por un hombre.

—Me parece bien —repuso Michael.

—Quiero conocer más Australia. Me ha encantado estar aquí. Y podría trabajar de lo mío.

—Entonces hazlo.

—No es tan fácil.

—No he dicho que sea fácil.

Después de la cena, nos fuimos de copas y nos lo pasamos genial. Estuvimos bailando hasta las tantas y no paré de reírme.

El fin de semana intentamos meter varios meses en dos días.

Paseamos por el centro de Melbourne, recorrimos callejones llenos de cafés, atravesamos los jardines botánicos y acabamos junto al Yarra cuando ya empezaba a anochecer.

Michael quería enseñármelo todo y yo quería verlo todo.

El domingo fuimos hasta St Kilda.

Paseamos junto al mar cogidos de la mano y, en algún momento, me di cuenta de que llevábamos horas comportándonos como una pareja sin que ninguno hubiera vuelto a mencionar el asunto de «mi chica».

—Estamos intentando condensar tres meses en dos días —dijo Michael.

—Me he dado cuenta.

—Es imposible.

—Me temo que sí —repliqué.

—Podríamos parar.

—Ni de coña.

Luego nos besamos y yo dije en cuanto nos separamos:

—Te lo confirmo: me gusta Melbourne.

—¡Me alegro tanto!

—Creo que podría vivir aquí.

—¿De verdad?

Miré el mar.

—Sí.

—¿Por mí?

—También.

—Me gusta el también.

—Pero necesito tener algo mío. Un trabajo, mi gente, mi vida. No quiero venir aquí y que todo seas tú.

—Ni yo quiero que todo sea yo.

—Aurora dice que Australia dejó de ser el país de Robert cuando encontró sus propias razones para quedarse.

—Me parece el mejor consejo.

—Creo que sí.

—¿Tú crees que podrías encontrar las tuyas?

No respondí nada, pero pensé que quizá ya había empezado a hacerlo.

Volvimos a casa.

A la mañana siguiente desperté antes que Michael.

Durante unos segundos me quedé mirándolo.

Después cogí el móvil.

—No —murmuró sin abrir los ojos.

—Sí.

—Estoy dormido.

—Así es más romántico.

Activé la cámara frontal y me acerqué.

Michael abrió un ojo justo cuando hice la foto.

Salimos despeinados, medio tapados por la sábana y con un aspecto lamentable.

Me encantó.

—Bórrala.

—Ni de coña. Esta se queda en mi galería para siempre.

—Salgo fatal.

—Yo también. Pero la necesito de recuerdo.

Aquella palabra lo cambió todo. Michael abrió los ojos y dijo con la voz un poco tomada:

—Hoy te vas.

—Sí.

Me metí otra vez bajo la sábana y apoyé la cabeza sobre su pecho.

—No quiero que te vayas.

—Yo tampoco.

—Esta casa va a ser una mierda sin ti.

—Antes vivías perfectamente.

—Ese es el problema.

Levanté la cabeza.

—¿Cuál?

—Que ahora sé cómo es contigo.

—No me digas eso, que me destrozas —le pedí.

—Estoy vulnerable.

—Ya veo.

Me besó la frente.

—¿Cuánto crees que tardarías en volver?

—No tengo ni idea. Primero tengo que volver a Madrid y empezar a moverlo todo. Pero podrían ser meses.

—A lo mejor hasta nos vienen bien.

—¿Para qué? —repliqué acariciándole el pecho.

—Para conocernos mejor.

—Ya. Y saber qué sentimos de verdad cuando yo no estoy de vacaciones recorriendo Australia y tú no estás acostándote conmigo cada vez que tienes un rato libre.

—No nos va a quedar otra que conocernos mejor.

—A diecisiete mil kilómetros —le recordé.

—Va a ser un noviazgo como los de antes. Muy casto.

Levanté la cabeza y lo miré disimulando lo mucho que me había gustado escuchar esa palabra:

—¿Noviazgo?

—Para mí, sí.

Entorné la mirada y le pregunté:

—¿Desde cuándo?

—No sé. Pero te he presentado a medio hospital como mi chica.

—Eso lo decidiste tú solo.

—¿Quieres que rectifique?

Tardé exactamente un segundo.

—No.

—Entonces somos novios.

—Aunque me he echado un novio un poco lejos, ¿no?

—Da igual. Yo ya te he dicho que te espero.

—¿Y si es mucho más que unos meses?

—Voy a esperarte igual.

Después de esa conversación, lo hicimos. Nos duchamos juntos. Desayunamos. Hice mi maleta, salí al jardín, me abracé a la morera y salí de allí.

Michael me llevó al aeropuerto.

Intentamos hablar durante el camino, pero ya no teníamos el mismo ánimo del fin de semana.

Cuando llegó el momento de despedirnos, me agarré a él con fuerza.

—Llámame cuando llegues.

—Ni he mirado a qué hora voy a llegar. Supongo que después de ver catorce pelis o algo así.

—Da igual. Tú me llamas.

—Creo que vas a estar en el trabajo.

—Llama.

—Joder, vamos a estar a ocho horas de diferencia —dije agobiada, y eso que aún no nos habíamos separado.

—Resistiremos.

Michael me acarició la cara y yo le pedí:

—No quiero que pares tu vida por mí.

—No voy a hacerlo. Pero voy a esperarte.

Tragué saliva, le besé en los labios y musité:

—Yo voy a intentar volver.

—No.

Lo miré y le pregunté con el corazón en un puño:

—¿No?

—Vas a volver.

—¿Estás seguro o me estás hipnotizando?

—Las dos cosas.

Le di un último beso y musité:

—Hasta pronto, novio.

—Hasta luego, mi chica.

Nos quedamos mirándonos y me fui antes de arrepentirme y perder el avión.

Horas después, cuando despegamos, miré por la ventanilla hasta que Melbourne desapareció bajo las nubes.

La primera vez que volé a Australia sentía que me alejaba de casa.

Ahora volvía a Madrid.

A mis padres.

A mis amigas.

A mi trabajo.

A todo lo que había sido mi vida hasta entonces.

Y, sin embargo, mientras Australia se hacía pequeña bajo mis pies, tuve una sensación extraña.

Por primera vez, no estaba segura de estar volviendo a casa. Quizá la estaba dejando atrás.

Capítulo 21

Volver fue mucho más jodido de lo que había imaginado. Quería estar en los dos sitios y al final no estaba en ninguno.

El hospital seguía exactamente igual.

Los mismos pasillos. Las mismas máquinas. Las mismas prisas. La misma gente entrando y saliendo de Radiología como si durante las últimas semanas yo no hubiera recorrido media Australia, encontrado una familia que apenas sabía que existía y acabado en la cama de un médico australiano al que ahora llamaba novio.

El primer día me sorprendí mirando por una de las ventanas del hospital.

No había moreras.

Ni cabañas entre los árboles.

Ni Santiago apareciendo por cualquier sitio gritándome «prima» con ganas.

Solo Madrid.

Mi Madrid.

Y me alegré de estar allí. También quería estar allí donde estaba todo lo que había sido mi mundo hasta entonces.

La cosa era que ahora también tenía otro en el culo del mundo.

Saqué el móvil del bolsillo y encendí la pantalla.

Michael y yo aparecimos despeinados, medio tapados por una sábana y con unas caras horribles.

La foto que había querido que borrara se había convertido en mi pantalla de bloqueo.

Sonreí como una idiota.

—¿Qué tal Australia?

Levanté la cabeza.

Fer estaba delante de mí con una petición de radiografía en la mano.

—Muy bien.

—Ya vi.

—¿Qué viste?

—Alguna foto de tu Instagram.

—Ah.

Me tendió la petición.

—Necesito esto cuando puedas.

La cogí.

—Vale.

No se marchó.

—¿Y ese chico con el que apareces? A ver… Bueno… Parece un poco mayorcito ya. Pero si ahora te gustan mayores que tú…

Fruncí el ceño.

—¿Qué foto?

—En la que llevabas el bikini rosa.

Tardé unos segundos en caer.

—Ah. Sí. El bikini ha dado bastante buen resultado y el chico es Santiago.

—¿Santiago?

—Ese es mi primo.

Fer arqueó una ceja y me preguntó extrañado:

—¿Ahora tienes un primo?

—Sí.

—¿De dónde ha salido?

—De Australia. Es la caña. Es el hermano que siempre soñé tener.

Habría jurado que Fer parecía encantado de que Santiago no fuera mi novio. Le conocía lo suficiente para reconocer aquella cara de satisfacción.

—Me alegro por ti. Yo es que pensé…

Le interrumpí para quitarle esa cara de gilipollas que tenía y repliqué:

—No, no es mi chico. Pero este sí.

—¿Quién?

Volví a encender la pantalla y se la enseñé.

—Este.

Solo me faltó restregársela por la cara.

Fer contempló durante un instante la fotografía en la que aparecíamos Michael y yo en la cama y parecía que estaba a punto de sobrevenirle una terrible colitis.

—Joder, Vera. Tampoco hacía falta enseñarme tanto.

—No se ve nada.

—Ya he visto bastante —repuso apartando la mirada de la pantalla.

—Es Michael —se lo presenté con una sonrisa de esas en las que enseño hasta las muelas del juicio.

—¿Es australiano?

—Las chicas le llaman el australianorro.

Fer forzó la sonrisa y comentó:

—Parece que al final te fue bien por allí.

—Tan bien que estoy mirando para irme a trabajar a Australia.

—¿Tan fuerte te ha dado?

—He encontrado a parte de mi familia, un país maravilloso y a él.

Fer tardó un poco en procesarlo todo y al final dijo:

—Me alegro.

Y lo dijo de una manera que me hizo creer que era verdad.

—Gracias.

—Fer —escuchamos detrás de nosotros.

Natalia se acercaba por el pasillo.

—¿Te puedo consultar una cosa? —le pidió.

—Sí, claro.

Fer me señaló la petición.

—Luego me dices.

—Sí.

Se fue con ella.

Los vi alejarse durante un par de segundos. Después guardé el móvil en el bolsillo y seguí trabajando.

Tenía cosas que hacer.

Horas más tarde estaba comiendo con mis amigas en el bar de siempre:

—¿Puedes dejar de mirar al australianorro durante cinco putos minutos? —farfulló Sonia.

Levanté la vista.

—No estoy mirando a Michael.

Sonia dejó el tenedor.

—Eso sí que me preocupa. ¿Qué estás mirando entonces?

Estábamos las cuatro comiendo juntas por primera vez desde que había vuelto. Marta había pasado los primeros diez minutos

abrazándome. Silvia, preguntándome cosas prácticas. Sonia había querido saber cuánto había follado.

Cada una a lo suyo.

Giré el teléfono.

—Estoy mirando qué tengo que hacer para que me reconozcan el título y poder trabajar allí.

Las tres se quedaron calladas.

—Estás pilladísima —habló Marta, llevándose una mano al pecho y mirándome con corazones en los ojos.

—Una cosa es estar pillada y otra mudarse a Australia —dijo Silvia.

—¿Quieres irte? —preguntó Marta.

Me encogí de hombros.

—Quiero intentarlo.

Las tres se quedaron mirándome.

—¿Intentar qué? —quiso saber Silvia.

Joder con Silvia.

—Volver. Trabajar allí. Ver si puedo tener una vida en Australia.

Marta me miró y me preguntó:

—¿Te verías viviendo allí?

Pensé en Mulberry.

En Aurora.

En Santiago.

En la familia de Dubbo.

En Michael.

En la casa de Michael y en aquella morera que ya no era simplemente un árbol.

Pensé en Melbourne.

Y pensé también en mis padres. En aquellas tres. En el hospital. En mi vida.

Era jodido de pelotas. Pero con todo respondí:

—Sí —admití—. Creo que sí.

—¿Por Michael? —preguntó Marta.

—También.

Sonia resopló y exclamó:

—¡Menos mal! Como dijeras que no, te pegaba.

—Es complicado, tías. Cuando estaba allí os echaba de menos a vosotras. A mis padres. A mi vida en Madrid. Y ahora he vuelto y echo de menos a los otros.

—Estás jodida —sentenció Sonia.

—Gracias por recordármelo.

—Para eso están las amigas —replicó Sonia alzando las cejas.

—¿Y a él? —preguntó Marta—. ¿Lo echas mucho de menos?

Miré el móvil.

—Muchísimo.

—¿Y qué tal la distancia? —quiso saber Silvia.

—Llevamos nada separados, tampoco creo que podamos presumir todavía.

—Llevas nada y estás mirando cómo ejercer en Australia —dijo Sonia—. Yo diría que vais bien.

Le saqué el dedo.

—¿Pero por qué quieres irte? —insistió Marta.

Aquello me hizo pensar.

No quería irme de Madrid.

Eso era lo extraño.

No estaba huyendo.

—Porque mi cabeza sigue allí —dije al final.

Las tres se quedaron calladas.

Silvia fue la primera en reaccionar.

—Pues mientras averiguas qué hace el resto de tu cuerpo, ve moviendo los papeles.

Sonia la miró.

—Qué romántica eres.

—Alguien tiene que ser útil.

Asentí y seguí buscando qué tenía que hacer para conseguirlo.

Y así, los días siguieron pasando.

Llegó septiembre.

Después octubre.

El otoño empezó en Madrid mientras en Melbourne llegaba la primavera.

Michael y yo descubrimos que un noviazgo a la antigua y muy casto tenía bastante poco de romántico.

Nos separaban miles de kilómetros y un puñado de horas que nunca parecían ponerse de nuestra parte.

Cuando yo desayunaba, él ya llevaba medio día vivido. Cuando él terminaba algunos turnos, yo estaba trabajando. Hubo llamadas de tres minutos, mensajes que tardábamos horas en contestar y una videollamada en la que discutimos porque llevaba dos días tan ocupado que apenas habíamos hablado y yo decidí que aquello significaba que se estaba cansando de mí.

No se estaba cansando de mí.

Estaba trabajando.

Me lo explicó bastante menos amablemente la tercera vez que se lo pregunté.

Nos enfadamos.

Después nos pedimos perdón.

Y seguimos.

También hubo noches en las que hablamos durante horas. Y el noviazgo finalmente no resultó tan casto.

Descubrimos el sexting.

Bueno, descubrirlo ya estaba descubierto. Nosotros simplemente nos aplicamos muchísimo.

Otro día me enseñó la primavera entrando en su jardín.

Yo le enseñé Madrid bajo la lluvia.

Conocí todavía mejor a sus amigos.

Hablé muchísimo con Margaret.

Mi abuela.

Porque para mí ya lo era.

Él acabó sabiendo distinguir a Sonia, Silvia y Marta solo por las barbaridades que escuchaba desde fuera de plano.

Y poco a poco dejamos de hablar únicamente de cuánto nos echábamos de menos.

Hablábamos del trabajo. De dinero. De nuestras familias. De las cosas que nos molestaban. De lo que queríamos. De lo que no sabíamos todavía si queríamos. Nos estábamos conociendo. De verdad.

Mientras tanto, yo seguía moviendo papeles.

A veces parecía que avanzaba. Otras, que después de conseguir una cosa aparecían tres más.

Santiago me llamaba casi a diario y siempre acababa llorando de risa. Aurora también me llamaba y siempre me hacía creer que aquello iba a ser posible.

Y mi madre y ella también hablaban.

Tanto que un día mi madre me llamó para quejarse de que Aurora era incapaz de colgar el teléfono.

No le recordé que habían pasado casi sesenta años sin hablar.

Me pareció que tenían conversación acumulada.

Llegó diciembre.

Yo saqué el plumífero más gordo y las botas UGG que tenía machacadas de tantos inviernos como llevaban encima.

Michael empezó a mandarme fotografías en manga corta solo para tocarme las narices.

Y en Navidad ocurrió algo que unos meses antes habría parecido imposible.

Mis padres y yo estábamos en Madrid.

Aurora, Robert y Santiago, en Australia.

Kenji también estaba allí pasando unos días.

Y comimos juntos el veinticinco de diciembre.

Bueno, ellos ya habían cenado.

Nosotros todavía estábamos empezando.

Pero durante casi una hora hubo dos mesas, dos países y una única conversación.

Mi madre y Aurora se interrumpían constantemente.

Pepe metía baza.

Robert sonreía cada vez que conseguía entender algo entre tanto español hablado a toda velocidad.

Santiago hacía el idiota.

Kenji intentaba poner orden.

Y yo me limitaba a mirar.

Mi madre había colocado el móvil apoyado contra una botella de vino para que pudieran ver la mesa.

—No veo qué estáis comiendo —protestó Aurora.

—Lo mismo de todos los años.

—Pues enséñamelo.

—¿Para qué?

—Porque quiero verlo, Pili.

Mi madre resopló, cogió el teléfono y empezó a pasearlo por encima de la mesa.

—Langostinos, jamón... He hecho lombarda.

Aurora se acercó a la pantalla.

—¿Como la hacía mamá?

—Igual.

—A papá le encantaba.

—Ya. Por eso la sigo haciendo.

Durante un instante ninguna dijo nada.

Mi madre siguió moviendo el teléfono.

—Y cordero.

—¡Qué buena pinta tiene!

—¡Le sale muy rico! —exclamé.

—¿Sabes la cantidad de años que llevo comiendo pavo?

Robert protestó desde el otro lado:

—¿Tienes alguna queja de mi pavo?

—Tu pavo está buenísimo. Pero el cordero de mi hermana es otra cosa.

—Cuando vengas te hago cordero.

Aurora dio un respingo y preguntó:

—¿Cuando vaya?

Mi madre también pareció darse cuenta de lo que acababa de decir.

—Claro. Cuando vengas.

—¿Eso es una invitación?

—Aurora, eres mi hermana. No necesitas una invitación.

Aurora esbozó una sonrisa y musitó:

—Vale. Ni tú tampoco la necesitas para venir a mi casa.

—Pero si tú vienes a la mía, avisa. No aparezcas aquí de repente.

—Después de casi sesenta años, Pili, no creo que puedas acusarme de precipitada.

Mi padre soltó una carcajada.

—En eso tiene razón.

—Tú no te metas, Pepe —dijeron las dos a la vez.

Se miraron a través de la pantalla y se echaron a reír.

—Dentro de poco estarás tú allí —dijo mi madre cuando los demás empezaron a levantarse.

—No sé si me saldrá.

—Te saldrá.

—No pareces muy preocupada por tener una hija a diecisiete mil kilómetros.

—No me hace ninguna gracia.

—Pues disimulas fenomenal.

Mi madre se quedó mirándome y me dijo con la mirada empañada:

—Es que tampoco recuerdo haberte visto nunca tan feliz.

No supe qué responder.

—Además —continuó—, ahora sé que estar lejos no significa perder a alguien.

Miré a Aurora en la pantalla.

Mi tía había escuchado.

—Eso nos ha costado aprenderlo —dijo.

—Un poquito —contestó mi madre.

Me retiré las lágrimas, cogí el teléfono y les dije a mi familia australiana:

—Esperad.

Llamé a Michael y lo metí en la videollamada.

Tardó poco en responder.

—Merry Christmas!

Y detrás tenía a toda su familia. Incluido su hermano.

—Merry Christmas!

Los saludé a todos y Margaret gritó por encima para decirme:

—Ven pronto a por este, que está insoportable.

—¡En eso estoy!

—Te quiero, tesoro —replicó Margaret.

—Y yo a ti. Mira con quién estoy…

Le mostré a toda mi familia. Aurora le mandó un beso gigante y le dijo que al día siguiente la llamaría.

Durante unos minutos Madrid, Dubbo y Queensland celebraron juntos la Navidad, como una sola familia.

Y siguieron pasando los días…

Enero llegó con un correo.

Era una oferta de trabajo.

La leí una vez.

Después otra.

Y una tercera.

Un hospital de Melbourne buscaba personal y cumplía los requisitos, entre otras cosas porque llevaba meses preparándome para poder cumplirlos.

Después de meses de papeleo espantoso, por fin lo tenía todo.

Ni me lo pensé.

Abrí el formulario y adjunté lo que pedían.

Madre mía.

Eran muchísimas cosas, pero llegué hasta el final.

Y coloqué el ratón sobre la palabra *Enviar*.

Me quedé mirando el botón.

Pensé en Michael. Claro que pensé en él.

Pero también en Aurora, Santiago y Robert.

En mi nueva familia en Dubbo.

En mi abuela Margaret.

En Melbourne.

En la ilusión que me hacía empezar un trabajo nuevo.

En todo lo que iba a dejar atrás, pero que siempre iba a estar ahí.

Y sobre todo pensé en mí.

Eso era lo que quería y eso era justo lo que iba a hacer.

Hice clic.

Y después tocó esperar. No se lo dije a nadie. Ni a mis padres. Ni a mis amigas. Mucho menos a Michael.

No quería convertir una solicitud en una noticia antes de saber si realmente tenía algo que contar.

Así que seguí con mi vida.

Curraba en el hospital. Quedaba con las chicas. Los domingos iba a comer con mis padres…

Y cada vez que Michael me preguntaba cómo iban los papeles, yo le contestaba la verdad:

—Van.

Lo que no le contaba era que también había solicitado aquel trabajo.

La respuesta llegó unas semanas después.

Estaba sola en mi habitación cuando abrí el correo.

Casi me dio algo.

Lo leí catorce veces y pegué un grito que se escuchó en todo Aluche.

¡Me habían dado el trabajo!

Me quedé mirando la pantalla sin moverme.

Ya estaba.

Después de meses de papeles, formularios y esperas, por fin podía volver a Australia. Y esta vez no para pasar unas semanas ni para irme de vacaciones.

Me iba a vivir allí.

Cogí el móvil por puro instinto.

Michael estaba arriba del todo de mis últimas llamadas.

Estuve a punto de llamarlo, pero no lo hice.

Se me ocurrió algo mejor… y para eso iba a tener que esperar un poco más.

El catorce de febrero llamé al timbre de una casa de Melbourne.

Hacía un calor tremendo.

Llevaba una maleta enorme a mi lado y el corazón golpeándome como si quisiera salir antes que yo.

Escuché pasos.

La puerta se abrió.

Michael apareció en pantalón corto y camiseta.

Tardó unos segundos en reaccionar.

—Hola.

Me miró. Yo iba con un abrigo rojo y un jersey de cuello vuelto.

Miró la maleta.

Volvió a mirarme como si no pudiera creerlo.

—Vera.

—¡Feliz San Valentín, mi amor!

—¿Qué coño haces aquí? —replicó con los ojos llenos de lágrimas.

No me dio tiempo a contestar.

Salió, me agarró y me besó levantándome del suelo.

—¿Qué haces aquí? —repitió contra mi boca.

—He venido a verte.

—Eso ya lo veo.

Volvió a besarme hasta que nos quedamos sin aliento.

—Joder. ¡No me lo puedo creer! No voy a olvidar en la vida este San Valentín —masculló.

—Pues créetelo.

Me dejó en el suelo y me ayudó a quitarme el abrigo.

—Por mí me quitaba hasta el jersey.

—No te va a durar mucho puesto.

—Ah, ¿no? —repliqué arqueando una ceja.

—¿Cuántos días tienes? —preguntó devorándome con la mirada.

—Pues... creo que toda la vida.

Se quedó quieto.

—¿Qué?

—Me han dado el trabajo.

—¿Qué trabajo?

—No quise decirte nada. Pero vi una oferta del hospital que está al lado de casa y presenté mi candidatura.

Michael se apresuró a preguntar muy nervioso:

—¿Al lado de casa? ¿En Melbourne?

—No, Michael. En Cuenca.

—Vera, por Dios —me suplicó, atacado.

Me eché a reír.

—Sí. El hospital que está aquí. Conseguí reunir todos los papeles, presenté mi solicitud y me han dado el trabajo.

Me miró como si todavía estuviera intentando entenderlo.

—¿Te quedas?

Miré la casa.

La morera asomaba detrás de él.

Seis meses antes no habría sabido contestar a aquella pregunta.

Ahora sí.

—Me quedo.

Michael me abrazó. Esta vez durante mucho rato.

—Te quiero —dijo.

Sentí un vuelco al corazón. Habíamos hablado durante meses. Nos habíamos echado de menos, enfadado, reconciliado y conocido a miles de kilómetros.

Y nunca lo habíamos dicho mirándonos a los ojos.

Hasta entonces.

Le acaricié la cara.

—Yo también te quiero.

Volvió a besarme.

Miré a Michael.

Después la casa.

Unos meses atrás nada de aquello formaba parte de mi vida. Y ahora no podía imaginarla de otra manera.

Había vuelto a confiar en alguien.

Y, sobre todo, en mí.

Había vuelto a casa.

EPÍLOGO

—¡Veraaa! ¡Ayuda!

Entré en la cocina y vi a Michael cocinando.

—¿Qué pasa? ¿Qué estás haciendo?

—Quería hacer una tortilla.

—Vale.

—Tiene huevo, patata, cebolla. Pero es un crimen gastronómico.

—Un poco sí —admití.

—¿Un poco? Es motivo suficiente para que me declaren persona non grata en tu pueblo.

—Ya aprenderás…

Lo nuestro había sobrevivido a la distancia. Ahora quedaba comprobar si sobrevivía a su cocina.

Llevaba seis meses viviendo en Melbourne.

Trabajaba en el hospital desde febrero. Mi inglés australiano había mejorado considerablemente. Ya no necesitaba pensar para conducir por el lado contrario y había conseguido llenar los armarios, el baño y prácticamente toda la casa de cosas mías.

Michael sostenía que había sufrido una ocupación.

Yo sostenía que ahora vivía mucho mejor.

Mi teléfono empezó a sonar sobre la encimera.

Videollamada de Santiago.

—Tu primo —dijo Michael.

—Sigue tú con la tortilla.

Me limpié las manos y contesté.

La cara de Santiago ocupó toda la pantalla.

—Prima.

—¿Qué quieres?

—Qué alegría te da verme.

—Son las ocho de la tarde y acabo de llegar de trabajar —le informé.

—Pues voy a alegrarte el día. Mira con quién estoy.

Apartó el teléfono.

Kenji apareció a su lado.

—¡Kenji!

—Hola, Vera.

—¿Qué hacéis juntos?

—De momento, nada ilegal —contestó Santiago.

Miré detrás de ellos.

Había algo familiar en aquella imagen.

Demasiado familiar.

Entorné los ojos.

—Espera.

—¿Qué?

—¿Dónde estás? —pregunté.

—¿No lo reconoces?

Movió ligeramente el teléfono.

Y la vi.

La morera.

Me levanté.

—¡No me jodas! ¿Estáis en Villamayor?

—Sí.

—¡Pero si estuviste en abril!

—Sí.

—¿Y has vuelto en agosto? Pues sí que te gusta el pueblo.

—Mañana me voy a tatuar un molino de viento en las costillas. Y ahora flipa —dijo Santiago—. Que no hemos venido solos.

Giró la cámara.

—Mira con quién estoy.

Abrió el plano.

Vi primero a Robert.

Y entonces los vi a ellos.

Debajo de la morera estaba Aurora. Tenía un brazo alrededor de los hombros de mi madre y el otro alrededor de los de mi padre.

Pilar, Aurora y Pepe estaban juntos.

Me llevé una mano a la boca.

—¡Joder!

Michael dio un respingo.

—¿Qué pasa?

—¡Mira!

Se puso a mi lado.

Aurora apretó a mis padres contra ella.

—He recuperado a mis dos tontos favoritos.

—Habla por Pepe —intervino mi madre.

—Yo no sé qué hago aquí —protestó mi padre.

—¿Todavía no lo sabes? —replicó Aurora.

Los tres se echaron a reír y yo también. No podía dejar de mirarlos.

Casi sesenta años después, los tres estaban juntos.

—Por cierto —dijo mi padre—, tengo que reconocer una cosa.

—Dime —contestó Aurora.

Pepe señaló hacia Robert.

—Al final resulta que Robert es muchísimo más guapo que yo.

Aurora soltó una carcajada.

—Eso lo tuve claro desde el primer día.

—Joder, Aurora. Podías haber dudado un poco —murmuró mi padre, divertido.

—A estas alturas, Pepe, no estamos para perder más tiempo mintiéndonos.

Mi madre se estaba partiendo de risa entre los dos.

—¿Y qué hacéis todos ahí? —pregunté.

Santiago volvió a coger el teléfono.

—Tenemos planes.

—¿Qué planes?

—Kenji va a diseñar una casa.

—¿Una casa?

Aurora apareció otra vez.

—En el terreno.

—¿Vais a construir en la parcela? —inquirí atónita.

—Algo pequeño. Para cuando vengamos —aclaró mi tía.

—¿Cuando vengáis? —repetí.

—Ahora pienso volver bastante más a menudo.

Kenji enfocó parte del terreno y comentó fascinado:

—Es un lugar precioso.

—Se ha enamorado de Villamayor —dijo Santiago.

—Otro —soltó mi madre.

—Y la morera se queda —advirtió mi tía.

—La morera no se toca —aseguró Kenji.

—Entonces puedes seguir siendo de la familia —sentencié.

Aurora se acercó al árbol, apoyó una mano sobre el tronco y me preguntó:

—Vera, ¿te acuerdas de cuando te subí aquí?

Me quedé petrificada:

—¿Qué?

—Cuando tenías cuatro años. Te empeñaste en subir y no llegabas ni a la primera rama.

Noté un escalofrío.

De repente, aquella imagen perdida de mi infancia tenía una cara.

—¿Eras tú? —pregunté.

—Claro que era yo.

—Joder, Aurora. ¡Toda la vida he tenido ese recuerdo y ahora me entero de que esa mujer eras tú!

—No llegabas a la primera rama y estabas empeñada en subir.

—Y tú me ayudaste.

—Por supuesto. ¿Qué iba a hacer? ¿Decirte que no?

—Una adulta responsable probablemente habría hecho eso —respondí.

—Pues tuviste la suerte de encontrarme a mí.

Luego, Michael me pasó un brazo por la cintura y me quedé observándolas.

Estaban juntas.

Eso era todo.

Y era muchísimo.

Seguimos hablando un rato hasta que Michael miró la hora.

—Tenemos que irnos.

—¿Adónde? —preguntó Santiago.

—Al aeropuerto.

Mi primo alzó las cejas y se acordó de algo:

—¿Hoy llegan las locas?

—Las mismas.

—Ponme con ellas en cuanto aterricen.

—Te mantendré informado.

Me despedí de todos y colgué.

Michael me miró.

—¿Estás bien?

—Sí.

Miré un instante la pantalla ya negra.

—Están todos juntos.

Me besó en la cabeza.

—Lo sé.

Cogí el bolso.

—Vamos, que como lleguemos tarde, estas queman Australia.

El vuelo se retrasó un poco.

Pero por fin las puertas se abrieron y las tres aparecieron arrastrando sus maletas.

Marta llevaba una chaqueta finísima.

Silvia, una rebeca.

Sonia iba en tirantes.

—¿Pero aquí qué coño pasa? —gritó Sonia en cuanto me vio.

Me eché a reír.

—Es invierno.

—¡Eso se avisa!

—Te lo dije —protestó Silvia.

—Dijiste que miráramos el tiempo.

—Exactamente.

Marta se abrazó a sí misma.

—¿Podemos discutirlo dentro del coche?

Corrí hacia ellas.

Nos abrazamos las cuatro a la vez, entre gritos, besos y Sonia quejándose de que se le estaban congelando los pezones.

Cuando conseguimos separarnos, Marta me agarró de los brazos y me miró.

—Qué fuerte.

—¿Qué?

—Que estemos aquí.

—Ya.

Silvia miró hacia Michael, que esperaba unos pasos más atrás.

—Y que tú vivas aquí.

Aquello todavía me resultaba extraño algunas veces.

No vivir allí. Eso ya no.

Lo extraño era pensar que hacía menos de un año aquella vida ni siquiera existía.

—También —dije.

Michael se acercó y las saludó. Sonia le dio dos besos y después se volvió hacia mí.

—Está más bueno en persona.

—Sonia.

—¿Qué? Son datos objetivos.

Michael me miró.

—No quiero saber qué ha dicho.

—Mejor.

Cogió una de las maletas.

—Bienvenidas a Australia.

—¿El coche tiene calefacción? —preguntó Sonia.

—Sí.

—Pues vámonos. Este país empieza a gustarme otra vez.

Echamos a andar hacia la salida.

Las tres iban delante discutiendo sobre quién tenía la culpa de que hubieran cruzado medio mundo sin comprobar qué estación del año era.

Michael me cogió de la mano.

—Estás feliz.

Miré hacia ellas.

Sonia seguía cagándose en el invierno australiano. Silvia buscaba en el móvil la conversación en la que, según ella, había advertido a las otras dos. Marta intentaba esconder las manos dentro de las mangas.

—Sí.

Y lo estaba.

Eso no significaba que no echara de menos Madrid.

Lo echaba de menos muchísimo algunas veces.

A mis padres. A mis amigas. Mi antigua vida. Había días en los que habría pagado por poder coger el coche y presentarme a comer en casa de mis padres sin necesitar veintitantas horas de viaje.

Supongo que era la parte menos bonita de haberme ido tan lejos.

Siempre iba a haber alguien a quien echar de menos.

—Por cierto —comentó Silvia, volviéndose—. Tenemos que hablar de los últimos días del viaje.

—¿Qué pasa?

Las tres se miraron.

Aquello nunca era buena señal.

—Hemos pensado volver a Bali —dijo Marta.

Me detuve.

—¿A Bali?

—Sí —contestó Silvia—. Sonia quiere ajustar cuentas con el mono ladrón.

—No quiero ajustar cuentas con ningún mono.

—Te recuerdo que te robó.

Marta no les hizo caso y nos contó:

—Nos gustó mucho y hemos pensado pasar allí tres noches antes de volver a España.

—Vale.

—No he terminado —dijo.

—¿Qué falta?

—Tú vienes.

Me eché a reír.

—¿Yo?

—Ya toca —replicó Silvia.

—No pensarás volver a dejarnos tiradas —añadió Sonia.

—Perdona, la última vez os fuisteis vosotras.

—Porque tú no quisiste venir.

—Tenía mis motivos.

—Pues han prescrito —zanjó Silvia.

Miré a Michael.

—Me están llevando a Bali.

—Ya lo he oído.

—¿Y tú qué dices? —le pregunté.

—Que me parece bien.

—¿Te parece bien? —insistí.

—Sí.

—¿Y ya está?

—¿Qué quieres que diga?
—No sé.
Sonia se volvió hacia nosotros.
—Que viene también, coño. Eso es lo que tiene que decir.
—Tengo que mirar los turnos —dijo Michael.
—Ya los hemos mirado nosotras —le advirtió Silvia.
Michael y yo nos quedamos mirándola.
—¿Cómo que habéis mirado mis turnos?
—Le preguntamos a Vera qué fines de semana librabas.
Giré la cabeza hacia ella.
—¿A mí?
—Hace dos semanas.
—Ah.
—Joder, qué atención nos prestas.
Marta intervino:
—Hemos cogido justo el fin de semana que libráis los dos.
Miré a Michael.
—Pues parece que te vas a Bali.
—Eso parece.
—Un momento —dijo Silvia—. Tampoco hemos dicho que esté invitado.
—Yo voto que sí —intervino Marta.
Sonia observó a Michael de arriba abajo.
—Yo quiero verlo en bañador antes de decidir.
—Sonia —la interrumpí.
—¿Qué?
—Es mi novio.
—No soy ciega porque sea tu novio.
Volvimos a caminar.
—Entonces, ¿vienes? —inquirió Marta.
No tuve que pensarlo.
—Sí.
Sonia levantó los brazos.
—¡Por fin!
—Has tardado —dijo Silvia.
—Un poco.

—¿Preparada para Bali? —preguntó Michael.

Pensé en aquella otra Vera.

En la que había dejado marchar a sus amigas mientras ella se quedaba en el pueblo porque había lugares que podían doler incluso sin haberlos pisado nunca.

Y ahora iba a ir allí con ellas, con Michael y porque quería.

—Ahora sí.

Michael sonrió.

—¿Qué ha cambiado?

Lo miré y respondí sin dudar:

—Yo.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí, gracias de corazón.

Gracias por acompañar a Vera en un viaje que empezó con una caja de cartas y terminó llevándola mucho más lejos de lo que jamás habría imaginado. Gracias por viajar conmigo, por conocer a Aurora, Michael, Santiago y esta familia que llevaba demasiado tiempo separada.

Espero que hayas disfrutado de esta historia tanto como yo escribiéndola.

Y ahora quiero pedirte un pequeño favor que para mí es enorme.

Si te ha gustado la novela, ¿me dejas una reseña en Amazon?

No hace falta que sea larga. Unas pocas palabras y tu valoración son suficientes. Tu opinión ayuda a que Amazon muestre el libro a más lectores y a que otras personas se animen a descubrir la historia.

Para ti son solo un par de minutos. Para mí, como autora, supone muchísimo y me ayuda a poder seguir escribiendo y publicando nuevas novelas.

Y si has compartido alguna parte del viaje con Vera, te has reído con Santiago o con Sonia, Silvia y Marta, te has enamorado un poquito de Michael o Aurora se ha quedado contigo después de cerrar el libro, me encantará saberlo.

Gracias por leerme. Gracias por recomendar mis historias. Y, sobre todo, gracias por seguir estando al otro lado.

Nos vemos en la próxima aventura.

Gema Samaro

MÁS HISTORIAS PARA TI

SABÍA QUE PASARÍA
¿Qué pasa cuando un futbolista necesita una novia falsa y la única candidata perfecta lleva años esperando que se lo pida?

Mateo Rivelles necesita limpiar su reputación y encontrar una novia formal. Irene Soler parece perfecta para el papel.

Lo que Mateo no sabe es que Irene lleva años enamorada de él y está convencida de que algún día acabarán juntos.

Él solo quería una novia de pega.

Ella sabía que pasaría. Léelo aquí

TE DIJE QUE TE ENAMORARÍAS
Le leyó el tarot por curiosidad.

Le habló de una traición en los negocios y de un amor que se parecía demasiado a ella.

Meses después descubre que ese hombre es su nuevo jefe y que la traición está a punto de cumplirse.

Vega y Sergio tendrán que trabajar juntos, soportar una atracción cada vez más difícil de ignorar y descubrir si aquella tirada de cartas estaba anunciando mucho más de lo que ninguno de los dos quiso creer.

Una comedia romántica urbana, divertida y adictiva, con tensión, humor y emociones reales. Léelo aquí

LA ESTRELLA QUE LLEVA TU NOMBRE
Él le puso su nombre a una estrella.

Ella perdió su número.

Doce años después… es su jefe.

Lis está a punto de mandar su trabajo y a su novio infiel a paseo cuando reaparece Marcos: el chico del que se enamoró a los dieciocho, ahora convertido en su CEO.

Y entonces él le propone fingir que son pareja.

Una comedia romántica alocada y gamberra sobre segundas oportunidades, jefes demasiado guapos y amores que quizá nunca llegaron a terminar. Léelo aquí

Y si quieres más…

Puedes encontrar todas mis novelas en mi perfil de autora en Amazon.

Y contactar conmigo en:

Instagram: @gemasamaro_autora

TikTok: @gemasamaro
